debates AMERICANOS

ISSN 1026-5015

No.9 LA HABANA
ENERO-JUNIO **2000**

¿Hacia donde van las ciencias sociales?

REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS
HISTORICOS Y SOCIOCULTURALES

DEBATES AMERICANOS

Director:
Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:
Sergio Guerra Vilaboy

Consejo de Dirección:
Jorge Luis Acanda, Sophie Andioc, María del C. Barcia, Ana Cairo, Oscar Loyola, Rigoberto Pupo, Ramón Sánchez, Arturo Sorhegui, Oscar Zanetti y Rubén Zardoya.

Miembros invitados al Consejo de Dirección:
Aurelio Alonso, Pedro Álvarez-Tabío, Eramis Bueno, Luisa Campuzano, Áurea M. Fernández, Julio García Luis, Jesús Guanche, Fernando Martínez Heredia, Esteban Morales, Olga Portuondo, Daisi Rivero, Pedro Pablo Rodríguez y Rolando Rodríguez.

Miembros de honor y consultantes:
Miguel Barnet, Salvador Bueno, Jorge Ibarra, Eusebio Leal y Hortensia Pichardo.

Consejo de Redacción:
Subdirector: Luis M. de las Traviesas
Administradora: Esther Lobaina
Editora: Gladys Alonso González
Diseño gráfico: Earles de la O Torres
Maquetación: Luis Gutiérrez Eiró
Composición de textos:
Equipo editorial IC

Correspondencia y suscripciones en Cuba: Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado, C. de La Habana, Cuba.Telf: 32-6841
e.mail: cae@ffh.uh.cu
en Europa: 17 rue de Boyrie, 64000, Pau, Francia.
Representante: Sophie Andioc

ISSN 1026-5015

Impresión
Combinado del Libro "Alfredo López"

Revista académica promovida por profesores universitarios y científicos sociales de Cuba, tiene su centro en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en la Universidad de La Habana.
Debates Americanos *surge con la intención de buscar respuestas a las necesidades de información y reflexión en el campo de las ciencias sociales y de las realidades cubana y americana.Esta revista se publica gracias a la colaboración y apoyo del Ministerio de Cultura de Cuba. Los artículos aquí publicados, sólo expresan la opinión de sus autores.*

debates AMERICANOS
REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y SOCIOCULTURALES
No. 7-8 LA HABANA
ENERO-DICIEMBRE **1999**

PENSAR EL TIEMPO 3 **Globalización, diáspora e identidad: una perspectiva comparada** ...Percy C. Hintzen

11 **Didáctica integradora: una experiencia a partir de las raíces pedagógicas cubanas** ...José Zilberstein Toruncha

20 **Herencia y racionalidad. Acerca de la doble moral de los propietarios cubanos de esclavos** ...Manuel Barcia Paz

Ingenios, finanzas y créditos en Cuba: 1700-1792 ...Mercedes García Rodríguez 27

44 **La "descolonización" de los nombres: identidad nacional y toponimia patriótica en Cuba (1898-1902)** ...Marial Iglesias Utset

55 **Manuel Curros Enríquez: España, Cuba y su independencia**...Janet Iglesias Cruz y Javiher Gutiérrez Forte

61 **La carrera política y militar del VIII conde de Ricla. 1720-1780**...José V. Gómez Pellejero

CRITERIOS 79 **Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian**

86 **El "giro crítico" de la corriente de los *Annales* después de 1989. ¿Cuartos *Annales* o nuevos *Annales* en transición?**...Carlos Antonio Aguirre Rojas

98 **Algunas reflexiones historiográficas a fin de siglo. La historia del presente**...Constantino Torres Fumero

La enseñanza de la Historia al final del milenio...Jaime Álvarez Llanos y Roberto González Arana 103

110 **¿Qué tipo de ciencia social debemos construir ahora?**

• • • • • 127 FELIPE POEY Y DARÍO GUITART. **Una relación entre cubanos de ciencias** ...Esther Lobaina Oliva

ENTRE EL AUTOR Y EL LECTOR 135

II CONGRESO DE HISTORIADORES LATINOAMERICANISTAS

Entre los días 8 y 11 de noviembre de 1999 se desarrolló en la Casa del Benemérito de las Américas Benito Juárez, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, el II Congreso de Historiadores Latinoamericanistas, patrocinado por la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y la revista *La Formación del Historiador*, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México), con el coauspicio de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA) y las universidades de Colonia (Alemania), Santiago de Compostela (España), São Paulo (Brasil), Buenos Aires (Argentina), del Norte (Colombia) y La Habana (Cuba). En el acto inaugural hicieron uso de la palabra los coordinadores del Congreso doctor Sergio Guerra Vilaboy, presidente de la Sección Cubana de la ADHILAC, el M.C. Alejo Maldonado Gallardo, director de la revista *La Formación del Historiador*, y Eusebio Leal Spengler, historiador de la Ciudad de La Habana. En su discurso inaugural, Leal relacionó la importancia del Congreso en vísperas en ese mes de la IX Cumbre Iberoamericana y de los festejos por el aniversario 480 de la fundación de la ciudad de La Habana.

Entre los asistentes se encontraba el señor Héctor Ramírez Williams, agregado cultural de la Embajada de México en Cuba. También se leyó la emotiva carta del vicepresidente de la directiva internacional de la ADHILAC, doctor Juan Paz y Miño, del Ecuador, en la cual expresaba la imposibilidad de estar presente en las sesiones del II Congreso de Historiadores Latinoamericanistas, debido a la difícil situación económica de su país.

A partir del día siguiente se desarrollo un intenso trabajo de los delegados al Congreso que sesionó bajo el tema "La Historia de América Latina y el Caribe ante los desafíos del siglo XXI". En tres comisiones paralelas se debatieron decenas de ponencias sobre historiografía, teoría y metodología de la historia, la formación del historiador, epistemología de las Ciencias Sociales, la Historia y su difusión, y disímiles aspectos relacionados con la evolución de América Latina y el Caribe. El día 10 se efectuó una sesión plenaria en el teatro del Museo Nacional de las Ciencias Carlos J. Finlay para escuchar la conferencia magistral del profesor Immanuel Wallerstein, de la Universidad de Binghamton, Estados Unidos, quien asistió como invitado especial al II Congreso de Historiadores Latinoamericanistas.

En el cónclave participaron 71 delegados, en representación de 32 universidades e institutos de investigación de Alemania, Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Costa Rica, El Salvador, España, Estados Unidos, Francia, Guatemala, Inglaterra, México, Nicaragua, Panamá, Perú y Venezuela; y 78 historiadores y científicos sociales cubanos de la ADHILAC, la UNHIC, el Centro de Estudios Martianos, el Instituto de Historia de Cuba, la Universidad de La Habana, así como diferentes institutos pedagógicos y centros de educación superior.

En la jornada final participaron el rector de la Universidad de La Habana, doctor Juan Vela Valdés, y el decano de la Facultad de Filosofía e Historia, doctor Rubén Zardoya Loureda. En la clausura, los coordinadores, doctor Sergio Guerra Vilaboy y maestro Alejo Maldonado Gallardo, dieron a conocer que el III Congreso de Historiadores Latinoamericanistas se efectuará en La Habana en los primeros meses del 2001 y también se firmó por los delegados la declaración de la Casa de Benito Juárez, en apoyo al acuerdo adoptado por la Asamblea General de Naciones Unidas en rechazo del bloqueo a Cuba por Estados Unidos y en saludo de la IX Cumbre de los países iberoamericanos.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 3-10

Globalización, diáspora e identidad: una perspectiva comparada

Percy C. Hintzen

Conceptos como los de **diáspora**, **identidad**, **civilización**, así como los de **modernidad**, **globalización**, contextualizan, entre otros, estudios de las **ciencias sociales puntuales**. En La Habana, diciembre del 99, el doctor Hintzen dictó esta conferencia magistral, durante la inauguración de la **Conferencia Internacional sobre la Diáspora China en América Latina**.

A pesar de haber sido consagrado por el criterio de que éste debe su autenticidad a la tradición, el concepto de diáspora y su contenido histórico están íntimamente vinculados al proyecto de la modernidad. Proceden de la asociación ineludible entre el capitalismo racista y la formación del Estado nacional, que emergió de lo que el sociólogo Paul Gilroy llama "una ecología específica de la pertenencia". Entre las características más evasivas de la modernidad está la asociación que surgió entre la territorialidad y la pertenencia. Esta última, convertida finalmente en el concepto de ciudadanía, constituye la base de las demandas de derechos y de los reclamos de privilegios. Pero ciudadanía y civilización devinieron términos equivalentes. En este contexto, las relaciones internacionales se transmutaron, en última instancia, en relaciones entre razas. Las raíces que sembró la diáspora en la modernidad se plantaron en el campo del movimiento transoceánico de personas. La relocalización obligó a crear conceptos nuevos y definitivos de pertenencia. Nuevas ideologías, vinculadas integralmente a la emergente formación social capita-

Percy C. Hintzen
Director en la actualidad de Estudios Afroamericanos en la Universidad de California, Berkeley, Estados Unidos, prestigioso intelectual de esta disciplina social.

lista, uncieron estos conceptos a un territorio delimitado. Los deberes hacia el territorio motivaron expectativas de recompensa. Un creciente distanciamiento entre la localidad de residencia y la localidad de origen provocó añoranzas de retorno. Esto caracterizó el nacimiento de la imaginación diaspórica.* En la geografía fragmentada de las nuevas locaciones diaspóricas surgieron y se nutrieron nuevos conceptos sobre el territorio de procedencia, en términos de madre patria. Las construcciones culturales acerca de los territorios de origen comenzaron a imprimir su carácter universal a una progenie sin raíces. Los deseos de regresar persistieron y prevalecieron, alimentados por las imágenes quiméricas sobre la patria. Esas ansias no se atemperaron ni por la distancia ni por el tiempo.

El desarraigo, el destierro, la dispersión y el desplazamiento son los horcones de la modernidad. El desarrollo de las tecnologías de transportación originó movimientos más rápidos y más eficientes de volúmenes cada vez mayores de seres humanos, en función del proyecto capitalista. El avance tecnológico aceleró el ritmo de la modernidad y extendió sus alcances mediante saltos exponenciales. Éste es el contexto histórico en que se forjó la relación existente entre la globalización y la imaginación diaspórica. El significado y la función de la identidad diaspórica son diferentes en uno y otro lado de la frontera que separa lo civilizado de lo primitivo. Al civilizado se le concedieron derechos exclusivos de ciudadanía y de conquista. Quienes vivían más allá de los límites de la civilización no podrían alegar tales derechos. Estaban tarados por sus orígenes territoriales, fuera de la nueva geografía de Europa, construida por la modernidad. El privilegio de la ciudadanía en la metrópoli de la modernidad, otorgó derechos de propiedad sobre los "incivilizados", sus cuerpos, sus territorios y sus recursos. Ese privilegio fue investido con el derecho a desarraigar, desterrar, esclavizar, transportar y obligar mediante contrato.

Desde su nacimiento, el discurso de la modernidad estableció un vínculo entre la identidad y el territorio. En la nueva geografía identataria, los conceptos de parentesco, genealogía y descendencia se relegaron al predio de lo primitivo. La imposición de una identidad sobre los seres primitivos se convirtió en parte integral de la misión civilizatoria de Europa. Requirió de una organización territorial bajo la autoridad jurisdiccional de Europa. La imposición vino con el poder de asentar, desarraigar, distribuir y redistribuir poblaciones que, en la imaginación europea, carecían de historia y de identidad. A partir de este proyecto civilizatorio surgió un proceso de desplazamiento, destierro y relocalización masiva de población. En ese proceso se forjaron nuevas modalidades culturales híbridas y sincréticas. Ellas se desarrollaron en el crisol de los contactos intensificados entre los pueblos, que aumentaron en intensidad y expandieron su radio de acción con los sucesivos avances tecnológicos de la modernidad.

Los nuevos híbridos culturales, creados en la estela de la modernidad, se tornaron invisibles mediante regímenes de representación y prácticas crecientemente rígidas y excluyentes. Éstas estuvieron integralmente atadas a las percepciones en torno a las diferencias raciales establecidas en el contexto de las nuevas geografías europeas. Los conceptos sobre la inmutabilidad racial devinieron apéndices de las ideas sobre los orígenes territoriales, en el nuevo discurso de la pureza. Ambos se combinaron para preservar el privilegio de los blancos. Se convirtieron en los horcones para la construcción de rígidas barreras sociales, que segregaron de manera creciente las colectividades hibridizadas puestas al servicio de las modernas aspiraciones de Europa. Las autoimágenes diaspóricas nutrieron esas nociones de pureza; enmascararon el inexorable proceso de ambigüedad cultural y de interfecundación que el contacto cultural hizo inevitable.

La supremacía blanca confirió a los europeos la autoridad moral para subyugar los espacios

* Término usado por el autor en la versión inglesa *(N. del E.)*

geográficos de los recién fabricados primitivos. Las colonias europeas de asentamiento, erigidas mediante prácticas de exterminio, surgieron como prototipos en el desarrollo de la identidad diaspórica. Las colonias de explotación, creadas sobre la base de políticas de repoblación y relocalización forzosa, brindaron otro patrón para la construcción de la imaginación diaspórica. Por tanto, la identidad diaspórica se fraguó en el crisol de la brutal explotación racial. En la imaginación europea, las colonias estaban desprovistas de antecedentes históricos. Eran páginas en blanco, maduras para la autoría europea. Y las narraciones que inscribieron en las páginas de la historia fueron las de una identidad grabada con hierro en discursos sobre la pertenencia y la propiedad, que justificaban el acceso exclusivo a la tierra, la mano de obra, el capital y el control sobre el uso de esos factores. Eran narraciones basadas, a la vez, en el poder y en el privilegio. Los orígenes territoriales impusieron el contenido racial de aquellos que vivían en territorios coloniales; se convirtieron en marcas de identidad para ambos, el colonizador y el colonizado.

La imagen del europeo fue impresa con el sello de lo civilizado. Y ese producto de la reflexión europea se grabó a sí mismo en la percepción de sus súbditos coloniales, discriminados racialmente y desarraigados. Esculpió nuevas concepciones acerca de la esencia universal, vinculadas a los orígenes territoriales. En última instancia, el colonialismo se desarrolló como un proceso de explotación, dominación y subordinación de un grupo establecido territorialmente sobre otro.

Por ende, los conceptos sobre la concientización identificadora sustentaron las prácticas racistas del capitalismo imperial. Tales prácticas descansaban en la invención de un tradicionalismo congénito de los nativos, que se derivaba de su origen territorial. Pero la ontología de la formación de la identidad presentaba un dilema como manifestación de su desarrollo contradictorio con las hermenéuticas de la representación de las prácticas diaspóricas. Esa ontología se forjó durante períodos de profundas transformaciones culturales que ocurrieron en las sedes socioculturales de la empresa colonial. Esa contradicción se resolvió de modo distinto en los diferentes espacios coloniales. En el Caribe y en América Latina dio origen a nuevas identidades sociales híbridas: *créoles* (criollos)[1] en el primer caso, y mestizas en el segundo. Intencional o espontáneamente, estas construcciones híbridas de la identidad operaron para enmascarar los orígenes imperiales y el carácter racista del capitalismo; servían magníficamente a los intereses de la explotación colonial. El enmascaramiento no fue necesario en las colonias de poblamiento europeo. El derecho exclusivo a la ciudadanía, reforzado y apoyado por grandes núcleos de colonizadores europeos, hizo innecesaria la construcción de una identidad diaspórica europea. Pero la exclusión de la ciudadanía europea sólo podía sustentarse mediante la imposición de un origen diaspórico a los otros, a los discriminados racialmente. Éste fue el instrumento empleado para rechazar las demandas de pertenencia. Esas demandas se desviaron hacia los territorios de origen. En el caso de los indígenas, las campañas de traslado de la población se legitimaron mediante las diferenciaciones entre el civilizado y el primitivo. Los pueblos sin historia (i.e., sin territorio) no tenían derecho a demandas de propiedad y pertenencia.

Las identidades diaspóricas se forjan en discursos en torno a la pureza. En las sociedades caribeñas de plantaciones, los conceptos de pureza diaspórica se yuxtapusieron con la construcción de una cultura europeo-africana jerarquizada y biogenéticamente híbrida. Éste constituía el espacio del auténtico *creole* (criollo). En la imaginación europea se trataba de una autenticidad contaminada, que ocupaba un espacio colonial, y era incapaz de asimilar las representaciones y las prácticas de pureza. Ellas existían en una contradicción dialéctica. La pureza diaspórica requería práctica de aversión al *créole* (criollo) contaminado, cobraba significación, se manifestaba y se reforzaba mediante rituales de separación. Los

[1] En la traducción se utiliza la palabra *créole*, seguida de la española "criollo" entre paréntesis, porque en las ciencias sociales norteamericanas el término *créole* no siempre tiene el mismo contenido que su equivalente español "criollo". *(N. del T.)*

rituales de pureza europea devinieron símbolos de supremacía racial; significaban la vacunación contra las influencias contaminadoras del incivilizado. Pero la construcción de lo *créole* (criollo) resultaba indispensable a la agenda europea en el Caribe. Éste sustentaba el acomodo fluido, transitorio, abierto; imprescindible para la sobrevivencia de la economía política caribeña, desde su surgimiento. Pero su fabricada retórica sobre la hibridación también se empleó para la exclusión mediante símbolos. Y aquí se hallan las raíces de la identidad diaspórica caribeña. Además de los colonizadores europeos y sus descendientes, otras comunidades diaspóricas han sido indispensables para el funcionamiento de las políticas económicas de la región. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría respecto de los blancos, la exclusión a través de símbolos operó, históricamente, para negar las demandas que ellos hicieron de beneficios, debido a su residencia en el territorio. En su mayoría, estas comunidades diaspóricas de color (no blancas) se constituyeron debido a la necesidad de nuevos suministros de trabajadores para las plantaciones, después de la abolición de la esclavitud. Las más importantes, en términos cuantitativos, fueron las contrataciones de "indios-orientales", que se trajeron del subcontinente de la India. Cantidades menores, pero significativas, de contratados también se importaron de los territorios bajo control portugués y de China.

Las contrataciones posteriores a la abolición de la esclavitud impusieron sus propios regímenes de legitimación de la exclusión. Éstos surgieron en los lugares donde se establecieron los nuevos contratados, ajenos a las sedes estables europeo-africanas de la sociedad *créole* (criolla). Estas prácticas segregacionistas se justificaron sobre la base de las diferencias "raciales" y culturales. Se aplicaron por igual a la pequeña población de inmigrantes libaneses, sirios, judíos y chinos que se establecieron después de la época de las contrataciones en el comercio minorista; en particular, en Trinidad y Jamaica.

Pero la nueva racionalidad de la segregación también se aplicó a los europeos y a los africanos contratados después de la esclavitud. Los portugueses contratados, importados de Madeira para trabajar en Trinidad y la Guayana Británica (hoy Guyana), fueron excluidos del espacio de identidad ocupado por los *créoles* (criollos) blancos. Ellos permanecieron, durante un tiempo, aislados culturalmente de la sociedad *créole* (criolla). Para los africanos contratados después de la abolición prevaleció la frontera que mantenía la diferenciación entre africanos y afrocréoles (afrocriollos), típica de la sociedad esclavista. No obstante, una vez que se insertaron en la sociedad de plantación, los portugueses y los africanos se amalgamaron con rapidez.

La exclusión mediante símbolos es el instrumento del poder disciplinario empleado históricamente contra las comunidades diaspóricas integradas funcionalmente en la economía política caribeña. Ella ofrece legitimidad a la negación sistemática de cualquier demanda que pudiesen hacer sus miembros acerca de los recursos de la sociedad *créole* (criolla). Pero con la identidad diaspórica surge cierta asociación ambivalente con la sociedad *créole* (criolla). Ella otorga los beneficios de liberarse de las estructuras normativas de la sociedad *créole* (criolla), creando oportunidades a las cuales no tienen acceso aquellos que están sujetos a la jerarquía racial/clasista dominante en el espacio social *créole* (criollo). El caso de los indios-orientales ilustra esta ambigüedad. Por una parte, el discurso sobre la pureza sirvió históricamente, hasta bien entrado el siglo XX, para confinar a los indios-orientales a la agricultura rural (sic) y para justificar su *status* semiservil. Por otra, los indios-orientales han utilizado su condición de campesinos como un pivote para su movilidad ascendente, a través de los negocios y las profesiones. En ese proceso, fueron capaces de despojarse del estigma social del trabajo agrícola. Sus antecedentes campesinos no prefiguraron las evaluaciones sociales en torno a su aptitud para los negocios y para la educación superior, como hubiera ocurrido con los sujetos *créoles* (criollos). Como eran "extraños", tales patrones de valoración se convirtieron en irrelevantes.

Los beneficios de la exclusión han sido evidentes también respecto de la aptitud de los chinos y de los portugueses —quienes llegaron contratados en el siglo XIX—, de los sirios, de los

libaneses y de un pequeño número de judíos —llegados todos después de la Primera Guerra Mundial— para explotar las posibilidades económicas. Su exclusión de la sociedad *créole* (criolla) los liberó de los rigores raciales impuestos por su tez menos clara. Como tales, estuvieron en condiciones de ignorar las reglas de conducta y de asociación incluidas en la jerarquía racial- clasista de la sociedad *créole* (criolla). Se establecieron en el comercio minorista mediante el desarrollo de estrechas relaciones personales con clientes de bajo nivel en la jerarquía racial/clasista, creando así nichos para ellos en el tráfico en pequeña escala.

Esto resultó particularmente cierto en Trinidad, Jamaica y la Guyana. Para los portugueses y los chinos, el comercio al detalle, y el patrón de asociaciones y prácticas que éste engendró, devinieron pivotes para la inserción estructural y social en la sociedad *créole* (criolla). Una vez insertados en el espacio *créole* (criollo), combinaron el capital simbólico del color de su piel con el capital económico acumulado para ascender en la jerarquía social. Muchos pasaron a ocupar posiciones idénticas a las de los *créoles* (criollos) blancos, o a sólo un escalón por debajo. En otros términos, la identidad diaspórica puede convertirse en el pivote necesario para la inserción en la sociedad hegemónica.

Estas prácticas de amalgamiento diaspórico han cambiado el carácter racial y cultural de la sociedad *créole* (criolla). Han originado nuevas formas de hibridación racial mediante la incorporación de las migraciones, posteriores a la esclavitud, de indios-orientales y de chinos creolizados (acriollados). De igual manera se han integrado nuevas formas de hibridación cultural en las prácticas *créoles* (criollas). Estas inserciones culturales y raciales han contribuido a una reformulación histórica de la identidad *créole* (criolla). Han producido, a lo largo del tiempo, una modificación de su construcción basada en la raza. Al mismo tiempo, los discursos sobre la pureza continúan nutriendo y sustentando la exclusión diaspórica. Esto es particularmente cierto respecto de la presencia diaspórica de los indios-orientales en Guyana y Trinidad, de los sirios en Trinidad, Guyana y Jamaica, y de las migraciones chinas del siglo XX en toda la región.

En esta temprana historia de las Antillas puede situarse el terreno para el desarrollo de un contexto analítico acerca de la identidad diaspórica. Esto implica la comprensión de la ruptura entre la residencia y la pertenencia. Esas interiorizaciones se realizan en condiciones de exclusión o de rechazo voluntario a la aceptación de la ciudadanía. La identidad diaspórica está basada inevitablemente en las ideas tradicionales sobre la pureza, forjadas a partir de las nociones en torno a una patria tradicional o madre patria. Pero las hermenéuticas sobre la diáspora entran en contradicción con la realidad ontológica de la hibridación, forjada en el crisol de la interacción cultural, la negociación social y la adaptación étnica. La memoria sobre la madre patria, que da lugar a la esencia diaspórica acerca del país de origen se crea, en parte, como resultado de un acomodo a la contemplación indiferente del anfitrión y, en parte, como fruto de la contestación y el rechazo a sus implicaciones maniqueas. La identidad diaspórica se conforma mediante la combinación de la ontología de la realidad vivida y de la hermenéutica empleada en su interpretación. Cambia a través del espacio, como respuesta a las diferentes circunstancias de lo local, y a través del tiempo, gracias a los cambios en la situación histórica. En sus autorrepresentaciones, los individuos asumen una multitud de identidades diaspóricas, en la cual cada una de ellas está constituida por distintas historias y diferentes memorias, pero en la cual todas ellas han sido interiorizadas. Cada identidad tiene como referencia distintos lugares de pertenencia y cada una de ellas tiene diferentes manifestaciones a través de geografías definidas concretamente.

Esto nos conduce a enfocar el impulso universalizador de la neoglobalización. Al hacerlo me estoy refiriendo a las más recientes innovaciones en la informática y las comunicaciones y en las tecnologías organizativas, al desarrollo de nuevas y más eficaces modalidades de transportación, al surgimiento de redes globales de producción, consumo y finanzas inalámbricas (*seamless*), y a las complejidades de legitimar

las ideologías que facilitan su difusión y aplicación, así como a los procedimientos y prácticas institucionales que se derivan de todo ello. En la fusión de lo global y lo local hay un debilitamiento del poder, como sujeto social, del Estado nacional. Esto se expresa mediante la erosión de su integridad política, económica y cultural. Esta erosión contribuye a la intensificación y a la universalización de la identidad diaspórica. Los sentimientos de una identidad colectiva se globalizan al debilitarse las alternativas nacionales. Y las estrategias transnacionales devienen crecientemente imperativas para lograr la supervivencia y el éxito. Se crea la necesidad de una adaptación rápida y fluida a múltiples locaciones.

La globalización ha sustentado la transformación de la identidad diaspórica de los migrantes de color, convirtiéndolos de víctimas en agentes. La idea de sacrificio surgió a partir de las experiencias del destierro de los judíos. Se configuró a partir de los temas del sufrimiento y la búsqueda. Surgió de la aplicación del concepto bíblico de éxodo en las condiciones de la modernidad. Esa aplicación sirvió a las explicaciones sobre la ubicación social de los judíos en la construcción histórica de la modernidad. Los temas relacionados con el destierro, el sufrimiento, el rechazo y la subyugación, resultaron totalmente aplicables en el Nuevo Mundo a las proles de los africanos esclavizados. Se ajustaban perfectamente a las narraciones acerca de las capturas y las expulsiones forzosas de una "madre patria" creada por la imaginación europea. Para los africanos, la palabra diáspora evoca memorias relativas a la libertad y a la pertenencia. Ha producido una nueva concientización sobre la universalidad de la raza y de las particularidades culturales de que forman parte. Ha creado nuevas oportunidades y modalidades contestatarias frente a la supremacía y el exclusivismo de los blancos. Y se ajusta bien a la sensibilidad cristiana de los antiguos esclavos en el Nuevo Mundo. La ideología de la identidad diaspórica fue transformada por su elite cultural en la comprensión de la situación del negro en el Nuevo Mundo. En el curso de ese proceso, esta comprensión devino el sustento de los esfuerzos de esa elite para forjar una comunidad universal de alianzas estratégicas, sobrepasando las fronteras territoriales. Pero la identidad diaspórica opera en diferentes niveles de organización por estar llamada a responder a imperativos distintos. La identidad diaspórica africana ha probado su eficacia tanto al servicio de fines políticos como de fines sociales.

Las diferentes agendas diaspóricas pueden requerir la concertación de alianzas conflictivas, activadas por contenidos culturales distintos e, incluso, contradictorios. Éstas pueden surgir para actuar en objetivos coincidentes. Tomemos como ejemplo el caso hipotético de negros caribeños emigrados a Estados Unidos desde Guyana, antigua colonia británica en Suramérica. La activación de una identidad diaspórica africana compele al inmigrante a una alianza política globalizada transnacional, que coaliga a todas las personas de ascendencia africana en una trama global de pertenencia racial común. Tal connivencia, en su construcción panafricana, se empleó con éxito en varias modalidades nacionalistas de la lucha contra el colonialismo y la segregación racial. En Estados Unidos sirvió para unir a los inmigrantes negros y a los afronorteamericanos en una alianza política dirigida a romper las estructuras del exclusivismo y de los privilegios de los blancos, y para confrontar las expresiones locales de supremacía blanca. Pero como caribeño, este inmigrante está bajo el prisma de una imaginación de identidad que posee componentes que le permiten ser asimilado por las concepciones populares de los blancos. Los inmigrantes llegan a transformarse en una "minoría modelo", grata a los blancos por estar incluida en la imagen paradójica de lo exótico. En ese proceso, el inmigrante llega a ser ubicado, como caribeño, fuera de las fronteras del discurso blanco/negro norteamericano de diferenciación. Esto motiva actitudes y prácticas generalizadas de rechazo a los afronorteamericanos, coherentes con las que mantienen los blancos. De este modo, la identidad caribeña viene a representar las aspiraciones de separación estratégica de la mancha de negrura norteamericana, con sus implicaciones discriminatorias. En Gran Bretaña, la identidad caribeña ubicaría a estos inmigrantes

en el espacio altamente politizado de la negrura, constituido por la incorporación a una coalición multirracial de caribeños, africanos, surasiáticos y sus vástagos "negros-británicos". Ésta sustenta alianzas estratégicas en las campañas contestatarias contra el segregacionismo inglés. Como "guyanés", el inmigrante está en condiciones de plantear demandas, desde redes definidas nacionalmente, de respaldo social y económico en múltiples comunidades diaspóricas. Por añadidura, la identidad guyanesa se emplea para respaldar los conceptos sobre ciudadanía transnacional. Como bengalés, el inmigrante tiene la posibilidad de participar en una telaraña de alianzas multirraciales y multirreligiosas, en particular con guyaneses de ascendencia indoasiática, la mayoría étnica en la región del país al cual esta identidad diaspórica vuelve sus ojos. Como surinamés, el inmigrante puede presentar demandas particulares y específicas que tienen sus raíces en las concepciones comunitarias de familiaridad, forjadas en la cultura urbana del pequeño poblado afroguyanés. Como egresado del Queens College, puede hacer demandas de privilegios intelectuales, superioridad cultural y concesiones de derechos que pueden activarse en cualquier lugar de las sedes fragmentadas del espacio diaspórico guyanés. Todas estas identidades responden a las temporalidades y a las transitoriedades de la locación diaspórica específica; satisfacen las exigencias de afinidad estratégica, para emplearse en la adaptación, la negociación y la contestación. Tienen poco que ver con la ontología de la locación original; pueden entenderse únicamente desde la perspectiva del contexto específico del lugar de residencia diaspórica.

Paul Gilroy confina la identidad diaspórica a los intersticios entre "el lugar de residencia y el lugar de pertenencia". A esto, él le atribuye su "carácter complejo y ambivalente". Pero las lecturas en torno a los orígenes surgen del lugar de residencia. Ellas son creaciones cognoscitivas en la imaginación del sujeto diaspórico. "Allí no hay allí allí". Por ende, se trata de una explicación sobre la "ambivalencia" hacia la patria que se observa en los sujetos diaspóricos. El concepto de ubicación entre la residencia y la patria resulta complicado adicionalmente por el ritmo de la dinámica globalizadora que abarca la totalidad política, social y cultural de la ubicación diaspórica. De manera creciente, no hay aquí aquí. El lugar de residencia se despoja de significación cuando las personas viven en ningún lugar y en todos los lugares. Hay una creciente alienación respecto del espacio de locación y residencia. Ella crea un vacío social, político y cultural que se llena con conceptos de transterritorialidad. Estos conceptos actúan para vincular a las gentes a través de las geografías fragmentadas. Éstas se agrupan a todas por las lecturas de esencias de identidad, que se forjan a partir de patrias ficticias. Esto se está convirtiendo, de manera creciente, en la base de la comunidad. Sin tales conceptos, los individuos son introducidos en vacíos culturales que dan vida a los fundamentalismos raciales o religiosos, que actúan como tenues valladares de las aspiraciones a tener orígenes territoriales. Por tanto, cada uno, al parecer, deviene un "extraño", encarcelado en un discurso de exclusión o de conquista. La identidad queda vinculada a rituales de pureza que evocan memorias de una patria ficticia, que no existe ni existió nunca.

La globalización profundiza los conceptos de diferenciación esencializada y, simultáneamente, intensifica los contactos intradiaspóricos a través de las locaciones geográficas fragmentadas. Refuerza, objetiviza y exterioriza las fibras esenciales de la concientización diaspórica. Conduce a las elites intelectuales a viajes de descubrimientos acerca de las esencias culturales. Intenta imponer esto sobre sus públicos masivos a través del discurso sobre la pureza y la autenticidad y mediante regímenes de conocimientos ortodoxos. La fuerte asociación del intelectual con estas imposiciones, ha producido tendencias hacia la sublimación del cuestionamiento crítico de la diáspora. El giro hacia el "afrocentrismo" académico es típico de esta sublimación. Ejemplifica los esfuerzos intelectuales para redimir la autenticidad tradicional de África. Se hace evidente en los (re)descubrimientos de rituales africanos; en particular, en la forma del (re)descubrimiento del Kwanza por Maulana Karenga. También resulta evidente en los descubrimientos de los orígenes africanos de la civilización y de la modernidad,

que tipifican la obra de Alione Diop. Y, de manera más profunda, se basa en un supuesto "descubrimiento" de la relación entre la "superioridad humana" y las características que sitúan a los pueblos de África en la cumbre del género humano.

Al mismo tiempo, la creciente intensidad del contacto diaspórico está actuando en favor del reforzamiento y de la intensificación de las formas y de las prácticas culturales que sirven de eslabones para entrelazar las filiaciones y la conciencia diaspóricas, construidas y reconstruidas una y otra vez. Esta tendencia está reflejada en los estudios académicos en torno a la diáspora, con su creciente énfasis en los temas culturales. Se emplean argumentos que sustentan las conclusiones que evidencian el reconocimiento y la divulgación del aporte negro diaspórico en las distintas expresiones culturales. Como un nudo integrador de la concientización diaspórica, el sentimiento diaspórico es evidente en lo negro vernacular, la música negra, el baile negro, el teatro negro, la oralidad negra. Esto constituye el fundamento del reconocimiento y de la comunicación negra diaspórica; sirve de base a la unidad diaspórica. El peligro estriba en su hacerse esencial con un potencial significativo sobre el papel de los negros. Al mismo tiempo, estas interrogantes intelectuales permiten la integración de las relaciones maniqueas de las cuales brotaron los conceptos de filiación y solidaridad diaspóricas. El reconocimiento y la comunicación de lo diaspórico negro tienen mucho que ver con la construcción de una sensualidad esencialmente negra en el universo del conocimiento de los blancos y con su imposición hegemónica sobre la realidad negra. Tales construcciones originaron las dosis necesarias de libertad que hicieron posible la producción y la reproducción de las expresiones culturales. Estas formas de expresión se las han arreglado para llegar a ser universales con la intensificación de la globalización.

En cuanto a la diáspora china, la filiación y la solidaridad diaspóricas pudieran estar perfectamente sustentadas en la cultura del mercader y del vendedor, que se produjo a partir de la experiencia particular del exilio posterior a las contrataciones. Esta experiencia se reforzó por el éxodo de la clase de los mercaderes durante el período de los tumultos revolucionarios y postrevolucionarios. Se ha consolidado gracias a las oportunidades transnacionales ofrecidas por la globalización. Una vez más debemos ser cautos ante las tentaciones que hacen esencial esta formulación. Existe la posibilidad de que la identidad diaspórica china se haya cristalizado al interior de los espacios de la actividad mercantil. Pudiera ser una manera particular de adaptación a la modernidad. Pero en sus varias geografías fragmentadas, los chinos no son únicos y exclusivamente chinos. En Estados Unidos son asiáticos. Y como tales, responden a las representaciones populares que se derivan de las construcciones cognoscitivas de una aristocracia técnica y de una minoría paradigmática. Al igual que los hipotéticos caribeños, ellos forman parte de una multitud de imaginarios diaspóricos contradictorios que se basan en diferentes conceptualizaciones de la patria. Todos esos imaginarios son susceptibles de negociación, inserción estratégica y posiciones contradictorias. Y todos están configurados por las particularidades de su locación específica.

Por tanto, la identidad diaspórica ofrece oportunidad, complicaciones y resquicios. La oportunidad descansa en las posibilidades que ella brinda para elaborar respuestas coherentes a la temporalidad y a la carencia de sedes geográficas exactas de la neoglobalización. Las complicaciones se fundan en la disyunción entre sus múltiples ontologías y sus hermenéuticas esenciales. Los resquicios surgen del fácil acomodamiento al imaginario represivo del "pensamiento racista", que está en las raíces de los privilegios y de la explotación blanca. Los negros no son cantantes, bailarines y actores, ni los chinos, mercaderes. El que la comunicación diaspórica haya llegado a estar basada en estos conceptos de identidad, dice mucho en torno al poder de penetración y la influencia del imaginario hegemónico europeo.

Traducción: José A. Tabares del Real

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 11-19

Didáctica integradora: una experiencia a partir de las raíces pedagógicas cubanas

José Zilberstein Toruncha

De sumo valor teórico para el campo de los **estudios** y la **investigación pedagógicos**, así como trasmisor de reflexiones que aportan útiles aristas para el **conocimiento científico** de la **didáctica** y la **pedagogía**, en las páginas de este artículo el lector contará con ideas para una **"didáctica integradora"** ● ● ● ● ● ●

JOSÉ ZILBERSTEIN TORUNCHA
En la actualidad trabaja como investigador auxiliar y subdirector del Instituto Central de Ciencias Pedagógicas de Cuba, con amplia trayectoria científica en su especialidad.

¡De memoria! Así rapan los intelectos como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril y una especie de librea de las inteligencias.

José Martí

▶ Algunas ideas para la reflexión

Actualmente, en la didáctica existe una insuficiente sistematización, con respecto a las categorías que debe asumir, lo cual ha traído como consecuencia que no siempre se ofrezca a los docentes una posición teórico-metodológica que los oriente en su trabajo diario.

En algunos sistemas educativos se importan acríticamente teorías foráneas, sin tener en

cuenta la propia realidad educativa. Esto hace que, por ejemplo, en América Latina no esté generalizada aún una verdadera concepción didáctica, elaborada a partir de las sabias experiencias de los educadores latinoamericanos.

Tres posiciones en la didáctica y la pedagogía

- En la década del 40 se consideró la *didáctica como una de las ramas de la pedagogía* (Beltrán, 1985; Nassif, 1985), reduciendo esta última a una ciencia empírica.
- Para autores más recientes, la *didáctica sustituye a la pedagogía,* restándole a la pedagogía su carácter de ciencia (Cárdenas, 1991; Zuluaga, 1992).
- Asumimos una tercera posición al incluir a la *didáctica como una de las ciencias de la educación*, en la cual la pedagogía es la ciencia integradora de todas ellas. El objeto de estudio de la didáctica lo constituye el proceso de enseñanza aprendizaje, en su carácter integral desarrollador de la personalidad de los alumnos y alumnas.

Una definición contemporánea de la didáctica deberá reconocer su aporte a una teoría científica del enseñar y el aprender, que se apoye en leyes y principios; la unidad entre la instrucción y la educación; la importancia del diagnóstico integral; el papel de la actividad, la comunicación y la socialización en este proceso; su enfoque integral, en la unidad entre lo cognitivo, lo afectivo y lo volitivo en función de preparar al ser humano para la vida y el responder a condiciones sociohistóricas concretas.

Algunos de los paradigmas que tienen mayor influencia en la didáctica, se enmarcan dentro de la *escuela tradicional*, la *escuela nueva*, el *conductismo*, el *cognitivismo*, la *tecnología educativa*, la *didáctica crítica*, la *concepción dialéctico materialista o integradora,* y más recientemente aparece con mucha fuerza el *constructivismo***,** entre otros.

En América Latina en particular, en los últimos años, se plantean propuestas didácticas que también deberán tenerse en cuenta, tales como el *aprendizaje operatorio* (Hidalgo Guzmán, 1992), la *pedagogía autoactiva de grupos* (Rojas, R., 1995) y la *pedagogía conceptual* (De Zubiría, 1994). (Ver *Desafío Escolar*, vol. 4).

▶ Posición didáctica asumida

Asumimos una *concepción dialéctico materialista o integradora* que se ha ido conformando y sistematizando en los últimos años, a la luz de diferentes investigaciones pedagógicas realizadas, enriquecida con la práctica docente en Cuba, y con lo mejor de las tradiciones pedagógicas nacionales, a partir del pensamiento de Félix Varela y Morales (1788-1853), José de la Luz y Caballero (1800-1862), Enrique José Varona (1849-1933), José Martí Pérez (1853-1895), Carlos de la Torre (1878-1932), Alfredo Aguayo (1866-1948), Ana Echegoyen (1902-), Medardo Vitier (1877-1954), entre otros destacados educadores.

Félix Varela y Morales (1788-1853), considerado "el primero que nos enseño en pensar",[1] introdujo el método explicativo en nuestra enseñanza y "puso todo su empeño en demostrar que resultaba necesario dedicar tiempo de la clase a la enseñanza de las operaciones intelectuales, sobre todo el análisis y la síntesis (...) practicó y recomendó el análisis y la inducción (...) combatió la memorización" del contenido de enseñanza.[2]

José de la Luz y Caballero (1800-1862) fue otro de los cubanos que le dio un gran valor a la práctica en el proceso de aprendizaje, e introdujo la concepción de que en la escuela media debía comenzarse la filosofía, estudiando física (ciencias naturales), siguiéndose un camino opuesto a lo tradicional de la época, pues lo común era empezar por estudiar lógica.

Para "Luz no era correcto enseñar las estructuras de pensamiento vacías, esto es, sin contenidos específicos, como solía suceder en su época; pero insistió que en el proceso de la adquisición de conocimientos particulares no se podía dejar de enseñar las habilidades intelectuales".[3]

---

[1] J. Chávez: *Ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero*.

[2] L. Turner y J. Chávez: *Se aprende a aprender*, 1989.

[3] L. Turner y J. Chávez, ob. cit.

Al referirse a la necesidad de la actividad del alumno, Luz y Caballero planteó que "ejercitándose en más variedad de objetos, y de objetos que requieran comprensión, se desarrollaría también su inteligencia (...) aprovecharse si se quiere de las ajenas observaciones, para atenerse principalmente a las propias: la observación, se ve aquí el germen de todos los talentos y de todas las superioridades".[4]

Uno de los cubanos que dio un gran valor a la enseñanza práctica, pero sin divorciarla de la teoría, fue Enrique José Varona (1849-1933), quien expresó: "Enseñar a trabajar es la tarea del maestro, a trabajar con las manos, con los oídos, con los ojos y después, y sobre todo, con la inteligencia".[5]

Retomamos, además, las ideas del psicólogo ruso Lev Semionovich Vigotski (1896-1934), en lo referente a su "Teoría del desarrollo histórico cultural de la psiquis humana", de otros científicos de ese país, así como de diferentes países del mundo.

Se reconoce que el hombre llega a elaborar la cultura dentro de un grupo social y no sólo como un ente aislado. En esta elaboración, el tipo de enseñanza y aprendizaje puede ocupar un papel determinante, siempre que tenga un efecto *desarrollador* y no inhibidor sobre el alumno.

La didáctica *debe ser desarrolladora;* es decir, conducir el desarrollo integral de la personalidad del alumno, siendo esto el resultado del proceso de *apropiación* (Leontiev, 1975) de la experiencia histórica acumulada por la humanidad. El proceso de enseñanza aprendizaje no puede realizarse teniendo sólo en cuenta lo heredado por el alumno, debe estimarse decisiva la interacción sociocultural, lo que existe en la sociedad, la socialización, la comunicación. La influencia del grupo —"de los otros"— constituye uno de los factores determinantes en el desarrollo individual.

Categorías necesarias para la didáctica: enseñanza, aprendizaje y desarrollo

La enseñanza, el aprendizaje, el desarrollo y la *educación* son categorías estrechamente vinculadas entre sí, entendiendo esta última en su sentido amplio, como "un conjunto de actividades y prácticas sociales mediante las cuales, y gracias a las cuales, los grupos humanos promueven el desarrollo personal y la socialización de sus miembros y garantizan el funcionamiento de uno de los mecanismos esenciales de la evolución de la especie: la herencia cultural".[6]

En su sentido estrecho, la *educación***,** del latín, *educare* (conducir, guiar, orientar) y *educere* (hacer salir, extraer, dar a la luz), es el proceso que se organiza, desarrolla y sistematiza en la institución docente, en función de trasmitir los conocimientos y la experiencia histórico-social de la humanidad y que debe conducir, si se estructura una adecuada enseñanza, a la instrucción, el aprendizaje, el desarrollo y la formación de las alumnas y alumnos. "El fin de la educación no es hacer al hombre nulo, por el desdén o el acomodo imposible al país en que ha de vivir, sino prepararlo para vivir bueno y útil en él".[7]

Mediante el proceso del conocimiento humano (reflejo del mundo circundante por la conciencia), el hombre conoce el mundo, para poder actuar y transformarlo.

La *enseñanza* es el proceso de organización de la actividad cognoscitiva de los escolares, que implica la apropiación por éstos de la experiencia histórico-social y la asimilación de la imagen ideal de los objetos, su reflejo o reproducción espiritual, lo que mediatiza toda su actividad y contribuye a su socialización y formación de valores.

La enseñanza cumple funciones *instructiva, educativa y desarrolladora*, en cuyo proceso debe manifestarse la unidad entre la *instrucción y la educación*. "La enseñanza amplía las posibilidades del desarrollo, puede acelerarlo y variar no sólo la consecutividad de las etapas

---

[4] Ibídem.

[5] Ibídem.

[6] César Coll: *Algunos desafíos de la educación básica en el umbral del nuevo milenio*, III Seminario para Altos Directivos de los Administraciones Educativas de los Países Iberoamericanos, La Habana, 1999, p. 4.

[7] José Martí: *Ideario pedagógico*.

del mismo, sino también el propio carácter de ellas".[8]

El *aprendizaje* es un proceso en el cual participa activamente el alumno, dirigido por el docente, apropiándose el primero de conocimientos, habilidades y capacidades, en comunicación con los otros, en un proceso de socialización que favorece la formación de valores, "es la actividad de asimilación de un proceso especialmente organizado con ese fin, la enseñanza".[9]

*La enseñanza y el aprendizaje constituyen un proceso***,** que está regido por leyes concatenadas (pedagógicas, psicológicas, lógicas, filosóficas, entre otras), las cuales interactúan y se condicionan mutuamente. Estas leyes deben conocerse por los docentes, a los efectos que éste se desarrolle como un sistema.

La *actividad* constituye el modo, específicamente humano, mediante el cual el hombre se relaciona con el mundo. Es un proceso en el cual éste reproduce y transforma creadoramente la naturaleza, a partir de la realidad objetiva mediada por la práctica.

En la actividad está presente la abstracción teórica de toda la práctica humana universal: "es modo de existencia, cambio, transformación y desarrollo de la realidad social. Deviene como relación sujeto objeto y está determinada por leyes objetivas". [10]

Así, por ejemplo, el pensamiento no debe considerarse sólo como una de las funciones intelectuales humanas, como diálogo del individuo consigo mismo, sino como la totalidad de las formas de reflejo de la realidad en los diversos modos de la actividad humana, incluida la actividad *práctica, gnoseológica***,** *valorativa y comunicativa.*

La actividad del hombre contribuye a cambiar el mundo exterior, y esto a su vez es condición para su propia autotransformación, que surge de la lucha entre dos contrarios dialécticos: la actividad del hombre sobre el medio circundante y la influencia de este medio sobre lo que ocurre en el interior del individuo.

En el *proceso de enseñanza aprendizaje, las alumnas y alumnos deben realizar todos los tipos de actividad: práctica, gnoseológica, valorativa y comunicativa***,** pues este proceso, al igual que toda actividad humana, tiene como componentes las necesidades, los motivos, una finalidad, condiciones para obtener esa finalidad y componentes (acciones y operaciones).

Si la conciencia es una forma superior de reflejo de la realidad objetiva, atributo sólo del hombre, la *enseñanza como proceso de organización de la actividad cognoscitiva escolar,* permite que los alumnos asimilen el contenido, las propiedades y cualidades de los objetos y fenómenos originados por las generaciones precedentes; así como que comprendan qué son las "cosas", por qué son así y para qué son (su utilidad e importancia).

Precisamente en la *actividad*, en la *comunicación* con el adulto y los coetáneos (procesos de *socialización*), mediante acciones que, en sentido general, pasan de lo *externo* (material, con objetos) a lo *verbal* (lenguaje interno e externo) y, posteriormente, al plano *interno* (mental), el alumno llega a apropiarse de la experiencia histórico-social de la humanidad.

El resultado del movimiento general del conocimiento del alumno ocurre de lo concreto (material) a lo abstracto (mental), formándose en éste la "imagen ideal" de los contenidos incluidos en la realidad que estudia. Las acciones, primero en el plano material, luego verbal y finalmente mental de lo que el alumno conoce mediante la enseñanza (Galperin, 1982), facilitan que pueda realizar nuevas acciones externas con los mismos contenidos o con otros desconocidos; capacitan para que pueda transformar creadoramente el medio que lo rodea.

Un proceso de enseñanza aprendizaje que estructure de manera adecuada la actividad de los escolares, la actividad de sus analizadores, la expresión de sus sensaciones, entre otros elementos, provocará necesariamente su desarrollo**.** "El primer trabajo del hombre es reconquistarse".[11]

---

[8] Josefina López: *Educación y desarrollo sensorial.*

[9] N. Talizina: *Psicología de la enseñanza*, Editorial Progreso, Moscú, 1988.

[10] R. Pupo Pupo: *La actividad como categoría filosófica,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

[11] José Martí, citado por Justo Chávez en *Libertad*, *inteligencia y creatividad,* no. 81, La Habana, 1992.

El *desarrollo* es todo cambio esencial y a la vez necesario en el tiempo. Como modo de manifestarse, la materia resulta infinita, pero a la vez existe como proceso aislado finito.

Debe verse el desarrollo como un tipo de movimiento con tendencia ascendente, que implica la aparición de lo nuevo con una cualidad superior; se cambia la estructura interna del objeto, fenómeno o proceso.

La fuente del desarrollo radica en la lucha permanente de contrarios dialécticos que interactúan y a la vez mantienen unidad relativa, de forma tal que ambas (unidad y lucha) se tienen que dar para que ocurra el desarrollo.

La contradicción constituye la fuerza motriz del desarrollo, existe independientemente de la conciencia humana, el docente puede enseñar a los alumnos a encontrar las contradicciones, lo que estimulará su desarrollo intelectual.

El sentido ascendente del desarrollo no excluye los retrocesos; sobre todo, en los casos de que en los portadores de los cambios intervenga lo subjetivo, como, por ejemplo, en el proceso de enseñanza aprendizaje la forma en que ocurre el desarrollo es mediante la acumulación de pequeños cambios, no debiéndose ver como una línea continua sino con intermitencia, cuya resultante, como ya se mencionó, es el ascenso.

En el desarrollo, la transformación de uno u otro fenómeno retoma lo anterior, negando dialécticamente lo nuevo a lo viejo. Este proceso se comporta como un "espiral", en el cual en una fase más alta se retoman particularidades de las fases inferiores. Esta concepción se opone a los puntos de vista metafísicos, que consideran el desarrollo como simple aumento o disminución, sin comprender su carácter contradictorio, también a las posiciones clásicas del conductismo de no atender en el desarrollo humano, al aspecto cualitativo interno, sino sólo a la conducta observable.

El desarrollo intelectual es un *resultado del proceso de desarrollo de la persona en su interacción con el medio social.* En la etapa escolar, en el proceso de enseñanza aprendizaje se da la unidad de contrarios, concretamente entre lo que conoce el alumno y lo nuevo, lo que sabe y puede ya hacer y lo que aún no sabe y no logra hacer, lo que actúa como fuerza impulsora o motriz. Verlo así nos lleva a interpretar el desarrollo escolar desde el punto de vista interno, como automovimiento. Lo nuevo "aprendido" por el alumno niega dialécticamente lo anterior y constituye, a su vez, fuente de nuevas contradicciones que influirán en su desarrollo.

En el proceso docente, la interacción no sólo se da entre el alumno y el profesor, sino entre los propios alumnos, con la familia, con los integrantes de la comunidad. Debemos ver esto como una concatenación, en estrecho vínculo de interacción mutua.

Resulta necesario materializar la concepción de la *enseñanza y el aprendizaje como un proceso*, en el cual interactúan, aprenden mutuamente, *alumnos y docentes*, tal como se ha considerado en las tradiciones pedagógicas cubanas.

El proceso de enseñanza aprendizaje debe lograr formar personalidades que *busquen* el conocimiento y lo apliquen con carácter creador en beneficio de nuestros pueblos americanos, que se conozcan a sí mismos y aprendan cómo autorregularse; que sientan, amen y respeten a sus semejantes; que se expresen libremente y con conocimiento de causa de lo que dicen y hacen; hombres que, como dijera José Martí, digan lo que piensan y lo digan bien.

Somos partidarios de una *enseñanza desarrolladora*, que promueva un continuo ascenso en la calidad de lo que el alumno realiza, vinculado de manera inexorable al desarrollo de su personalidad.

Esta enseñanza llega a establecer realmente una unidad entre la *instrucción*, la *educación* y el *desarrollo*, le da un peso decisivo, en el desarrollo de los escolares, a la influencia de la sociedad, a la trasmisión de la herencia cultural de la humanidad, mediante la escuela, las instituciones sociales, los padres y la comunidad.

Este modo de enseñanza contribuye a que *cada alumno no sólo sea capaz de desempeñar tareas intelectuales complejas, sino que también se desarrolle su atención, la memoria, la voluntad, a la vez que sienta, ame y respete a quienes lo rodean y valore las acciones propias y las de los demás.*

Será necesario transformar la escuela actual, adoptar una nueva postura educativa de mayor alcance y potenciadora de valores culturales, sociales y morales, y transformar nuestros tradicionales procedimientos de enseñanza.

La enseñanza desarrolladora debe trabajar no sólo por potenciar la *"zona de desarrollo próximo"* (Vigotski) de cada estudiante, sino también actuar sobre la *"zona de desarrollo potencial del grupo"* (Zilberstein, 1995) al cual pertenece. En investigaciones realizadas como parte del proyecto cubano TEDI (1993-1997) pudimos comprobar que, favoreciendo los procesos de comunicación en los grupos de estudiantes, además de motivarlos a aprender, se constituía en una "fuerza" que los "impulsaba" a realizarlo.

Estimular la "zona de desarrollo potencial del grupo" conlleva al planteamiento de metas comunes, intercambio de opiniones, acciones de autocontrol, control y valoración colectiva, discusión abierta, respetando los criterios y puntos de vista de los demás, todo lo cual favorece un aprendizaje reflexivo y creativo.

En los últimos 30 años, diferentes autores en Cuba se han referido a este tipo de enseñanza que promueva el desarrollo de los escolares: J. López (1974, 1989), A. Labarrere (1977), M. López (1989), M. Martínez (1990), O. González (1992), M. Silvestre (1992), L. Morenza (1993), entre otros. Muchos de ellos a partir de las ideas de L. S. Vigotski (1896-1925).

Una enseñanza y un aprendizaje que tengan en cuenta su efecto en el desarrollo escolar, permitirán formar una *nueva generación de hombres que contribuya a la transformación creadora del mundo que necesita la humanidad a las puertas del siglo* XXI, *que sean más sabios no sólo porque tengan más conocimientos, sino también porque amen y respeten a sus semejantes, protejan su entorno y transformen la naturaleza de manera creadora.*

▶ Objeto de estudio y categorías de las que deberá ocuparse la didáctica integradora

Creemos necesario plantear la necesidad de redefinir el *objeto de estudio de la didáctica*, que ha sido limitado por numerosos autores al proceso de enseñanza, centrando la atención sólo en el docente (Álves de Mattos, 1966; O. Smith, 1971), estimamos que éste debe ser *el proceso de enseñanza aprendizaje,* en su carácter integral desarrollador de la personalidad de los alumnos y alumnas, expresándose la *unidad entre instrucción, enseñanza, aprendizaje, educación y desarrollo.*

El proceso de enseñanza aprendizaje constituye la vía mediatizadora esencial para la apropiación de conocimientos, habilidades, hábitos, normas de relación, de comportamiento y valores, legados por la humanidad, que se expresan en el contenido de enseñanza, en estrecho vínculo con el resto de las actividades docentes y extradocentes que realizan los estudiantes (Zilberstein, 1999).

Didáctica integradora

- Centra su atención en el docente y en el alumno, por lo cual su *objeto* de estudio lo constituye el *proceso de enseñanza y aprendizaje*.
- Considera la *dirección científica* por parte del maestro *de la actividad cognoscitiva, práctica y valorativa de los alumnos*, teniendo en cuenta el nivel de desarrollo alcanzado por éstos y sus potencialidades para lograrlo.
- Asume que *mediante procesos de socialización y comunicación se propicie la independencia cognoscitiva y la apropiación del contenido de enseñanza* (conocimientos, habilidades, valores).
- Forma un *pensamiento reflexivo y creativo, que permita al alumno "llegar a la esencia", establecer nexos y relaciones y aplicar el contenido a la práctica social*, de modo tal que solucione problemáticas no sólo del ámbito escolar, sino también familiar y de la sociedad en general.
- Propicia la valoración personal de lo que se estudia, de modo que *el contenido adquiera sentido para el alumno y éste interiorice su significado.*
- Estimula el desarrollo de estrategias que permiten regular los modos de pensar y

actuar, que contribuyan a *la formación de acciones de orientación, planificación, valoración y control.*

Para poder ofrecer a los docentes una guía acertada en su labor diaria, la didáctica deberá asumir a partir del fin y objetivos de la educación para cada país y tipo de enseñanza, las categorías: objetivos, contenido, métodos y procedimientos, medios de enseñanza, formas de organización y evaluación.

Estas categorías que se han aceptado en los últimos años por la pedagogía cubana, deberán seguir sistematizándose por la práctica y la teoría pedagógica y enriquecerse con las investigaciones realizadas por los propios docentes e ir conformando una didáctica que asuma *principios generales* que orienten al educador, teniendo en cuenta el contexto sociohistórico concreto de cada país, sin desconocer las peculiaridades de cada región, centro docente en particular y de los propios estudiantes.

"Los *principios de la enseñanza* son la base o fundamento que orientan la actividad del maestro y el carácter de la actividad cognoscitiva del alumno. Ellos expresan los aspectos internos, sustanciales, de ambos factores del proceso docente, y determinan la efectividad de la enseñanza. A su vez recogen determinadas leyes objetivas que rigen dicho proceso".[12]

Numerosos autores de los países apuntados, que asumen como posición teórica el "enfoque histórico cultural", identifican los principios didácticos como principios de enseñanza (Danilov, 1975; Savin, 1972; Klinberg, 1972; G. Labarrere, 1988), por lo cual, aunque con diferentes términos, todos de una forma u otra *plantean que los principios son guía, posiciones rectoras, postulados generales, normas para la enseñanza*.

"Los conocimientos que construyen en su forma más general, se fijan en forma de *principios didácticos*, es decir, reglas generales sobre cómo se debe realizar el proceso de enseñanza aprendizaje en las condiciones dadas y para los objetivos dados."[13]

A partir de la práctica cotidiana en las escuelas y de su vínculo con la teoría didáctica, se proyectan los rasgos esenciales que caracterizan el proceso de enseñanza aprendizaje, los cuales se expresan en forma de *principios didácticos;* es decir, reglas generales sobre cómo debe transcurrir este proceso, para objetivos dados y en condiciones determinadas.

Los *principios didácticos* son *aquellas regularidades esenciales que rigen el enseñar y el aprender, que permiten al educador dirigir científicamente el desarrollo integral de la personalidad de las alumnas y alumnos, considerando sus estilos de aprendizaje, en medios propicios para la comunicación y la socialización, en los cuales el ámbito del salón de clases se extienda en un continuo a la familia, la comunidad y la sociedad en general.*

El *objetivo* (*¿para qué enseñar y para qué aprender*?) es la categoría rectora del proceso de enseñanza aprendizaje, define el encargo que la sociedad le plantea a la educación institucionalizada. Representa el elemento orientador de todo el acto didáctico, la modelación del resultado esperado, sin desconocer el proceso para llegar a éste (en un nivel de enseñanza, en un grado, en una asignatura, una clase o un grupo de clases).

Los objetivos deben enunciarse en función del alumno, de lo que éste debe ser capaz de lograr en términos de aprendizaje, de sus formas de pensar y sentir, y de la formación de acciones valorativas. Sus elementos constitutivos son: las *habilidades* a lograr (acciones y operaciones), los *conocimientos*, las *acciones valorativas*, las *condiciones en las cuales ocurrirá la apropiación* (nivel de asimilación, medios a utilizar, entre otros).

La determinación de los objetivos debe tener un carácter de sistema, a partir de las necesidades sociales y las características de los alumnos.

El *contenido* (*¿qué enseñar y aprender*?) expresa lo que debe apropiarse el estudiante, está formado por los *conocimientos*, *habilidades, hábitos, métodos de las ciencias, normas de re-*

[12] S. P. Baranov: *Didáctica de la escuela primaria*.

[13] Centro de Desarrollo Educativo del Ministerio de Educación, Jornadas Pedagógicas, documento Base, p. 23.

lación con el mundo y valores que responden a un medio sociohistórico concreto. El contenido cumple funciones *instructivas, educativas y desarrolladoras*, tal como expresara José Martí: "No hay buena educación sin instrucción, las cualidades morales suben de precio cuando están realizadas por las cualidades inteligentes".[14]

En cada momento del proceso de enseñanza aprendizaje deben precisarse los objetivos a lograr y en función de éstos el contenido, o la parte de éste que se trabajará por el profesor y los alumnos.

En la determinación del contenido de un currículo, programa o asignatura resulta de gran utilidad la experiencia de investigaciones cubanas (ICCP, 1985) en la precisión previa de las *ideas rectoras o invariantes*, que constituyen las máximas generalizaciones que expresan el sistema de conocimientos, los métodos y las técnicas de trabajo de la asignatura en cuestión.

Para la apropiación de cada idea rectora, los alumnos deben dominar un *sistema de conceptos y habilidades;* por ello, en la planificación didáctica deberán quedar precisados qué *conceptos principales o fundamentales*, cuáles *secundarios* y cuáles *antecedentes* se tratarán, así como las *habilidades generales y las específicas* a desarrollar.

Como parte del contendido de enseñanza, la *habilidad* implica el dominio de las formas de la actividad cognoscitiva, práctica y valorativa; es decir, "el conocimiento en acción".

Diversas investigaciones reconocen que en la base de las habilidades están los conceptos (Brito, 1984; Valera, 1990; Venguer, 1978) y que éstos se expresan de manera concreta en las habilidades que se desarrollen en el estudiante. Por ejemplo, el dominio de la definición de ecosistema no significa el "poder" repetir mecánicamente una frase, sino que implica la posibilidad de actuar, de aplicarlo a nuevas situaciones, de valorar su importancia para sí mismo y para la sociedad.

En experiencias realizadas con estudiantes de la escuela básica cubana, hemos confirmado la posición de que las habilidades se forman en la *actividad*, por lo cual el docente, para dirigir de manera científica este proceso, debe conocer sus componentes funcionales; es decir, las *acciones* y *operaciones* que debe realizar el alumno, las cuales deben estructurarse teniendo en cuenta que sean *suficientes;* es decir, que se repita un mismo tipo de acción, aunque varíe el contenido teórico o práctico; que sean *variadas*, de forma tal que impliquen diferentes modos de actuar, desde las más simples hasta las más complejas, lo que facilita cierta "automatización" y que sean *diferenciadas*, en función del desarrollo de los alumnos y considerando que es posible "potenciar un nuevo salto" en el dominio de la habilidad.

Si no se toma en cuenta el enfoque anterior, el alumno ejecuta diferentes acciones anárquicamente organizadas, lo cual impide su sistematización y el desarrollo de las habilidades.

En las clases de una u otra asignatura, algunos docentes utilizan procedimientos muy diferentes para desarrollar habilidades que tienen un carácter general, lo que provoca, que por ejemplo, en geografía no se exige observar, comparar o clasificar de la misma manera que se solicita en biología, historia, matemática u otra asignatura. Esto produce el efecto de "estancos" que no permiten al alumno aprender "procedimientos generalizadores" y trae, por consiguiente, que no puedan trasladar esos procedimientos a nuevas situaciones, se opera en función de "exigencias tradicionales" de los exámenes y no de la aplicación en la vida.

Deberán sustituirse los procedimientos excesivamente específicos por *procedimientos generalizados;* es decir, trabajar por el desarrollo de *habilidades generales* o de grupos de habilidades específicas, de modo que, al aprender estas habilidades, se asimilen las específicas que las forman.

La apropiación de habilidades generales conduce a la formación de un pensamiento teórico; es decir, que pueda operarse con generali-

[14] J. Martí, citado por C. Álvarez: *Fundamentos teóricos de la dirección del proceso de formación del profesional de perfil amplio*, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1988, p. 14.

zaciones teóricas, con conceptos, leyes, principios generales, con la esencia del conocimiento. Si sólo se desarrollan habilidades específicas, el tipo de pensamiento que se forma es empírico.

El *método* (*¿cómo enseñar y cómo aprender*?) constituye el sistema de acciones que regula la actividad del profesor y los alumnos, en función del logro de los objetivos. Teniendo en cuenta las exigencias actuales, debe vincularse la utilización de *métodos reproductivos* con *productivos*, procurando, siempre que sea posible, el predominio de estos últimos.

En unidad dialéctica con los métodos se hallan los *procedimientos didácticos*, categoría poco sistematizada en la literatura pedagógica. Nos pronunciamos por el empleo de *procedimientos didácticos desarrolladores*.

Los procedimientos didácticos deben constituir un sistema, junto a los métodos de enseñanza, en correspondencia con los objetivos que el educador se proponga. Su aplicación debe ser creadora, nunca "esquemática" o aislada del contexto en el cual se desarrolla; deben atender al contenido de enseñanza; es decir, no utilizar los "procedimientos, por desarrollar una habilidad en sí", sino por su necesidad real en el proceso de enseñanza aprendizaje, velando porque siempre se manifieste la unidad entre instrucción y educación.

Los *medios de enseñanza* (*¿con qué enseñar y aprender*?) están constituidos por objetos naturales o conservados o sus representaciones, instrumentos o equipos que apoyan la actividad de docentes y alumnos en función del cumplimiento del objetivo.

Las *formas de organización* (*¿cómo organizar el enseñar y el aprender*?) son el soporte en el cual se desarrolla el proceso de enseñanza aprendizaje, en ellas intervienen todos los implicados: alumno, profesor, escuela, familia y comunidad.

La *clase* deviene la forma de organización fundamental, aunque en la actualidad se conciben otras que adquieren un papel determinante en el "enseñar a aprender".

La *evaluación* (*¿en qué medida se cumplen los objetivos*?) es el proceso para comprobar y valorar el cumplimiento de los objetivos propuestos y la dirección didáctica de la enseñanza y el aprendizaje en sus momentos de orientación y ejecución. Deberán propiciarse actividades que estimulen la autoevaluación por los estudiantes, así como las acciones de control y valoración del trabajo de los otros.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 20-26

Herencia y racionalidad. Acerca de la doble moral de los propietarios cubanos de esclavos

Manuel Barcia Paz

Como **escenas constantes** en los finales del siglo XVIII y en su proyección a la siguiente centuria, los **barcos negreros** llegaban a la **Isla**. El **aumento azucarero** llenaba las **arcas de los propietarios**. Acerca de una temática conocida, pero analizada desde la arista **"de la doble moral"** de **propietarios de esclavos,** este artículo se nos presenta con sugerentes precisiones que **motivan** la profundización en su **estudio**. ● ● ● ● ● ● ● ●

SEBASTIÁN: Pero vuestra conciencia...

ANTONIO: ¡Bah Señor! ¿Dónde yace ésa? Si fuese un Sabañón me obligaría a ponerme pantuflas; pero no siento en mi pecho esta deidad.

¡Veinte conciencias que se interpusieran entre Milán y yo se calcinarían y derretirían antes de dirigirme el menor reproche (...)!

William Shakespeare
La tempestad acto II, escena I.

Por qué tener esclavos resultó una pregunta absurda en Cuba desde finales del siglo XVIII. Tan evidente era la respuesta que cualquiera que se le hubiese ocurrido formularla por entonces, habría recibido el calificativo de ignorante, sino el de loco. Como bien se conoce, a comienzos de la última década del siglo XVIII aumentó la introducción de negros africanos en la Isla con el clarísimo objetivo de elevar la producción azucarera y, por supuesto, de enriquecer las arcas personales.

Manuel Barcia Paz
Investigador en el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad, es hoy día uno de los jóvenes historiadores que trabajan con sistematicidad en el conocimiento y desarrollo de la historia nacional.

A partir de este momento, tener esclavos se convirtió en un asunto de gran importancia para todo aquel que tuviese aspiraciones de elevar su nivel de vida. Recordemos que, más allá de las labores domésticas que aquéllos resolvían, el aumento de los capitales de la incipiente oligarquía esclavista criolla dependía, por completo, de la fuerza de trabajo esclava.

Sin embargo, para los hijos de España, hijos a su vez de la Santa Madre Iglesia católica, debió resultar sumamente conflictiva la conciliación de sus creencias religiosas, fuertemente marcadas por los sentimientos humanistas inherentes al cristianismo, con las necesidades económicas y las oportunidades de enriquecimiento que se abrían ante ellos.[1]

Para los líderes más progresistas de estos sectores, el conflicto debió ser aún más intenso y duradero, pues las pujantes ideas ilustradas de por entonces, de las cuales se nutrían, no daban cabida a tan contrarias actitudes.

Desde fines del siglo XVIII, los propietarios de esclavos de la Isla dieron palpables muestras de lo que podríamos llamar "justificación" de su dicotómica conducta. Así vemos como, en una carta elevada al Rey en enero de 1790, los hacendados criollos culpan a los negros africanos de todos los desafueros imaginables, mientras elevan su propia conducta, poniendo como ejemplo lo sucedido a un noble criollo cuando trató de confraternizar con sus siervos: "Queriendo un jueves santo, el primer Conde de Casa-Bayona exercitar la humildad de la ceremonia del día, labó los pies a doce esclavos de su yngenio, les dió la mesa y sirvió, o porque no se lo proporcionaron otros pobres, o porque con sus siervos abatía más su persona y se les recomendaba mejor; pero no le sucedió así porque abusando aquellos del beneficio y del obsequio de su Señor, se resistieron después a trabajar. Fue preciso usar de alguna fuerza, quando se experimentó inútil la blandura y persuación. Entonces ellos de una vez levantaron la serviz, convocaron otros a tumulto, se sublevaron, insultaron aquel yngenio y otros colindantes...".[2]

Estas contradicciones permanecieron, a lo largo del siglo XIX, entre quienes pretendían pasar por intelectuales ilustrados, pero que en el fondo no eran muy diferentes a sus colegas iletrados. No debe olvidarse la existencia de una generación de hombres que asistieron a la transformación radical del mundo donde habían nacido. En Cuba, por sólo mencionar un par de ejemplos, ambos dueños de esclavos, Tomás Romay y Francisco de Arango y Parreño, eran apenas unos niños de 12 y 11 años de edad cuando las "Trece Colonias" comenzaron su camino a la independencia absoluta. Años más tarde contemplaron perplejos como, simultáneamente, se suscitaban las revoluciones francesa y haitiana, que tanto cambiarían el estado de cosas para la colonia que los vio nacer. Uno de ellos, Arango y Parreño, sería uno de los principales promotores de la política de la suplantación de *Saint Domingue* en el mercado internacional del azúcar. Poco después veían como, tras la pérdida de dos reyes, Napoleón Bonaparte les imponía en el trono a su hermano José. Y lo que es más, fueron testigos y artífices de la permanencia de Cuba en la condición de colonia, mientras, a su alrededor, el resto de América se independizaba de la corona española.

Eran hombres cultos, letrados, duchos en cuestiones científicas y humanistas, admiradores de la poesía y algunos de ellos profundamente religiosos. Mas, se enfrentaban a algo que los superaba, algo que los llevaba a moverse dentro de parámetros que, en otras condiciones, hubieran evitado por todos los medios posibles e, incluso, criticado. El dilema era grave, gravísimo.

---

[1] En 1820, el visitante inglés Robert Jameson significaba: "es posible encontrar aquí muchos traficantes de esclavos honorables y dueños de esclavos de mentalidad liberal". Robert Jameson: *Letters from the Havana, during the year 1820; containing an account of the present state of the island of Cuba, and observations on the slave trade,* London, pr. for John Miller, 1821, Carta II, p. 19.

[2] Archivo Nacional de Cuba: Real Consulado y Junta de Fomento, leg. 150, exp. 7426.

Así comentaba sobre sus antecesores en 1882 el linajudo matancero Francisco Ximeno: "no quiero denigrar la memoria de nuestros padres, y conozco como motivo principal, disculpable hasta cierto punto, su falta de instrucción, el deseo vehemente de enriquecerse y la falsa idea que tenían de la personalidad del negro, sólo estimado como maquina de rudos trabajos, fácil de reemplazar. Entonces era frecuente la inicua frase: *con sangre se hace azúcar*, no sólo en boca de los que usaban faldetas, sino de muchos que vestían casacas".[3]

Las críticas palabras de Ximeno dejan al desnudo cierto rencor hacia esos padres y abuelos que habían amasado las grandes fortunas gracias a las cuales vivían holgadamente él y sus contemporáneos. También muestran piedad de la ignorancia bajo la cual habían vivido sus antecesores, causa última, en su opinión, de los graves castigos y de las innumerables muertes ocurridas entre los esclavos en los campos de Cuba durante el extenso período que va desde mediados del siglo XVIII hasta finales del XIX.

De igual modo, tardíamente, a principios de 1855, José Luis Alfonso escribía a Salustiano Olózaga acerca de la trata africana, tildando a ésta de "piratería, de onerosísima aun para aquellos que supuestamente se favorecían con la utilización de los negros bozales en las labores agrícolas...".[4] Finalmente concluía autodefiniéndose como esclavista, aun cuando no empleaba negros bozales en sus fincas.

La cita de Alfonso refleja de manera cristalina la posición de los propietarios de esclavos herederos, a la vez, de la esclavitud como vía de desarrollo y de las ideas más progresistas de por entonces. Alfonso criticaba la trata severamente y, sin embargo, no podía deshacerse de la inevitable carga que significaba la economía basada en la fuerza de trabajo esclava heredada de su padre. Su lucha era la lucha sostenida por todos los que como él, se encontraban en la disyuntiva de escoger entre los palpables beneficios económicos y la necesidad de ser civilizados, quienes como él eran víctimas del dilema entre el bolsillo y el corazón, del cual no se libraron mientras permaneció un esclavo en los campos de Cuba.

El pretexto de la civilización y de la cristianización de los africanos "paganos", vino como anillo al dedo a los esclavistas criollos desde los inicios de la introducción de negros en Cuba. El primer asunto que debían resolver era reafirmar el carácter salvaje de sus catecúmenos. Así, en la antes citada carta al Rey de 1790, se alegaba sobre ellos: "Son bárbaros, osados, ingratos a los beneficios; Nunca dexan los resabios de la gentilidad; el buen trato los insolenta; su genio duro y aspero; mucha parte de ellos no olvidan el herror de la transmigración pitagórica con que se alimentaron desde su infancia. Por eso temen poco ser homicidas de si mismos; son propensos a la desesperación, al tumulto, al robo, a la embriaguez, alevosos incendiarios e inclinados a toda especie de vicios (...) Ellos han dado muerte alevosa a sus amos y mayorales. Ellos en una ocasión sacaron el corazón al que los gobernaba, azándolo hicieron deleitoso plato de su ira...".[5]

La misión civilizadora se tornó el eje fundamental para sostener una actitud de intolerancia y represión hacia los negros traídos de África. Construir esta imagen llevó tiempo y necesitó de una fundamentación que legitimase la necesidad de tales comportamientos no muy "católicos" que digamos.[6]

Así, se recurrió a la evocación de un espacio anacrónico para enmarcar, rígidamente, el discurso blanco sobre la condición social del negro. Esta evocación existió durante todo el pe-

---

[3] Francisco Ximeno a Vidal Morales. Matanzas, 22 de julio de 1882. Ver Vidal Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, Cultural S.A., La Habana, 1931, t. I, pp. 302-303; Robert L. Paquette: *Sugar is Made with Blood. The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 1988, pp. 221-222, 246, 257-260.

[4] María del Carmen Barcia: *Burguesía esclavista y abolición,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p. 59.

[5] Archivo Nacional de Cuba: Real Consulado y Junta de Fomento, leg. 150, exp. 7426.

[6] Otra vez, el inglés Jameson con ojo crítico cala hondo en las fisuras de la sociedad habanera de la época:

(continúa)

ríodo colonial, incluso luego de finalizar la esclavitud, y todavía hoy podemos encontrar elementos perfectamente identificables de ella en nuestra sociedad. El salvajismo milenario de aquellos que eran traídos para sustentar la producción y para resolver las necesidades de los propietarios blancos, fue situado en contraste con la también milenaria cultura occidental europea, marcada por el progreso en materias humanísticas, por una religión monoteísta que encarnaba los más altruistas valores y por un adelanto técnico muy superior al de sus congéneres africanos. Wenceslao de Villaurrutia, genuino representante de los propietarios de esclavos cubanos definió, amparándose en la ciencia y la historia de la humanidad, el concepto de superioridad del blanco en una sola, pero suficiente, frase: "Todas las razones en el mundo fundadas en la historia, fisiología y moral han probado que el negro no es un hombre como el hombre blanco".[7]

Andando este camino se elaboró e institucionalizó un discurso peyorativo sobre el negro, su carencia de habilidades, su feroz carácter, su mala disposición contra los amos, sus costumbres bárbaras y su mal comportamiento social. Los principales fines que se perseguían con este discurso eran: a) demostrar teóricamente la necesidad social de la dependencia del negro salvaje del blanco civilizado; b) justificar los castigos, en aras de obtener de los esclavos una mayor productividad; c) establecer una férrea disciplina y un riguroso control sobre los esclavos, y d) justificar la división social del trabajo existente.

Al ser amenazada la trata negrera por las leyes internacionales, también comenzó a desempeñar un papel determinante la justificación de la importación de hombres del continente africano. La misión civilizadora estuvo refrendada por el adoctrinamiento de la religión cristiana a los siervos traídos a las nuevas tierras. El negro bozal necesitaba ser civilizado y para esto resultaba imprescindible que se convirtiese al cristianismo: a) bautizándose y tomando un nombre cristiano, creando así un fetiche con cada bautismo; b) aprendiendo los preceptos católicos y participando en las solemnidades y fiestas religiosas, y c) recibiendo cristiana sepultura en camposantos a menudo separados de los reservados para los blancos.

Con la asunción de tan peculiares medidas, los esclavistas intentaban redimirse de sus pecados, adoptando una posición amparada en el discurso paternalista que se sustentaba en la incapacidad del negro para integrarse a la sociedad. Para los propietarios de esclavos constituía una "verdad" defendida a toda costa, el hecho de que los africanos importados corrían en Cuba mejor suerte que en su tierra de origen. A pesar de hallarse en un sistema de servidumbre, su suerte era ventajosamente comparada con la de los esclavos de las colonias inglesas, portuguesas y francesas, e, incluso, con la de los campesinos y obreros europeos. Ya en 1791, Francisco de Arango y Parreño apuntaba sobre el trato a los esclavos en Cuba: "Los franceses los han mirado como bestias y los españoles como hombres. El principio de aquellos amos y aun de su

---

(viene de la página anterior)

"Por el momento solamente puedo decirle que un médico pomposamente aconseja a su paciente que sude cuatro camisas o que permanezca en el baño durante tres padres nuestros y un ave maría; que los curas están tan gordos y prósperos como en el siglo XV; que un judío no puede aparecerse en la isla sin correr riesgo de perder la vida; que las vallas de gallos han resultado lo bastante valiosas para convertirse en monopolios reales y que anualmente se importan más de 10,000 juegos de naipes!" Jameson: *Letters from the Havana, during the year 1820...,* ed. cit., Carta III, p. 104.

[7] Informe de Wenceslao de Villaurrutia. Paquette: *Sugar is Made with Blood..,* ed. cit., p. 98. Entre los blancos de la isla de Cuba resultaba sumamente común la asimilación ex profeso de los términos negro y esclavo. Dicho de otra manera, ellos confundían convenientemente la raza con la posición social de los negros y mulatos, ya fueran africanos o criollos. Hablar de negros era lo mismo que hablar de esclavos. Para ellos, ambas categorías estaban revestidas de las mismas características distintivas. Sin embargo, en el caso de los libres, el lenguaje se iba hacia los extremos. Entonces se empleaban términos más o menos graves, de acuerdo con las circunstancias en las cuales se elaboraba el discurso.

legislación negrera, ha sido siempre el excesivo rigor, infundir a sus esclavos todo el temor que se pueda, creídos de que de este solo modo, era capaz un blanco de gobernar cien negros en el centro de los bosques y en medio de unas tareas tan fuertes y tan continuas.

"De aquí el derecho de prisión, el de mutilación, el de vida y muerte, y en fin todo lo que hay de más bárbaro en la legislación de Lacedonia y de Roma para tratar sus esclavos, y así no debe extrañarse ver repetidas en las llanuras del Guarico las mismas guerras de esclavos que ocuparon y pusieron en tanto riesgo a los romanos, mientras que no suavizaban la suerte de aquellos infelices y les dieron todos los consuelos posibles o compatibles con la seguridad de los amos. Estos fueron la vigilancia del magistrado para que fuesen bien tratados; la abolición del derecho de mutilar y matar; la facultad de quejarse del amo cruel o que no los alimenta competentemente; la de mudar en tal caso a otro cualquiera y el establecimiento de medios para llegar a ser libres.

"De todos estos recursos carece en la colonia francesa el negro, y ninguno de ellos le falta en las nuestras, tanto porque se lo dan las leyes, como porque los amos cuidan de observarlos por su utilidad; de modo que los esclavos de La Habana se hallan hoy con todos los auxilios y bienes que pudieran conseguir los más felices del mundo, y nuestras leyes civiles han balanceado perfectamente los dos extremos que son los abusos de propietarios y el fomento de la insubordinación e insolencia del esclavo...".[8]

Los objetivos de Arango eran fundamentalmente dos. El primero y, a mi juicio, principal, vender una imagen idealizada de la vida del esclavo en Cuba con el traslúcido objetivo de lograr prerrogativas con respecto a la continuación de la comercio legal de éstos. El segundo, librarse del peso de la opinión internacional "civilizada", lidereada por los abolicionistas ingleses, sobre su conciencia. Defender públicamente la existencia de la esclavitud y mostrarse cómplice de ella debió resultar harto difícil para hombres que, como Arango y Parreño, se habían formado en un ambiente liberal e ilustrado, profundamente progresista en todos sus aspectos, exceptuando éste; del cual dependían precisamente sus expectativas de progreso económico. Este, que afectaba sus conciencias y que aumentaba sus caudales.

La postura caricaturesca del "buen cristiano" no podía sostenerse por sí misma. De esta forma, los propietarios de esclavos se vieron en la disyuntiva de acceder a la concesión de derechos a los esclavos para limpiar de alguna forma el manto oscuro que llevaban sobre sí.[9] La creación y conservación de una nueva imagen devino un asunto de vital importancia a medida que transcurría el tiempo.

La racionalidad del mal tratamiento y de los castigos se venía abajo por su propio peso y, de este modo, se aprovecharon las oportunidades que aparecieron para reprimir, amparándose en el fantasma de las conspiraciones de negros.

El siglo XIX cubano fue recorrido de cabo a rabo por el fantasma de la Revolución haitiana. Todavía en 1912, casi 30 años después del fin de la esclavitud, la guerra de razas era una posibilidad palpable en la realidad cubana. A todo lo largo del siglo XIX, cada conato, cada sublevación, cada homicidio, cada conspiración, se consideraban como tangenciales amenazas para la seguridad de la Isla, léase de los blancos, y se relacionaban de manera inevitable de un modo u otro con los hechos ocurridos a finales del siglo XVIII en la isla vecina.

Cuando alguna de estas conspiraciones era descubierta, los castigos resultaban particular-

[8] Francisco de Arango y Parreño: "Representación hecha a S.M. con motivo de la sublevación de esclavos en los dominios franceses de la Isla de Santo Domingo, 20 de Noviembre de 1791", en Francisco de Arango y Parreño: *Obras,* Habana, 1888, t. I, p. 49. No cabe la menor duda de que Arango olvidaba de manera intencional el *Code Noire* francés el que, a pesar de haber sido promulgado un siglo antes, era sumamente parecido al Código Negro español. La destreza de Arango para "resolver" los problemas de su tierra nunca deja de sorprendernos.

[9] Al validarse canales legales se otorgaba a los siervos un conjunto de derechos que ellos supieron llevar a la práctica efectivamente. Así apareció un importante grupo de hombres libres "de color" que llegó a desempeñar papeles protagónicos en diferentes oportunidades dentro de Cuba y cuyo número aumentó de manera constante entre 1790 y 1886.

mente severos. Los fiscales que, antes de estampar sus firmas en las breves misivas al presidente de la Comisión Militar, escribían con mayúsculas el nombre de Dios, eran los mismos que minutos después arrancaban confesiones a partir de salvajes torturas. Los mismos aristócratas que iban a misa y confesaban cada mañana de domingo luego de tomar el ritualístico chocolate caliente, en la tarde, entre bocanada y bocanada de humo, comentaban aterrorizados sobre el brutal comportamiento de los negros, pidiendo para ellos las más severas penas en orden de no tener otro *Saint Domingue* en esta Isla. Los mismos hombres de campo que se persignaban ante la tormenta o ante la posibilidad del despido, castigaban con el manatí al esclavo prófugo o rebelde hasta hacerle saltar las tiras del pellejo. En cada ocasión se fabricaba una imagen prediseñada que no podían asumir por completo. Este aberrado comportamiento los arrastraba a una zona de ambivalencia que, en aquellos momentos, les impedía garantizarse íntegramente una identidad con parámetros definidos.

Un personaje como Domingo del Monte, imbuido en las más liberales ideas del continente desde principios de la década de 1820, considerado un mecenas de las letras en Matanzas y La Habana, capaz de recaudar la suma necesaria para sustraer de la servidumbre al poeta Juan Francisco Manzano y darle empleo como pastelero, era el mismo que conseguía un ventajosísimo matrimonio con Rosa Aldama, hija de uno de los hacendados de mayor fortuna a la sazón en Cuba. El mismo que construía, con sudor esclavo, el magnífico palacete donde, paradoja de la vida, nunca llegó a vivir por verse involucrado en el proceso de La Escalera. El mismo que, en su correspondencia con Alexander Hill Everett se "destiñó" con sus opiniones acerca de la abortada conspiración de La Escalera, de la cual, todo lo indica, era uno de los principales instigadores.

El miedo, una y otra vez, resultaba el protagonista de esta obra. José María Martínez de Campos, conde de Santovenia, contemplaba aterrado el posible cambio social que implicaba la emancipación de los esclavos cuando reproducía el tantas veces escuchado discurso acerca del "peligro negro": "El estado de libertad debe ser atendido como un gran mal para la esclavitud en sí misma; porque todos los fundamentos de nuestra existencia civil podrían rápidamente desaparecer; porque nuestra agricultura podría ser destruida desde sus mismas raíces; mientras nuestro comercio y nuestro capital deberían salir en busca de canales más prometedores para su aplicación; y tambien porque nuestros desbandados esclavos, cuando se encontrasen sin disciplina que los contenga, ignorantes, viciosos y vengativos, exterminarían los remanentes de nuestra población blanca que no hubiesen podido huir del peligro. Así que nuestra bella Cuba volvería a su condición primitiva, sin cultivos y llena de bárbaros, perdida a la vez para nosotros y para el resto del mundo...".[10]

De este modo, el control y el castigo a los siervos eran, según el punto de vista de los propietarios, condiciones *sine qua non* para el aseguramiento de su reproducción como grupo social con un interés común. Numerosas teorías como la del conde de Santovenia se esbozaron a través del siglo XIX, intentando convencer a la opinión general acerca de la conveniencia de los castigos sobre el cuerpo de los esclavos. El conflicto conciencia-miedo se resolvía, en una gran parte de los casos, a favor del miedo, lo cual es lo mismo que decir a favor del castigo.

Luego, al final de la vida, se pedían excusas y perdones, se hacía un testamento en el cual se destinaba una parte del caudal para misas gregorianas o se le daba la libertad a algún siervo fiel y cercano. El viajero francés Hippolyte Pirón relató lo que había escuchado sobre una tal Madame X, quien se regodeaba flagelando a sus siervos hasta el punto de llegar a sacarle la dentadura a una negra joven: "Después de toda una vida de crímenes horrendos, Madame X murió, llena de remordimientos, pidiendo perdón a sus víctimas por el mal que les había causado durante largos años...".[11]

[10] Informe del Conde de Santovenia. Los particulares acerca de este discurso pueden encontrarse en Paquette: *Sugar is Made with Blood...,* ed. cit., p. 98.

[11] Hippolyte Pirón: *La Isla de Cuba,* Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1995, p. 60.

No obstante, cuando los excesos de castigo físico comenzaron a ser mal vistos, se crearon efectivos canales judiciales para legitimar la posibilidad de seguir castigando de acuerdo con la ley. Se perfeccionó el mecanismo de castigo, sustituyéndose la tortura sobre el cuerpo, por la tortura sobre el alma; o sea, por la prisión.[12] El poder de dominación absoluta, existente hasta entonces, empezó a validar canales hegemónicos de los cuales podían los esclavos hacer uso para reclamar el cumplimiento de sus derechos. Estos canales resultaron constantemente manipulados por los propietarios, quienes, como aliados del poder, gozaban de todas las prerrogativas de su condición en contra de la débil posición jurídica de sus esclavos. Así se creó el mito de la protección de los siervos por las leyes coloniales, sustentando sus limitaciones en la falta de instrucción de éstos. De esta manera, los dueños quedaban libres de cualquier acusación de carencia de sentimientos y de que se les aplicara el calificativo de incivilizados.

Hippolyte Pirón criticaba de manera burlona las "cándidas" intenciones de los dueños de ganarse la amistad de sus esclavos. De manera incrédula, este observador francés reflejaba por escrito lo que había visto y oído: "Suelen decir con amargura, como heridos en sus sentimientos: 'Los negros no nos aman en absoluto, son malvados, quisieran hacernos daño; es una raza maldita y condenable'...".[13]

El historiador norteamericano Robert L. Paquette ha apuntado sobre los hacendados cubanos que "A diferencia de los propietarios de esclavos del sur de los Estados Unidos, ellos no pudieron elaborar una filosofía de la esclavitud como un bien positivo, o sea, como una apropiada relación entre el capital y el trabajo".[14] O lo que es lo mismo, no supieron conciliar lo que necesitaban, lo que pensaban y lo que supuestamente debían aparentar. La hipocresía en casos como éste, se convertía en un arma fundamental. Félix Varela señalaba sin ambages al respecto, en su carta de 12 de septiembre de 1834: "No hay chico ni grande en la isla que no conozca que el tráfico es infame y sus consecuencias funestas (...) Creemos que el crimen es de pura malicia, y que en muy pocos influye la ignorancia (...) Los introductores quieren dinero, y los hacendados quieren azúcar y café, y para ellos no valen reflexiones".[15]

No hubo paternalismo alguno, y el buen trato fue solamente de carácter casuístico y circunstancial. El argumento de la necesidad de esclavos para conseguir más "cajas de azúcar" resultó inteligente y real, pero no eficientemente respaldado por las numerosas y desvergonzadas justificaciones del sistema esclavista que fueron capaces de crear. Los propietarios de esclavos, como refería José del Castillo, no veían motivos "por los cuales la trata deba acabar, o la esclavitud cesar entre nosotros! Es un hábito, una costumbre, y ellos no ven nada malo en esto".[16]

La dosis de herencia pesó sobre sus hombros con su carga histórica de varios siglos. Por otro lado, la racionalidad ilustrada fue una vacuna que demoró bastante en hacer efecto. Ambas lidearon día a día en los ámbitos social, político, económico, religioso e ideológico durante el siglo XIX cubano. Sin embargo, la filantropía, muchas veces a pesar de sus propias conciencias, llevó siempre la peor parte. Como cierta vez dijera don José de la Luz y Caballero: "Lo más negro de la esclavitud no es el negro". ● ● ● ● ● ●

---

[12] No obstante, los castigos físicos no se desecharon nunca. Todavía en la última década de supervivencia del régimen esclavista en Cuba, pueden encontrarse no pocos casos de castigos severos. La Sociedad Abolicionista Española se hizo eco de ellos y publicó alguna folletería al respecto, destacando entre esas obras el bolsilibro *El Cepo y el Grillete. La Esclavitud en Cuba*, publicado en Madrid en 1881. Para ahondar más en el tema de las condiciones de los esclavos cubanos en esta etapa puede consultarse el libro de Rebecca Scott: *La emancipación de los esclavos en Cuba: La transición al trabajo libre, 1860-1899,* Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

[13] H. Pirón: *La Isla de Cuba,* ed. cit., p. 60.

[14] Paquette: *Sugar is Made with Blood..,* ed. cit., p. 91.

[15] Félix Varela y Tomás Gener a Manuel González del Valle, Vicente Osés y Domingo del Monte, Nueva York, 12 de Setiembre de 1834, en Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta y Mercedes García (comp.): *Félix Varela. Obras,* La Habana, 1997, t. II, p. 327.

[16] José del Castillo a J. H. Hinton, 13 de diciembre de 1843. Paquette: *Sugar is Made with Blood..,* ed. cit., p. 82.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 27-43

Ingenios, finanzas y créditos en Cuba: 1700-1792

Mercedes García Rodríguez

Inversiones para el **fomento del sector azucarero** desde los tiempos del XVIII y XIX cubanos, propician el estudio de **finanzas** y **créditos** desarrollado por **propietarios** de **haciendas**, **ingenios** y **esclavos**. Con relación a esta temática, se presentan ideas de importancia y documentados datos en las páginas que siguen.

MERCEDES GARCÍA RODRÍGUEZ
Historiadora, es investigadora agregada en el Departamento de Historia Colonial del Instituto de Historia de Cuba, autora de varios trabajos importantes referidos a estos temas socioeconómicos.

El estudio del crédito en Cuba no debe constreñirse a la aparición de los bancos, ni a la institucionalización del sistema crediticio en la Isla, de hacerlo quedaría sin historiar un volumen importante de años en los cuales se acumularon experiencias y beneficios a partir de una sistemática práctica de los préstamos hipotecarios.

En los primeros siglos coloniales, la falta de un sistema de crédito y la escasez de dinero efectivo, hicieron que socialmente se adoptaran diferentes mecanismos legales para facilitar los movimientos inversionistas en la agricultura y las operaciones de compra-venta, evitando que se detuviera el crecimiento productivo y comercial que se iba alcanzando en la Isla. De esta forma, el crédito de particulares se impuso como práctica a nivel social, adoptando en la época tres figuras esenciales: las hipotecas, los contratos con pacto de retro y los censos reservativos redimibles. Estas formas crediticias solucionaron, en buena medida, las necesidades de los pro-

pietarios y, en general, de la población habanera, que aún en 1758 no disponía de bancos, ni de casas de monedas.[1]

Según la práctica jurídica colonial, la hipoteca era el derecho real que gravaba los bienes inmuebles sujetándolos a responder al cumplimiento de una obligación de pago de deuda.[2] En la Cuba del siglo XVIII, la hipoteca fue el recurso legal más utilizado para obtener dinero a crédito. Era lícito entonces, o al menos así funcionó, hipotecar cualquier tipo de propiedad, como molinos de tabaco, ingenios, casas almacenes, haciendas ganaderas, estancias de labor y otras, como esclavos. Hubo infinidad de casos en que, como resguardo para obtener un préstamo, se dejaron hipotecadas dotaciones completas.

También se hipotecaron cosechas, incluso con antelación a la época de siembra del producto. En este sentido hubo dos frutos privilegiados, que, según los comerciantes del 700, ofrecían confianza para dar dinero a crédito dado su gran demanda y buenos precios en Europa, éstos eran el tabaco y el azúcar. En el fondo Anotaduría de Hipoteca del Archivo Nacional de Cuba se conservan miles de escrituras de imposición en las cuales, como seguridad o resguardo para el pago de los préstamos o adquisición de esclavos, se ofrecen cantidades de azúcar de ambas clases —blanca y quebrada— o, simplemente, se dejaban hipotecadas zafras enteras a favor del acreedor.

La venta con pacto de retro fue otra de las variantes que tuvo el hacendado criollo para obtener dinero líquido con cierta rapidez y seguridad. Este tipo de transacción se ha estudiado poco por la historiografía, pero algunos autores, como el doctor Moreno Fraginals, han afirmado que estas ventas consistían en "falsos contratos que cambiaban el préstamo usurario de forma y nombre, pero no de fondo";[3] evidentemente, la venta retro encierra una operación de préstamo en la cual el propietario, ante la urgente necesidad de dinero efectivo, empeña a su acreedor una propiedad valorada más o menos en la cantidad requerida; propiedad que el comprador-acreedor tendrá en su poder y disfrutará hasta que el hacendado estuviera en condiciones de devolver el valor de la venta más los intereses, los cuales eran por lo general altos. Como se advierte, las ventas con pacto de retro no responden exactamente a las formas de crédito tradicionales, sino más bien a una forma de empeño para obtener dinero.

La fragmentación del viejo latifundio ganadero en estancias, ingenios y sitios de labor, ahora en función de la agricultura comercial, dio pie a la especulación con los bienes raíces, y con ella aparece otra de las formas crediticias de la época, el llamado *censo reservativo redimible,*[4] conocido más comúnmente en la Isla como *censo redimible* o *censo al redimir*.

Este censo aparece con regularidad en las escrituras protocolizadas de compra-venta de propiedades agrarias, pues muchas de las tierras para el fomento de ingenios y estancias de labor se adquirieron a crédito por los nuevos dueños, a partir del pago de una parte de su valor, dejando lo que arrendaban impuesto sobre el terreno, en forma de censo redimible, éste debía pagarse en un tiempo determinado y en el ínterin el comprador quedaba obligado al pago del rédito anual equivalente al 5 % del principal o total de la deuda, todo lo cual se percibía por el vendedor, antiguo dueño del hato o corral donde estuvieran situadas las tierras.

---

[1] Archivo General de Indias (AGI): Sección Santo Domingo. Legajo 1643. Relación de la situación de la Habana emitida por el Gobernador Cajigal de la Vega al Rey en mayo de 1758.

[2] *Enciclopedia Jurídica Española,* Editor Francisco Seix, Barcelona, 1910.

[3] Manuel Moreno Fraginals: *El Ingenio*, La Habana, 1977, p. 69.

[4] El Censo Reservativo Redimible es aquel en que una persona cede a otra el dominio pleno de un inmueble, reservándose el derecho a percibir sobre el inmueble una pensión o renta anual que debe pagar el censatario por determinada cantidad de años.

En la época existieron varios tipos de censos o gravámenes; entre ellos, el *censo enfitéutico* y el *censo consignativo*, pero la mayor parte de los censos impuestos en las tierras de Cuba fueron los *reservativos* de carácter redimible.

Para mayor información ver Esteban Tranquilino Pichardo Jiménez*: Agrimensura Legal de la Isla de Cuba*, Imprenta de Valdepares, La Habana, 1902, pp. 134, 135.

Desde luego, lo curioso del caso es que estos dueños de hatos y corrales nunca se comportaron como usufructuarios de la tierra —condición principal con la cual le fue otorgada la merced—, sino que, al sentirse propietarios por derecho de permanencia o por "disposición potencial," como diría Roland Anrup,[5] actuaron siempre como tal y procedieron a vender al contado o a crédito las tierras que jurídicamente "pertenecían al rey".

El censo reservativo redimible como forma de crédito hipotecario no sólo funcionó en las operaciones de compra-venta de propiedades agrarias, como ingenios, haciendas ganaderas, estancias y vegas, sino que también resultó usual la enajenación de propiedades urbanas, como casas y almacenes.

▶ El crédito a la inversión constitutiva del ingenio

Generalmente, la historiografía cubana ha escrito poco sobre los procesos inversionistas en el fomento y desarrollo del renglón azucarero. Sin embargo, existe el criterio de que hasta la última década del siglo XVIII, cuando comienzan a introducirse algunos adelantos técnicos en los ingenios, éstos no eran muy costosos, pues los desembolsos iniciales para su constitución no resultaban significativos. Valdría la pena preguntarse, ¿no significativos en referencia a qué? Esta creencia se hace cada día más discutible a raíz de nuevas investigaciones documentales y de otros ángulos con que mirar las fuentes.

No puede desconocerse que en la comparación entre las inversiones globales y relativas en los ingenios del siglo XVIII y los del XIX existen diferencias que no sólo se advierten entre siglos, sino también entre los ingenios de la primera mitad del 700 y los de la segunda mitad, pues las variables: animales de carga y tiro, tierras, esclavos, tecnología y obras constructivas, aumentaron sistemáticamente en cantidad y en valor,[6] elevándose casi al triple los desembolsos iniciales, algunos a fines del 700 y aún más durante el siglo XIX. Esta verdad, que resulta inobjetable cuando se revisan y comparan las inversiones globales entre unos y otros, no presupone que puedan calificarse de pequeños y despreciables los desembolsos que debieron hacer los primeros hacendados azucareros para fomentar sus unidades productoras. Un análisis objetivo de la cuestión debe tener en cuenta los valores de los diferentes componentes productivos en cada momento histórico y la comparación inversionista con las distintas ramas de la economía e, incluso, dentro de la propia rama. No puede olvidarse que desde su nacimiento la manufactura azucarera no logró la homogeneidad tecnológica ni agraria (entiéndase extensión y composición de sus tierras).

Una variable importante a tener en cuenta en relación con las inversiones constitutivas de unidades azucareras, en la época, es la mano de obra esclava, cuya compra requirió un desembolso inicial elevado de capital fijo, con su consecuente depreciación temporal. En la primera mitad del 700, un esclavo llegó a costar entre 350 y 450 pesos a precio de feria;[7] sin embargo, después de 1762 se conseguían ya por 200 o 250 pesos y en la década del 80 vuelven a disminuir su valor cuando la casa británica de Baker and Dawson, con la cual se contrató la introducción de negros en La Habana, los entregaba a la Real Hacienda por 155 pesos y ésta los revendía en 185 pesos la pieza.[8] Los elevados precios que mantuvo la fuerza de trabajo entre 1600 y 1762, e incluso después, encareció sobremanera la inversión en la fundación de ingenios, y obligó al hacendado a recurrir al crédito para garantizar la compra de mano de obra.

Éste es un aspecto que, al parecer, no se ha valorado lo suficiente por la historiografía tradi-

---

[5] Roland Anrup, historiador sueco, propone el término "disposición potencial", para analizar el fenómeno de la propiedad de la tierra en términos relacionales de poder, en *Taita y el Toro,* Estocolmo, 1990.

[6] Mercedes García Rodríguez: "Ingenios habaneros del siglo XVIII", en revista *Arbor*, Madrid, julio-agosto de 1991.

[7] Mercedes García Rodríguez: "La Compañía de los Mares del Sur y el asiento de negros", en revista *Santiago*, no. 76, Universidad de Oriente, julio-diciembre de 1993.

[8] Rafael López Valdés: "Hacia una periodización de la esclavitud en Cuba", monográfico, en *La esclavitud en Cuba*, compilación de autores, Editorial Academia, La Habana, 1986, pp. 26-29.

cional al calificar los desembolsos iniciales de capital para estas primeras unidades azucareras, que aunque tuvieron dotaciones pequeñas, su valor fue comparable años más tarde con dotaciones que doblaban su número.[9] La explicación a esta situación es comercial —desmonopolización del tráfico, mayor oferta y baja en los precios—. Después de 1778, el propietario azucarero podía adquirir esclavos por la mitad del valor que debió pagar en su momento el dueño de ingenios de la primera mitad del siglo; no obstante, las compras siguieron siendo por lo general a crédito.

El tabaco y el azúcar compran esclavos

En su mayoría, el valor de los esclavos se pagó con frutos de la colonia: tabaco y azúcar. Los factores entregaban al hacendado los negros y dejaban conveniado la forma de pago y los plazos correspondientes. Esto dio pie a que los esclavos adquiridos trabajaran el primer año para contribuir a pagar su valor, en dependencia de lo que produjeran en su lugar de destino. Esta práctica altamente difundida benefició, de forma inmediata, al productor, quien pudo obtener la fuerza de trabajo sin adelantar fuertes sumas iniciales de dinero, además lograba la salida y realización de una parte de su producción azucarera, la cual hasta fines del 700 no tuvo un mercado regular donde concurrir.

Los tratistas portugueses fueron los pioneros en facilitar a los hacendados criollos la mano de obra esclava con créditos, pagaderos en los frutos del país. La contrata de negros concertada en 1595 con el portugués Pedro Gomes Reinel garantizó la entrada de cerca de 1 000 esclavos a La Habana, en una época en que la población blanca no era muy numerosa, ni muy rica; éstos se adquirieron a crédito, comprometiéndose a pagarlos con tabaco y algún azúcar.[10]

Desde entonces resultó usual la compra de esclavos dejando comprometida una parte del pago en azúcar o tabaco, según el interés del asentista. Esta práctica, en épocas del asiento dado a la Real Compañía de Guinea portuguesa (1696-1701), cobró tal fuerza, que una vez finalizado éste, y firmado el nuevo asiento con Francia en 1701, la Compañía Francesa de Guinea dejó establecido en el tratado comercial un acápite que legalizaba la venta de esclavos a partir de su pago en "tejos de oro, plata, numerarios o frutos del país" y, al parecer, tal fue la ganancia obtenida, que en 1713, cuando como epílogo de la Paz de Utrecht, Inglaterra obtiene de España la concesión del asiento negrero, los factores franceses en La Habana y Santiago de Cuba, los señores Jonchee y Santiago Garvié, respectivamente, continuaron introduciendo negros en forma ilegal hasta 1716 y cobrando las deudas por estas ventas en azúcar, tabaco y cueros curtidos.[11] El Tratado de Asiento firmado el 26 de marzo de 1713 entre las coronas de España e Inglaterra, refrendó en su artículo 25 la práctica de vender esclavos a crédito, pagadero en oro, plata o frutos del país,[12] como continuidad de toda la experiencia acumulada anteriormente. El comercio negrero, dejado en manos de la South Sea Company desde 1715, logró inocular a la Isla una importante inyección de brazos esclavos que sin duda contribuyeron al fomento azucarero; esencialmente, en su región habanera.

En la práctica, los asentistas ingleses lograron introducir en La Habana, entre 1715 y 1734, unos 6 062 negros esclavos,[13] casi todos vendidos a crédito bajo la obligación de pagar en azúcar o tabaco, según los plazos conveniados entre hacendados y factores, o entre hacendados y prestamistas particulares.

---

[9] Mercedes García Rodríguez: "Fisonomía azucarera de la Habana. Catálogo de ingenios Habaneros del siglo XVIII", monografía inédita, La Habana, 1996; "Ingenios habaneros del siglo XVIII", art. cit.

[10] Alejandro de la Fuente García: "¿Decadencia o crecimiento? Población y economía en Cuba: 1530-1700", en revista *Arbor*, Madrid.

[11] Mercedes García Rodríguez: "La Compañía de los Mares del Sur y el asiento de negros en Cuba", art. cit., p. 135.

[12] Carlos Calvo: *América Latina, colección de historia completa*..., t. II, pp. 78-101.

[13] Mercedes García Rodríguez: "El monto de la trata negrera hacia Cuba en el siglo XVIII", en *Cuba. La Perla de las Antillas*. *Actas de las Primeras Jornadas sobre Cuba y su historia*, Editorial Doce Calles, Madrid, 1994.

El alto precio de los esclavos sostenido por el sistemático déficit entre oferta y demanda, conspiró contra la acumulación de grandes capitales en manos de los propietarios de ingenios, quienes, como se advierte, debieron desprenderse de una buena parte de sus producciones y ganancias para la compra de la fuerza de trabajo. Según Marx: "El capital que se paga para comprar el esclavo no forma parte del capital mediante el cual se extraen de él, del esclavo, la ganancia, el trabajo sobrante. Por el contrario, es un capital del que se ha desprendido el poseedor de esclavos; una deducción del capital de que puede disponer para la producción real y efectiva. Este capital ha dejado de existir para él, exactamente lo mismo que el capital invertido en la compra de la tierra ha dejado de existir para la agricultura".[14]

Las deudas de los azucareros con la South Sea Company no se hicieron esperar, ya en 1722, a sólo cinco años del comienzo del asiento, éstas ascendían a $ 89 462 y 3 reales, sin contar que los créditos de particulares a este sector por concepto de compra de fuerza de trabajo, alcanzaban en ese mismo año la cifra de $ 19 482 y 4 reales, para un débito total de $ 108 944 y 7 reales; pasados diez años, este adeudo, en vez de diminuir, creció prácticamente el doble, y en 1732 la deuda alcanzaba ya unos $ 289 462.[15]

Entre los acreedores particulares que contribuyeron con sus préstamos a financiar en gran medida la compra de esclavos al asiento inglés se destacan los señores: Juan Núñez de Castilla, marqués de San Phelipe y Santiago del Bejucal; María de Arriola, esposa del factor inglés Ricardo O'Farrill y viuda de Manuel de Ambulodi, uno de los más rancios señores de ingenios; Juan Marqués del Castillo, Gaspar Villarte, Joseph de Oquendo y Manuel Miralles, estos cuatro últimos, esencialmente hombres de negocios que devinieron mercaderes prestamistas y años más tarde propietarios.

Por su parte, los diversos factores que tuvo el asiento de 1715 a 1739 otorgaron créditos a los propietarios de ingenios. Entre ellos, se destacó su primer y principal representante en La Habana, el señor Ricardo O'Farrill; después de su muerte, su sucesor Jonathan Dennis continuó esta práctica como otros factores, como Wargent Nicholson y Antonio Welder, así por ejemplo: "En 1730, Jonathan Dennis, vendió a Don Esteban Yánez 5 negros, piezas de indias y 3 muleques, esclavos de dicho Real Asiento, traídos en la armazón del Bridgen, todos en 2250 pesos de ocho reales cada uno, a razón de 300 pesos cada pieza y los muleques a 250 pesos cada uno. Don Esteban pagó de contado la mitad, es decir, 1 195 pesos, y el resto se comprometió a pagarlo en tabaco molido a razón de dos pesos la arroba y azúcar de buena calidad".[16]

Por su parte, en 1738, estando Antonio Welder como factor de La Habana, "dio fe de haber recibido de Don Manuel de la Cruz, vecino de dicha ciudad 1162 arrobas de tabaco verdín en polvo que a razón de dos pesos la arroba equivalen a 2325 pesos, los mismos que se comprometió y obligó como deudor a pagarle al Real Asiento por escritura de 2 de noviembre de 1734, por el resto del valor que debía de 6 negros piezas de indias, ocho muleconas y cinco muleques que le vendió a dicho Dn. Manuel Cruz, Dn. Benjamín Woollen, Factor que fue de dicho Real Asiento...".[17]

Esta pequeña muestra refleja las operaciones de crédito de la Compañía, la cual consideraba estas ventas reales, pero no absolutas, hasta tanto la deuda no se liquidara totalmente, y hasta ese momento no se extendía el certificado que legalizaba la compra.

Entre 1730 y 1733, el Real Asiento inglés extrajo de La Habana, por concepto de pago de negros a crédito, unas 136 570 arrobas de tabaco por valor de 302 253 pesos fuertes, y 14 538

---

[14] Carlos Marx: *El capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1973, t. III, pp. 815-816.

[15] Mercedes García Rodríguez: "La Compañía de los Mares del Sur y el asiento de negros en Cuba (1715-1739)", art. cit.; AGI: Sección Contaduría. Legajo 266, 267, 268. Papelería y Cuentas de la South Sea Company.

[16] Archivo Nacional de Cuba (ANC): Protocolos Notariales de La Habana. Escribanía: Regueira. Año: 1730, folio 610.

[17] ANC: Protocolos Notariales de La Habana. Escribanía: Regueira. Año: 1738, folio 16.

arrobas de azúcar valoradas en 23 960 pesos.[18] Estas cifras evidencian que el tabaco, empleado como medio de pago, fue un puntal esencial en las inversiones para el azúcar; sobre todo, porque garantizó el crédito para la compra de fuerza de trabajo.

Durante todo el 700, las ventas a crédito de negros fue un hecho inobjetable. En la década del 60, los señores Juan de Miralles, Bernardo de Goicoa y Cristóbal Pérez Volcán, entre otros, se destacaron como revendedores de esclavos a crédito; así por ejemplo, en agosto de 1768, Miralles y Goicoa vendieron a Félix de Acosta Riaza, propietario del ingenio Santísimo Cristo del Buen Viaje, 12 negros de ambos sexos por valor de 3 160 pesos a razón de 265 pesos cada uno, los que Félix de Acosta se comprometió a pagar con azúcar de buena calidad, de la zafra de 1769, en los meses de abril y mayo.[19]

Resultan verdaderamente interesantes las operaciones crediticias de la Real Hacienda, del Real Asiento de Negros e, incluso, de la Real Factoría de Tabaco; estas entidades adquirían esclavos a medianos costos de casas o compañías comerciales contratadas al efecto del tráfico negrero y luego los revendían a crédito a los hacendados de la región e, incluso, a vegueros y estancieros.[20]

En 1765, Francisco de Rojas Sotolongo, propietario del ingenio Paso Seco, compró a la Real Hacienda, 11 negros pieza de Indias, cada uno por valor de 250 pesos fuertes, para un total de 2 750 pesos, que Francisco se comprometió a pagar con azúcar de buena calidad de las zafras de 1766 y 1777.[21]

El Real Asiento de Negros establecido en La Habana vendió a Juana de Arriaga y Vicente de Medina, dueños del ingenio Río Piedras, 45 negros por valor de 10 850 pesos a razón de 240 pesos cada uno, quienes se comprometieron a pagar con azúcar de las zafras de 1769 y 1770; para seguridad de dicho pago, hipotecaron su ingenio y los 45 negros que habían adquirido del asiento.[22]

Por su parte, la Real Factoría de Tabaco vendió a los dueños del ingenio Santísima Trinidad, propiedad de Antonio Cansi y Isabel Molina, 20 negros por valor de 5 800 pesos, que deberían pagar con azúcar de las zafras de dicho ingenio en 1786 y 1787, a razón de 2/3 de blanca y l/3 de quebrada, a 2 reales menos en cada arroba del precio corriente en el mercado.[23]

También y por estos años de 1770 a 1790, la Real Compañía de Comercio otorgó crédito a los hacendados habaneros para la compra de esclavos en sus almacenes, pagaderos esencialmente con azúcar de primera calidad a 2 reales menos en cada arroba del precio corriente de mercado.

En sentido general y como puede apreciarse por las evidencias documentales que se exponen, la fuerza de trabajo esclava se garantizó a partir del crédito hipotecario que recayó sobre las producciones de tabaco y azúcar; en muy pocos casos, los esclavos se adquirieron al contado, aunque hubo dueños de ingenios que, en su doble condición de hacendados y comerciantes, pudieron disponer de grandes sumas de dinero para la inversión en la mano de obra, por ejemplo, Cipriano de la Luz, Gabriel Peñalver, Ignacio Montalvo, Francisco del Corral, Ciriaco de Arango, Francisco García Menocal y Miguel Antonio Herrera, por sólo mencionar algunos nombres. No se olvide que el sector azucarero no resultó homogéneo en ninguna de sus aristas.

Los préstamos no sólo se solicitaron para adquirir esclavos, sino también para mantenerlos. Gran número de comerciantes otorgaron créditos en ropas, medicinas, alimentos para sostener las dotaciones. Éstos estuvieron contenidos en los contratos de refacción, los cua-

---

[18] Mercedes García Rodríguez: "La Compañía de los Mares del Sur y el asiento de negros en Cuba", art. cit., pp. 162-165.

[19] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 14, folio 93v.

[20] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 13, f. 35-40. Expediente de ventas de esclavos de la Real Factoría de Tabacos a dueños de vegas y estancias.

[21] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 13, folio 47.

[22] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 14, folio 111.

[23] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 21, folio 300.

les incluían, además, créditos para otras funciones y necesidades particulares de cada unidad azucarera.

Por regla general, todos los ingenios azucareros, por muy rudimentarios y artesanales que fueran, precisaron en todas las épocas de una importante inversión inicial de capitales, mucho mayor que la que necesitó el resto de las empresas agrarias de la Isla —entiéndase hatos ganaderos, vegas de tabaco, estancia de frutos menores y molinos de rapé—, en lo fundamental porque desde su nacimiento el ingenio cumplimentó dos funciones: la agrícola y la "fabril", y en ambas se requería la fuerza de trabajo esclava.

Estas dos funciones económicas demandaron desembolsos esenciales para iniciar las labores, como: inversiones en la construcción de las instalaciones manufactureras —casa de calderas, de purgas, de molienda o del trapiche— más los costes de la compra de todo el equipamiento (cobres menudos, pailas, canales, calderas de cobre, chumaceras, trompos, dados, hormas de barro para la purga, tinglados, canoas de melar y espumar, y las fornallas), además de los instrumentos de trabajo agrícola como machetes, azadones y guatacas. También debía invertirse dinero en la compra de animales de carga y tiro, utilizados como fuerza motriz del trapiche y en la adquisición de la fuerza de trabajo esclava, que, como se ha señalado antes, constituyó uno de los componentes más costosos de la inversión azucarera, no sólo por el desembolso inicial sino por su ulterior mantenimiento.

A esto hay que sumar la tierra, elemento fundacional por excelencia; para su compra, el futuro hacendado azucarero debió invertir grandes sumas, aunque —como veremos— tuvo la opción de adquirir una parte de ella a crédito con un interés del 5 % anual sobre el principal o deuda pendiente.

▶ Tierras a crédito

La tierra o fundo principal para la construcción de un ingenio se obtuvo en la época por cuatro vías fundamentales:

- Por mercedación del cabildo a determinado individuo que la solicitara con este fin.
- Por aprobación del cabildo para que un antiguo propietario demoliera su hato o corral y en esas tierras ya mercedadas estableciera un ingenio.
- Por herencia familiar.
- Por compra de lo que se dio en llamar cortes o sitios de ingenios.

Estas compras podían ser al contado o a crédito. Las tierras adquiridas por compra procedían en esencia de antiguos latifundios ganaderos demolidos para dedicar su suelo a la agricultura comercial.

Después de los hatos y corrales, el ingenio fue la propiedad agraria de mayor extensión, llegando a tener durante el 700 un área promedio de 26,8 caballerías, aunque a fines de esa centuria los hubo de 55, 64, y hasta 73 caballerías o más por unidad, como fue el caso del ingenio La Encarnación,[24] lo que presupone un considerable desembolso en tierras por parte del hacendado azucarero, teniendo en cuenta que el valor del suelo nunca resultó pequeño y que aumentó bruscamente una vez dedicado éste a la agricultura para la exportación.

En La Habana, una caballería de tierra, entre las 3 a 9 leguas de la ciudad amurallada y su puerto, costaba ya en la primera mitad del siglo XVIII unos 300 a 400 pesos, años más tarde en la década del 60 su valor se había duplicado y en algunos casos, hasta triplicado, adquiriendo un precio oscilante entre 600 y 1 000 pesos fuertes la caballería.

Para expresar gráficamente los valores de la tierra y cómo fueron en aumento, diremos, por ejemplo, que en 1704 Jacinto Pita Figueroa vendió 30 caballerías de tierra donde fomentaba un ingenio llamado Nuestra Señora de la Concepción de Río Piedras y por cada una de ellas pidió 300 pesos, lo cual monta un total de 9 000

[24] Pablo Tornero Tinajero: *Crecimiento económico y trasformaciones sociales: Esclavo, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial (1760-1840)*, Colección Historia Social Nª 34, Editora del Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1996, p. 273; ver, además, Mercedes García Rodríguez: "Ingenios habaneros del siglo XVIII", art. cit., pp. 116-120.

pesos fuertes.[25] Mientras que en la década del 70, Bernardo Etchegoyen y su esposa, María del Jesús Aróstegui, compraron el sitio de ingenio llamado Nuestra Señora de la Asunción, alías El Galafates, para el cual debieron hacer un desembolso inicial en tierras de 15 000 pesos fuertes equivalentes a las 30 caballerías que componían el sitio a razón de 500 pesos cada una.[26] Este corte de ingenio estaba ubicado en tierras del antiguo corral Jiquiabo, a 7 leguas del puerto habanero. Como se observa, el valor del suelo prácticamente se duplicó en sólo 66 años que median entre 1704 y 1770, lo cual hizo más costoso el complejo montaje de una unidad azucarera.

Ante el elevado costo de la tierra, los interesados en fundar ingenios, que no procedían del núcleo inicial de hateros o dueños de corral, tuvieron, inevitablemente, que recurrir a su compra a plazos, estableciendo compromisos de pago a crédito con su antiguo propietario, los cuales, como hemos dejado apuntado anteriormente, quedaron recogidos en la documentación bajo la forma de censos reservativos redimibles, con la obligación de pagar un interés anual del 5 % sobre el principal hasta liquidar totalmente la deuda.

Un ejemplo clásico de estas transacciones a censo reservativo lo tenemos en las ventas de las tierras del antiguo corral San Luis del Guatao, demolido en 1727 por sus dueños Francisco Castellón y Nicolás Franco. Estas tierras se deslindaron para estancias e ingenios. Entre 1727 y 1748, cinco unidades azucareras se levantaron en ellas, siendo sus fundos comprados a censos reservativos redimibles. Éstas fueron: Nuestra Señora de Montserrate, de Nicolás Duarte; La Divina Pastora, de Lorenzo Armenteros; San Antonio, de Joseph de Rojas Sotolongo; San Francisco de Asís, de Miguel Castro Palomino, y Nuestra Señora de Guadalupe, de Melchor Cayetano de Armenteros.[27]

Los cuatro primeros ingenios antes mencionados poseían cada uno, 20 caballerías de fundo principal, mientras que el Nuestra Señora de Guadalupe sólo tenía 10 al iniciarse su construcción. Melchor Cayetano Armenteros compró en 1741 a los herederos de Francisco Castellón estas 10 caballerías para fundar su ingenio, ocho fueron tasadas en 2 000 pesos y las dos restantes con categoría de cultivables se valoraron en 600 pesos para un costo total de 2 600 pesos, de los cuales, Melchor pagó 600 pesos al contado y dejó impuestos a censo reservativo redimible los 2 000 pesos restantes, a pagar en ocho años y en el ínterin debía contribuir el rédito anual del 5 % a sus antiguos propietarios.[28]

Algo similar sucedió con las tierras de los antiguos corrales San Cristóbal de Baracoa, propiedad del convento de Nuestra Señora de Betlén, con el San Francisco de Managuana de Matías León Castellanos, y con la de otros tantos que, como ellos, fueron demolidos, deslindados y divididos en estancias y cortes de ingenio, vendiéndose sus tierras a censo reservativo. Así, por ejemplo, en 1746 y pese a las prohibiciones de enajenar los bienes eclesiásticos, el Prior del convento de Betlén vendió dos cortes de ingenio deslindados de su corral Baracoa, uno de 20 caballerías por valor de 6 000 pesos fuertes a Manuel de la Cruz, "quien dio de contado 1 000 pesos dejando el resto impuesto a censo reservativo redimible, comprometiéndose a saldar los 5 000 restantes en cierta cantidad de años (no aparecen definidos) y en su ínterin, pagar al convento el 5 % del rédito anual".[29] El otro sitio de 18 caballerías fue vendido a Joseph de Ayala Matamoros por precio de 4 950 pesos, valor que éste dejó totalmente gravado a censo reservativo redimible sobre esas tierras, donde fundó el ingenio llamado Señor San Thelmo, con la obligación de pagar al antiguo propietario el 5 % del rédito anual.[30]

Por su parte, Mathias de León vendió al regidor Félix de Acosta Riaza 30 caballerías de tierras

[25] ANC: Fondo Protocolos Notariales de la Habana. Escribanía: Fornaris, año 1704, folios 484-488.

[26] ANC: Fondo Bienes del Estado. Legajo 8, no. 23.

[27] Mercedes García Rodriguez: "Azúcar 1700-1792: Paréntesis necesario", monografía inédita, La Habana, 1992, p. 5.

[28] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 5, folio 1v.

[29] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 6, folio 37v.

[30] Ídem, folio 38.

de su antiguo corral demolido Managuana, a censo reservativo redimible, la transacción se celebró por valor de 8 650 pesos, de los cuales, Félix dio 650 pesos de contado, dejando los 8 000 restantes impuestos a censo sobre esa tierra, con la obligación de pagar el 5 % del rédito anual hasta liquidar totalmente la deuda.[31]

Durante el 700, la mayoría de las tierras para ingenios se compró a plazos o lo que es igual, a crédito en su forma de censo reservativo redimible. Esto permite afirmar que el renglón azucarero que llegaría con el tiempo a convertirse en la principal industria de la Isla, nació cautivo del crédito hipotecario. Estas deudas sobre la tierra más otros préstamos anuales solicitados para el avituallamiento del ingenio y dotaciones, conocidos como refacción y que debieron pagarse con altos intereses, fueron el talón de Aquiles de la gran manufactura azucarera criolla de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

La manufactura desde el ángulo inversionista

Como es de suponer, en la fase inicial de constitución de una unidad azucarera, además de la dotación y las tierras, factores productivos esenciales, el hacendado debió costear otros instrumentos de producción y construir los edificios donde completar el laboreo del azúcar, iniciado en los campos; nos referimos a las inversiones para el montaje "fabril" del ingenio.

En las unidades azucareras de los siglos XVI, XVII e, incluso, en las del primer tercio del 700, la manufactura no exigió del hacendado voluminosos desembolsos de capital, aunque tampoco despreciables. Eran unidades pequeñas y de equipamiento tecnológico simple, no porque fueran a la zaga de la industria azucarera mundial, sino porque, de manera general, ésta aún se mantenía en la fase artesanal, supeditando la producción al empleo de la fuerza humana (esclavitud), quizá porque al crecer esta "industria" fundamentalmente en enclaves coloniales, las potencias dominantes no tuvieron intención de trasladar a ellas las técnicas que pudieran desarrollarla, dejando en el núcleo metropolitano las refinerías, como en el caso de Inglaterra, Francia y Holanda, como concepción de la política económica del mercantilismo colonial. Por otra parte, hay que tener en cuenta que en este período aún no se había producido la revolución industrial y el molino o trapiche seguía con su molde tradicional al estilo de los producidos en Brasil, sólo su fuerza motriz los diferenciaba: viento, agua, o animales de tiro eran los agentes fundamentales del menor o mayor progreso técnico-productivo de entonces.

En La Habana de principios del 700, un ingenio estaba compuesto por el fundo principal (cañaverales, bosques, pastos y el batey donde estaban enclavadas las manufacturas), un trapiche, generalmente de tres masas de madera dura que era la única maquinaria, movido por fuerza motriz animal al que se le sumaban algunas pailas, calderas y tachos, las fornallas y los llamados cobres menudos.[32] Esto constituía lo que pudiera llamarse el corazón de la "industria"; albergaban estos equipos tres edificaciones llamadas casa de molienda, caldera y purga. También hubo ingenios con tejares, hornos de cal y alambiques, dedicados a producciones paralelas, pero secundarias en referencia al azúcar.

La inversión media en estas primeras unidades se movió en el rango de los 20 000 a 30 000 pesos fuertes, que para la época resulta una cantidad apreciable.[33] Un ejemplo gráfico que muestra la estructura relativa de la inversión azucarera es el caso del ingenio Nuestra Señora de la Concepción de Río Piedras, que en 1704 tenía un valor de 27 347 pesos fuertes; esta cifra que representa la inversión total realizada por sus dueños para su construcción y puesta en marcha, se descompone en las siguientes variables que se reproducen aquí.

---

[31] Ídem, folios 153v-154.

[32] Los cobres menudos estaban compuestos por todo el instrumental usado en el proceso de producir azúcar, como espumaderas, repartideras, remillones, resfriaderas, etcétera.

[33] Las estancias de labor no sobrepasaban los 5 000 pesos; los molinos de tabaco, los 10 000 pesos y las haciendas o hatos, de 2 leguas de radio se valoraban entre 25 000 y 30 000 pesos. Mayor información al respecto en Mercedes García Rodríguez: "Ingenios habaneros del siglo XVIII", art. cit.

Variables	Costo de la inversión
Fundo de 30 caballerías (13,5 hectáreas)	$ 9 000,00
Edificios (casas de molienda, caldera, purga y vivienda)	$ 5 928,00
Trapiche	$ 500,00
Cobres menudos	$ 30,00
Implementos para el cultivo (machetes, guatacas y azadones)	$ 34,00
Animales de carga y tiro (52 animales en total)	$ 1 307,00
Dotación (21 esclavos)	$ 6 850,00

Fuente: Protocolos Notariales de La Habana. Escribanía: Fornaris, año 1704, folios 844-848.

Para un total de 23 649 pesos de inversión en capital fijo, los 3 698 pesos restantes están situados en cultivos de subsistencia —platanales y yucales— y en la leña que se tenía cortada para la molienda de 1705. Como puede apreciarse, el capital constitutivo estaba dominado por tres componentes fundamentales: las tierras, la manufactura y la dotación.

Ya para la década del 60, la documentación muestra que las inversiones en la fundación de ingenios aumenta de manera considerable, ahora son instalaciones de mayor capacidad y tamaño, y otros los materiales de construcción; de la madera y el guano de la palma, elementos constructivos abundantes y baratos, habitualmente usados hasta entonces, se pasa a la mampostería y tejas, materiales que duplican los costos, pero dan seguridad y durabilidad a las fábricas; esta nueva forma de construir encareció además la mano de obra dedicada a estas labores que siguió siendo fundamentalmente esclava, pero especializada en los oficios de albañilería, carpintería de blanco y fundición. Esto hizo a los dueños de esclavos con oficios exigir a los amos de ingenio mayores jornales por el trabajo de sus negros, alquilados para las obras de edificación y el montaje de los trapiches y fornallas; llegando a pagarse jornales de entre 8 y 16 reales diarios por estos trabajos calificados; que antiguamente sólo era de 2 a 4 reales.

Así, por ejemplo, en el ingenio San Antonio, propiedad de los marqueses de Villalta, si al costo de la carpintería de las casas de molienda, caldera y purga, más los secaderos, la instalación del trapiche y las casas de vivienda del amo y del mayoral, ascendente a 21 232 pesos fuertes, se le suma la inversión en los materiales y obras de albañilería de esas instalaciones que en total fue de 11 331 pesos fuertes, de esta forma y sólo en las obras constructivas de esta unidad, que se acometieron en la década del 60, los marqueses de Villalta invirtieron 53 795 pesos del total de 121 411 en que se valoró, en su conjunto, ese ingenio, cuando se puso en producción.[34]

Este caso y otros similares que reproduce la documentación de finales del 700 son muestras del salto cuantitativo en los costos iniciales de una empresa azucarera que, como es obvio, mejoraba su calidad y grandeza ante la seguridad de nuevos mercados. La simple comparación del ingenio San Antonio de 1760 con su homólogo de 1704 el Nuestra Señora de la Concepción de Río Piedras, nos muestra que la inversión constitutiva del primero es aproximadamente 10 veces mayor que la del segundo. No obstante, sería atinado advertir que los elevados costos de los ingenios de la segunda mitad fueron el resultado del ensanche cuantitativo de las capacidades instaladas y de las dotaciones, unido al encarecimiento del suelo y a los cambios cualitativos en los materiales de construcción, tanto de las edificaciones como de los componentes del trapiche —guijos, chumaceras, dados, mazas y trompos— que llega-

[34] ANC: Fondo Protocolos Notariales de La Habana. Escribanía: Salinas, año 1783, folio 100. Las cifras totales pagadas por la carpintería y albañilería de estas casas incluyen el valor de la mano de obra, los materiales y las instalaciones de los implementos productivos, como telares, los dos trapiches molientes, las fornallas, las canoas y las calderas, que integraban estas fábricas.

ron a ser todos de hierro fundido[35] y no el producto de un desarrollo tecnológico.

Lo anterior nos permite afirmar, y en esto coincidimos con el doctor Pablo Tornero,[36] que en todas las épocas la fundación de ingenios requirió un respaldo de fuertes capitales iniciales al involucrar al hacendado en varios procesos inversionistas a la vez, todos de elevados costos: la tierra, la manufactura, los animales de carga y tiro y la mano de obra esclava, de esta última quedaba cautivo el dueño del ingenio ante la constante necesidad de alimentarlos, vestirlos, curarlos y reponerlos en caso de muerte; el hecho resulta evidente, pero ¿estaban los hacendados criollos preparados para asumir el reto de costear la aventura azucarera?

Cualquier empresa económica —capitalista o no— requiere de un mínimo de capitales con que iniciar las primeras inversiones. Los ingenios azucareros de Cuba no fueron una excepción; para su fomento, los hacendados criollos debieron disponer de recursos monetarios que les permitiera hacer frente al cúmulo de necesidades materiales que exigían tales unidades.

Varias generaciones de historiadores han advertido la existencia de capitales en La Habana desde fechas tan remotas como la década de 1560, a partir de la institucionalización del sistema de flotas y la construcción y reparación de navíos en el astillero de La Habana, actividades que generaron el desarrollo de un tipo de economía que el doctor Manuel Moreno Fraginals ha calificado de servicios-producción,[37] en la cual los productos agropecuarios se destinaban en lo esencial a la exportación más que al autoconsumo. Según el propio autor, las ventas de productos a las tripulaciones y el avituallamiento de los galeones para las largas travesías equivalían en la época a exportar, con la ventaja ganancial que dejaban los precios monopólicos y la no contribución de derechos. Esto significó una constante entrada de plata, oro y dinero en efectivo como medio de pago,[38] lo cual fue indiscutiblemente una vía de enriquecimiento para los diversos grupos sociales que se dibujaban por entonces en la colonia, pero esencialmente para la oligarquía de hateros, usufructuarios de las mejores tierras de las cuales salía el ganado y toda la producción agraria que servía de fundamento al mercantilismo del puerto habanero. De este grupo emergieron los primeros dueños de ingenio de occidente decididos a invertir sus ahorros en un renglón de precios elevados y demanda alcista.

Los siglos XVII y XVIII contribuyeron a engrosar los caudales particulares, que, como se ha apuntado, venían fomentándose desde mediados del XVI. En estas centurias, el gobierno metropolitano puso especial interés en la protección y defensa de su imperio ultramarino. Cuba, por su posición estratégica desde el punto de vista geográfico, tuvo un papel clave en el sistema defensivo de fortificaciones militares, concebido para el mundo americano, por tal razón empezaron a llegar caudales foráneos a la Isla, con los cuales se financiaron fortalezas y murallas. Estos caudales conocidos como situados se recibieron en dinero efectivo o en plata y oro mexicanos, lo cual significó para La Habana la entrada de una avalancha de riquezas y circulante con destino a gastos militares, de la cual

[35] Desde 1740, la documentación permite apreciar con regularidad que al trapiche o molino se le van injertando implementos de hierro para sustituir las piezas de madera dura que con el tiempo se quebraban por la humedad y el desgaste, así se comienza a hablar de guijos de metal, de dados de hierro, hasta que se llegó al trapiche con todos sus componentes de metal; no obstante, hubo ingenios anteriores a 1740 que tuvieron ya trapiches con piezas de hierro, aunque éstos fueron la excepción. Un ejemplo de ello fue el del ingenio. San Antonio de Padua, del capitán Tomás de Urabarro y Leonarda de Carvajal, que declara en tasación realizada en 1708 tener "su trapiche nuevo, con sus tres guijos, chumaceras, trompos y dados todo de metal del norte" por un valor de 600 pesos fuertes. ANC: Fondo Protocolos Notariales de la Habana. Escribanía: Fornaris, año 1708, folios 669v, 701v.

[36] Pablo Tornero Tinajero: "Producción y costes en los ingenios de Cuba. Notas para una investigación", *en* revista *Arbor*, Madrid, 1991, p. 155.

[37] Manuel Moreno Fraginals, ob. cit., p. 65.

[38] Manuel Moreno Fraginals: *Cuba-España, España-Cuba. Historia común*, Editorial Crítica, Grijalbo-Mondadon, Barcelona, 1995, p. 49.

una buena parte se desvió para fomentar ingenios de particulares, con la anuencia de los oligarcas del cabildo y de altos oficiales del ejército, fusionados a través de compromisos matrimoniales a esta elite económica con intereses en la producción y comercialización del llamado "oro blanco".

También desde el siglo XVII, otro rubro, el tabaco, había engrosado las fortunas particulares que se destinaban en su mayoría al renglón azucarero. El historiador español Jacobo de la Pezuela en su *Diccionario Geográfico, Estadístico, e Histórico de la Isla de Cuba* (1863), señaló con gran acierto que el contrabando de tabaco en gran escala que se había desarrollado de forma sistemática en la Isla "desde finales del siglo XVI y durante todo el siglo XVII y XVIII, formó en el país más caudales aún que el abastecimiento de las flotas en La Habana; y los caudales, seguros ya de reproducirse y de fomentarse por los mismos medios, sirvieron para extender poco a poco, los cultivos comerciales como el azúcar y el café".

De todo lo anterior podemos inferir que los hacendados criollos de los primeros siglos coloniales estaban preparados "financieramente", al menos, para iniciar la aventura azucarera, aunque no todos fueron agresivos en la demolición de sus predios ganaderos para dedicarlos a la producción de azúcar. Aún hasta 1760 puede hablarse en la Isla de una economía diversificada en función del comercio exterior y del autoconsumo.

No obstante a las riquezas que lograron acumular los propietarios radicados en la Isla, su práctica de solicitar préstamos para paliar los costos de la inversión inicial en las empresas azucareras, resultó, desde épocas remotas, un hecho evidente.

El argumento para solicitar estos créditos a la Corona siempre giró en torno a dos elementos: pobreza y despoblación; ambos se enarbolaron estratégicamente por los señores del cabildo que utilizaron este discurso como resorte de presión a las arcas españolas. La visión de la colonia que se pierde por falta de recursos financieros, generó temores al gobierno metropolitano respecto de su hegemonía al otro lado del Atlántico, y dio en más de una ocasión resultados favorables a los intereses azucareros. Por supuesto, otras fueron las vivencias de abundancia y bienestar que atrajeron al Caribe a corsarios y piratas, en una desmedida "afición" por atacar y arrasar diferentes ciudades y villas de Cuba.

La primera solicitud de préstamo para fomentar ingenios en la Isla, que hasta hoy se conoce, procede de una carta de Juanes de Avilés a S.M. fechada el 22 de febrero de 1544, en Santiago de Cuba, en la cual se expresan las magníficas condiciones de las tierras de esa villa para cultivar la caña de azúcar y la disposición de sus vecinos más ilustres para iniciar esa explotación agromanufacturera; aunque reconoce la existencia de algunos caudales en la zona, advierte que para levantar los primeros ingenios se requería del préstamo de 3 000 pesos oro a pagar en dos años, "bajo de buenas fianzas".[39] Años más tarde, en la década de 1550, Juanes de Avilés vuelve a escribir al Rey: "encargóme el contador Agramonte suplicar a V. M. que prestase a los vecinos de Santiago diez o doce mil pesos para hacer cinco nuevos ingenios de azúcar". Consultado el Consejo de Indias, acuerdan que debe concederse el préstamo por valor de 10 000 pesos oro, tomando seguridad y palabra de que se harán esos ingenios, además autorizan dar licencias para introducir 300 negros.[40]

El 24 de julio de 1600, el procurador de La Habana Juan de Eguiluz hizo relación al Rey de los cañaverales que proliferaban en esta ciudad y de la abundancia de tierras y leña para ingenios, advirtiéndole que "si se prestase algún dinero a sus vecinos para levantarlos, la Isla se enriquecería y aumentarían los diezmos y recaudaciones de la Real Hacienda".[41] Ese mismo año,

[39] Pablo Tornero Tinajero: *Crecimiento económico y transformaciones sociales: Esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial 1760-1840*, ed. cit., p. 142.

[40] Ídem.

[41] AGI: Sección Santo Domingo. Legajo 1123. Comunicaciones entre El Rey, los Oficiales Reales de la Real Hacienda de Nueva España y Dn. Joan de Eguiluz, Procurador de la Habana, fechada el 24 de julio 1600.

S.M. responde la solicitud expresando: "atendiendo a que se poblaría la Isla y engrosaría el trato y el comercio de ella (...) y a lo que me han servido los vecinos de dicha ciudad en las ocasiones que se han ofrecido, les mando prestar de mi caja (Caja Real de México) a cada uno de los que de ellos se dispusiese a hacer ingenios de azúcar 8 000 reales dando fianza de pagarlos dentro de ocho años (...) y por lo mucho que deseo la conservación y ennoblecimiento de dicha ciudad he tenido por bien mandar prestar 40 000 ducados que montan 500 maravedíes por tiempo de ocho años para repartírselo entre los vecinos que tuvieren los ingenios de azúcar y así mando que de esa, mi Real Caja (se envíen) los 40 000 ducados en moneda labrada en la primera ocasión de flotas o armadas a dicha ciudad de San Cristóbal de La Habana por mi cuenta y riesgo...".[42]

En la medida en que el azúcar de Cuba fue penetrando los mercados europeos en forma indirecta a través de terceros, por el contrabando y el trueque de frutos por esclavos, los hacendados de la Isla tomaron mayor conciencia de la rentabilidad de producir el preciado dulce y no dudaron en fomentar sus empresas con una mentalidad de corte burgués e idiosincrasia criolla, en la cual funcionaron criterios modernos en cuanto a inversiones y movimientos de capitales. Tuvieron claro que los créditos para echar a andar determinado negocio o empresa les daba la posibilidad de no arriesgar toda su fortuna en una sola rama de la economía, dejándoles un margen en sus finanzas para invertir en otras direcciones; por eso, como lo hubiera hecho cualquier empresario de este siglo, acudieron de manera reiterada al crédito para lograr mantener un ritmo creciente de producción y una tendencia expansionista de la manufactura azucarera, que se advierte en la proliferación de ingenios y el aumento de las tierras dedicadas al azúcar a partir de 1760. De esta fecha en adelante, el crédito de carácter hipotecario fue ocupando un lugar principalísimo en el sistema productivo de la Isla, a tal punto que, para fines del 700, la producción azucarera giraba en torno a la refacción y dependía prácticamente de ella.

Esta situación, enervada en la década del 90 después de la revolución de Haití, hizo expresar a Francisco de Arango y Parreño, al referirse a los nuevos dueños de ingenio: "los más de ellos emprenden el establecimiento de sus haciendas con poco capital, se empeñan para concluirlas y no les queda otro recurso que el de ser tiranizados por los que tienen dinero y almacenes de los utensilios que le son precisos: de aquí resultan las negociaciones ruinosas y frecuentísimas en La Habana de ajustar la venta de azúcar con dos reales de pérdida en cada arroba, porque se adelante su importe cuatro o seis meses o de vender con Pacto de Retro las fincas con condiciones torpísimas... (de esto se pueden exceptuar) ocho o diez amos de ingenios muy ricos, que a fuerza de economías han llegado a tener un sobrante conque hacer por sí mismos los suplementos...".[43]

Lo hasta aquí descrito se evidencia gráficamente en los protocolos notariales de La Habana, a través de las escrituras de hipoteca y los contratos de refacción que después de 1760 se multiplicaron en relación con épocas anteriores. El siglo XVIII dejó atrás las solicitudes de préstamos a la Corona como recurso financiero para cubrir las necesidades materiales del negocio azucarero. El dinamismo que imprimió la demanda al proceso productivo a partir de la segunda mitad del 700, creó la necesidad de préstamos mayores, ágiles y cercanos al productor; la ausencia de bancos en la Isla dejó la actividad crediticia en manos de los capitales particulares más fuertes, que asumieron el reto de costear la producción de azúcar. Estos capitales individuales procedían esencialmente de las operaciones mercantiles que cobraron auge en el puerto habanero a partir de la fundación de la Real Compañía de Comercio de La Habana (1739) y de las coyunturas comerciales que se propiciaron en estos años debido a los constantes conflictos bélicos europeos. El sector comercial radicado en La Habana, vinculado a la Real

[42] Ídem.

[43] Francisco Arango y Parreño: "Discurso sobre la Agricultura de la Habana y medios de fomentarla", en *Obras completas*, La Habana, 1888, p. 72.

Compañía y a las casas matrices de comercio en España, Amsterdam[44] e, incluso, en los recién fundados estados de la unión (1776), realizó en este período jugosos negocios con tabaco y azúcar, perfilándose a partir de entonces la separación del capital comercial del productivo. Entre 1750 y 1800, un grupo importante de comerciantes desviaron fondos hacia operaciones crediticias, en lo fundamental de refacción de ingenios, que le dejaron inmensas ganancias.

Nombres como Joseph Cipriano de la Luz, Domingo Ugarte, Manuel Díaz de Quintanilla o (Quintanal indistintamente), Cristóbal Pérez Volcán, Joseph Venturas Benítez, Manuel Torrontegui, Antonio Español, Juan de Santa María, Felipe Siso, Bonifacio González Garrinaga, Félix Crucet, Bernabé Martínez de Pinillos y Pedro Francisco de Marcos, entre otros, integran una larga lista de destacados comerciantes refaccionistas, sin contar un grupo importante de compañías comerciales que en este período ofrecen créditos a los productores azucareros criollos, sobresaliendo La Real Compañía de Comercio de la Habana.

En más de una ocasión, el doctor Julio Le Riverend ha hecho referencia a estas circunstancias, al afirmar que "el crédito a la industria azucarera después de 1750 fue casi, exclusivamente, de capital comercial naciona",[45] entendiéndose por "nacional", los capitales de comerciantes criollos y españoles radicados en Cuba, los cuales, en la práctica, respondieron en primer lugar a sus intereses ubicados en la colonia, y en segundo lugar a los metropolitanos.

El siguiente ejemplo ayudará a comprender lo expresado antes: "En 1782 el teniente coronel Dn. Ventura Doval propietario del ingenio Poveda se obligó a pagar a Dn. Pedro Francisco de Marcos, comerciante radicado en La Habana la cantidad de 12 000 pesos que éste le había proporcionado en géneros de mercadería e instrumentos para su ingenio, los que Dn. Ventura ha de satisfacer en azúcar de buena calidad de las zafras de su ingenio para 1783 y 1784...".[46]

▶ ¿Quién prestó a quién?

Principales acreedores y refaccionistas del azúcar habanero en el siglo XVIII

Desde la década de 1720 en la documentación se aprecia un movimiento crediticio hacia el azúcar de cierta relevancia en comparación con el siglo precedente, repitiéndose de manera reiterada algunos nombres que resaltan como los principales acreedores del período.

En 1739, Manuel de los Reyes Interián dio a Bernardo Nicolás de Aguiar, propietario del ingenio Señora Santa Ana, un crédito por valor de 11 140 pesos de ocho reales cada uno para el fomento de su propiedad, que Bernardo se comprometió a pagar en seis años, una parte en azúcar de buena calidad y la otra en dinero, y como seguridad del pago, éste hipotecó por especial hipoteca su ingenio.[47] Años antes, Manuel de los Reyes había otorgado un buen número de préstamos, pero de menor cuantía.

En la década del 40, los hermanos Ugarte se destacan como acreedores de varios dueños de ingenios. En 1749, Domingo Ugarte prestó a Marcos de Gamboa 1 500 pesos fuertes con el objetivo de que éste pudiera concluir el ingenio Nuestra Señora de Loreto que venía fomentando desde 1746. Aunque no quedó acordado el tiempo de su devolución, Marcos se comprometió con el pago de la deuda y como seguridad dejó hipotecado el ingenio a favor de su acreedor.[48]

Los años de 1750 también fueron pródigos en créditos al azúcar. El comerciante y hacendado Joseph Cipriano de la Luz hizo varios préstamos por esta época a diversos propietarios de ingenios; por sólo mencionar tres de ellos, diremos que en 1751 dio 2 427 pesos fuertes a Félix de Acosta Riaza, quien debería pagarlos en tres

---

[44] Desde la década de 1780, el marqués de San Phelipe y Santiago del Bejucal se vinculó a la Casa Comercial A-Roy Branger de Amsterdam, llegando a ser en 1794 su apoderado en La Habana. Se conoce que esta casa comercial otorgó créditos a la Real Hacienda de Cuba y a varios propietarios de ingenios de La Habana. A esta casa comercial se vincularon en la década de 1790 otros hacendados criollos con el fin de sumarse a negocios comerciales y de obtener créditos.

[45] Julio Le Reverend Brusone: *Historia económica de Cuba,* Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1974.

[46] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 4, folio 353.

[47] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 7, folio 113v.

[48] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 7, folio 319.

plazos, teniendo como tope 1753; para la seguridad del pago, Félix hipotecó su ingenio Santo Cristo del Buen Viaje.[49] Paralelamente a este préstamo, Félix recibió otro crédito de Antonio Pedro Charún (importante refaccionista) por valor de 10 000 pesos para avituallar su ingenio, esta cantidad debía pagarse al final de la zafra de 1752, una parte en dinero y otra en azúcar.[50]

En 1753, Cipriano de la Luz daba un nuevo crédito por 8 000 pesos fuertes a Cristóbal Leal para que pudiera fomentar su ingenio, éste para asegurarle el pago, lo hipotecó en su favor y además le hipotecó su oficio de escribano público.[51] Por otra parte, Cipriano prestó a Manuel Enrique de Arango 3 000 pesos en 1754, para resolver algunas urgencias del ingenio San Juan Nepomuseno, propiedad del citado Manuel, quien, para seguridad del pago, hipotecó la zafra de ese ingenio para 1755.[52]

Los años posteriores a la toma de La Habana por los ingleses (1762) marcaron la arrancada sin freno a la refacción del azúcar, entendida al decir del doctor Le Riverend como el financiamiento casi absoluto del capital comercial a la producción. Podría pensarse que esto respondió a la descapitalización del grupo productor de hacendados criollos, que impulsaron en sus orígenes la "industria" azucarera; sin embargo, asombraría saber que en 1762 y con motivo de la invasión inglesa a La Habana, los vecinos de más renombre de la ciudad, casi todos con la doble condición de accionistas de la Real Compañía de Comercio e importantes dueños de ingenio, pusieron a salvo un total de 3 494 000 pesos fuertes que sumaron todos los capitales individuales sacados en carretas junto a joyas, muebles y objetos de valor hacia los montes y haciendas periféricas de la villa.[53]

Nombres como el de Laureano Chacón, Pedro de Santa Cruz, Agustín de Cárdenas, Sebastián y Diego Peñalver, Domingo Ugarte, Ciriaco Arango, Francisco Fránquiz de Alfaro, Martín de Aróstegui, los marqueses de Villalta, y de San Phelipe y Santiago del Bejucal, y Joseph de la Guardia, entre otros muchos, formaron parte de los criollos adinerados que lograron salvar sus bienes, haciendas y fortunas, pero a su vez integraron, en su mayoría, la enorme lista de deudores de la segunda mitad del 700.

Las evidencias demuestran que este grupo oligarca no estaba en ruinas ni tampoco le faltaban recursos monetarios; entonces ¿qué les hizo solicitar continuos créditos para sus ingenios? Todo nos inclina a pensar que en la mentalidad económica de estos hombres funcionaron criterios modernos en cuanto a inversiones y movimientos de capitales; ellos tuvieron muy claro que los créditos para echar a andar determinado negocio o empresa les daba la posibilidad de no arriesgar toda su fortuna en una sola rama de la economía, y, por otra parte, comprendieron que esto les dejaba un margen en sus finanzas para invertir en otras direcciones, que casi siempre fueron los negocios mercantiles; esta dualidad de actividades hace difícil definir las figuras económicas del período, ante la imposibilidad de separar de esta elite al comerciante del hacendado y viceversa.

Obviamente, esta situación no alcanzó a todo el sector de propietarios de ingenio por igual, hubo quienes sin grandes fortunas se lanzaron a la aventura azucarera y depositaron en ella como única alternativa todos sus ahorros y esperanza; este grupo dentro del sector requirió de la refacción con otra perspectiva y aunque la creyeron su tabla salvadora, ésta los ahogó definitivamente. Como epílogo de esta aventura, muchos ingenios fueron rematados por sus dueños a favor de acreedores o refaccionistas ante el hecho objetivo de no poder liquidar las deudas que como montañas se alzaban a fines del siglo. Los débitos de azucareros desbordan los libros de Anotadurías y Protocolos, algunos ejemplos de estas operaciones crediticias hablan por sí solos: "En 1783 Dn. Manuel de Zayas Bazán hipotecó su ingenio Señor San Joseph del Rosario para seguridad del pago de la deuda que por refacción concertó con Dn. Manuel Díaz de Quintanal (o Quintanilla) por valor de 8 000 pe-

[49] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 7, folio 364.

[50] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 8, folio 113v.

[51] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 8, folio 199.

[52] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 8, folio 200.

[53] Monserrat Garate O'Janguren: *Comercio Ultramarino e Ilustración. La Real Compañía de la Habana*, Donostia-San Sebastián, 1993, pp. 151-155.

sos fuertes, los que deberá liquidar en azúcar de buena calidad de las zafras de 1784 y 1785".[54]

El señor Manuel Díaz de Quintanal (o Quintanilla, aparece escrito de manera indistinta) fue uno de los más importantes refaccionistas de los ingenios habaneros entre 1770 y 1790, sólo en la década del 80 dio créditos por valor de unos 120 000 pesos aproximadamente; de éstos, 49 957 pesos los otorgó para refaccionar las zafras de 1786 y 1787 del ingenio Nuestra Señora de Aransasú, propiedad de Rafael Ugarte y Tomás Ugarte; éstos se comprometieron a pagar la deuda con el azúcar que produjera ese ingenio en la zafra de 1787.[55] El señor Quintanilla murió en 1797 sin poder recuperar buena parte del capital que había dado a crédito, sus sucesores se encargarían de poner pleito a los deudores para tratar de cobrarles.

Junto al nombre de Quintanilla aparecen otros muchos refaccionistas como Cristóbal Pérez Volcán, Joseph Ventura Benítez, Manuel Torrontegui, Antonio Español, Juan de Santa María, Felipe Siso, Bonifacio González Garrinaga, Félix Crucet y Bernabé Martínez de Pinillos, entre otros.

Uno de los más importantes papeles que desempeñó la Real Compañía de Comercio de la Habana desde los años de 1770 hasta la primera década del siglo XIX, fue la refacción de ingenios habaneros. En 1793, Juan Francisco de Oliden y Arriola, administrador principal de la Real Compañía, contrató con Bárbara de Ayala, propietaria del ingenio Santísima Trinidad, la refacción de este ingenio para la zafra de 1793-1794; por esa escritura, Oliden se hacía responsable de entregar a Bárbara de Ayala 300 pesos a principios de cada mes, comenzando el 1ro. de diciembre de 1793 hasta julio de 1794, surtiéndole además los efectos y géneros que necesitara el ingenio y su familia, siempre que los hubiera en el almacén de la Compañía hasta el valor de 6 670 pesos que quedaron contratados y que deberá pagar la señora Bárbara en azúcares de superior calidad de los producidos en 1794; por el valor de dos reales menos en cada arroba de acuerdo con el precio que corriere en la plaza ese año. Una cláusula final dejaba establecida la condición siguiente: "Los dueños del citado ingenio no podrán bajo ninguna circunstancia disponer de ningún azúcar sin consentimiento previo de la Real Compañía, hasta que ésta se considere pagada y satisfecha y para seguridad del pago se dejará hipotecada la unidad azucarera a favor de la Compañía".[56]

En similares circunstancias y con iguales compromisos onerosos de pago solicitaron créditos a la Compañía Ignacio de Urrutia propietario del ingenio Nuestra Señora de la Merced, Rafael Ugarte dueño del ingenio Nuestra Señora de Aransasú, Matías Cantos para su ingenio Santa Clara, José Gabriel Coca para el ingenio Santa Isabel, y Pedro Julián de Morales, quien en 1789 solicitó un adelanto elevado de dinero para concluir las obras de su ingenio Nuestra Señora del Rosario, bajo el compromiso de entregar a la Compañía 150 cajas de azúcar de la zafra de 1790 y 1791.[57]

Debe destacarse que el pago en frutos como vía de compensación de deudas fue el recurso idóneo que tuvo la Compañía para agenciarse azúcares a bajos precios que renegociar en España y Veracruz. En el "Plan sobre Azúcares", que en 1772 elaboraron los administradores de la Real Compañía de la Habana para la Junta de Directores de Madrid, se advierten las ventajas que supone la compra y remisión de las cosechas de azúcares de La Habana para venderse en Cádiz, Sevilla, Santander y Madrid, augurando que de hacerlo la Compañía obtendría después de vendidas 225 arrobas de azúcar y deducidos todos sus gastos unos 200 000 pesos anuales de ganancia neta. Para ello en dicho plan se argumentaba que una arroba de azúcar blanca en La Habana a 19 reales de plata podía venderse en Cádiz a 29 reales plata y una arroba de quebrada adquirida a 10 reales podía venderse a 20 reales. Los capitales para la compra y refacción de estos azúcares les serían girados a los administradores de La Habana desde Nueva España y con las ventas se repondría este capital.[58]

El crédito al azúcar no se limitó a los adelantos en dinero o géneros que dieron a los propie-

[54] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 20, folio 31v.

[55] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 21, folio 62.

[56] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 23, folio 361.

[57] Monserrat Garate O'Janguren, ob. cit., pp. 248-250.

[58] AGI: Sección Ultramar, Legajo 953, folios 581-585.

tarios de ingenio los poderosos acreedores particulares, ni tampoco a la Real Compañía de Comercio de la Habana, hubo además importantes entidades de la época que de una forma u otra aportaron capitales al crecimiento azucarero; entre ellas, la Junta de Temporalidades, la cual administró los bienes de los jesuitas expulsados de la Isla en 1767. Entre 1770 y 1790, esta Junta hizo prestamos por un valor aproximado de 150 000 pesos fuertes[59] que sirvieron para fomentar y construir nuevos ingenios.

Entre los hacendados favorecidos con estos créditos pueden citarse a María de Jesús Aróstegui y Bernardo Echegoyen, quienes recibieron para el fomento de su ingenio Galafate, 6 000 pesos; Miguel Ciriaco de Arango, a quien se le otorgaron 20 000 pesos para su ingenio El Retiro; Francisco del Valle Clavijo, quien recibió 16 900 pesos para atender las urgencias de su ingenio San Juan de Dios; Antonio Rafelín y Bárbara de Estrada, quienes obtuvieron 8 000 pesos a crédito para iniciar las obras de su ingenio Bani, en tierras del corral demolido de igual nombre; Ambrosio Vicente de Sayas Bazán, a quien la Junta prestó 20 000 pesos para que atendiera a las necesidades de sus ingenios San Rafael y Santísima Trinidad; Joseph de Zequeira y Teresa Polier percibieron 4 000 pesos para fomentar su sitio de ingenio Trinidad de Casiguas; por su parte, Felipe de Zequeira solicitó 12 000 pesos a la Junta, la cual le hizo el préstamo para que éste pudiera concluir las obras de su ingenio La Jaula; Santiago de Castro Aguilera recibió 6 000 pesos para su ingenio San José de La Vija; Joseph de Montalvo, conde de Casa Montalvo y Santa Cruz de Mopox, solicitó y recibió de la Junta 44 000 peso fuertes para su ingenio San Lorenzo; Juan Nepomuseno Noroña obtuvo un préstamo de 4 000 pesos para el fomento de su ingenio Nuestra Señora del Pilar de Saragoza, y a Gabriel Manuel de Céspedes se le dieron 3 000 pesos para atender las urgencias de su ingenio Nuestra Señora del Carmen.[60] A esta larga lista pudieran sumarse otros tantos hacendados que recibieron créditos de la Junta no sólo para la actividad azucarera, sino para otras actividades de orden incluso personal.

La secularización de los bienes de los jesuitas en 1767 puso en manos de la Junta de Temporalidades un cuantioso caudal que fue distribuido a crédito entre los dueños de ingenios de La Habana, con la condición de que los deudores pagaran anualmente el interés de un 5 % en referencia al monto del préstamo solicitado; esto significó indiscutiblemente un impulso al crecimiento del renglón azucarero.

También el Real Asiento de Negros y la Real Hacienda dieron dinero y esclavos a crédito a los propietarios, así por ejemplo: el Real Asiento vendió a Felix de Acosta Riaza, en 1769, 20 negros, por valor de 5 360 pesos para su ingenio Santo Cristo del Buen Viaje. Felix se comprometió a pagarlos con azúcar de buena calidad de la zafra de 1770 y para seguridad de la paga hipotecó ese ingenio.[61]

Como dato novedoso resulta importante apuntar que hubo créditos de compañías comerciales españolas que llegaron a la Isla a través de consignatarios radicados en La Habana, como fue el caso de la compañía de Antonio López de Herrrera y Hermanos, del comercio de Cádiz, quien tenía a Antonio Pedro Charum y a Joseph de Urrutia como sus apoderados. Hubo otras compañías comerciales que practicaban el crédito directamente en La Habana, aunque sus integrantes no eran criollos sino en su mayoría españoles; por ejemplo, la Compañía Balaguer y Alguer, La Suvaine, Hermano y Santa María, La Cantera y Zabaleta, la Joseph Feu y Compañía, y la Pablo Boloi y Compañía, entre otras,[62] los cuales propiciaron entre 1780 y 1800 un impulso inversionista al renglón.

La relación comerciante-hacendado en torno a la refacción someramente abordada en este estudio, será objeto de un futuro análisis que comprenderá además la relación acreedor-deudor frente al privilegio de ingenios. ● ● ● ●

[59] Mercedes García Rodríguez: "Misticismo y Capitales. Los jesuitas en la economía de Cuba". Monografía inédita, La Habana, 1994, pp. 128-131.

[60] Ídem, pp. 136-137.

[61] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libro 14, folio 180v.

[62] ANC: Fondo Anotaduría de Hipoteca. Libros 19-25.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 44-54

La "descolonización" de los nombres: identidad nacional y toponimia patriótica en Cuba (1898-1902)

Marial Iglesias Utset

Desde 1898 en la Isla devino una **"metamorfosis toponímica"**, como un proceso de **institucionalización** de la **memoria local** en calles, parques y establecimientos; "**renombrar** los **espacios públicos** constituyó un relevante **gesto simbólico** con el cual la **ruptura** con el **pasado** y la **historia colonial** se hizo visible". Acerca de esa necesaria **búsqueda de identidad nacional**, el estudio que se aborda en esta páginas, permite al lector un acercamiento a tan importante hecho histórico.

Los antiguos territorios coloniales, a la manera de inmensos palimpsestos, conservan, inscritas en su cuerpo, las huellas superpuestas de sucesivas "posesiones".

En América, en los días lejanos de la conquista, las pretendidas "tierras vírgenes" fueron despojadas de sus denominaciones aborígenes y rebautizadas, en un proceso en el cual las ideologías políticas y religiosas de los nuevos ocupantes europeos quedaron incorporadas a la topografía de los lugares.

Los múltiples "Santiagos" y "San Juanes", las "Santas Cruces" y "Trinidades", o las parodias de las "Córdobas", "Valencias" o "Geronas" originales, diseminadas por los mapas de Latinoamérica, evocan todavía las memorias de la colonización hispana.

Los mapas, como los censos coloniales, no son ni fueron nunca descripciones inocentes y "objetivas", desprovistas de mensajes ideológicos o de propósitos políticos. Por el contrario, este tipo de saberes cartográficos o demográfi-

cos, que preceden y a la vez legitiman la conquista del territorio, controlan al tiempo que denotan y forman parte inseparable de la "tecnología" de la dominación imperial.[1]

No obstante, la apropiación (simbólica) de un territorio o espacio físico mediante el simple expediente de "nombrarlo" de diferente manera, no ha sido privativa sólo de los poderes coloniales. Los procesos de *des*colonización se acompañan a menudo de febriles transmutaciones toponímicas, con las cuales se intenta "borrar" la memoria encarnada en las antiguas denominaciones y a la vez dotar al paisaje de "marcas de identidad", que garanticen una adecuada representación semiótica de "lo propio" o "lo nacional" como antítesis de la existencia colonial.

En Cuba, entre los días finales de 1898 (antes de arriada la bandera española del Morro el 1° de enero de 1899) y los primeros meses de 1899, a lo largo de todo el país comenzó un singular proceso de "reescritura" toponímica. Al tiempo que se desmontaban los emblemas de la autoridad colonial (el izaje en público de la bandera de España se prohibió por decreto oficial, la céntrica estatua habanera de la reina Isabel II se retiro de su pedestal, los escudos y blasones alusivos a la monarquía española desaparecieron del frente de los edificios, así como de los sellos, cuños y timbres del papel oficial), por doquier calles, plazas y avenidas fueron rebautizadas. Las antiguas placas y letreros se retiraron de paredes y muros, y se reemplazaron por flamantes inscripciones con nombres referidos al nuevo estado de cosas.

El acto de renombrar los espacios públicos constituyó un relevante gesto simbólico con el cual la ruptura con el pasado y la historia colonial se hizo "visible". En la Cuba de entre siglos, las batallas por el control político no sólo se dirimieron, en mítines y conciliábulos, a través de periódicos, manifiestos y pasquines, sino también en el propio ámbito físico de las ciudades y localidades, donde calles y edificios se constituyeron en terreno de enfrentamiento. En los pueblos de la Isla, una bandera en lo alto de un inmueble, una cruz o una inscripción en una tumba o una placa con el nombre de una plaza o calle, cosas que tal vez habían estado allí sin ser notadas por décadas, se convirtieron de pronto en foco de atención y objeto de controversias.

Mediante la "reescritura" toponímica se proclamaba la inauguración de otra era y, en consecuencia, la institución de una nueva autoridad con la potestad de "nombrar". Sin embargo, al contrario de a lo que pueda pensarse, las autoridades norteamericanas a título de nuevo poder imperial, no se abrogaron el derecho del "marcaje" toponímico del territorio recién adquirido. Pese a la ocupación militar, en la mayoría de los pueblos y localidades del país, las calles, parques y plazas con nombres tradicionales, notoriamente vinculados a figuras, hechos o fechas de la historia colonial o relativos al santoral católico, se rebautizaron con nombres de héroes y mártires de las guerras de independencia o con denominaciones patrióticas o alegóricas al nuevo orden "republicano".[2]

Una hoja suelta, impresa en diciembre de 1898, titulada *Viva Cuba Libre* y rubricada, con la consigna mambisa "Patria y Libertad", anuncia orgullosamente que por la voluntad sobe-

---

[1] Sobre la relación entre mapas, censos y los dispositivos de dominación colonial, véase Anne McClintock: "Mapping the "Virgin" Land and the Crisis of Origins", en *Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest,* Routledge, New York-London, 1995, pp. 28-30, y Vicente L. Rafael: "White Love. Surveillance and Nationalist Resistance in the U.S. Colonization of the Philippines", en *Cultures of United States Imperialism*, Amy Kaplan y Donald Pease (edit.), Duke University Press, 1993, p. 187.

[2] Sobre los cambios de nombres en diferentes pueblos de Cuba, ver *Recuerdo literario del día de la Patria*. Compilado bajo la dirección de los señores Miguel Barceló y Pérez, Miguel A. Barceló y Reyes y Fernando G. y G. de Peralta, Gibara, Imprenta La República de M. Bin, 1902; Antonio Miguel Alcover y Beltrán: *Historia de la Villa de Sagua la Grande y su jurisdicción*, Sagua la Grande, 1905, p. 535; José A. Martínez-Fortún y Foyo: *Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*, t. V, Imprenta Pérez Sierra y Comp., La Habana, 1931, pp. 13, 14, 16, 17, 21; José A. Martínez-Fortún: "Nombres antiguos y modernos de las calles, callejas y plazas de la ciudad de Remedios, en *Cosas de Remedios*, Imprenta Luz, Remedios, 1932, p. 209; hoja suelta titulada

(continúa)

rana del pueblo de Alquízar, expresada en manifestación pacífica, se acordó cambiar los antiguos nombres de las calles del pueblo. Esos nombres —se lee en el documento— "que tantos horrores y tan funestas épocas le hacen recordar" al pueblo se cambiarán en su totalidad "por los nombres de los heroicos defensores de nuestra independencia".[3] En el poblado de Güines, en los últimos días de 1898, comenzó a debatirse cómo sustituir las viejas denominaciones por otras más acordes con los tiempos que se vivían. "Hoy —escribía F. Calcagno en carta dirigida al periódico local de su pueblo— nos sobran nombres de héroes, porque hoy es cuando Cuba tiene historia propia y es nuestro ineludible deber honrar la memoria de los que sucumbieron para darnos una Patria". En consecuencia, proponía que la calle Reina se renombrase como Arango y Parreño, mientras que la Real, "puesto que ya no hay reyes" debía convertirse en República.[4]

Lo curioso es que el proceso, ocurrido simultáneamente durante los primeros meses de 1899, no parece haber sido obra de una iniciativa centralizada. Según las memorias consultadas, las disposiciones se tomaron por las alcaldías o ayuntamientos de cada pueblo, o acordaron, como en Alquízar, en el transcurso de manifestaciones populares, a espaldas de cualquier decisión del gobierno militar o, incluso, de las organizaciones revolucionarias a escala nacional.

A diferencia de la capital, donde la imponente presencia de las tropas y funcionarios del gobierno militar norteamericano impedía que los representantes de las fuerzas revolucionarias ejercieran directamente el poder; en muchas ciudades y pueblos del interior del país, el control local estaba en manos de antiguos oficiales del ejército mambí o sus colaboradores civiles.[5] De modo, que los consistorios o ayuntamientos, si bien cumplían con las indicaciones de orden general del gobierno central, gozaban de una relativa independencia, que les permitía tomar decisiones, como las de los cambios toponímicos, de indudable carácter nacionalista.

Varios meses después, en septiembre de 1899, el gobierno interventor intentó controlar la anarquía toponímica, al aprobar un decreto destinado a normar los cambios, que sólo se autorizarían (después de haberse presentado la correspondiente solicitud por los ayuntamien-

---

(viene de la página anterior)

"Viva Cuba Libre", Alquízar, diciembre de 1898; Manuel F. Pérez Rivero: *Historia local de Pinar del Río*, edición mimeografiada (s/a), pp. 91-92; *La Luz del Hogar*, Güines, 25 de diciembre de 1898, no. 2, p. 5, abril de 1899, no. 3, p. 2; Rogelio M. Alonso: *Cartilla histórico-descriptiva de Macuriges*, Imprenta La Propagandista, La Habana, 1901, p. 16; Francisco J. Ponte y Domínguez: *Matanzas. Biografía de una provincia,* Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1959, pp. 259, 271; Pelayo Villanueva: *Colón. Hechos, personas y cosas de este pueblo que no deben ser olvidados al escribirse su historia*, Imprenta Paltenghi, Colón, 1934, t. III, pp. 70-72.

[3] En la hoja suelta titulada "Viva Cuba Libre", a continuación se enumeran los antiguos y modernos nombres del pueblo. Agradezco al colega Francisco Pérez Guzmán haberme sugerido esta fuente y facilitado su reproducción del documento original.

[4] *La Luz del Hogar*, Güines, abril de 1899, no. 3, p. 2. Véase también del mismo periódico el no. 2 del 25 de diciembre de 1898, p. 5.

[5] En 1900, una mujer residente en Yaguajay le comentaba a Salvador Cisneros Betancourt: "Aquí vivimos en plena república. El alcalde del pueblo es un coronel del ejército libertador que en las cosas de la patria piensa como U. y como yo. Los empleados del Ayuntamiento son todos del ejército también". *Carta de mujer (firma ilegible) a Salvador Cisneros Betancourt fechada en Yaguajay, diciembre de 1900*, en ANC, fondo Academia de la Historia, sig. 336, caja 482. Jorge Ibarra confirma este aserto: "Debe subrayarse —escribe— que los Ayuntamientos se encontraban a la postre, en manos de oficiales del Ejército Libertador que habían sido designados alcaldes de las principales localidades de la Isla por el gobierno interventor". Jorge Ibarra: "Máximo Gómez entre Escila y Caribdis", en *Revista Bimestre Cubana*, julio-diciembre de 1997, época III, no. 7, p. 68. Para un análisis de las complejas relaciones entre estas estructuras de poder local y las autoridades norteamericanas en el primer año de la intervención, véase Louis Pérez Jr.: "Intervention and Collaboration: The Politics of Cuban Independence, 1898-1899", en *Essays on Cuban History*, University Press of Florida, 1995, pp. 20-22.

tos), por el mismo Gobernador Militar de la Isla.[6] Mas, para esa fecha, ya era tarde para poner coto a la transformación de los lugares: las calles de Tacón, Concha o Cánovas se habían convertido irremediablemente en Martí, Maceo y Gómez, mientras que las denominadas Real o Reina perdieron sus nombres monárquicos para trastrocarse en calles "republicanas". Algunas localidades, como el término municipal de Macuriges, recuperaron, a más de cuatro siglos de distancia, sus nombres nativos originarios.[7]

En pocos días, la topografía de los pueblos cambió de tal manera, que se hizo problemático orientarse en las calles o usar los servicios del correo. "¿Qué distancia hay de José Martí a General Betancourt? —interrogaba con ironía un gacetillero. Imposible le será responder si no recuerda que José Martí es Corral Falso y General Betancourt Ceiba Mocha".[8]

Un estudio serio de las mudanzas en los nombres de las calles y lugares arrojaría sin dudas una sugestiva radiografía del período: la ruptura con el pasado y la tradición colonial; la sensación de estar viviendo un tiempo enteramente nuevo; las tensiones entre el simbolismo religioso y el secular; la impronta modernizadora o "civilizadora"; la articulación de la autoridad local con las disposiciones del poder central; pero, sobre todo, la firme decisión de convertir un territorio colonial en una nación independiente mediante la búsqueda afanosa de signos de identidad, se hacen evidentes en este proceso de transmutación semiótica.

En la antigua villa de San Juan de los Remedios, de la región central de la Isla, apenas unos días después del acto de sesión de la soberanía, el 18 de enero de 1899, se reunió el consistorio local y acordó cambiar los nombres de la ciudad. En virtud del nuevo decreto, la calle de San José pasaría a llamarse Máximo Gómez y la calle Fortún, General Carrillo (ambos generales estaban acampados en las cercanías de la ciudad). En la calle recién nombrada como Máximo Gómez se colocó una placa para conmemorar la entrada al pueblo del Ejército Libertador por ese lugar, una vez evacuadas las tropas españolas. El lugar más céntrico de la localidad: la antigua Plaza de Armas, también nombrada Isabel II, pasó a llamarse Plaza José Martí. Las calles de Santiago (patrón de España) y Amargura se nombraron León Albernas y Alejandro del Río para honrar la memoria de héroes locales caídos en las guerras por la independencia. La calle Jesús de Nazareno perdió su nombre católico para volverse Antonio Maceo, la llamada San Francisco Javier devino Calixto García, mientras San Juan de Dios se trastrocó en Calle de la Independencia. La antigua calzada del cementerio cambió su nombre por el de Paseo de los Mártires. Al mes siguiente, en febrero de 1899, las calles Soledad, Mercaderes, Santo Cristo fueron renombradas como Adolfo Ruiz, José A. Peña y Hermanos García, respectivamente; mientras Jesús del Monte se convirtió en General Zayas. Unos días después, a propuesta no del propio ayuntamiento sino "de algunos vecinos", la calle Ánimas pasó a llamarse Pedro Díaz en honor al general negro de ese nombre.[9]

En la ciudad de Sagua, por la misma fecha, la calle que llevaba por nombre el del célebre estadista español Cánovas del Castillo se convirtió en Martí; la calle Tacón, en Carlos Manuel de Céspedes; la denominada Intendente Ramírez pasó a llamarse Solís; la antigua calle Esperanza recibió el nombre de Luz y Caballero, así como la calle Cruz se transformó en Padre Varela. La calle Estrella se rebautizó como Antonio Maceo, mientras la llamada Amistad devino Carmen Ribalta. Las plazas y parques también perdieron sus nombres. El parque antes llamado González Osma, en honor de un benefactor del pueblo, pasó a

[6] "Decreto del 6 de septiembre de 1899 estableciendo la tramitación de las solicitudes de cambios de nombres", en *Colección Legislativa de la Isla de Cuba. Recopilación de todas las disposiciones publicadas en la Gaceta de La Habana,* Establecimiento Tipográfico, La Habana, 1900, t. II, pp. 325-327.

[7] Rogelio M. Alonso: *Cartilla histórico-descriptiva de Macuriges*, ed. cit., p. 16.

[8] *El Fígaro*, 25 de junio de 1899, no. 24, p. 213.

[9] José A. Martínez Fortún: *Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*, ed. cit., t. V, pp. 13,14,16,17, 21, y del mismo autor "Nombres antiguos y modernos de las calles, callejas y plazas de la ciudad de Remedios, en *Cosas de Remedios*, ed. cit., p. 209.

llamarse Parque de la Libertad, mientras las antiguas plazas de la Cárcel y de las Pailas se bautizaron pomposamente como Plaza del General Robau y Plaza del General Peraza, ambos relevantes jefes militares del ejército mambí. Como una nota disonante en este concierto de armonías patrióticas, la calle que en el tiempo colonial se llamó del Progreso recibió el nombre de Clara Barton, la célebre benefactora de la Cruz Roja norteamericana que recorrió la Isla en 1898, mitigando el dolor y la miseria dejados atrás por la guerra y la reconcentración.[10]

No hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de la profunda significación simbólica que, para el actor de la época, tuvo la radical mudanza de la toponimia. En la rancia villa de Remedios, para el "pacífico" que pasó toda la vida habitando en la calle de Jesús de Nazareno mientras trabajaba en la de Ánimas, fue sin duda una experiencia traumática hallarse viviendo, de la noche a la mañana en la calle Maceo (quien hasta el otro día era, según la prensa española, la encarnación misma de Lucifer) o laborando en Pedro Díaz, antes negro "faccioso" cuya cabeza se pedía en los pasquines pegados en las esquinas y ahora encumbrado general, cuya ejecutoria se honraba con el nombre de una calle.

La marcada secularización de los nombres de calles y lugares es, sin dudas, un dato a tener en cuenta al evaluar la persistencia o debilitamiento de las prácticas religiosas del tiempo colonial. Aunque resulta prematuro aventurar conclusiones, lo cierto es que, al menos en lo referente a los nombres, los mártires "santos" tuvieron que dejarles lugar a los mártires "laicos".

También es curiosa la articulación, en el entramado de las calles, del panteón de héroes locales con las figuras reconocidas a escala nacional. Una investigación por regiones de las transformaciones toponímicas, podría arrojar datos muy interesantes no sólo sobre las ideologías políticas y religiosas incorporadas en las concepciones culturales del espacio del área en cuestión, sino también acerca del balance de poder entre las autoridades locales o regionales y las personalidades consagradas nacionalmente. De los héroes nacionales del 68, Céspedes y Agramonte son nombres frecuentes, mientras que no hay prácticamente pueblo de Cuba que no tenga una calle o plaza que lleve los nombres de Martí, Máximo Gómez y Maceo. Al menos en esta región central de la Isla, de donde he obtenido mis ejemplos, también llama la atención la marcada presencia de un panteón de mártires de la zona, así como la glorificación de caudillos militares vivos y actuantes en la política de la época, como el general Carrillo o los generales Peraza y Robau, antes mencionados.

A pesar de la ausencia de un estudio pormenorizado, en sentido general puede afirmarse que en las zonas de Oriente y Camagüey o en la parte central del país, escenario de ambas guerras por la independencia, donde gran parte de los habitantes de los poblados participaron directamente en los conflictos bélicos, la existencia de una tradición revolucionaria viva, con un panteón propio de héroes, recuerdos emotivos de hazañas y lugares, determinó en gran medida el carácter de los cambios en la toponimia, más orientados hacia la consagración, a través de placas y rótulos, de una memoria local. Hacia el occidente, en los sitios donde la guerra no llegó, las vivencias se reducían, en muchos casos, a narraciones míticas de actos heroicos de mambises anónimos o concentrados en unas cuantas figuras representativas. Por ello, en estas localidades resulta frecuente encontrar un esquema toponímico común, con varias calles centrales denominadas Martí, Maceo o Gómez, otras nombradas Calixto García, Céspedes o Agramonte, junto a varias de nombres alegóricos, como República, Libertad, Mártires o Independencia. Las calles, corrientes en muchos pueblos, con denominaciones como Luz y Caballero, Varela, Arango y Parreño, etc., evidencian el reconocimiento de una tradición de cubanía de origen diferente, fundada en una genealogía de próceres ilustrados de ascendencia civil.

La comparativamente escasa presencia de calles con nombres de mujeres o de héroes ne-

[10] Antonio Miguel Alcover y Beltrán, ob. cit., p. 535. Sobre la labor benéfica de Clara Barton en Cuba durante 1898, véase en Francisco Pérez Guzmán: *Herida profunda*, Ediciones Unión, La Habana, 1998, pp. 125-127, 148-149,154-156.

gros de la guerra de independencia, se relaciona obviamente con prejuicios raciales y de género. Según plantea Ada Ferrer, de acuerdo con estimados hechos por Louis Pérez y Jorge Ibarra, se cree que al menos el 60 % de los miembros del Ejército Libertador eran negros o mulatos. Esta fuerza multirracial —afirma esta investigadora— no estaba constituida por una gran masa de soldados negros bajo el mando de un puñado de oficiales blancos. Numerosos soldados negros ascendieron en las filas del ejército y alcanzaron altos grados que iban desde capitán a coronel y general, mientras tenían bajo su autoridad a no pocos hombres considerados como blancos. Hacia el final de la última guerra, cerca de un 40 % de los cargos en el ejército mambí eran desempeñados por hombres "de color".[11] Si estos datos son verídicos resulta más que evidente que no hay proporción entre los méritos reales alcanzados en la guerra por los mambises negros y los reconocidos, con posterioridad a su terminación, en memorias, homenajes, tarjas y bustos.

A pesar del papel relevante de la figura femenina en la representación iconográfica de la nación (recuérdese la imagen clásica de la Patria con ropajes de matrona griega y gorro frigio), las calles bautizadas con nombres de mujeres resultaron bien escasas en la época. Mientras que la participación directa en los acontecimientos bélicos se estimó como fuente de gloria y honor para los hombres, digna de perpetuarse en rótulos de calles y monumentos, para las mujeres fue una suerte de profanación (de su castidad, de su honra) cuya huella debía ser borrada. Las identidades reales de los cientos de mujeres que, de una forma u otra, se vieron envueltas en la contienda bélica se suprimieron para privilegiar una representación abstracta, sin nombres ni apellidos, en la cual la figura heroica de la combatiente mambisa es relegada por la imagen de la madre sufrida, víctima pasiva de la violencia de la guerra y la reconcentración.

Así, la figura femenina ampliamente homenajeada con bustos y placas, en la zona villareña antes aludida, no fue precisamente una heroína mambisa; sino Marta Abreu, hacendada millonaria, quien desde su retiro de París, en los años de la guerra, donó, escondida tras un seudónimo masculino, más de 100 000 pesos al tesoro del PRC. Pródiga benefactora local, Marta Abreu encajaba a la perfección en la imagen discreta (y asexuada) de la "esposa-madre" abnegada, caritativa, protectora de los desvalidos y, a la vez, patriota generosa, representación menos amenazante para la hegemonía masculina que la figura marcial y militante de la mambisa en campaña.[12] Pese a la nota nacionalista predominante, en este proceso de institucionalización de la memoria local a través de bronces de parque y tarjas recordatorias, no dejaron de hacerse patentes las tensiones y contradicciones de clase, así como los conflictos raciales y las actitudes discriminatorias que resur-

[11] Ada Ferrer: "Rustic Men, Civilized Nation: Race, Culture, and Contention on the Eve of Cuban Independence". Artículo presentado en el Taller de Cienfuegos, 5-7 de marzo de 1998, p. 4.

[12] El testimonio de Segundo Corvisón, quien de petrimetre habanero "de la acera del Louvre" que era antes de la guerra, devino teniente coronel del Ejército Libertador, constituye una buena muestra de la actitud ambivalente masculina ante la participación de las mujeres como soldados en la campaña insurrecta: "Yo había oído en Key West (...) las hazañas de las heroínas insurrectas que acompañaban al general Antonio Maceo, en la invasión, y compartían los ruidosos triunfos, alcanzados por aquel ilustre caudillo. Y en verdad me dejaban confuso, y hasta un tanto resentido, aquellas arrogancias y atrevimientos bélicos, ejecutados por mujeres veteranas...". La descripción equívoca de una de estas mambisas (como rudo soldado y a la vez como tentador objeto sexual), que sigue a continuación en su relato, confirma los sentimientos encontrados del autor: La "capitana", cuyo nombre se obvia, se echa a dormir en una hamaca "sin despojarse de sus vestidos ni de sus armas de combate". A los pocos minutos ronca como un hombre, estrepitosamente; exhalando empero unos olores, que Corvisón describe como "emanaciones desapacibles", pero que su joven compañero de andanzas en el ejército, pese a la apariencia masculina de la mujer en ropaje militar, identifica de inmediato como femeninos, calificándolos de excitantes "perfumes de fronda". Segundo Corvisón: *En la guerra y en la Paz. Episodios históricos de la Revolución por la Independencia y consideraciones acerca de la República cordial*, Cultural S.A., 1939, p. 41.

gían con fuerza tras el fin de la guerra contra España.

En La Habana, en contraste con la marcada toponimia patriótica de otros pueblos y ciudades, los recién aparecidos carteles de sesgo nacionalista en las fachadas de los comercios, convivían de manera promiscua junto a rótulos en inglés y a los letreros tradicionales del comercio español, a menudo alusivos a la "Madre Patria" o a imágenes religiosas. En cuanto a las calles, si bien hubo algunos cambios de nombres (la calle Obispo renombrada en 1896 como Valeriano Weyler, recuperó en diciembre de 1898 su antiguo nombre y las calles de "mal vivir" conocidas como La Bomba y La Samaritana recibieron en 1899 denominaciones más "correctas" como del Progreso y del Porvenir).[13] No fue hasta después de la inauguración de la república en 1902, que muchas de las avenidas más importantes se rebautizaron con nombres patrióticos.[14] En su lugar, entre los meses finales de 1898 y los primeros de 1899, los nombres de numerosas tiendas, bodegas, almacenes y cafés se renovaron, sólo que de manera más confusa y desorganizada que los cambios de las calles en los pueblos, en tanto las transformaciones dependían de la voluntad de sus dueños y no de decretos municipales.

"Nuestros establecimientos de comercio, por la costumbre local de darles denominaciones, las más de las veces caprichosas y pintorescas, han sido como un barómetro que en todo tiempo han marcado con bastante fijeza la presión mayor ó menor, en este sentido ó en el otro, de nuestra atmósfera política", afirmaba González Lanuza al referirse a una suerte de filosofía "oportunista" subyacente en los cambios de los rótulos de los comercios de La Habana.[15]

En los días postreros de la dominación hispana, cuando, pese a haberse firmado el armisticio, la capital aún permanecía en poder de las autoridades españolas, empezaron a aparecer los primeros rótulos nacionalistas en el frente de algunos establecimientos comerciales. Los nombres de los comercios en las páginas de anuncios de *La Estrella Cubana*, *La Guásima*, *El Machete*, *Cuba Independiente*, *El Grito de Baire*, periódicos de existencia efímera, editados y vendidos de forma clandestina en La Habana entre noviembre y diciembre de 1898, proclaman a las claras la filiación de sus dueños. Bodegas y fondas con títulos como Mi Patria, El Cubanito, El Campamento Cubano, El Sol Cubano, El Jardín Cubano, Cuba Libre, Cuba es mi Patria, La Bandera Cubana o La Estrella de Baire,[16] hacen alarde de patriotismo frente a los rótulos a menudo

[13] Decreto del 30 de mayo de 1899 publicado en la *Gaceta de la Habana* el 7 de junio de 1899, en *Colección Legislativa de la Isla de Cuba*, 1900, t. I, p. 250.

[14] Véase "Relación de las calles de este término, cuyos nombres han sido cambiados desde 1899 a la fecha" (julio 1924), en *Jurisprudencia en materia de Policía Urbana. Decretos, acuerdos y otras resoluciones sobre dicha materia, dictados para el Municipio de la Habana*, recopilados por Francisco M. Duque y Julio G. Bellver, Imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1924, pp. 382-385. En 1919, un periodista se quejaba del escaso espíritu patriótico de los habaneros, que continuaban llamando San Lázaro a la calle Antonio Maceo y Monte a la Calzada de Máximo Gómez. Para remediar la situación y estimular el "patriotismo" toponímico, el redactor proponía que en los organismos del Estado no se recibieran instancias ni escritos con las viejas direcciones, así como que el correo retuviera las cartas de quienes no cumpliesen las disposiciones referentes a los cambios de nombres. Como parte de esta misma campaña, en 1922 se aprobó un decreto municipal, por el cual se multaba a los comerciantes que, en los letreros y anuncios de sus establecimientos pintados o impresos en carros, camiones y otros vehículos, usasen, en lugar de los nuevos nombres, la vieja nomenclatura de las calles. A pesar de estas compulsiones y de una nueva oleada de transformaciones toponímicas que afectó a la ciudad a raíz de la revolución en 1959; los obstinados habitantes de la capital prosiguen hasta hoy día haciendo caso omiso de los cambios y llaman, como en los tiempos coloniales, Prado al Paseo de Martí o Carlos III a la Avenida Salvador Allende. Ver Antonio Iraizoz: "Los nombres de las calles", en *Sensaciones del momento* (artículos de actualidad), Imprenta El Siglo XX, Habana, 1919, pp. 54-55, y Decreto del Ayuntamiento de La Habana, 27 de diciembre de 1922, en *Jurisprudencia en materia de Policía Urbana. Decretos, acuerdos y otras resoluciones sobre dicha materia, dictados para el Municipio de la Habana,* ed. cit., p. 241.

[15] José Antonio González Lanuza: "Rótulos trascendentales", en *El Fígaro*, 3 de mayo, 1903, no. 18, p. 210.

[16] *La Estrella Cubana*, La Habana, 30 de noviembre de 1898, no. III.

hispanizantes del comercio capitalino. Otros comerciantes, sin embargo, se preparan tempranamente para la futura arribazón de americanos, añadiendo al título de su casa un rótulo de *spoken english* o simplemente, como los propietarios de The Cuban Star y Cuban Grocer Co., anunciándose por completo en inglés.[17]

Algunos, como los propietarios de una bodega en Monte y San Joaquín, pagaron caro la iniciativa de adelantarse a los acontecimientos. El establecimiento, fundado en octubre de 1898 por dos cubanos y bautizado como La América, anunciaba la venta de productos importados de Estados Unidos. En consonancia con su rótulo, en las vidrieras se exhibían banderas cubanas y americanas. Durante la noche del 8 de diciembre, día de la conmemoración de la Purísima Concepción, Santa Patrona de España, varios exaltados, comandados por un teniente del ejército español, allanaron la casa y rompiendo las vidrieras, les exigieron a los dueños la retirada de todas las banderas del frente del inmueble.[18]

Un caso sumamente curioso por la increíble mezcolanza de filiaciones divergentes, es el de la fonda La Flor de Galicia, que a fines de 1898 radicaba en la calle Habana entre Teniente Rey y Amargura. En lugar de variar el nombre del establecimiento a tono con los nuevos aires, en este caso los dueños adoptan una estrategia diferente: conservar el título de la casa a la vez que se ampliaba el espectro del servicio brindado, incluidos "todos los usos y costumbres", de modo que ninguna de las partes contendientes quedase excluida.

"Cubanos, españoles, americanos —se anuncia en el reclamo del establecimiento— Tenemos para todos los gustos un colosal surtido. Para españoles de todas las provincias. Para cubanos y americanos en general. Para los honorables cubanos y yankees. Para los honradísismos cubanos del campo y trabajadores. Para los cubanos de la Revolución que tan notablemente trabajan por la concordia y reconstrucción del país (...) Se ofrecen en este establecimiento todos los usos y costumbres; el rico agiaco, el picadillo, el bacalao vizcaíno y catalán, el chilindrón y el caldo gallego, la fabada, el rosbbiff, el bisteaf chauteabriand, y dos mil y más variedades a precios increíbles".[19]

Difícilmente podrá hallarse mejor muestra de la condición híbrida y liminal a la que se ha hecho antes referencia, que el menú de esta fonda en el cual platos criollos como el ajiaco y el chilindrón conviven con la fabada, el caldo gallego, el bacalao a la vizcaína y el *roast-beef* y el *beef-steak*.

Otro excelente ejemplo de las complejas negociaciones entre símbolos e identidades contradictorias en el ámbito de la vida cotidiana, es esta anécdota, referida por González Lanuza en su ya citado artículo: "Existía en la calzada del Monte, desde muchos años atrás, una tienda que se llamaba Las Glorias de Pelayo. El dueño de este establecimiento, hace poco desaparecido, pensó sin duda en aquellos días que, una vez terminada en Cuba la soberanía española, era peligroso cobijarse bajo el nombre del primer rey de la Reconquista. ¡Vaya Ud. a ver por qué! Pero el hecho es que puso por obra la sugestión de sus temores y cambió el título de su casa, dejándole su misma estructura, alterando tan sólo el nombre de la personalidad cuyas las 'glorias' eran; pero advirtiendo al final la transformación, para dejar un eco claro del antiguo título, para mantener su propia entidad comercial, para no perder el crédito adquirido ni la marchantería ya habituada; y en virtud de todas estas cosas, la tal tienda se llamó, durante cierto espacio de tiempo, de este modo extraordinario: 'Las Glorias de Maceo, *antiguas de Pelayo*!!!'".[20]

---

[17] Ibídem.

[18] *La Independencia*, 12 de octubre de 1898, no. 4, *La Guásima. Periódico político independiente,* Marianao, 14 de diciembre de 1898.

[19] *La Guásima,* Marianao, 14 de diciembre de 1898.

[20] José Antonio González Lanuza: "Rótulos trascendentales", en *El Fígaro*, 3 de mayo, 1903, no. 18, pp. 210-211. Al referirse a las mencionadas mutaciones toponímicas, Esteban Borrero narra, en tono de chanza, en las páginas de la misma publicación, los avatares de una bodega que, fundada por un criollo en tiempos de la colonia, llevó inicialmente el cubanísimo nombre de El Aguacate. Comprada más tarde por un español, comenzó a llamarse El Aguacate Español. Tiempo después, habiéndose iniciado la guerra de

(continúa)

Más allá de la nota cómica del relato, el simbolismo de la transmutación de Pelayo, rey ibero, en Maceo, héroe mambí, resulta impresionante. No obstante, el hecho de que en los letreros, un soberano español resultase destronado por un mulato cubano descendiente de esclavos, no significa que en la sociedad estuviese pasando lo mismo. Así como la mudanza aludida sólo afectó el cartel, dejando intacta la bodega en cuestión, en la misma sociedad habanera el excesivo énfasis en las transformaciones simbólicas, evidenciadas en etiquetas, rótulos y ceremonias, ocultaba tal vez la supervivencia, tras la revolución de independencia, de estructuras opresivas y prácticas de explotación y discriminación. En este sentido, los congéneres de raza de Maceo, muchos de los cuales compartieron sus glorias militares en la guerra, pronto percibieron que en el nuevo estado de cosas, lejos de ser reconocidos o promovidos socialmente, eran excluidos u ocultados como una presencia incómoda, y conminados a "civilizarse" como precio de su integración a la sociedad.[21]

Las metamorfosis toponímicas no sólo afectaron a los comercios populares, como pequeñas tiendas, fondas y bodegas; incluso los establecimientos a los que acudía la alta sociedad de la capital se pusieron a tono con las exigencias "patrióticas".

En *Cuba y América*, una revista fundada en Nueva York, en tiempos de la guerra del 95, como órgano de la aristocracia criolla exiliada en esa ciudad, y que al reeditarse en La Habana en 1899 mantiene sus pretensiones como vocero de la elite social, se invita a los lectores a acudir a El Guajiro que, pese a su nombre "rústico", era un "elegante establecimiento de frutas confitería helados, y néctar soda, servido por elegantes, lindas y bien educadas señoritas". El local, al cual se le augura que será sin duda alguna el "*rendez vous* de las más distinguidas familias habaneras", con su rótulo de resonancia patriótica y populista, constituye una buena muestra de la conjunción de lo "nacional" y lo "moderno" que caracterizaba la era. Combinaba un público de clase alta, con un membrete nacionalista y un servicio "moderno" (la atención al público femenina en lugar de los tradicionales "dependientes" de sexo masculino del comercio colonial, resultaba una práctica recién importada y publicitada como un signo de la emancipación de la mujer en los "nuevos tiempos").[22]

Entre la edición lujosa de papel satinado, adornada con profusas fotos e ilustraciones de *Cuba y América*, y la pobreza gráfica de *El Ciudadano*, un humilde periódico editado en 1900 en San Antonio de los Baños, pueblo pequeño aledaño a La Habana, hay una gran distancia. También contrastan las veleidades americanófilas de la revista con el ardiente patriotismo del diario popular. Sin embargo, lo mismo que el magazín capitalino, *El Ciudadano* da fe de los cambios toponímicos que marcaron los tiempos. Sólo con los reclamos de su sección de anuncios puede reconstruirse el espectro de tendencias políticas prevalecientes en la localidad: los anuncios de La Estrella, fábrica cubana de chocolates, compiten con los del chocolate La Española, propiedad de Rubine e hijos, de La Coruña. La cigarrería La Mina de Oro también vende "tarjetas de fantasías con banderas e insignias cubanas" y está situada en las calles Martí y General Gispert. El Cubano Libre, tienda surtida con "víveres del país y extranjeros", tiene su local en Maceo esquina a República mientras que el Salón Martí, calificado como "gran café, restaurante, lunch y dulcería", está ubicado en la calle Martí (el Apóstol) esquina a Gonzalo de Quesada (el Discípulo). Por la combinación de apelativos nacionalistas también se destaca la

---

(viene de la página anterior)
independencia, cambió su nombre por el de El Aguacate Español en Campaña. Una vez finalizada la dominación española, el nuevo propietario, quiso ponerse a tono con los tiempos, sin perder a la vez a su antigua clientela y optó entonces por rebautizar su establecimiento como El Aguacate de Martí *Reformado*. Ver Esteban Borrero: "Carta abierta al doctor José. A. González Lanuza", en *El Fígaro,* La Habana, no. 22, 31 de mayo de 1903, p. 277.

[21] Tomás Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 36-45, y Aline Helg: *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, The University of North Carolina Press, 1995, pp. 91-98.

[22] *Cuba y América*, La Habana, 20 de agosto de 1899, no. 65, p.27.

barbería El Ariguanabo (nombre de procedencia indígena de un río local) cuyo propietario era Francisco Díaz, conocido en el pueblo por el apodo cubanísimo de "Guayaba", y situada, como si fuese poco, en la calle Martí esquina a Maceo.

En contraste con la cubanidad cerrada de los ejemplos anteriores, se destaca la ambigüedad toponímica de la farmacia La Purísima Concepción. El establecimiento, con su nombre católico y castizo, distintivo de los tiempos coloniales, está ubicado en el cruce de dos calles, Martí y McKinley, símbolos de tendencias ideológicas y toponímicas antitéticas. La combinación de nombres, obviamente fortuita, evoca, no obstante, la imagen de una Cuba que, intentando dejar atrás la condición colonial, vacila entre tomar por la calle de Martí hacia la construcción de una nación soberana o por la de McKinley en dirección hacia un futuro "moderno", pero dependiente.[23]

En sentido general, pese a algún que otro gesto servil aislado, como la designación de una calle en Santiago de Cuba como Leonardo Wood, o tal vez la expresión sincera de agradecimiento a los norteamericanos al otorgar a una calle o plaza nombres como los de Teodoro Roosevelt, mitificado como el "héroe de las colinas de San Juan" o Clara Barton;[24] la tendencia predominante en el proceso de reescritura toponímica, con su énfasis en los nombres de mártires y héroes de las guerras contra España, evidencia la decidida voluntad de constituir una nacionalidad propia a partir del legado de la lucha anticolonial y la memoria patriótica de las revoluciones independentistas.

Sólo que este legado nunca constituyó un oasis de consenso, ni la memoria patriótica, una fuente de autoridad inapelable.[25] Las experiencias de las revoluciones por la independencia fueron múltiples y complejas. Las vivencias de los esclavos o de sus descendientes, que lucharon no sólo por la independencia de España, sino por su propia emancipación y dignificación como ser humano, o de los miles de campesinos y jornaleros humildes que se unieron a las filas del ejército mambí, en búsqueda de un régimen diferente, de igualdad y justicia social, distan mucho de las de los miembros de la elite terrateniente, ex dueña de esclavos, que mediante la guerra intentaba liberarse del yugo metropolitano, pero sin perder sus privilegios de clase ni su posición rectora en el proyecto nacional.

Esto ayuda a entender el porqué, una vez terminado el conflicto con España, las frágiles coaliciones del frente anticolonial se desintegraron tan rápidamente para dejar lugar a una compleja etapa, en la cual, los intentos de consolidar un nuevo consenso nacional para enfrentar la amenaza imperial norteamericana, se dificul-

[23] *El Ciudadano. Periódico de intereses generales, literatura y sport,* año I, San Antonio de los Baños, 19 de mayo de 1900, no. 3, pp. 6-8, en ANC, fondo: Museo Nacional, caja 32, sig. 78.

[24] La calle santiaguera de San Tadeo fue rebautizada como Leonardo Wood, mientras que en la ciudad de Pinar del Río un parque recibió el nombre de Teodoro Roosevelt. Ver José Joaquín Hernández: "Santiago de Cuba en 1898. Memorias de un bloqueado". Publicado como apéndice en Emilio Bacardí: *Crónicas de Santiago de Cuba*, t. X, p. 370, y Manuel F. Pérez Rivero: *Historia local de Pinar del Río*, ed. cit., pp. 91-92.

[25] Entre 1890 y 1893, el bibliógrafo Domingo Figarola Caneda, quien había asistido a Francisco Calcagno en la recopilación de información para su célebre *Diccionario biográfico cubano*, emprendió la tarea de compendiar los datos más relevantes de los participantes en la Guerra de los Diez Años contra España, con el propósito de publicar un *Diccionario biográfico de la Revolución Cubana*. Para ello dirigió numerosas cartas y circulares, en las cuales exhortaba a los protagonistas de la contienda a contar sus memorias y enviar sus datos personales. En la correspondencia recibida se evidencian las dificultades para conciliar en una memoria común las divergentes experiencias de los partícipes, así como los intentos de ignorar la contribución de numerosos soldados humildes, muchos de ellos negros o chinos, minimizando su ejecutoria en el ejército mambí. En carta a Figarola, el escritor y periodista mulato Martín Morúa Delgado rebate las aseveraciones de "gente distinguida en la Revolución" que negaban la participación de oficiales chinos en hechos de guerra relevantes, a la vez que daba fe de la existencia real

(continúa)

tan ante la reanudación de alianzas fundadas sobre la base de identidades grupales más sólidas, tales como intereses regionales, de clase o de raza o pertenencia étnica.

La redefinición del "sujeto de la cubanía" en las nuevas circunstancias constituyó entonces una intensa batalla discursiva en la cual las elites letradas intentaron imponer un discurso hegemónico sobre la nación, en constante tensión con el cumplimiento de las promesas de democracia y libertad hechas a los grupos subalternos en el proceso de movilización anticolonial y con los proyectos más radicales gestados "desde abajo" por estos grupos.

La apropiación e interpretación de la memoria histórica —ha escrito Peter Burke—, es un proceso complejo que depende, en gran medida, del lugar en que uno se halle ubicado social y culturalmente. Más que de una memoria única y monolítica, beatíficamente compartida por todos, habría que hablar de memorias alternativas, a menudo en conflicto, construidas de manera diversa por los distintos grupos sociales.[26]

En consecuencia, la recreación simbólica de las memorias de las guerras de independencia contra España y la fundación de un panteón nacional de mártires y héroes, si bien resultó un factor de primer orden en el proceso de construcción discursiva de la cultura y la identidad nacionales; también fue un proceso difícil, de inclusiones y exclusiones, de rememoraciones, pero además de omisiones, plagado de tensiones, compromisos y conflictos.

La apropiación ambigua, a menudo epidérmica, de una simbología nacionalista o populista en la capital, hecha patente en letreros y placas, contrasta en gran medida con el nacionalismo sincero y exaltado de la toponimia en los pueblos del interior del país. Pero incluso a escala local, en pueblos y ciudades pequeñas, en el curso de los debates acerca de los nombres de calles o lugares, de los destinatarios de las tarjas o bustos, o sobre la representación y el orden en un desfile o parada pública, tuvieron lugar complejas negociaciones en las cuales se determinó la memoria de quienes perduraría, en rótulos de calles, fijada en piedra o en bronce, impresa en crónicas o reproducida en grabados y fotografías, y la ejecutoria de quienes sería relegada al olvido, clasificada como indigna de ser conmemorada o inscrita en los "anales de la historia".

• • • •

(viene de la página anterior)
del "capitán Liborio" (a quien Morúa había conocido personalmente en el exilio), constatando el respeto con que lo distinguían los generales Gómez, Maceo, Cebreco y otros. Al referirse no sólo a las hazañas de los soldados chinos sino también a los "actos heroicos y nobles de negros viejos y rústicos, que no figurarán en ninguna historia", Morúa afirma: "En cuanto a que se niegue el que se haya distinguido chino alguno en las filas cubanas" no me extraña, porque a cada momento oigo negar cosas más palpables y más conocidas de todos, a personas acreditadas de serias y a jentes (sic) muy distinguidas en distintos círculos; por lo que creo que nuestra historia tendrá que venir a escribirla un ruso o un otomano". Ver *Carta de Martín Morúa Delgado a Domingo Figarola Caneda del 29 de marzo de 1892*, en ANC, fondo Academia de la Historia, Correspondencia dirigida a Domingo Figarola Caneda y algunas contestaciones de éste sobre asuntos bibliográficos, biográficos, literarios políticos, etc. Colección Figarola Caneda 1890-1899, caja 168, sig. 474.

[26] Peter Burke: "History as Social Memory", en *Varietes of Cultural History*, Cornell University Press, Ithaca, New York, 1997, pp. 55-56. Véase también sobre el tópico de la memoria local como arena de enfrentamientos el interesante análisis de Florencia E. Mallon en "Whose Bones Are They, Anyway, and Who Gets to Decide? Local Intellectuals, Hegemony, and Counterhegemony in National Politics", en *Peasant and Nation The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, 1995, pp. 276-309.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 55-60

Manuel Curros Enríquez: España, Cuba y su independencia

Janet Iglesias Cruz y Javiher Gutiérrez Forte

Un **nuevo planteo** del **asunto nacionalista** en España y de los problemas devenidos por la **política restauradora**, tuvo su génesis en el **proceso separatista cubano**. Hombres de la intelectualidad española como el **escritor gallego Curros Enríquez**, permiten abordar una obra y pensamiento en torno a España, Cuba y su independencia. ● ● ●

La nación cubana surge como fruto de un largo proceso de uniones y desuniones, de intensísimo mestizaje entre españoles, africanos y otros elementos. Resulta importante destacar que, en el proyecto cultural cubano, la brújula siempre fue la cultura española; ésta impuso su idioma, sus artes, su religión y sus costumbres, a los cuales se asimilaron todos los componentes que originaron la nacionalidad cubana. No negamos los aportes realizados a nuestra nacionalidad por los grupos no españoles, sino afirmamos que éstos se hicieron en el contexto de una cultura española que los dirigió y encauzó. Por tanto, podemos decir que Cuba surge de la nación española, evoluciona dentro de su ámbito y emerge de ésta *como una nacionalidad más en el diapasón de sus nacionalidades*, compartiendo sus problemas y vicisitudes. El pensamiento político, como parte de la cultura, sufre este mismo proceso de formación: recibiendo ideas y adaptándolas a una realidad cada vez distinta, cuyas raíces más hondas se encuentran en la hispanidad.

Los intentos separatistas cubanos hacen a muchos españoles replantearse la cuestión de

Janet Iglesias Cruz y Javiher Gutiérrez Forte
Licenciados en Historia, la primera realiza funciones en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, el segundo es profesor de Historia en la Escuela Vladimir Ilich Lenin; ambos obtuvieron con este artículo el Premio Anduriña de Periodismo 1998, Galicia, España.

los nacionalismos dentro de España y de los problemas creados por la política de la Restauración. Todos los sectores dejados al margen de esta política, ven el problema cubano como el ejemplo más palpable de los errores y dificultades de este gobierno restaurador. Entre los intelectuales se hallaba Manuel Curros Enríquez, ilustre escritor gallego que ejerció el periodismo en Cuba en el período de la Guerra de Independencia de 1895 a 1898.

Nuestra intención es mostrar su análisis sobre este fenómeno y lo que, a su juicio, podía significar para el futuro de Cuba y España. Para ello, realizamos un estudio de su obra publicada en el período; en la cual hemos encontrado varios temas fundamentales, que son el cuerpo de sus ideas. Esos temas son:

1. España como la madre patria, a la cual todas las naciones españolas se deben.
2. La nación española no es responsable de los problemas creados por sus malos gobiernos.
3. Lo imprescindible de salvar la unidad española, para salvar la supervivencia de las naciones que la componen. Éstas, si se independizaran no tendrían otro destino que ser absorbidas por otra potencia de raza y cultura diferentes que les harían perder su identidad.
4. Debía lucharse, pero no por independizarse de España, sino por cambiar el mal gobierno centralista que estaba sufriendo la gran mayoría de las regiones españolas, y para ello, era necesario la unidad de todas estas regiones.
5. Su política pacifista.
6. Su antimperialismo.
7. Su iberoamericanismo.

Todo su análisis sobre la guerra de Cuba gira y se desarrolla alrededor de estas premisas.

¿Por qué Curros Enríquez? ¿Por qué un gallego?

"Quién no conozca la larga lucha de Galicia por sus derechos ofendidos, la emigración voluntaria de sus mejores hijos en busca de justicia y dignidad, la levadura sorda y creciente de emancipación del terruño arruinado en torno al pazo feudal",[1] no puede comprender la posición de un gallego ante la independencia de Cuba.

Manuel Curros Enríquez nace el 15 de septiembre de 1851 en Celanova, provincia de Orense, en Galicia. Fue, junto a Rosalía de Castro, una de las figuras insignes del "Resurgimiento de las Letras Gallegas", movimiento cultural que se desarrolla en Galicia en la segunda mitad del siglo XIX.

Galicia era una región eminentemente agrícola, sin grandes ciudades; con un sistema de propiedad y explotación de la tierra que la fraccionaba hasta lo irrentable, gravándola con innumerables impuestos que alimentaban a una vastísima población no productiva formada por los rentistas (hidalgos y clero), que mantenían al campesinado gallego sumido en un sistema casi feudal de servidumbre, apoyado por la labor de la Iglesia.

El funesto papel que desempeñaba la Iglesia en Galicia lo comprendió Curros, quien a través de su obra poética la atacó sin cuartel, acusándola de generar un falso cristianismo que sólo se basaba en la apariencia, manifestándose en contra de esa religiosidad hipócrita que privaba de humanismo a la doctrina cristiana. Curros Enríquez se convirtió, por propia decisión, en el vocero de estos "humillados y ofendidos", arremetiendo fuertemente contra la Iglesia, el caciquismo y las injusticias que se cometían contra el campesinado gallego, por eso es perseguido y encarcelado en España.

Su desarrollo político está marcado por la problemática gallega y los aciertos y desaciertos de las revoluciones liberales españolas de 1854 y 1868, para dar solución a los problemas de las regiones que componían a España. La Revolución del 68 la vive en Madrid, asistiendo a la proclamación de la República y a la caída de ésta ante el empuje conservador. Se hallaba muy influido por la "*teoría del Pacto*" de Pi y Margall, según la cual, los grupos nacionales hacen dejación de parte de su soberanía exte-

[1] José Martí Pérez: *Obras completas*, Editorial Lex, La Habana, 1946, p. 595.

rior en beneficio de algún tipo de alianza superior que les garantice su existencia; respetando siempre la más amplia autonomía interna.

Durante la última guerra carlista, fue corresponsal del periódico *El Imparcial* de Madrid (esta experiencia quedaría reflejada en su libro *Cartas del Norte*). Las experiencias de este hecho marcarían toda su obra escrita sobre la guerra de Cuba.

En febrero de 1894 embarca en La Coruña rumbo a Cuba, con destino a México, tratando de huir de los desengaños políticos sufridos en la península. Llega a La Habana a principios de marzo, donde recibe una gran acogida por parte de las sociedades gallegas, decidiendo quedarse en la Isla.

Al relacionarse con la colonia gallega de Cuba, se da cuenta que entre la mayoría de sus miembros reina el analfabetismo, y una educación basada en el caciquismo que había castrado sus intereses políticos. Se da cuenta de la necesidad de dar una educación política a esas masas campesinas que habían emigrado en busca de mejoras económicas, para que pudieran salir adelante en la nueva sociedad que los había acogido. En abril fundó su periódico *La Tierra Gallega*, con el objetivo de mantener informados a sus paisanos sobre la realidad y el acontecer de su tierra, abogando por su autonomía y dando a conocer su cultura, y desde el cual libra una fuerte lucha por lograr la unidad de las sociedades gallegas de Cuba, que constituía un manera de luchar contra el caciquismo, ayudando así al progreso de Galicia.

Al llegar a Cuba, Curros se encuentra con un país que basaba su economía en una gran industria, la azucarera, que había dado paso a la formación de una burguesía nacional que luchaba por sacar adelante sus intereses económicos. En la esfera política se había desarrollado un gran movimiento autonomista, que se destacaba como la fuerza progresista más avanzada de la sociedad dentro de la legalidad permitida por el gobierno de la Isla. Movimiento con el cual se identificó plenamente, pues en su programa daba respuestas a una serie de problemas, cuyas causas resultaban similares a las que producían las dificultades de Galicia. En primer lugar, el logro de la autonomía permitiría a los naturales solucionar las situaciones concretas que se presentaban en su región; la libertad de cultos liberaría al pueblo del poder de una Iglesia única como la que oprimía al pueblo gallego; además, promover la emigración blanca y de familia podía favorecer a esa emigración gallega que dejaba su tierra por motivos económicos, preservando la unidad familiar. En fin, el triunfo del autonomismo en Cuba podía ser el primer paso para su tan añorada autonomía gallega. Para él, el independentismo era parte del pasado, y sólo servía a un grupo de bandidos que trataban de destruir los avances logrados por parte de los autonomistas.

Al estallar la guerra en 1895, a los intereses meramente galleguistas, se suman los de la patria española, dando paso a un espectro más amplio de ideas, en el cual no sólo importaban los problemas de Galicia, sino los de España como nación de naciones. Trata de remarcar la participación gallega en la soldadesca española que luchaba contra los insurrectos cubanos y por el mantenimiento de la unidad de España. Pensaba que, de esta manera, Galicia obtendría su justo lugar dentro de la nación ibérica. Acabando así los sufrimientos y discriminaciones que padecía ésta, por parte del gobierno centralista español. Al tratar en sus artículos el fenómeno de la guerra, empezó a emitir sus criterios sobre este acontecimiento; criterios que nos han resultado de gran interés y sobre los cuales enseguida comenzaremos a hablar.

Para Curros Enríquez, la Guerra de Independencia de Cuba era una guerra fratricida: “toda la sangre que se vierte de un lado y de otro nos duele, porque es sangre de hermanos, aún la de esos ingratos negros a quienes hemos ilustrado y redimido de infame servidumbre, aún las de esos descendientes de las tribus de África, repetimos, porque esa sangre, mal que nos pese, dejaron mucha en nuestras venas 700 años de dominación musulmana”.[2]

Al fracasar la política de Martínez Campos con los mambises, y anunciarse como sustituto al

[2] Manuel Curros Enríquez: *La Tierra Gallega,* 9-II-1896.

general Valeriano Weyler, con su historial de hombre de mano dura, Curros Enríquez advierte que la llegada de éste podía avivar aún más los odios entre las fuerzas beligerantes, y con ello se alejaba la posibilidad de alcanzar una reconciliación. Al respecto escribe: "no se crea (...) que nosotros aconsejamos al general Weyler que oficie de verdugo (...) No somos chacales, no nos gusta la sangre, ni queremos más que la necesaria para responder a la que propician nuestros soldados. Sin ella desearíamos la paz".[3]

No resulta casual que, en editorial del 19 de abril de 1896, en pleno período de Reconcentración, publique en su periódico *La Tierra Gallega* un trabajo de Víctor Hugo, titulado "Las guerras", que termina diciendo: "deshonremos las guerras, la gloria sangrienta no es gloria (...) no es bueno ni humanitario matar a los hombres".[4] De esta manera, manifiesta su oposición a la política llevada a cabo por Weyler en la Isla, y llama a poner fin a los crímenes de la guerra.

Curros reconoce que las demandas de los cubanos son justas, pero no entiende, como otros intelectuales españoles, por qué deben llevarse a cabo por vía de las armas, y mucho menos, fuera de la nación española, que había surgido y se debía a la pluralidad y unidad de sus diversas regiones. No le encuentra sentido a la separación de Cuba de España, pues no ve los beneficios que pudiera traer para Cuba esta independencia. Curros Enríquez muestra una clara comprensión de la situación internacional. De una época en que se efectuaba un nuevo reparto colonial del mundo, en el cual surgían nuevas potencias imperialistas como Estados Unidos, Alemania y Japón, y sabía las pocas posibilidades de la Isla de sobrevivir a las apetencias de tantos intereses imperiales. En época en que poco importaba el destino de los pueblos coloniales que tan sólo eran el molesto lastre de los territorios estratégicos. Por eso, cuestiona a los cubanos: "¿y habéis pensado en lo que seréis cuando dejéis de ser españoles? ¿aceptareis sin protestar la nacionalidad yanqui, vosotros, engendrados por los héroes de nuestra independencia? (...) no queréis la soberanía de España; ¿pero estáis seguros de no proclamar al negar la teutónica, la de los EE.UU., la de Inglaterra, a la menor intervención de cualquiera de esas potencias en vuestros asuntos (...) no queréis nuestra patria (...) os resignaréis a vivir sin ella cómo los judíos y los bohemios?"[5]

Según Curros, había que combatir a España; "a la España de los caciques y de los yernos, la España de los impuestos insoportables, de la falta de trabajo, de la falta de garantías y derechos".[6] Contra eso debía luchar todo el pueblo español, del que Cuba formaba parte. Luchar sí, luchar por obtener esas garantías y derechos. Al referirse a ello, diría: "la libertad es la primera condición de vida de los tiempos modernos, ¿cómo habríamos de ver indiferentes tanta luz en el cielo cubano y tanta sombra en su tierra, ver a la conciencia humana, sublime reclusa, viviendo en la estrechez de leyes prohibitivas y especiales, sin facultad siquiera para dolerse (...) hemos pedido libertad a la Madre España para Cuba (...) la patria que decretó la libertad del esclavo (España), no podría mantener la esclavitud de la conciencia".[7]

Curros consideraba necesario que los pueblos fueran dueños de sus destinos, pues, de esa manera, se evitaría la decadencia que agobiaba a España y se eliminarían las caducas y desacreditadas formas de gobierno que imperaban en esos momentos, pues así cada región se haría cargo de gobernarse a sí misma acorde con sus características particulares. Por ende, Cuba, como una de las nacionalidades que formaba a España, también debía tener su propia autonomía, y empieza a abogar por ésta desde su llegada a la Isla. Una muestra de ello, la podemos apreciar en su editorial del 13 de mayo de 1894 de *La Tierra Gallega*, en el cual escribe: "la España moderna que abolió la esclavitud y el privilegio, no puede sin desdoro de su dignidad y sin declararse partidaria de una tradición inicua, mantener por más tiempo, como en minoridad y tutela, una de sus más ricas pro-

[3] Ídem (2).

[4] Ídem (2), 19-IV-1896.

[5] Ídem (2), 16-II-1896.

[6] Ídem (2), 1894, no. 6.

[7] Ídem (2), 24-II-1895.

vincias [Cuba] (...) concediéndoles además, aquella autonomía municipal y provincial que hoy reclaman las provincias como una legítima defensa contra la creciente centralización y que nadie como este país necesita".[8]

Para Curros Enríquez, Cuba era tan explotada como Galicia, Valencia, Asturias o cualquier otra de las regiones españolas que no disfrutaban de los beneficios del gobierno central, por ello afirma: "si nos decís que toda libertad llega hasta vosotros mutilada (...) que sobre vuestra producción pesan tributos enormes, esterilizando el cultivo de vuestros campos y el movimiento de vuestras máquinas; que queréis administrar vuestros intereses y no podéis; os contestaremos que hay muchas regiones en España que al igual que la vuestra, no disfrutan de los beneficios de estos progresos: os diremos que la ley favorece a los menos sin alcanzar a los más (...) todos sufrimos y todos queremos mejorar nuestras condiciones de vida y gobernar nuestra casa sin intervención de nadie. Pero sólo vosotros pedís eso a tiros".[9]

Sin dudas, una de las grandes preocupaciones que creaba en Curros la guerra en Cuba, eran los intereses norteamericanos en la Isla. Para él, Estados Unidos era una nación que se había engrandecido por la rapiña de los Estados limítrofes, con la esclavitud y la masacre de los indios. Afirmaba que "Los EE.UU. deberían ser francos y colocar sobre el Capitolio de Washington un cartel que diga: SE ADQUIEREN TERRITORIOS POR ASALTO Y POR TRAICIÓN A COSTA DEL DECORO NACIONAL, así no engañarían a nadie...".[10]

El manifiesto carácter expansionista y agresivo de la política yanqui, y el hecho de que Estados Unidos se había convertido en el único mercado del azúcar cubano, le hicieron decir que: "[los EE.UU.] en la independencia de Cuba veían la inmediata transferencia del mendrugo antillano a su zurrón de salteador".[11]

Para Curros, era lógico que los pueblos latinoamericanos se unieran a la nación española para hacer frente a las apetencias imperialistas de Estados Unidos. En los pueblos de América Latina aún estaban frescos los despojos que hiciera el naciente imperio norteamericano a la nación mexicana, privándola de buena parte de su territorio; así como su descarada intervención en el litigio entre Venezuela e Inglaterra por la Guayana en 1892. Sobre este particular escribía: "Las repúblicas hispanoamericanas tratan de prevenirse, contra golpes de audacia semejantes al que los EE.UU. emplea hoy contra España, lo que constituye la base de una inteligencia entre nuestra patria y sus antiguas colonias americanas para la defensa de sus comunes intereses históricos. Tarde o temprano habrá necesidad de arribar a esa inteligencia o consentir de otro modo que la República del Norte ejerza una brutal hegemonía sobre los de origen latino".[12] "España —decía él— tenía una misión que cumplir en América (...)[la de destruir a Estados Unidos] y con ello saldría ganando Europa y la misma América, (...) la causa nuestra [la española] es la causa de la humanidad...".[13]

¿Qué mejores aliados que esos que estaban unidos por una misma identidad racial y cultural? Curros comprendía, además, la necesidad que tenía España de aliados para la próxima e inevitable guerra con Estados Unidos, pues sabía que la intervención de éste en la guerra de Cuba, era sólo cuestión de tiempo.

Los análisis realizados por Curros Enríquez en la prensa gallega de La Habana, durante el período que hemos trabajado, refleja sin dudas un gran desconocimiento de la historia de Cuba, incluso de la más reciente. Sus escritos estaban dirigidos en lo fundamental a la comunidad gallega residente en La Habana, a un público que en su mayoría defendía la opción integrista y a quienes Curros trataba de convencer de que, si bien no debía romperse la unidad española, sí resultaba necesaria la autonomía de las regiones que conformaban esta unidad para lograr el desarrollo de éstas y poder salvar a España de la decadencia. Él se sentía obligado a reali-

[8] Ídem (2), 13-V-1894.

[9] Ídem (5).

[10] Ídem (2), 30-VIII-1896.

[11] Ídem (2), 8-II-1896.

[12] Ídem (4).

[13] Ídem (2), 12-IV-1896.

zar esto en un ambiente social hostil, en el cual cualquier criterio diferente al oficialista era inmediatamente catalogado de separatista; como le sucedió durante la publicación de su semanario *La Tierra Gallega*, acusación de la que tuvo que defenderse a través del referido periódico, pues una acusación de este tipo podía implicar desde el cierre del periódico hasta su destierro. Curros se vio obligado a moverse entre el contexto que le imponía su público y el de la censura. Sus artículos están marcados por la premura de informar a los gallegos acerca de los problemas que aquejaban a la tierra que los había recibido y a la cual él consideraba tan española como la que lo vio nacer, y que para él era un camino cuyo tránsito daría a los gallegos la experiencia necesaria para solucionar los problemas de su tierra. A través de sus escritos trata de combatir el odio entre las fuerzas beligerantes y de concientizar a éstas, para resolver las diferencias, de ser posibles, sin derramamientos de sangre.

Durante el gobierno de Valeriano Weyler, con su política de exterminio, comienza a desaparecer en *La Tierra Gallega* los grandes editoriales sobre la guerra de Cuba. Curros hace como si se desentendiera de la política española en la Isla. No podía ceder más. Al ver la política aplicada por Weyler, comprende que lo único que ésta podía obtener era aumentar el abismo entre españoles y cubanos. Defender de cualquier manera, por muy sutil que fuese esta política, era ayudar a la destrucción de la unidad española, convertirse en un patriotero más que apoyaba el coro de quienes se beneficiaban con la guerra. Por eso no es de extrañar que esos editoriales en torno a la guerra de Cuba desaparezcan y se sustituyan por artículos referentes a Galicia, y que posteriormente se decida a cerrar la publicación a fines de 1896.

Curros denuncia sin vacilación al gobierno de la restauración española, como único responsable de la guerra de Cuba. En 1898 diría sobre esta política: "política antinatural porque negaba la libertad a un país rodeado de pueblos republicanos (...) política absurda porque nos exigía a todos los que veníamos a esta tierra que nos despojásemos de nuestras ideas liberales y democráticas (...) cómo si el mar fuese una criba donde hubiésemos de cernir... la parte más noble de nuestro espíritu".[14]

Luego de alcanzada la independencia de Cuba, Curros continúa en la Isla viviendo su evolución, su lucha por solucionar las dificultades que habían dejado cuatro siglos de dominación española que la habían formado; pero también deformado, lo cual Curros comprendía muy bien. Ante esta nueva realidad abandona todo recelo y simulación, llegando a escribir que la solución de los problemas de Galicia estaba en la independencia de la nación española.

La gran mayoría, los estudiosos de la obra de Curros, lo acusan de adoptar una posición política reaccionaria con respecto a Cuba y su independencia, identificándolo dentro de la corriente de los más acérrimos integristas. Criterio que nosotros no compartimos. Pues, aunque en ocasiones arremete fuertemente contra los independentistas cubanos, su obra se caracteriza por un constante llamado a la reconciliación, a evitar los derramamientos de sangre, a discutir las diferencias de manera pacífica entre ambos bandos, pues todos descendían de la misma madre: la nación española.

• • • •

[14] Ídem (10).

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 61-77

La carrera política y militar del VIII conde de Ricla. 1720-1780

José Vicente Gómez Pellejero

El artículo que ocupa las páginas siguientes, el cual recibiéramos desde Zaragoza por su autor, a solicitud de esta revista, permite incursionar en aristas caracterizadoras de esta personalidad de importancia a destacar en la historia de la isla de Cuba, quien entre 1763 y 1765 ocupara el mando como Capitán General y Gobernador. Este estudio posibilita conocer con detalles la intensa carrera dentro de la administración borbónica de esta figura que, en su condición nobiliar y militar, así como en su participación desde el "Partido Aragonés", desarrolló con su capacidad personal un accionar político vinculado al pensamiento y quehacer del conde de Aranda. Las valoraciones expuestas en éstas líneas, refieren puntos principales de la historia común hispano-cubana.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII*, Ricla, como otros altos funcionarios, estuvieron íntimamente identificados en el "Grupo de Aranda". También se une, en este contexto histórico, con nuestras tierras del subcontiente. Con las reflexiones que ahora publicamos, se complementa el tema acerca del período y de estas personalidades, iniciado en el número 5-6 de* Debates Americanos *con el artículo "El conde de Aranda, la independencia de América y la expansión norteamericana"; con ello, pretendemos ampliar los conocimientos referidos a tan relevante momento histórico en el contexto cubano-español.*

José Vicente Gómez Pellejero
Profesor e investigador de la Universidad de Zaragoza.

Si nos preguntamos por los factores que propiciaron la vertiginosa carrera del VIII conde de Ricla dentro de la administración borbónica, debemos pensar fundamentalmente en cinco: su condición nobiliar, su carrera militar, sus relaciones personales en la Corte, su militancia en el "Partido Aragonés" y su propia capacidad personal.

Ambrosio Mariano Funés de Villalpando Abarca de Bolea fue bautizado el 7 de octubre de 1720 en el oratorio de la casa de los condes de Atarés, sita en la parroquia de Santa Cruz de Zaragoza. La ceremonia fue celebrada por el obispo de Solsona, siendo el padrino Josef Antonio Jáuregui, presbítero beneficiado de la Magdalena.[1] Ambrosio Funés era el tercer hijo de una de las familias nobles más adineradas e influyentes de Aragón, los condes de Atarés. El censo de Zaragoza de 1723 nos informa de la residencia permanente de los Atarés en su propio palacete, uno de los inmuebles más valorados de la ciudad, 1 000 reales de plata. Los ingresos medios de esta casa noble superarían los 3 000 reales de plata, que procedían en lo fundamental del alquiler de inmuebles, de campos de cereal, de vid y olivar, de grandes fincas y de los intereses de los censos.[2]

En el palacete familiar, situado entre la calle de la Cuchillería y la de Nuestra Señora del Rosario, convivían un total de 30 personas. Un capellán, 12 criados mayores, ocho criadas, tres cocheros, un lacayo y los cinco componentes de la unidad familiar. Su padre, José Pedro Alcántara Funés de Villalpando, conde de Atarés y del Villar, señor de las Baronías de Quinto de Ebro, de Figueruelas y de Estopiñán, Grande de España, nacido en 1687 y fallecido en 1728. Su madre, María Francisca de Abarca y Bolea, hermana del IX conde de Aranda, nacida en 1684 y fallecida en 1760. Su hermana mayor, María del Pilar, nacida en 1714 y Cristóbal Pío, el primogénito varón, nacido en 1718.

El conde de Atarés no sólo disfrutaba de títulos, rentas, honores, de un rico mayorazgo, sino también de un considerable prestigio social y político en la capital aragonesa, en buena medida heredado de su padre y abuelo, ambos convocados por el brazo de la nobleza a las Cortes de Aragón en el siglo XVII. La condesa de Atarés descendía de otro de los linajes titulados más relevantes de Aragón: los Abarca de Bolea, Grandes de España, duques de Almazán, marqueses de Torres y condes de Aranda. Es muy importante no perder de vista esa relación materna con los Abarca, pues Ambrosio Funés era primo hermano del famosísimo Pedro Abarca de Bolea, X conde de Aranda; esa próxima relación familiar ayudará al protagonista de este artículo a introducirse en una esfera prohibida a otros nobles titulados: la Corte madrileña.

La infancia de Ambrosio Mariano se vio truncada por la muerte de su padre en 1728. El primogénito, Cristóbal Pío, heredó todo el patrimonio, los títulos, las rentas y los honores. La condición de segundón de Ambrosio, el saberse desposeído de la herencia paterna, el hecho de no aceptar la dependencia económica de su hermano, lo obligaron a encontrar su propio porvenir, algo que se hacía muy duro para un estamento, el nobiliar, acostumbrado a vivir de las rentas producidas por otros. Las dos salidas posibles para los segundones nobles se reducían a incorporarse a dos instituciones también privilegiadas: la Iglesia y el ejército. Ambrosio optó por la segunda. Esta crucial decisión no sólo puede explicarse por el desinterés que le producía la primera, la Iglesia, sino por la atracción que le producía el ejército.

Pese a los intentos por reformar, profesionalizar la institución castrense, llevados a cabo por la nueva dinastía, los Borbones, el ejército español del siglo XVIII no era sino el reflejo, el espejo de una sociedad. Una sociedad estamental, cimentada en la desigualdad, en los privilegios eclesiásticos y nobiliarios. Como es lógico, el ejército dieciochesco obedecía a ese funcionamiento estamental, en el cual los cargos milita-

[1] Archivo Diocesano de Zaragoza, Parroquia de Santa Cruz, caja 2.

[2] Jesús Maiso González y Rosa Mª Blasco Martínez: *Las estructuras de Zaragoza en el primer tercio del siglo XVIII*, Editorial Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1984, pp. 186-187.

res se ejercían en función del origen social. A la nobleza, los *bellatores* medievales, le correspondía por tradición la defensa de los otros dos estamentos sociales: *oratores* y *laboratores*. Es lógico que, desde ese punto de vista, la nobleza patrimonializara la oficialidad del ejército desde la Edad Media. Para ser oficial en el ejército borbónico había que demostrar, justificar el origen noble.[3]

Si para lograr la oficialidad se tenía que disfrutar de la condición nobiliaria, para llegar al generalato resultaba imprescindible acceder a unos cuerpos de elite, muy cercanos al rey, las Guardias Reales. Unidades militares formadas por las Guardias Walonas, las Guardias Españolas, las Guardias de Corps, mandadas por Grandes de España y reservadas para los hijos de la nobleza titulada. Si se superaban los casi insalvables obstáculos de acceso, se aseguraba una brillante carrera militar, de rápidos y regulares ascensos hacia el generalato; una vez alcanzado este nivel, los servicios al rey excedían los puramente militares: gobernaciones, capitanías generales, embajadas, virreinatos, secretarías del despacho.

Con fecha de 10 de mayo de 1739, su hermano, el conde de Atarés, envía una carta al marqués de Castelfuerte, coronel del regimiento de Guardias Españolas, en la cual le informa que su hermano, Ambrosio Funés de Villalpando, es hijo de los condes de Atarés, Grandes de España, y le suplica que "V.E le permita servir como soldado distinguido en el Regimiento de Guardias Españolas, para seguir con esta honra su inclinación, e imitar a sus ascendientes". La respuesta a esa petición llega el 4 de junio: "Su Rey le concede este permiso".[4] Desde este momento añadirá, a sus privilegios nobiliarios, los conferidos a la profesión castrense: el fuero militar que lo aleja de la justicia civil. No sólo recibirá una remuneración considerable por la dedicación exclusiva a la profesión castrense, sino también una serie de recompensas, de gracias, de distinciones que potenciaban el prestigio social que debía corresponder con un estamento como el nobiliar, preocupado en exceso por el honor, por la gloria.

Ambrosio Funés de Villalpando se incorporó a filas en julio de 1739, como cadete en el regimiento de Guardias Españolas, cuya base en esos momentos estaba en Madrid. En esta unidad coincidió con otros hijos de grandes casas nobles: el hijo del duque de Arco, el hijo del duque de Osuna y el hijo del marqués de Almodóvar, por citar tres de los más ilustres. Las dos misiones de este regimiento consistían en la protección de la familia real y cuerpo de intervención rápida. La vigilancia de los distintos palacios reales le permitía un contacto casi diario con los miembros de la familia real, lo cual lo acercaba a una serie de gracias y privilegios reservados a unos pocos.

Con tan sólo un año de antigüedad en el cuerpo es ascendido a capitán de la compañía de Soria. Unos pocos meses después, a coronel del regimiento de infantería de Granada, cuyo destino era el teatro de operaciones de la Guerra de Sucesión Austríaca, el norte de Italia.[5] El navío es interceptado por la Royal Navy, toda la tripulación es hecha prisionera y conducida al castillo de Mahón, recordemos que la isla de Menorca permaneció en poder de los ingleses desde 1708 hasta 1782. Como españoles e ingleses respetaban la vida de los prisioneros, el presidio resultaba muy breve para los oficiales, pues ambos países tenían por costumbre un canje rápido. Una vez liberado, pasa a Palma de Mallorca, para embarcarse con rumbo a Barcelona.

En 1743 zarpa de Barcelona el barco que lo ha de conducir al frente de guerra italiano. En Lombardia estará bajo las órdenes del conde de Gages, del marqués de Castelar y del marqués de la Mina. Participó en el ataque a las trincheras de Montalvan, en el sitio de Cuneo. El cuerpo de tropas españolas inició una retirada ordenada desde Lombardia hasta Piamonte para dirigirse hacia la Provenza, donde tuvo lugar la batalla de Collet de Villafranca en Niza, el 20 de abril de 1745, en la cual participó de forma destacada; lo

[3] Francisco Andújar Castillo: *Ejércitos y militares en la Europa Moderna*, Editorial Síntesis, Madrid, 1999, pp. 116-123.

[4] Archivo General de Simancas (en lo sucesivo, AGS), Guerra Moderna, leg. 2292.

[5] Archivo General Militar de Segovia (en lo sucesivo, AGM), Célebres, leg. 10.

que le supuso recibir una pensión de 12 000 reales anuales y el ascenso a brigadier (general) con fecha de 5 de septiembre de 1745. La pensión concedida decidió cambiarla en julio de 1760 por la encomienda de Reyna de la Orden de Santiago. Como hemos podido constatar, con tan sólo cinco años de servicio había conseguido alcanzar el generalato y la gloria tan accesibles en tiempos de guerra. Recordemos que su primo, Pedro Abarca de Bolea, también luchó en las campañas de Italia, en las cuales consiguió ascender a brigadier en 1743. Antes de que las tropas españolas evacuaran la Provenza, fue ascendido a mariscal de campo, en abril de 1747, el mismo año en el cual ascendió al mismo grado su primo. En su hoja de servicios se resalta que "tiene capacidad, valor, una buena aplicación y conducta y ningún defecto".[6]

En 1748, finalizada la Guerra de Sucesión Austríaca, regresó a España, y desde Zaragoza solicitó y recibió permiso del marqués de La Ensenada, secretario del Despacho de la Guerra, para desplazarse hasta la Corte, donde residía su prima María Micaela Gómez de los Cobos Luna Zúñiga y Sarmiento, marquesa de Camarasa y VIII condesa de Ricla, con quien contraerá matrimonio ese mismo año.[7] María Micaela era una aristócrata castellana que "aunque llevaba a su esposo cerca de veinte años conservaba toda su hermosura y era señora de gran caudal e influencia".[8] Recordemos que el I marqués de Camarasa fue Diego de los Cobos, secretario de Carlos V, su hijo, Francisco de los Cobos y Luna, fue el II marqués de Camarasa y el I conde de Ricla (1589). Como consorte, Ambrosio Funes tenía derecho al usufructo de todos los bienes, rentas, regalías tanto del marquesado como del condado, pero en el contrato matrimonial renunció a todo lo concerniente al marquesado, reservándose el condado de Ricla, con carácter vitalicio.[9] Aunque entre los dos había sentimientos, sin duda estamos ante un matrimonio de conveniencia, Ambrosio Funés conseguía un título nobiliario que le permitía equipararse o, incluso, superar al de su hermano, que además era un título aragonés y todos sus territorios estaban en Aragón: Ricla, Muel, Calatorao, Villafeliche, Alfamén. Gran parte de lo que no pudo obtener por herencia lo logró al casarse con su prima: un título nobiliario, la administración y disfrute del mayorazgo vinculado a él.

Pero no hay que olvidar que, además de lo anterior, alcanzó prestigio social y, sobre todo, influencia en la Corte, pues su esposa gozaba de una enorme reputación en ella, gracias a su condición de dama de honor. No es una casualidad que Fernando VI le nombrara gentilhombre de cámara, con entrada. Gracia real que, por el trato cotidiano y personal con el rey, le permitía incrementar los honores ya recibidos con otros nuevos y, dada su ya conseguida y superada condición de general, le abría una nuevo horizonte profesional que, aunque vinculado a la institución castrense, podía introducirse en las esferas del poder político.

Es ahora cuando se inicia la carrera política ascendente del conde de Ricla, que podríamos caracterizar como de primer nivel; me refiero a sus tres cargos sucesivos como gobernador político y militar. El primero de ellos lo obtuvo en septiembre de 1751 con destino en la plaza de Jaca, donde estuvo hasta noviembre de 1753, fecha en la cual pasó a ser gobernador de Zamora hasta septiembre de 1756, momento en el cual su nuevo destino fue Cartagena, donde estuvo hasta 1760. Podemos considerar estos cargos como un gesto de confianza y premio a su capacidad o como un castigo, un destierro, pues, según Pezuela, "El marqués de La Ensenada lo aparta de la Corte para enviarlo a Jaca", debido a lo que Pezuela[10] estima como "espíritu intrigante, disimulado y propio para las intrigas palaciegas" y que, a mi juicio, estaría más relacionado con la militancia del conde de Ricla en

[6] Ibídem.

[7] AGS: Secretaría de Guerra, Expedientes personales, leg. 20.

[8] Jacobo de la Pezuela: *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*, Editorial Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, pp. 379-380.

[9] AGM: Sección 9º, leg. f-138.

[10] Jacobo de la Pezuela: *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*, ed. cit., pp. 379-380.

el "Partido Aragonés" y la beligerancia de éstos contra los "golillas", en este momento lidereados por Ensenada.

Durante las tres gobernaciones se mostró "activo e inteligente, no descuidó nunca ni los más sencillos deberes de un buen gobernador de plaza, ni permitió que faltara a ellos ninguno de sus subalternos, ni dirigió pliego alguno de alguna importancia que no fuera escrito de su propia mano, y en ellos se manifiesta mucha y buena lectura y cierto gusto y corrección".[11] Por la carta enviada por Ricla al Secretario del Despacho de la Guerra, de 12 de febrero de 1760, estos tres destinos le habían provocado un enorme desembolso, muy superior al sueldo recibido, por lo que le pide "la encomienda prometida, en atención a los crecidos gastos que es notorio he contraído en los Gobiernos de Jaca, Zamora y en el propio de Cartagena, en los que he continuado sirviendo a V.M. desde el año de 1751, particularmente en el último, donde permaneció en su puerto durante 6 meses una escuadra francesa, con la que contraje mayores empeños, de los que no me he podido reparar ni reparar mi casa", que, como ya sabemos, le fue concedida.[12]

Siendo el gobernador político y militar de Zamora, se desplazó en agosto de 1756 hasta Zaragoza, para aceptar las decisiones adoptadas por su madre. Con fecha de 9 de agosto de 1756, ante el notario de la ciudad de Zaragoza, Pedro García Navasqués, se firmó la concordia entre Cristóbal Pío, conde de Atarés, y Ambrosio Mariano, conde de Ricla. En ella, la condesa viuda de Atarés decidió crear dos mayorazgos de la Baronía de Gurrea para sus dos hijos. Al primero, le concedió el Señorío de Gurrea. Ambrosio recibió el Señorío de Tormos, con la jurisdicción de Agüero y Alcalá de Gurrea, junto con una pensión vitalicia de 3 566 libras jaquesas y 5 sueldos.[13] Cuando fallezca su madre cuatro años más tarde, 10 de mayo de 1760, le nombrará "como heredero universal a mi amado y querido hijo, Don Ambrosio Funés de Villalpando para que pueda libremente disponer a su voluntad y arbitrio como le pareciere, como de bienes y cosa suya, con justo título adquirido".[14] El año de 1760 será uno de los más importantes en la vida del conde de Ricla, puesto que es nombrado embajador plenipotenciario en Rusia, ascendido a teniente general y recibe la encomienda de la Orden de Santiago y el hábito de Caballero.

Como ya hemos comentado, una vez alcanzado el generalato, se abrían nuevas posibilidades de ascender en la administración borbónica. En este caso se le confió una nueva y distinta misión: la diplomática. El nuevo rey, Carlos III, por medio de Ricardo Wall, secretario de Estado, el 12 de mayo nombró a Ricla "Ministro Plenipotenciario cerca de la Zarina de todas las Rusias". El 27 de mayo, Ricla escribe desde Zaragoza a Wall para que le trasmita al rey el agradecimiento por "el particular honor con que me distingue la piedad de V.M."[15]

Ricla será el primer embajador en la Corte de Rusia, pues hasta entonces no se había comprendido la necesidad de aliarse y entrar en tratos políticos con una potencia tan distante, pero que empezaba a figurar entre una de las más poderosas de Europa. Mas, el conde de Ricla no pudo incorporarse a su destino debido a "estar padeciendo a la sazón un fuerte ataque de represión de orina", lo que puso en conocimiento de Ricardo Wall, en la carta que le envió el 21 de septiembre desde Madrid, en la cual argumentaba que los médicos que lo trataban le habían advertido que "no puedo emprender este viaje, ni establecerme en Rusia, sin grave riesgo de mi vida, y que sólo me conviene países de temperatura caliente, para poderme recobrar".[16]

Las excusas de Ricla fueron atendidas y se nombró como embajador al marqués de Almodóvar, ambos fueron cadetes en el regimiento de Guardias Españolas. Sin duda, Ricla desaprovechó una oportunidad única, al rechazar ese des-

[11] Ibídem.

[12] AGS, Secretaría de Guerra, Expedientes, leg. 46-15.

[13] Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza, leg. 5709.

[14] Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Sección de familias, Subsección, Casa Ducal de Hijar. Fondo: Aranda. Serie: Testamentos. Fecha: 1757-1760.

[15] AGS, Secretaría de Estado, leg. 6618.

[16] Ibídem.

tino, o más bien se benefició, ya que los cargos y nombramientos procedían de la Corte y permaneciendo a miles de leguas de ella se corría el riesgo de ser olvidado. No es una casualidad que el mismo mes en el que el X conde de Aranda es nombrado embajador en Polonia, Ricla lo sea de Rusia. Cabrían dos interpretaciones: la primera explicaría los dos nombramientos como una respuesta de la confianza real hacia los dos; la segunda, como un destierro en toda regla. Sin dudas habría que inclinarse por la primera, relacionada con la pertenencia de Ricla al "Partido Aragonés," lidereado por el conde de Aranda, que le permitía una mayor influencia sobre el rey que se correspondía con un mayor número de sus mercedes, pues, coincidiendo con el nombramiento de embajador, obtiene el ascenso a teniente general y la encomienda de la Orden de Santiago.

Con fecha de 22 de julio de 1760 es ascendido a teniente general, recordemos que su primo, X conde de Aranda, alcanza el mismo grado en marzo de ese año, penúltimo escalón de la carrera militar. Como ya comentamos anteriormente, solicitó una encomienda en lugar de la pensión vitalicia de 12 000 reales, petición satisfecha el 13 de julio. Se le concedió la encomienda de Reyna de la Orden de Santiago y el 20 de septiembre se le mandó despachar el hábito de la Orden de Santiago. El 8 de diciembre fue armado Caballero por Juan Josef Palafox, teniente general, y "recibió el hábito e insignia de Tomás de Nájera, religioso de la misma y capellán de honor de S.M. en la iglesia del convento de religiosas de Santiago el Mayor de ésta Corte".[17]

El Tercer Pacto de Familia de 1761, entre Francia y España, arrastró a ésta a la Guerra de los Siete Años. Carlos III decidió atacar el punto más débil de los ingleses, Portugal. Un ejército hispano-francés invadió Portugal en enero de 1762. El comandante en jefe era el marqués de Sarriá, quien coordinó las operaciones hasta ser sustituido por el conde de Aranda. El conde de Ricla dirigió una de las cuatro divisiones. Desde Madrid, Ricla se encaminó a Ciudad Rodrigo con su mujer y su pequeño séquito, pero al llegar a Valladolid su esposa cayó enferma, falleciendo en esa ciudad el 19 de enero. Tras unos meses de licencia por la muerte de su esposa, se dirigió hacia Zamora, para desde allí atravesar la frontera de Portugal. Ricla participó en el sitio y toma de la ciudad de Almeida el 25 de agosto. Dispersó a las milicias portuguesas del Alentejo, confiscando todo el ganado para abastecer a sus hombres. A finales de agosto, consiguió desalojar a los portugueses de Villabella, que capituló el 3 de octubre.

En enero de 1763, de regreso ya en Madrid, recibe una nueva recompensa por sus recientes y peligrosos servicios en la campaña de Portugal. Obtiene, de manos del rey, la llave de gentilhombre de cámara con ejercicio en propiedad. Ricla vivirá en su palacio de la calle de Alcalá, muy cerca de la salida verde del palacio del Buen Retiro, su presencia en la Corte será diaria. En la Corte se viven momentos de tensión por los desastres internacionales del año anterior. El año 1762 ha sido un *annus horribilis* para Carlos III. Los ingleses consiguieron invadir y ocupar Manila y La Habana. Los ingleses obligaron a Carlos III a firmar la Paz de París el 10 de febrero de 1763. En este tratado se devolvía a España, Manila y La Habana, a cambio de la cesión de las Floridas, la restitución a Portugal de todas las conquistas hechas por España, la renuncia a la pesca en Terranova y la renovación de los tratados de comercio hispano-ingleses. Desde Utrecht, España no había sufrido una situación internacional tan calamitosa.

Carlos III firmó el tratado de paz para recuperar La Habana, llave del imperio colonial español. Las responsabilidades políticas se depuraron con la dimisión de Ricardo Wall, secretario de Estado y de Guerra, en septiembre del mismo año. Para depurar las responsabilidades militares, por Real Decreto de 23 de febrero de 1763 se creó la Junta de Generales, presidida por el conde de Aranda. Tras más de 200 sesiones, los 11 acusados fueron condenados por más de seis cargos a 10 años de destierro a más de 40 leguas de la Corte. Las dos principales víctimas de este proceso fueron Juan de Prado, goberna-

[17] Archivo Histórico Nacional, Estado, Orden de Carlos III, Expediente no 4.

dor de La Habana, y el marqués del Real Transporte, almirante de la escuadra.[18]

En este ambiente de crispación de la Corte hay que situar el discurso general del conde de Ricla del 20 de enero de 1763 ante la denominada como Junta de América. Discurso que intentaba plantear reformas, soluciones en la defensa de la Isla, que Ricla expuso de la siguiente forma: "La fuerza verdadera para frustrar la conquista de un país no consiste en las murallas, ni en el valor de las guarniciones, sino en la que tenga o encierre en sí mismo el país para concurrir en todo a su defensa tanto atendiendo a la calidad del terreno para defensa de pasos precisos, producción de víveres, acopio y medio de conducirlos, como al número de habitantes divididos en clases, para que cada uno sea útil al servicio de la patria en caso de guerra, ya sea con las armas como milicianos, o con su trabajo personal, como paisanos que deben defender su Rey, haciendas y casas".[19]

Este acertado discurso, su expediente y la influencia de su primo en la Corte, determinaron que Julián de Arriaga, secretario de Marina e Indias, le confiriera a Ricla el 24 de marzo la Comisión Superior de la isla de Cuba, la Capitanía General y Gobierno de la plaza de La Habana. Ricla recibió una instrucción secreta de Arriaga en la cual se detallaba su misión en Cuba: "Debiendo evacuar los ingleses la plaza de La Habana y demás parajes de aquella isla en que se hallen, para el día 10 del inmediato junio, restituyéndola en los términos que comprende el capítulo 1º de la paz; considerando la importancia de este objeto en su recobro y sucesivas providencias para el establecimiento de las fortificaciones arruinadas, construcción de otras y nuevo arreglo de tropas y Milicias; he venido a destinaros para estos importantes encargos, como reconoceréis en separada cédula, esperando de vuestro acreditado celo y conducta, el desempeño de esta confianza, a cuyo fin se dirige la presente instrucción".[20]

Una flota formada por cuatro navíos, una urca y un pingüe zarpó del puerto de Cádiz el 27 de abril. La expedición la formaban 139 oficiales y 2 210 soldados. Como lugarteniente, Ricla contaba con Alejandro O'Reilly, inspector general de Milicias; para las obras de fortificación, Ricla contaba con un grupo selecto de 11 ingenieros militares, dirigido por su primo, el brigadier Silvestre Abarca. Para sus gastos durante la estancia, Ricla llevaba 18 000 doblones. Tras un viaje cubierto por los contratiempos, la flota atracó a cuatro leguas de La Habana el 29 de junio, con 19 días de retraso sobre la fecha fijada en la instrucción.

Al día siguiente, Ricla recibió, a bordo del *Héctor*, al general inglés Guillermo Keppel. La evacuación inglesa de La Habana finalizó el 6 de julio, fecha en la cual Ricla se instaló en el castillo de La Fuerza, residencia del gobernador. Desde el primer momento, puso en marcha todas las directrices fijadas en la instrucción: construcción y reparación de fortificaciones, creación de un sistema de milicias, reforma fiscal. Pero Ricla no sólo se limitaba a cumplir órdenes, sino que intentaba subsanar los errores y carencias que detectaba: persecución del contrabando, creación de publicaciones.

El sistema de fortificaciones buscaba proteger La Habana mediante un perímetro defendido por castillos y fuertes. Se inició la construcción de los castillos del Príncipe, de Atarés y San Carlos de la Cabaña. El primero de ellos tenía y tiene una forma de rombo, está protegido por baluartes, cortinas y foso, y disponía de 12 cañones. El segundo, cuyo nombre se lo dedicó Ricla a la memoria de su padre, Atarés tenía y tiene forma de cuadrilátero, cuatro baluartes, foso y 21 cañones. Pero la obra faraónica fue la construcción del castillo de San Carlos, cuya construcción no concluyó hasta 1774. Esta fortaleza de casi 700 metros de perímetro, de forma de elipse, podía albergar más de 2 000 soldados y estaba artillado con 178 cañones. Las obras de reconstrucción se centraron en el castillo del Morro. El aspecto

[18] Jaime Delgado: "El conde de Ricla, Capitán General de Cuba", en *Revista de Historia de América*, 55-56, 1963, pp. 41-138.

[19] Archivo General de Indias, Santo Domingo, leg. 2116.

[20] Archivo General de Indias, Santo Domingo, leg. 1211.

que aún presentan estas fortificaciones sigue siendo hoy día imponente.[21]

La defensa de La Habana correspondía a dos regimientos de tropas profesionales; el regimiento Córdoba que llegó a la Isla con Ricla y el regimiento Fijo de La Habana que se tenía que formar por los propios cubanos, en total unos 2 500 soldados.

Pero la verdadera reforma se llevó a cabo con la creación del sistema de milicias. Las milicias en Europa funcionaban como un apoyo a las tropas profesionales, una especie de reserva que sólo se utilizaba en ocasiones puntuales, como refuerzo a las tropas veteranas. Como ya comentamos, Ricla no basaba la defensa de la Isla en la fuerza de las tropas enviadas por la metrópoli, *sino en la que tenga o encierre en sí mismo el país*. Ricla delegó la organización del sistema de milicias en Alejandro O'Reilly.[22] Se crearon ocho batallones de infantería y dos de caballería, con unos 8 000 efectivos. La oficialidad de las milicias se reservó a la elite criolla. Ante la escasez de recursos se recurrió a enrolar a mulatos y negros libres para completar batallones e, incluso, a formar batallones en los cuales sólo los oficiales eran blancos. A diferencia del sistema de defensa adoptado en Europa, Cuba contaba con más efectivos procedentes de la milicia que profesionales, puesto que los 11 000 soldados no sólo debían defender La Habana, sino todo el territorio.

La tercera reforma introducida por el conde de Ricla en la isla de Cuba fue la fiscal. Al llegar a Cuba, se encontró con que los ingresos de la Hacienda Real tan apenas superaban los 150 000 pesos anuales, ascendiendo los gastos administrativos y de defensa a unos 600 000 pesos, sin contar los derivados de las obras de fortificación y de la creación de las milicias.[23] Tengamos en cuenta que, para las obras de defensa, Ricla compró cerca de 4 400 esclavos, pagó miles de salarios a los trabajadores contratados y destinó enormes sumas al pago de las toneladas de materiales necesarios.[24] Para cubrir el enorme déficit se hacía ineludible una reforma fiscal que aumentara los reducidos ingresos.

Para paliar el déficit se ordenó que se enviaran unos 500 000 pesos anuales procedentes del situado de Nueva España.[25] Mas, como ni con esta cantidad podía hacerse frente a todos los gastos necesarios, se determinó que la propia isla de Cuba financiara gran parte de sus gastos de administración y defensa. Tres nuevos tributos se introdujeron en la Isla. El primero de ellos fue el establecimiento de la alcabala el 11 de octubre de 1764 mediante el "Reglamento que de orden de S.M. ha hecho el excelentísimo señor conde de Ricla para el establecimiento y exacción del Real Derecho de Alcabala en la isla de Cuba".[26]

La alcabala gravaba con un 4 % todos los artículos vendidos en la Isla, salvo los comprendidos en una corta serie que se excluían, más otro 4 % sobre la exportación de azúcar. El segundo impuesto que se introdujo gravaba con un 3 % las rentas líquidas que procedían de casas y censos. Finalmente se levantó la prohibición de fabricar aguardiente en Cuba, de mejor precio y calidad que el procedente de la metrópoli, para a continuación fijar dos pesos por cada barril exportado. Con la ayuda del primer intendente de Cuba, Miguel de Altarriba, la reforma fiscal ya producía cerca de 500 000 pesos en 1765 que, con el situado de Nueva España, alcanzaba la cifra de 1 000 000 de pesos de ingresos anuales, cantidad más aproximada a los gastos derivados de su administración y defensa.[27]

Como ya hemos comentado, el conde de Ricla no sólo se limitaba a cumplir las órdenes procedentes de Madrid, sino que gozaba de la potestad de corregir los errores, los fallos en la

[21] Roberto Segre: "Significación de Cuba en la evolución tipológica de las fortificaciones coloniales de América", en *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas de Caracas*, Caracas, 1972, pp. 50-75.

[22] Bibiano Torres Ramírez: "Alejandro O'Reilly en Cuba", en *Anuario de Estudios Americanos*, t. 24, 1967, pp. 1357-1388.

[23] AGS: Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 2342.

[24] Ibídem.

[25] Ibídem.

[26] Ibídem.

[27] AGS: Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 2343.

administración de la Isla. Así, constató el terrible daño que ocasionaba en las arcas reales y en el comercio, el contrabando. Inmediatamente se lo hizo saber al marqués de Esquilache, en carta de 8 de abril de 1764, en la cual, a su juicio, tres eran los factores que propiciaban.[28] El primero era la falta de oficiales reales que vigilaran las costas, revisaran los barcos y cobraran los impuestos. El segundo, "la gran cantidad de surgideros, ensenadas, y parages, donde con la maior facilidad pueden hacerse desembarcos, y embarcos de toda especie". El tercero, el más grave y el más difícil de solucionar, era para él: "La fallta de salida de los frutos del Pais y la escasez con que España y el Reyno de Mexico probehen esta Ysla de lo que necesita, hacen quasi indispensable que sus habitantes busquen entre los extrangeros lo que les falta, a trueque de los que les sobra".

En esa misma carta planteó la solución para los dos primeros problemas: la creación de la Guardia de Resguardo, especie de cuerpo de vigilancia aduanera, formado por 50 agentes, que mediante patrullas terrestres y navales vigilarían y registrarían todo barco fondeado en La Habana y todos los productos que entraran en la ciudad mediante puestos de control permanentes en todas las entradas de la muralla. Su solución fue adoptada. Como podemos apreciar, Ricla sabía que la única forma posible de limitar el contrabando era concentrando todos los esfuerzos en La Habana. La única manera de acabar con el contrabando residía en liberalizar el comercio con América, medida que no se adoptó hasta 1778.

Ricla constató la carencia de publicaciones, debido a que sólo existía una imprenta en toda la Isla, que pertenecía a la Capitanía General, la cual ejercía un férreo control y censura de lo que debía y podía publicarse. Ricla comunicó el 25 de abril de 1764 a la Corte su parecer favorable a que La Habana contara con una nueva imprenta, "de donde pudieran salir los libros más precisos para la educación cristiana y la enseñanza de las primeras letras".[29]

Pero su espíritu ilustrado no sólo se manifestaba por el intento de hacer más fácil la alfabetización a los cubanos, sino también por el deseo de que esa imprenta sirviera para informar a la población de las decisiones gubernativas, de las noticias de América y Europa. Nos referimos a la creación de gacetas, mercurios, instrumentos imprescindibles en la difusión del espíritu ilustrado, con los cuales, en palabras de Ricla, "se favorecería la civilización de los naturales de la isla". Sin esperar los lentos trámites de autorización, éste permitió que el impresor Blas de Olivos, que publicó el reglamento de la alcabala, sacara adelante tres publicaciones: *La Gazeta de la Havana*, de carácter semanal; *El Mercurio*, de carácter mensual; *Guía de Forasteros*, de carácter anual.

Ricla solicitó su relevo a Esquilache muy pronto, en carta de 9 de abril de 1764 desde La Habana, pues su misión en la Isla ya la había cumplido: "Sólo resta a la mayor seguridad de esta isla, que se mantenga lo establecido, se continúe lo comenzado y lo proyectado se resuelva... para nada de ello me juzgo preciso y habiendo perdido mi salud enteramente, debo solicitar para convalecerla mi regreso, será del mejor servicio del Rey, que me sucediera en el mando el mismo Alejandro O'Reilly".[30]

Su deficiente estado de salud no le sirvió esta vez como argumento, ya que se denegó su petición, debiendo esperar más de un año para su relevo. No obstante, ese mismo mes de abril: "Atendiendo el Rey a los distinguidos y dilatados servicios del Excmo. Señor conde de Ricla, Theniente General de Sus Reales Ejercitos, y Comandante general de Isla de Cuba, y al particular mérito, que ha hecho, y continua en aquel destino. Ha venido Su Mag. en nombrarle Cavallero de la Real Orden de San Genaro".[31]

El 29 de enero de 1765, Carlos III nombró al mariscal Diego Manrique para sustituir a Ricla en

[28] AGS: Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 2342.

[29] Ramiro Guerra: *Historia de la nación cubana,* Editora Historia de la Nación Cubana, S.A., La Habana, 1952, vol. II.

[30] AGS: Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 2342.

[31] Archivo Municipal de Zaragoza, *Gazeta de Zaragoza*, 24 de abril de 1764.

Cuba.[32] Tras muchos impedimentos, éste entregó la plaza de La Habana a Manrique el 26 de junio. Un suceso curioso tuvo lugar, pues el 13 de julio murió de vómito negro Diego Manrique. Ricla, quien todavía esperaba un buque para regresar a España, tuvo que hacer desistir al cabildo habanero que se empeñaba en que retomara el mando de nuevo. Pero Ricla no deseaba permanecer más tiempo del necesario en la Isla.[33]

Termina de esta manera los dos años de comisión en la isla de Cuba. Ricla concluye uno de los períodos históricos más interesantes de Cuba, a juicio de los más notables historiadores.[34] Quizá sea excesiva la expresión de Jacobo de Pezuela que contempla el gobierno de Ricla en Cuba como un período que "inauguró la regeneración social de la isla y la principal era de su historia". Mucho más acertada resulta la opinión de Ramiro Guerra, quien mantiene "la notoria capacidad y reconocidas dotes de gobierno".[35] Mi criterio se aproxima más a la opinión de Ramiro Guerra: Ricla fue el instrumento del poder regio para introducir en la Isla una serie de reformas ineludibles y las ejecutó con eficacia y tacto. Pero resulta indudable que sabía ejercer el liderazgo, y que contaba con iniciativa propia. Esto le hacía más valioso en la administración colonial, pues la información que brindaba a la Corte se ajustaba a la auténtica realidad, y la solución de los problemas era mucho más rápida.

A su llegada de Cuba disfrutó de unos pocos días de reposo en su palacio madrileño, descanso interrumpido por su nuevo nombramiento, virrey y capitán general del Reino de Navarra. El anterior virrey, marqués de Cayro, había fallecido el 30 de septiembre. Aunque su nombramiento no se hizo oficial hasta finales de octubre, Ricla tuvo conocimiento de él mismo a las ocho y cuarto de la noche del 6 de octubre. Ese mismo día, escribe a Esquilache para agradecer su elección y para comunicar su inmediata incorporación: "Las circunstancias en que S.M. se ha dignado conferirme, exceden no sólo mis cortos méritos, sino mis propias esperanzas, y son una prueba convincente de cuanto distingue S.M. aún los buenos deseos por servirle: Ruego a V E rendir a sus Pies mis respetuosas gratitudes (...) Daré entre tanto mis disposiciones para que, entre regresar del Sitio, y dirigirme a mi destino no medie, sino el tiempo más preciso, deseoso de emplear todo el resto de mi vida en el honor de servir a S.M...".[36]

Navarra era el único de los antiguos reinos que mantenía todos los privilegios e instituciones territoriales. De hecho, las Cortes del Reino de Navarra se habían convocado por el último virrey, cuando a éste le sorprendió la muerte. Dos diputados por cada uno de los tres estamentos de las Cortes y su propio presidente escribieron el 12 de octubre a Esquilache para felicitarlo por su elección y acelerar su incorporación: "La benignidad con que el Rey nuestro señor se ha dignado oír nuestros reverentes ruegos, y satisfacerlos con la pronta y digna elección del conde de Ricla para este Virreynato y Capitanía General con la expresión de que S.M. espera llegue prontamente a ejercerlo, para continuar y concluir nuestras Cortes, y las regias funciones de Juramentos que anhelamos...".[37]

Ricla no se incorporó en su destino hasta el 25 de noviembre. La tardanza obedecía a sus peticiones económicas. Solicitaba 1 000 pesos anuales para gastos de mesa, ya que la convocatoria de Cortes y el juramento de fidelidad al Príncipe incrementarían los gastos ordinarios. Su segunda pretensión consistía en liberarse del pago de la Media Annata, que ascendía a 28 000 reales. Por último, pedía que se le abonaran los seis sueldos por el período comprendido entre su cese en Cuba y su toma de posesión en Navarra. Sus dos primeras peticiones fueron atendidas, pero la tercera se rechazó.[38]

---

[32] Archivo Municipal de Zaragoza, *Gazeta de Zaragoza*, 5 de febrero de 1765.

[33] Jacobo de la Pezuela, ob. cit., p. 380.

[34] Allan J. Kuethe: *Cuba, 1753-1815, Crown, Military, and Society*, University of Tenesse, Knoxville, 1986; Manuel Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba. Historia Común*, Editorial Crítica, Barcelona, 1995; Hugh Thomas: *Cuba, la lucha por la libertad*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1973.

[35] Ramiro Guerra, ob. cit., p. 295.

[36] AGS: Guerra Moderna, leg. 1418.

[37] Ibídem.

[38] Ibídem.

De la escasa documentación que he podido manejar del virreinato de Navarra, podría destacar tres informaciones.[39] La primera se relaciona con los motines de 1766, pero no los de Navarra sino los de Guipúzcoa, pues Muniaín, secretario de Guerra, le pidió el 9 de junio a Ricla que enviara una compañía y tres piquetes a San Sebastián "a fin de auxiliar a la justicia en la causa que está siguiendo sobre el tumulto y los excesos que han ocurrido".

La segunda se refiere al memorial que envía la Diputación del Reino a Ricla, en el cual pide que interceda en la Corte para que la Real Iglesia Colegial de Tudela se constituya en obispado, segregándose de Tarazona para "cortar de raíz las antiguas y modernas disputas con el obispo de Tarazona, y los gravísimos daños espirituales y temporales, que de ellas resultan al estado eclesiástico y secular de aquella ciudad". Si realizó alguna gestión, no obtuvo ningún resultado.

La tercera información es el voluminoso expediente sobre el juicio de Félix de Ayerbe, sargento mayor de la ciudadela de Pamplona. Ayerbe estaba detenido por las denuncias que su mujer, Rosa Celia de Alba, había realizado contra él ante el capellán de la ciudadela. Se le acusaba de los continuos "engaños, desprecios y abandonos hacia su mujer". Aunque Ricla encontró el proceso iniciado, decidió acabar con aquella situación, ya que era la máxima autoridad y por la jurisdicción militar le correspondía juzgar a su subordinado. Ordenó liberarle con la condición de "llevar una vida maridable" y comprometerse "a vivir con la unión y amor que prescriben todos los principios católicos y políticos", so pena de volver a la cárcel.

Considero de sumo interés la información en torno a sus continuos permisos en Zaragoza y Madrid. El último de ellos se le concedió el 6 de enero de 1767 por cuatro meses. Su ausencia de Pamplona y su presencia en Madrid coinciden con su nombramiento del 21 de febrero como capitán general del Principado de Cataluña. Es una casualidad la muerte del marqués de la Mina, pero no su nombramiento. Recordemos que, tras los motines del 66, Esquilache se ve obligado a dimitir y sus detractores aglutinados en el "Partido Aragonés" ocupan el vacío dejado. Aquí retomamos la figura del X conde de Aranda, absoluto beneficiario de la caída de Esquilache. En 1767, Aranda es el primer ministro en la sombra; de manera oficial ostenta los cargos de capitán general de Castilla la Nueva, presidente del Consejo de Castilla y como capitán general del ejército preside la Junta de Generales. Es lógico imaginar que Aranda pensara en su primo para ocupar la vacante en Cataluña, máxime si la presencia física de Ricla en la Corte era casi permanente.

La figura del capitán general en el Principado de Cataluña debe entenderse dentro de la política de centralización del absolutismo borbónico. El capitán general borbónico en Cataluña disponía de mucho más poder que los antiguos virreyes, no sólo por el control de las tropas, sino por sus atribuciones económicas, judiciales, entre las que destacaba la presidencia de la Audiencia. El poder real estaba garantizado por esta figura político-militar en "una provincia com la catalana tan propensa a la subversió".[40] Por otro lado, la Audiencia ejercía un control sobre el capitán general que evitaba posibles extralimitaciones y abusos.

El conde de Ricla no se topó con ningún obstáculo en su gobierno catalán, gracias a su prudencia y tacto a la hora de aplicar las políticas emanadas de Madrid. Sin lugar a dudas, el asunto más espinoso se le planteó al tener que aplicar la Real Ordenanza de 1770. Esa normativa establecía el servicio militar obligatorio para todas las provincias de España. Cataluña debía aportar un contingente de 2 400 soldados elegidos por sorteo y sin posibilidad de ser sustituidos.

Ricla declaró exentos a los artesanos de la lana y de la seda y permitió a los quintos la posibilidad de ser suplidos por otros jóvenes solteros del mismo corregimiento, y, en su defecto, de cualquier punto de Cataluña. Él quería evitar con estas enmiendas paliar la oposición frontal no sólo de los *mossos,* sino también de los derechos y tradiciones catalanas, que, aunque *de*

[39] Ibídem.

[40] Joan Mercader: *Els Capitans Generals de Catalunya*, Barcelona, 1957, p. 40.

iure se habían suprimido por los Decretos de Nueva Planta, *de facto* se intentaba respetarlas para evitar la sensación de sometimiento y humillación. Aunque sus correcciones perseguían hacer más justo el reclutamiento, generaban otras injusticias, ya que sólo los *mossos* de las familias más ricas contarían con el dinero suficiente para pagar al sustituto.

Ricla tuvo como una de sus principales actividades la persecución del contrabando en Cataluña, en especial el del tabaco, monopolio real. En carta de 21 de julio de 1771, le comunica a Juan Gregorio Muniaín, secretario de Guerra, que va a iniciar una inspección por todo el Principado para determinar cuáles pueden ser las mejores soluciones para acabar con el contrabando: "Desde que los amagos de la Guerra dividieron en tantas partes este Ejército, se han desmandado mucho más que antes los Contrabandistas, armándose en mayor número sus Cuadrillas. Ya que no puedo destinar Tropa, porque no la tengo, para contener sus excesos, y auxiliar las Justicias que viven en recelo a las insolentes amenazas, con que a cada paso les insultan, he determinado visitar por mí mismo los Corregimientos y reconocer el mal en esta parte, entrar también en examen de la Administración de Justicia que ha de mantener siempre su rectitud; y proporcionar con el conocimiento práctico el remedio posible para todo".[41]

Ricla contaba con muy pocos efectivos para conseguir terminar con el comercio ilícito; además, tanto la población como las autoridades apoyaban a los contrabandistas, ya por necesidad, ya por temor a las represalias. Pese a todos los problemas, él decidió concentrarse en la represión del fenómeno, aunque sabía que el verdadero problema eran los excesivos impuestos indirectos sobre el consumo, que permitían que los contrabandistas se inclinaran por "la utilidad aunque padezca riesgos". Es decir, asumía el riesgo de ser detenido porque sabía que los compradores no rechazarían sus productos, mucho más baratos, quedándose con parte del precio no incrementado por los impuestos.

Otra de las actividades principales de Ricla en Cataluña consistía en coordinar las dos flotas que desde Barcelona patrullaban el Mediterráneo en busca de presas. Promulgó un bando a los barcos sometidos a su autoridad que regulaba la actividad corsaria, al ordenar qué debía hacerse con los prisioneros capturados: "Siendo pertenecientes a Enemigos del Rey, Aliados, ó Amigos, ó a los súbditos de la Corona, permitiendo la venta en el primer caso, con la satisfacción de los derechos, dándoles abrigo por sólo veinticuatro horas, en el segundo, y siendo restituidas en el tercero...".[42]

De contenido muy distinto son las informaciones, que no he podido documentar, acerca de los devaneos sentimentales de Ricla en Barcelona. Desde 1762, éste permanecía viudo, situación que le permitía mantener relaciones con una mayor libertad. Por las conversaciones con el profesor Palmiro Herrero Rodríguez, he podido conocer dos sucesos ocurridos en Barcelona durante el gobierno de Ricla. El primero de ellos es la relación que mantenía éste con la bailarina veneciana Nina Bergonzi, en la cual se interpuso el egregio Giacomo Casanova, detenido por orden de Ricla en la ciudadela desde el 16 de noviembre hasta el 28 de diciembre de 1768.

La segunda información nos aporta detalles sobre su relación con Lorenza Feliciani, condesa de Cagliostro. Esa relación se prolongó desde junio hasta octubre de 1769. Según Palmiro Herrero, José Bálsamo, conde de Cagliostro, obligó a prostituirse a su esposa de 15 años con Ricla cada ocho días a cambio de un *d*oblón de a quatro. El obispo de Barcelona, Josep Climent i Avinent, se lamentaba exageradamente que, cuando llegó a Barcelona, ésta era "una Babilonia, un infierno de lascivia", pero que el ambiente empeoró "desde que la gobierna un zardanápalo, un epicuro que se ocupa de jugar a la banca, en óperas y bailes".[43] Parece ser que el obispo de Barcelona era muy amigo del marqués de la Mina, de moral muy austera, pero chocaba una y otra vez con el carácter de Ricla, mucho más liberal.

Si su vida privada era criticada por el obispo de Barcelona, su gestión en el Principado arroja

[41] AGS: Guerra Moderna, leg. 1458.

[42] Ibídem.

[43] Francisco Tort Mitjans: *El Obispo de Barcelona Josep Climent i Avinent*, Editorial Balmes, Barcelona, 1978.

un balance muy positivo desde todos los sectores. Carlos III le premió con un cargo de mayor poder y prestigio, Secretario de Guerra. Desde Cataluña, la opinión de Ricla también era muy favorable; así lo demuestra la carta enviada por el cabildo barcelonés el 15 de agosto de 1772, siendo éste ya ministro de Guerra, en la cual le pedía que anule las providencias dictadas por el nuevo capitán general, Bernardo O'Conor: "Se digne V.E. apoyar la súplica, facilitando una orden de Su Majestad, que restituya a este Principado la felicidad, que logró mientras tuvo la dicha de estar bajo el suave, prudente y acertado mando de Vuestra Excelencia. Ofrecemos nuestros agradecidos y respetuosos corazones para la disposición de V.E., rogando a Dios que guarde su importante vida".[44]

Cuando a finales de enero de 1772 falleció Juan Gregorio Muñiaín, secretario de Guerra, nadie en la Corte esperaba que el conde de Ricla ocupara su lugar. Carlos III, por Real Decreto de 4 de febrero de 1772, lo nombraba secretario del Despacho Universal de la Guerra, consejero de Estado y decano del Supremo Consejo de Guerra, con un sueldo de 210 000 reales. Sin duda, Ricla había alcanzado la cima del poder político y militar. Resulta indudable que reunía experiencia y capacidad, pero es imposible obviar su parentesco con el conde de Aranda y su militancia en el "Partido Aragonés".

Hace ya 30 años que el tristemente fallecido Rafael Olaechea escribió sobre el significado y características del "Partido Aragonés", palabras que aún hoy conservan todo su sentido.[45] El término de partido nada tiene que ver con la concepción actual, sino con un grupo de personas que compartían una forma de entender el poder y su aplicación. La primera característica que define ese "partido" es el sentimiento compartido de todos sus miembros en el viejo ideal pactista aragonés, por el cual el rey no actuaba de forma arbitraria y absolutista, sino de forma consensuada con los cuatro estamentos. La segunda viene dada por el carácter nobiliar y aragonés de casi todos sus miembros. La tercera nos presentaría este grupo como defensor del reformismo ilustrado. La cuarta, el desprecio hacia los ministros extranjeros.

Frente al "Partido Aragonés" se situaba la otra facción, los denominados "golillas" o "manteístas", enemigos del poder político, militar, social y económico de la nobleza y defensores del absolutismo borbónico. En el momento de acceder Ricla a la Secretaría de Guerra, los "golillas" estaban lidereados por Grimaldi, secretario de Estado, y el "Partido Aragonés", por Aranda, presidente del Consejo de Castilla. Si es indudable que Ricla compartía gran parte de los aglutinantes de otros miembros como el duque de Villahermosa, el conde de Fuentes, el conde de Atarés, hermano suyo, no resulta menos cierto que discrepaba de alguno de los principios, como la concepción del poder. Era un defensor del absolutismo borbónico, como Manuel de Roda, secretario de Gracia y Justicia. Ambos, aunque miembros del "Partido Aragonés", no suscribían todo su ideario y se movían con cierta independencia.

En este conflicto de intereses, de lucha por el poder, tenemos que situar el nombramiento de Ricla como secretario de Guerra. Aunque parece ser que Aranda no intervino directamente en el nombramiento, sí que se benefició y congratuló al saber que uno de los suyos equilibraba el peso de los aragonesistas en el gobierno.[46] Equilibrio de nuevo restaurado al nombrar al pupilo de Grimaldi, Moñino, futuro conde de Floridablanca, embajador de España en Roma en marzo del mismo año. Pese a la diferente forma de pensar y actuar, las dos facciones buscaban el acceso al poder, lo que definió Rodríguez Casado como "pugna ministerial".[47]

En los ocho años como secretario de Guerra, el conde de Ricla tuvo un gran acierto: la reforma del Consejo de Guerra de 1773; y dos grandes fracasos: el motín catalán provocado por la leva forzosa de 1773 y el fiasco de la expedición de Argel de 1775. Sin dudas, el estado calamitoso del Consejo de Guerra hacía inevitable una

[44] AGS: Guerra Moderna, leg. 1459.

[45] Rafael Olaechea: *El conde de Aranda y el "Partido Aragonés"*, Editorial Librería General, Zaragoza, 1969.

[46] Rafael Olaechea, ob. cit., p. 87.

[47] Vicente Rodríguez Casado: *La política y los políticos en el reinado de Carlos III*, Madrid, 1962, p. 215.

reforma de su organización y funcionamiento, en palabras de Ricla: "En fin, señor, que no sea más el Consejo de Guerra el depósito de la senectud, de la enfermedad o de la ignorancia. Haya experiencias que producir, discernimiento para el acierto, y vigor para consumarle".[48]

En septiembre de 1772, el Consejo de Guerra tenía pendientes más de 500 asuntos, entre pleitos, expedientes matrimoniales, consultas, recursos y procesos.[49] Por la Real Cédula de 4 de noviembre de 1773, Ricla dio Nueva Planta al Consejo de Guerra y redujo las competencias militares de los inspectores y de la Capitanía General de Castilla la Nueva para traspasarlas al Consejo de Guerra, evitando los engorrosos litigios de competencias entre las tres instituciones.[50]

Como decano, Ricla ejercía desde ahora un control más férreo sobre el Consejo de Guerra; es decir, daba más competencias a esa institución, para luego ejercer un poder más directo sobre él. En la referida real cédula creaba la figura del consejero nato y aseguraba la asistencia continua de los consejeros militares y togados, favoreciendo una resolución más rápida de los asuntos. Por otra parte, decantó la balanza del lado de los militares frente a los togados, con un balance de 17 consejeros militares y de cinco consejeros togados. Esta "militarización" del Consejo de Guerra podría interpretarse como una victoria del "Partido Aragonés", de componente nobiliar y, por ende, militar, frente a la facción "golilla", de funcionarios letrados. No es menos cierto que Aranda, desde su destierro en la embajada parisina, no debió estar muy contento con la parte de esta reforma que reforzaba el poder del Secretario frente al Consejo de Guerra, dicho de otra forma, que potenciaba el poder absoluto frente al poder estamental defendido por Aranda.

Sin dudas, uno de los mayores fracasos de la gestión ministerial fueron los motines contra la recluta forzosa de mayo de 1773, conocidos como *l'avalot de les quintes*. Ricla ordenó al capitán general de Cataluña, Bernardo O'Connor Phaly, la aplicación de la Real Ordenanza de reemplazo anual del ejército con el servicio obligatorio de 13 de noviembre de 1770, uno de cuyos principales artífices fue el conde de Aranda. En realidad ya vimos que su aplicación se introdujo por Ricla en 1771, al ser el capitán general del Principado, pero en 1773 como ministro de Guerra decidió aplicarla en todo su rigor y sin ningún tipo de concesión y matiz.

El cupo de 2 400 soldados fijado para Cataluña debía realizarse por sorteo de los *mossos*, uno de cada cinco, pero desde ahora sin posibilidad de ser sustituidos, sin exenciones de ningún tipo, y sin el permiso de cuatro meses durante las labores agrarias de siembra y siega. Los jóvenes clasificados en tres grupos debían realizar el servicio militar obligatorio durante un larguísimo período, así "el de 17 anys d'edat haurien de servir vuit anys; set els 24 als 30, que resultesin sortejats, i sis els de 30 a 36 ".[51] Desde el mes de abril aparecieron un sinfín de panfletos amenazantes en Barcelona. El 4 de mayo, grupos de jóvenes se refugiaron en la catedral, otros intentaron escapar. La represión llevada a cabo por el Capitán General provocó varios muertos y la extensión del conflicto.

Desconozco cuáles fueron los motivos que llevaron a Ricla a cambiar la forma de aplicar el servicio militar obligatorio en Cataluña. Creo que el hecho de aplicar el sistema con correcciones durante dos años sin grandes contratiempos le hizo pensar que los catalanes ya estaban preparados para aceptarlo íntegramente. La reacción "insumisa" de los quintos catalanes no sólo debería estar relacionada con una oposición a un nuevo sistema de reclutamiento, que carecía del carácter consuetudinario necesario, frente al tradicional ejército voluntario, sino también al momento de su aplicación, un tiempo de paz. Ese sistema de reclutamiento forzoso hubiera despertado una menor oposición si se hubiera implantado bajo una necesidad urgente ante un conflicto bélico, que no existía en 1773. El tercer

[48] AGS: Guerra Moderna, leg. 1564.

[49] Francisco Andújar Castillo: *Consejo y consejeros de Guerra en el siglo XVIII*, Universidad de Granada, Granada, 1996, p. 67.

[50] AGS: Guerra Moderna, leg. 1564.

[51] Joan Mercader, ob. cit., p. 107.

factor a tener en cuenta era el lugar donde se aplicaba, Cataluña, que ya en el siglo XVII se había opuesto a la "Unión de Armas" del conde-duque de Olivares. La responsabilidad de Ricla en estos tristes sucesos debe ser compartida por quienes apostaron por un nuevo ejército basado en el servicio militar obligatorio frente al sistema de milicias y ejército voluntario, siempre defendido por él.

El segundo revés del conde de Ricla como ministro de Guerra fue la malograda expedición de Argel en 1775. Cansados de soportar los continuos saqueos y secuestros de los piratas norteafricanos, con base en Argel, especie de isla de la Tortuga mediterránea, se decidió acabar con el problema de una vez para siempre.[52] Se planificó una de las operaciones anfibias más importantes de la historia de España, desde la Gran Armada de 1588. El general en jefe de la operación fue Alejandro O'Reilly, inspector general de Infantería, antiguo subordinado de Ricla en Cuba e íntimo amigo.

El 23 de junio, una escuadra con 20 000 soldados zarpa desde Cartagena. El 1° de julio, la flota ha llegado a las cercanías de Argel. Tras varios días de espera, O'Reilly da la orden de desembarcar y atacar la plaza fuerte, lo que acaba en desastre, para el día siguiente intentarlo otra vez, obteniendo el mismo resultado. Los problemas logísticos dieron al traste con toda la operación. El factor sorpresa nunca se consiguió, agravándose por los seis días de espera. Tras cuantiosas pérdidas humanas y materiales, O'Reilly ordenó el embarque y la retirada a España.

El descalabro argelino causó un auténtico terremoto en la Corte y en la opinión pública española. Todos los dardos se dirigieron contra O'Reilly, quien desde entonces sería llamado "el general desastre", pero quien recibió mayores críticas y descalificaciones fue el marqués de Grimaldi. El "Partido Aragonés" aprovechó la ocasión para acabar con Grimaldi. Aranda no cesaba en sus críticas desde París. Desde Madrid, el duque de Villahermosa dirigía la campaña para acabar con los dos responsables. Lo curioso del asunto es que Ricla como ministro de Guerra no recibió ninguna crítica, situación que se explica por el rechazo y desinterés que manifestó por ella. Carlos III destinó a O'Reilly a la inspección de las Chafarinas y aceptó la dimisión de Grimaldi, lo que Olaechea denomina como "motín de Grimaldi".[53] El "Partido Aragonés" no se benefició de la caída de Grimaldi, pues fue elegido el conde de Floridablanca como nuevo secretario de Estado, uno de los "golillas" más activos.

El "Partido Aragonés" chocaba en la forma de entender y aplicar el poder con los "golillas", pero ambos grupos de presión coincidían en la defensa a ultranza del reformismo ilustrado. El espíritu ilustrado aragonés se materializó en la constitución de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza el 22 de marzo de 1776. Entre los fundadores hallamos a destacados miembros del "Partido Aragonés": el conde de Aranda, el conde de Fuentes, el duque de Villahermosa, el conde de Atarés y el conde de Ricla.[54] Por su destino en Madrid, el conde de Ricla no podía participar físicamente en todas las sesiones y proyectos efectuados por la institución aragonesa, pero estaba al corriente de ellos y hacía todo lo posible por conseguir los favores de Floridablanca y del propio monarca. Desde la fundación de la Real Sociedad hasta su muerte en 1780, no dejó de contribuir anualmente al coste de su mantenimiento; así lo demuestran los comprobantes de pago que he podido consultar, en los cuales el tesorero de la institución, Juan Laborda, certifica haber recibido de él los "sesenta reales de vellón con que ha contribuido como socio".[55]

El espíritu ilustrado del conde de Ricla se hace notorio al repasar los títulos de los cerca de 300 libros inventariados en su testamento.[56] Los libros escritos en español, latín, francés y portugués tienen unos contenidos muy diversos: históricos, económicos, militares, políticos, jurídicos, científicos, diplomáticos, artísticos... Los más abun-

---

[52] Vicente Rodríguez Casado: "Política marroquí de Carlos III", en *Revista Hispania*, no. VI, pp. 236-278.

[53] Rafael Olaechea, ob. cit., p. 108.

[54] José Francisco Fornies Casals: "La estructura social de los Amigos del País de Zaragoza", en *Boletín de documentación del fondo para la investigación económica y social*, vol. IX (1977), p. 4.

[55] AGM: Sección 9º, leg. f-142.

[56] AGM: Sección 9º, leg. f-149.

dantes son los libros referidos a los temas militares. De todos los ejemplares destacaría dos por estar referidos a Aragón: *Relación del Tumulto de Zaragoza*, de Thomás Sebastián Latre, y *Los Anales de Aragón,* de Dormer. Muy interesante me ha parecido *Di lla Ragine de Stato* y la *Nueva Enciclopedia*. Me ha llamado la atención el reducido número de libros relacionados con la religión, siete de 300, y uno de ellos es *Historie du Luteranisme*, de Mainbourg.

El espíritu laico del conde de Ricla también podría rastrearse por la casi ausencia de temas religiosos en su colección de 31 pinturas. De todas ellas sólo hay una de iconografía religiosa, *Nuestra Señora y el niño de Dios*. Las 30 pinturas restantes son paisajes, bodegones, cacerías y fábulas clásicas.[57] No obstante, su espíritu ilustrado no le impidió contribuir con 108 libras, seis sueldos y diez dineros para la obra de cantería del Coreto de Nuestra Señora del Pilar, como así lo demuestra la carta enviada por Matías Allué, arcipreste del Salvador y administrador de la nueva fábrica del Pilar, el 3 de noviembre de 1774 a Ricla en la que "Certifico que Antonio Rivés, maestro cantero vecino de esta ciudad, ha cumplido con la obligación que contrajo con el Exmo Señor conde de Ricla, de construir de diferentes partes la varandilla del Coreto de la Santa Capilla...".[58]

El conde de Ricla, tras haber alcanzado la cima del poder político, no dejó de conseguir nuevas recompensas y mercedes. La antepenúltima gracia real se le concedió al otorgársele la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, galardón sólo concedido tras superar las pruebas de nobleza y reservado para aquellos que gozaran de la confianza y del favor real. Ricla fue el cuarto en recibir este premio, el mismo año de su instauración, 1772.[59]

El penúltimo privilegio lo disfrutó al concederle Carlos III, el 18 de marzo de 1776, un *Girón de tierra de Realengo*, situado cerca de Mariel, Cuba. La propiedad, de perímetro circular, consistía en 336 caballerías, equivalentes a unas 43 680 hectáreas, la cual en 1786 fue tasada por 112 875 pesos fuertes. El gigantesco latifundio contaba con una gran riqueza forestal y con excelentes tierras de labor, idóneas para el cultivo del tabaco, azúcar y café. Carlos III argumentó tan lucrativo premio por "Cuanto en consideración, al muy distinguido mérito, celo, y desinterés con que vos Don Ambrosio Funés de Villalpando, conde de Ricla, mi Consejero de Estado y Secretario del Despacho Universal de la Guerra, me servisteis en la Comisión, que tuve a bien conferiros para recibir de los ingleses, en virtud del último tratado de Paz, la Plaza de la Habana, fortificarla, y dejar restaurado el Gobierno de ella... fui servido haceros merced...".[60]

Tres años antes de morir, Ricla recibió el último favor real al ser ascendido a capitán general de los Ejércitos, grado más alto del escalafón militar. La Real Orden se promulgó el 21 de octubre de 1776, pero el 9 de octubre el conde de Floridablanca, secretario de Estado, le escribió para adelantarle el nombramiento: "en atención a los distinguidos e importantes servicios de V.E, no menos que a su acreditado talento militar y al conjunto de estimables circunstancias que concurren en la persona de V.E. se ha dignado el Rey en nombrar a V. E Capitán General de Sus Ejércitos...".[61]

El 15 de julio de 1780, a los 59 años, fallecía el conde de Ricla en su palacio madrileño de la calle de Alcalá, esquina a la calle del Turco. Su funeral fue oficiado el día siguiente y la ceremonia religiosa adquirió tintes militares, ya que Carlos III ordenó que se le rindieran los honores correspondientes a capitán general. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de San Sebastián, en la calle de Atocha, bajo la bóveda del Santísimo Cristo de la Fe. Su pérdida fue lamentada por sus familiares y amigos, ministros y por el propio rey. Azara en carta desde Roma a su amigo y miembro del "Partido Aragonés" Roda, secretario de Gracia y Justicia, le comunicaba que "He sentido la muerte de nuestro conde de Ricla, porque, en fin, bue-

[57] Ibídem.

[58] AGM: Sección 9º, leg. f-143.

[59] Archivo Histórico Nacional, Orden de Carlos III, Índice de Pruebas, Expediente 4º.

[60] AGM: Sección 9º, leg. f-157.

[61] AGS: Secretaría de Guerra, Expedientes Personales, leg. 46-15.

no o malo, ya lo conocíamos. Él, por sí, no era capaz de hacer mal a nadie, y su único defecto era su demasiada bondad. Si le sucede el moro Muza, para mí es indiferente, que nada tengo que ver con escopetas y cañones...".[62]

Su muerte también fue lamentada por la legión de acreedores que dejó. Ricla dejó deudas por valor de 3 842 586 reales de vellón, una suma enorme en aquellos momentos.[63] Deudas a las que debió hacer frente su hermano, el conde de Atarés, su único heredero. Su título de conde de Ricla pasó a la hermana de su esposa, Baltasara, marquesa de Camarasa. Como todavía no he podido encontrar un retrato que ilustrara el presente artículo, no puedo por menos que utilizar la única descripción física que he hallado: "Era Ricla de menos de media estatura, de agradable, pero grave fisonomía, esmerado en la elegancia de su traje, así como en el lujo y servicio de su casa...".[64]

Deseo concluir este artículo con un apartado de reproches y otro de agradecimientos. No me parece justo descalificar la figura del conde de Ricla como "auténtica criatura" de Aranda.[65] Como hemos visto, su *cursus honorum* está muy ligado al conde de Aranda, de quien se beneficia, otra cosa muy distinta es limitar los ascensos y recompensas de Ricla a su primo Aranda. Hemos apreciado que hay más factores para explicar su meteórica carrera; uno de ellos es el favor de su primo, importante, pero no el único. Si Ricla no hubiera pertenecido a la nobleza, no hubiera ingresado en las Guardias Reales y, por tanto, no hubiera llegado al generalato. Además debemos entender que algo de capacidad debía de tener, pues no hemos visto que careciera de cordura ni de iniciativa en cada uno de los puestos que desempeñó. A diferencia de Aranda, Ricla era menos dogmático y más posibilista, moviéndose con más autonomía e independencia dentro del "Partido Aragonés", ya que no ostentaba el liderazgo dentro de él. Ambos manifestaron un espíritu ilustrado, querían reformar los defectos más graves que constataban en su análisis de la sociedad, aunque sin alterar las bases del poder establecido; para ello, Ricla prefería un poder directo, personal, frente a Aranda, partidario de un poder indirecto y colegiado. Ricla creía en la milicia; Aranda, en el ejército profesional. Aranda odiaba a los "golillas", Ricla se entendía con ellos. El grueso del "Partido Aragonés" despreciaba a los ministros y militares extranjeros; Esquilache, Grimaldi, O'Reilly, O'Connor. Por el contrario, Ricla confiaba en ellos. Para acabar, Ricla tenía un carácter menos orgulloso que su primo, lo que le evitó no pocos problemas.

Finalmente, al igual que el conde de Ricla, yo también tengo deudas y acreedores. Debo agradecer la confianza depositada en mí por la Caja de Ahorros de la Inmaculada. Deuda también contraída con el profesor Eduardo Torres-Cuevas, al permitirme publicar el presente artículo.

• • • •

[62] Rafael Olaechea, ob. cit,. p. 87.

[63] AGM: Sección 9º, leg. f-138.

[64] Jacobo de la Pezuela, ob. cit., p. 379.

[65] Vicente Rodríguez Casado, ob. cit., p. 220.

REPENSAR **LATINOAMÉRICA,** PENSAR EL NUEVO MILENIO

1950–2000

Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO

En conmemoración del 50 aniversario de ésta Oficina Regional de la UNESCO, los días 24, 25 y 26 de febrero del 2000 se celebró el *Coloquio Internacional Repensar Latinoamérica, pensar el Nuevo Milenio*, en el cual se reunió un grupo de relevantes personalidades del pensamiento y la cultura latinoamericanos.

El Coloquio devino importante encuentro de reflexión en el retornar a las raíces del pensamiento de nuestros pueblos y como una mirada al futuro desde sus idiosincrasias. Diversos temas constituyeron puntos de profundos análisis: "Unidad y diversidad en la construcción de la idea latinoamericana", "Las grandes corrientes del pensamiento latinoamericano en el siglo XX y las ideas sobre el desarrollo", "Los proyectos de transformación en las décadas de los 60 y 70", "La reestructuración neoliberal: retos y alternativas para el pensamiento latinoamericano", así como el de "Visión de futuro desde el Sistema de Naciones Unidas", expuesto en Mesa Redonda.

El acto inaugural del Coloquio, organizado por la ORCALC con el coauspicio de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana, se efectuó en el Aula Magna de la Universidad capitalina y lo presidieron Jorge Bolaños, ministro de Relaciones Exteriores *a.i.*; Abel Prieto, ministro de Cultura; Juan Vela Valdés, rector de la Universidad de La Habana, y las señoras Jaroslava Moserova, presidenta de la Conferencia General de la UNESCO, y Gloria López, directora de la ORCALC.

A lo largo de las sesiones que convocó el Coloquio, se ofrecieron importantes temas en el enriquecimiento del debate académico, entre otros, por destacados intelectuales como los mexicanos Leopoldo Zea, Javier Wimer, Porfirio Muñoz Ledo y Víctor Flores Olea; los argentinos Abel Posse y Carlos Moneta; los chilenos Miguel A. Rojas Mix y Manuel Antonio Garretón, así como el brasileño Luciano Martins de Almeida, el venezolano Edgardo Landers y los cubanos Alfredo Guevara y Roberto Fernández Retamar.

En el evento también estuvieron presentes representaciones del PNUD, la FAO, la UNICEF, la OMS y el PMA. Una lección magistral ofrecida por Eusebio Leal, historiador de la Ciudad, y la presentación del libro *ORCALC, 50 años de acción* por la doctora Rafaela Chacón Nardi y de la revista *Cultura y Desarrollo* por el ministro Abel Prieto, constituyeron otros de los momentos relevantes en este significativo encuentro teórico de La Habana, el cual devino para la región un modo de verse a sí misma y, a su vez, contribuir al fondo de la cultura universal.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 79-85

Abrir las ciencias sociales

Informe de la Comisión Gulbenkian

● ● ● ● ●

Jesús Guanche

Ante una estupenda caricatura de La última cena*, en la cual a Jesucristo se le paran los pelos de punta al ver el impresionante costo de la cuenta, conversé con el doctor Immanuel Wallerstein en su pasada visita a Cuba, durante un recorrido por el Museo de Humor en San Antonio de los Baños. Allí, tras la ineludible carcajada, le solicité nos autorizara a publicar el informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, que apareció en español como* Abrir las ciencias sociales *(1996),*[1] *y accedió con mucho agrado, pues constituye un tema de primerísima actualidad. En su condición de presidente y coordinador de la Comisión, uno de sus intereses principales es precisamente someter a debate tanto los problemas históricos que han tenido estas disciplinas desde sus orígenes hasta nuestros días, como el conjunto de propuestas para su reestructuración. Enseguida pensé en* Debates Americanos *y en el papel que esta publicación debe ejercer en la diseminación nacional e internacional del* Informe.

Lamentablemente, todavía existen científicos de reconocido prestigio, que, por su profunda vin-

[1] Este "Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales", cuya traducción fue de Stella Mastrángelo, apareció editado por Siglo XXI Editores, sa. de cv., México, y Siglo XXI de España Editores, s.a. *(N de los E.)*

culación con otros campos del conocimiento en las ciencias biomédicas, técnicas, naturales, agrarias, y otras, no han tomado plena conciencia que todos y cada uno forman parte de un entramado social complejo y cada vez más dinámico, que su participación en la solución científica de los problemas sociales es de hecho tan útil y necesaria como la propia participación de los profesionales dedicados a esta actividad. En el caso particular de Cuba, el acelerado crecimiento del nivel de instrucción también ha generado diversos problemas de diferente alcance, desde los infraestructurales hasta los de índole epistemológica. Frente a la galopante apretura de la tecnología contra la realización humanista del individuo en su contexto sociocultural de origen o de opción, la impostergable apertura de las ciencias sociales representa una necesidad vital contra esa especie de caos real en la realidad virtual. Son múltiples los desafíos que tienen estas disciplinas en la actualidad y la presente publicación significa un nuevo llamado a la reflexión crítica y al optimismo gnoseológico.

Deseo agradecer en nombre de la Sección de Ciencias Sociales y Humanidades de la Academia de Ciencias de Cuba a la Dirección de Debates Americanos, *por este nuevo espacio. De este modo, también nosotros podremos cenar en calma sin que nos asuste la cuenta.*

En este informe hemos tratado de mostrar tres cosas. La primera, cómo la ciencia social fue históricamente construida como una forma de conocimiento y por qué se dividió en un conjunto específico de disciplinas relativamente estándar en un proceso que sucedió entre fines del siglo XVII y 1945. La segunda es las maneras en que los procesos mundiales ocurridos después de 1945 plantearon cuestiones acerca de esa división del trabajo intelectual y, por tanto, reabrieron los problemas de estructuración organizacional instaurada en el período anterior. La tercera, la elucidación de una serie de cuestiones intelectuales básicas sobre las cuales ha habido mucha discusión en estos últimos tiempos y la sugerencia de una posición que nos parece óptima para seguir adelante. Ahora pasaremos a examinar cómo es posible reestructurar de manera inteligente las ciencias sociales a la luz de esa historia y de esos debates recientes.

Para empezar debemos decir que no tenemos ninguna fórmula simple y clara, sino principalmente un conjunto de propuestas tentativas que, en nuestra opinión, van en la dirección correcta. En la actualidad, como resultado de varios acontecimientos cuyas raíces históricas hemos tratado de explicar, las clasificaciones de las ciencias sociales no están claras. Por supuesto, siempre resulta posible hacer ajustes (de hecho se hacen constantemente) que pueden mejorar algunas de las irracionalidades. En verdad no proponemos abolir la idea de la división del trabajo dentro de las ciencias sociales y creemos que ésta puede seguir adoptando la forma de disciplinas. Las disciplinas cumplen una función, la función de disciplinar las mentes y canalizar la energía de los estudiosos. Pero tiene que haber algún nivel de consenso acerca de la validez de las líneas divisorias para que estas funcionen. Hemos tratado de indicar de qué modo la trayectoria histórica de la institucionalización de las ciencias sociales, condujo a algunas grandes exclusiones de la realidad. La discusión sobre esas exclusiones significa que el nivel de consenso acerca de las disciplinas tradicionales ha disminuido.

La clasificación de las ciencias sociales se construyó en torno a dos antinomias que ya no poseen el amplio apoyo del que disfrutaron antaño: la antinomia entre pasado y presente y la antinomia entre disciplinas idiográficas y nomotéticas. Una tercera antinomia entre el mundo civilizado y el mundo bárbaro ya no tiene muchos defensores públicos, pero en la práctica continúa habitando en la mentalidad de muchos estudiosos.

Además de los debates intelectuales en torno a la lógica de las divisiones disciplinarias actuales existe el problema de los recursos. El principal modo administrativo de enfrentar las protestas acerca de las divisiones actuales ha sido la multiplicación de los programas interdisciplinarios docentes y de investigación, proceso que sigue floreciendo, pues constantemente se formulan nuevos reclamos, pero esa multiplicación requiere personal y dinero. Sin embargo, la reali-

dad del mundo del conocimiento en la década de 1990, en especial en comparación con la de décadas anteriores, es la limitación de recursos impuesta por las crisis fiscales en prácticamente todos los países. Al mismo tiempo que los científicos sociales, impulsados por las presiones internas generadas por sus dilemas intelectuales, intentan expandir el número y la variedad de las estructuras pedagógicas y de investigación, los administradores buscan maneras de economizar y, por ende, de consolidar. No queremos sugerir que haya habido demasiada multidisciplinariedad, nada más lejos de nuestra intención. Más bien queremos indicar que organizacionalmente ésta no ha ido tanto en dirección a unificar actividades como en dirección a la multiplicación del número de nombres y programas universitarios.

Esas dos presiones contrarias están destinadas a chocar, y el choque va a ser serio. Podemos esperar que los científicos sociales activos echen una mirada sincera a sus estructuras actuales y traten de hacer concordar sus percepciones intelectuales revisadas sobre una división del trabajo útil con el ámbito organizacional que necesariamente construyen. Si los científicos sociales activos no lo hacen, sin duda los administradores de las instituciones de conocimiento lo harán por ellos. Desde luego, nadie está, ni resulta probable que llegue a estar, en posición de decretar una reorganización general, y tampoco sería necesariamente bueno que alguien lo hiciera. Mas, la alternativa a una reorganización general, súbita y dramática, no es seguir ciegamente adelante como se pueda, en la esperanza de que de alguna manera las cosas mejorarán y se arreglarán solas, porque la confusión, la superposición y la escasez de recursos están aumentando a un tiempo, y en conjunto pueden llegar a constituir un bloqueo considerable a la creación de nuevo conocimiento.

Permítasenos recordar otra realidad de la situación actual. Hemos venido describiendo un patrón general en las ciencias sociales actuales, pero las clasificaciones detalladas varían de país a país y, a menudo, de institución a institución. Además, en la actualidad, el grado de cohesión y de flexibilidad internas de las disciplinas varía de una a otra y, dentro de la misma, en todo el mundo. Por tanto, la presión por el cambio no resulta uniforme; además, la presión por el cambio varía de acuerdo con las perspectivas teóricas de distintos científicos sociales y de acuerdo con el grado en que grupos particulares de científicos sociales participan más o menos de manera directa en actividades y preocupaciones de la burocracia estatal. Y, finalmente, diferentes comunidades de científicos sociales se encuentran en distintas situaciones políticas —situaciones políticas nacionales, situaciones políticas universitarias— y esas diferencias afectan sus intereses y, por ende, el grado en que favorecen o se oponen a las reorganizaciones administrativas.

Desde luego podríamos simplemente recomendar más flexibilidad. Éste es el curso que hemos seguido en efecto desde hace ya tres o cuatro décadas. En este sentido ha habido cierto grado de éxito, pero la atenuación del problema no ha ido a la misma velocidad que su intensificación. La razón resulta muy simple, el sentido de seguridad en las disciplinas, en la mayoría de los casos, tiende a pesar más en los pequeños espacios que constituyen los departamentos universitarios, en los cuales se halla, además, el poder real de la toma de decisiones cotidiana. Las fundaciones conceden fondos a grupos de estudiosos imaginativos, pero son los departamentos los que resuelven sobre las promociones y los planes de estudio. Las buenas motivaciones formuladas por individuos no siempre resultan eficaces para enfrentar presiones organizativas.

Lo que parece necesario no es tanto un intento de transformar las fronteras organizativas, como una ampliación de la organización de la actividad intelectual sin atención a las actuales fronteras disciplinarias. Después de todo, ser histórico no es propiedad exclusiva de las personas llamadas historiadores, sino una obligación de todos los científicos sociales. Ser sociológico no es propiedad exclusiva de ciertas personas llamadas sociólogos, sino una obligación de todos los científicos sociales. Los problemas económicos no son propiedad exclusiva de los economistas, las cuestiones económicas resultan centra-

les para cualquier análisis científico-social y tampoco es absolutamente seguro que los historiadores profesionales necesariamente sepan más acerca de las explicaciones históricas; ni los sociólogos, más sobre los problemas sociales; ni los economistas, más sobre las fluctuaciones económicas que otros científicos sociales activos. En suma, no creemos que existan monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a las personas con determinado título universitario.

Ciertamente están apareciendo agrupamientos particulares de científicos sociales (e, incluso, de personas que no son científicos sociales) en torno a intereses o áreas temáticas específicas, desde la población hasta la salud, la lengua, etc. Hay grupos que surgen en torno al nivel de análisis (concentración en la acción social individual; concentración en los procesos sociales en gran escala y a largo plazo). Aparte de que las distinciones temáticas o la distinción "micro/macro" resulten o no las formas ideales de organizar la división del trabajo en las ciencias sociales de hoy, pueden ser, por lo menos, tan plausibles como distinguir, por ejemplo, entre lo económico y lo político.

¿Dónde se encuentran las oportunidades de experimentación creativa? Puede haber muchas que el lector pueda identificar; nosotros podemos indicar algunas que se hallan en puntos muy diferentes del espectro académico. En un extremo está Estados Unidos, con la más alta densidad de estructuras universitarias en el mundo, y también una presión política interna muy fuerte, tanto en favor como en contra de la reestructuración de las ciencias sociales. En el otro extremo está África, donde las universidades son de construcción relativamente reciente y las disciplinas tradicionales no están fuertemente institucionalizadas. Allí, la extrema pobreza de recursos públicos ha creado una situación en que la comunidad de las ciencias sociales se ha visto obligada a innovar. No cabe duda de que en otras partes del mundo hay particularidades que permitirán una experimentación igualmente interesante. Un escenario de ese tipo es quizás el de los países poscomunistas, donde se está dando una gran reorganización académica, y sin duda, a medida que Europa Occidental construye sus estructuras comunitarias, hay auténticas oportunidades de experimentación creativa en el sistema universitario.

En Estados Unidos, las estructuras universitarias son múltiples, diversas y descentralizadas. Los problemas planteados por el llamado al multiculturalismo, así como el trabajo en los estudios científicos, ya han pasado a ser objeto de debate político público. Posiblemente, problemas planteados por algunos de los nuevos desarrollos que ocurren en la ciencia sean atrapados por contagio en el remolino político. Esto proporciona un motivo adicional para que los científicos sociales activos enfrenten los problemas y traten de impedir que las consideraciones políticas pasajeras (y apasionadas) invadan demasiado profundamente un proceso cuyas consecuencias resultan demasiado importantes para resolverlo con base en motivaciones electorales. Estados Unidos tiene una larga historia de experimentación estructural en los sistemas universitarios: la invención de las escuelas de posgrado a fines del siglo XIX, la modificación del sistema alemán de seminarios; la invención del sistema de materias de libre elección por los estudiantes, también a fines del siglo XIX; la invención de los consejos de investigación en ciencias sociales después de la Primera Guerra Mundial; la invención de los requisitos de "cursos centrales" después de la Primera Guerra Mundial; la invención de los estudios de área después de la Segunda Guerra Mundial; la invención de los estudios de mujeres y los programas "étnicos" de muchos tipos en la década de 1970. No estamos tomando posición ni a favor ni en contra de ninguna de estas invenciones, sino simplemente utilizándolas para ilustrar el hecho de que en el sistema universitario estadounidense ha habido espacio para la experimentación. Quizá, la comunidad de ciencias sociales estadounidense pueda aportar, una vez más, soluciones creativas a los problemas organizacionales muy reales descritos.

En los países poscomunistas enfrentamos una situación en la cual muchas de las estructuras anteriores se han desmantelado y algunas categorías universitarias se han abandonado. Las pre-

siones financieras han sido tales, que muchos estudiosos se han salido de las estructuras universitarias para continuar su trabajo. En consecuencia, también allí parece haber bastante espacio para la experimentación. Desde luego existe el riesgo de que intenten adoptar en bloque las estructuras existentes en las universidades occidentales, por la razón de que representan un futuro diferente de su propio pasado inmediato, sin reconocer las dificultades reales en que se hallan los sistemas universitarios occidentales. Sin embargo, hay algunos signos de experimentación. Por ejemplo, en la antigua Alemania Oriental, en la Universidad Humboldt de Berlín, el departamento de historia ha sido el primero en Alemania, y quizás en Europa, que creó un subdepartamento de etnología europea, intentando dar a la llamada antropología histórica un *droit de cité* dentro de la historia. La antropología de la historia también ha pasado a ser una categoría formal dentro de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, ya no dentro de la historia sino al lado de ella, como su igual, tanto de la historia como de la antropología social. Al mismo tiempo, en una serie de universidades en diversas partes del mundo, la antropología física se ha incorporado a la biología humana.

La Comunidad Europea ha dado una importancia notable al fortalecimiento de los vínculos entre sus diversas universidades por medio de programas de intercambio y del estímulo a nuevos proyectos de investigación paneuropeos. Están tratando de enfrentar, en forma creativa, la cuestión de la multiplicidad de lenguas en el uso académico, y podemos esperar que las soluciones que encuentren restauren la riqueza lingüística de la actividad científica social y ofrezcan algunas respuestas a uno de los problemas planteados por la relación entre universalismo y particularismo. En la medida en que podrían crearse nuevas universidades con vocación específicamente europea (un ejemplo podría ser la Europa-Universitat Viadrina en Frankfurt an Oder), existe la oportunidad de reestructurar las ciencias sociales sin tener el problema de transformar las estructuras organizativas existentes.

En África, el proceso de experimentación ya se ha iniciado. La actual situación africana, que en muchos aspectos parece terrible, también ha proporcionado una base para formas alternativas de estudio que no necesariamente reflejan los enfoques disciplinarios adoptados en otras regiones del mundo. Buena parte de la investigación en torno a la evolución socioeconómica, ha requerido que los métodos de investigación no sean fijos sino más bien abiertos para incluir nuevos conocimientos, y han estimulado los estudios que cortan transversalmente la división entre las ciencias sociales y naturales. En otras partes del mundo no occidental también ha habido experimentación. El mismo dilema de los recursos limitados y la falta de institucionalización profunda de las disciplinas de las ciencias sociales, condujo, en los últimos 30 años, a la creación de las muy exitosas estructuras de investigación y docencia de FLACSO en toda América Latina, que han operado como instituciones parauniversitarias no amarradas a las categorías de conocimiento tradicionales.

La aparición de instituciones de investigación independientes en África y América Latina, aun cuando en número hasta ahora limitado, han creado un camino alternativo para emprender investigaciones. Uno de los rasgos interesantes de algunas de esas instituciones es que buscan unir la experiencia de las ciencias sociales y de las naturales, mostrando poco respeto por los límites disciplinarios. Además han llegado a resultar importantes como fuentes de ideas para funcionarios gubernamentales. Esto mismo está ocurriendo ahora en los países poscomunistas y, desde luego, también ha ocurrido en los países occidentales. La Science Policy Research Unit de la Universidad de Sussex tiene un plan de estudios dividido en partes iguales entre las ciencias sociales y las ciencias naturales.

Si bien todavía no podemos estar seguros de que la incipiente investigación en ciencias sociales en estos nuevos ámbitos dé como resultado agrupamientos de conocimiento alternativos coherentes, puede afirmarse que, en algunas partes del mundo, los antiguos paradigmas y las instituciones establecidas para salvaguardarlos, alimentarlos y protegerlos o nunca funcionaron en realidad o se han desplomado. Por consiguiente, esas regiones no se metieron del

todo en los viejos callejones intelectuales sin salida, y, por tanto, ahora son espacios relativamente más abiertos donde están surgiendo innovaciones intelectuales e institucionales. Esa tendencia autoorganizadora, al salir de situaciones relativamente caóticas, puede incitarnos a apoyar otras tendencias autoorganizadoras similares fuera de los caminos aceptados del sistema universitario mundial.

No nos encontramos en un momento en que la estructura disciplinaria existente se haya derrumbado. Nos hallamos en un momento en el cual se ha cuestionado y están tratando de surgir estructuras rivales. Creemos que la tarea más urgente consiste en que haya una discusión completa de los problemas subyacentes. Ésa es la función principal de este informe, alentar esa discusión y elaborar los problemas interconectados que se han presentado. Además, creemos que por lo menos hay cuatro clases de procesos estructurales que los administradores de estructuras de conocimiento de ciencia social (administradores de universidades, consejos de investigación en ciencias sociales, ministerios de educación y/o investigación, fundaciones educativas, UNESCO, organizaciones internacionales de ciencia social, etc.), podrían y deberían alentar, como caminos útiles hacia la clarificación intelectual y la eventual reestructuración más completa de las ciencias sociales:

1. La expansión de instituciones, dentro de las universidades o aliadas con ellas, que agrupen estudiosos para trabajar en común y por un año en torno a puntos específicos urgentes. Ya existen, desde luego, pero en número demasiado limitado. Un modelo posible es el ZIF (*Zentrum für interdisziplinäre Forschung*) de la Universidad de Bielefeld, en Alemania, que viene haciendo esto desde la década de 1970. Entre los recientes temas para el próximo año de trabajo se han incluido el del cuerpo y el alma, los modelos sociológicos y biológicos de cambio y las utopías. Lo esencial radica en que esos grupos de investigación por un año se preparen cuidadosamente con anticipación y que recluten sus miembros con amplitud (en términos de disciplinas, geografía, zona cultural/lingüística y género), dando a la vez importancia a la coherencia de las visiones interiores para que el intercambio sea fructífero.

2. El establecimiento de programas de investigación integrados dentro de las estructuras universitarias, cortando transversalmente las líneas tradicionales, con objetivos intelectuales concretos y fondos para períodos limitados (alrededor de cinco años). Esto difiere de los centros de investigación tradicional que tienen vida ilimitada y son estructuras con fondos disponibles.

La cualidad *ad hoc* de esos programas, que al menos duraran cinco años, constituiría un mecanismo de experimentación constante que, una vez presupuestado, liberaría de esa preocupación a los participantes. En la multitud de solicitudes de nuevos programas, en lugar de iniciar de inmediato nuevos programas de enseñanza, quizá se necesita que se permita a los proponentes demostrar la utilidad y validez de sus enfoques mediante un programa de investigación de este tipo.

3. Nombramiento conjunto obligatorio de los profesores. Hoy día, la norma es que los profesores pertenezcan a un departamento, normalmente aquel en el cual ellos mismos tienen un título avanzado. De manera ocasional, y más o menos como concesión especial, algunos profesores tienen un "nombramiento conjunto" con un segundo departamento. En muchos casos se trata de una mera cortesía y no se espera que el profesor participe demasiado activamente en la vida del "segundo departamento" o "departamento secundario".

Quisiéramos que esto se invirtiera por completo. Contemplamos una estructura universitaria en la cual todos sean nombrados para dos departamentos, uno en el cual tiene su título y un segundo en el que ha mostrado interés o hecho algún trabajo de importancia. Esto, desde luego, traería como resultado una variedad increíble de combinaciones diferentes. Además, con el fin de asegurar que ningún departamento levantase barreras, crearíamos el requisito de que cada departamento tuviera por lo menos un 25 % de sus miembros que no poseyeran título

en esa disciplina. Si los profesores tienen pleno derecho en los dos departamentos, el debate intelectual dentro de cada departamento, los planes de estudio ofrecidos, los puntos de vista considerados plausibles o legítimos se transformarían como resultado de este sencillo mecanismo administrativo.

4. Trabajo adjunto para estudiantes de posgrado. La situación resulta igual para los estudiantes de posgrado que para los profesores. Normalmente trabajan en un departamento, y con frecuencia se evita de manera activa que hagan algún trabajo en un segundo departamento. Sólo en muy pocos departamentos, de muy pocas universidades, se les permite vagar por fuera a los estudiantes. Esto también quisiéramos invertirlo. Tal vez podría hacerse obligatorio que los estudiantes que preparan el doctorado en una disciplina determinada tomen cierto número de cursos, o hagan cierto volumen de investigación en el campo definido de un segundo departamento. También esto daría como resultado una variedad increíble de combinaciones. Administrado en forma liberal, pero seria, esto también transformaría el presente y el futuro.

Las dos primeras recomendaciones formuladas requerirían un compromiso financiero por parte de alguien, pero no deberían ser onerosas como porcentaje del gasto total en las ciencias sociales. Las recomendaciones tercera y cuarta no tendrán prácticamente ningún efecto sobre el presupuesto. No queremos que estas recomendaciones sean limitantes; deseamos que impulsen movimientos en la dirección correcta. Indudablemente hay otros mecanismos que también pueden impulsar las cosas en ese sentido, y queremos recomendar a otros que los propongan. Lo más importante, repetimos, radica en que los problemas subyacentes se discutan con claridad, en forma abierta, inteligente y urgente.*

• • • •

* Este "Informe" continúa y concluye al final de esta sección "Criterios", en su p. 110. *(N. de los E.)*

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 86-97

C R I T E R I O S

El "giro crítico" de la corriente de los *Annales* después de 1989: ¿Cuartos *Annales* o nuevos *Annales* de transición?[1]

Carlos Antonio Aguirre Rojas

De **gran importancia teórica** deviene el estudio que a continuación ocupan estas páginas. Su autor, **destacado intelectual mexicano**, nos pone en conocimiento con sus **reflexiones** acerca de una de las tres **grandes corrientes** de la **Historia contemporánea**, así como de sus valoraciones en el contexto de las **ciencias sociales**, por lo cual el lector obtendrá **consideraciones básicas** acerca de la "famosa escuela de la **nouvelle histoire** o de **Annales**". ● ● ● ●

"Desearía, obviamente, que el editorial 'Historia y ciencias sociales. Un giro crítico', que abre el último número de 1989, pudiese ser leído como el signo de una inflexión en el trabajo de la revista: si no ¿para qué haberlo escrito?"

Bernard Lepetit:
"Les Annales aujourd'hui",
en* Review*, vol. XVIII, no. 2, 1995.

1989 ha representado, en tanto fecha simbólica fundamental de los últimos años, el verdadero fin histórico del breve siglo XX que había comenzado con la Primera Guerra Mundial y con la revolución rusa de 1917. Y así como 1968 abrió la coyuntura que dio origen tanto a los *Annales*

[1] El presente ensayo es sólo un capítulo del libro *La "Escuela" de los Annales 1921-1999*, el cual, al llegar a nuestras manos, estaría pronto a publicarse en español, por la Editorial Montesinos, de Barcelona, España, y en francés por la Editorial L'Harmattan, de París, Francia. (*N. de los E.*)

Carlos Antonio Aguirre Rojas
Académico e investigador mexicano, profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, miembro de importantes centros de estudios sociales en su país y en el exterior; fundador de la *Association Marc Bloch*, trabajó en la organización de las Primeras Jornadas Braudelianas Internacionales en México. Autor de diversos artículos y ensayos en México, Europa y América Latina, de sus importantes libros dos se han publicado recientemente en Cuba: *Braudel a debate* e *Itinerarios de la historiografía del siglo xx*.

franceses de las mentalidades como a la matriz de los "marxistas-annalistas", así 1989 inaugura, junto al siglo xxi histórico y al tercer milenio real, también la última etapa de vida de la corriente de los *Annales*.

Porque a una década de distancia del conjunto de procesos que se simbolizan en la histórica caída del Muro de Berlín, es cada vez más nítido el hecho de que, hacia esta fecha de 1989, van a extinguirse de manera definitiva varios de los trazos profundos más característicos cuyo despliegue llena las curvas esenciales de ese "corto siglo xx". Trazos que abarcan desde la creación y luego la existencia de la clásica polaridad de la guerra fría y el enfrentamiento entre un proyecto "socialista" y otro capitalista —un proceso iniciado a fines de la Primera Guerra Mundial y no de la segunda como se afirma generalmente—, hasta el fin de todos esos proyectos conocidos como intentos del "socialismo real"; intentos que pretendieron materializar el proyecto socialista y comunista de Marx, en sociedades, no obstante, muy pobres y marcadas por la escasez del desarrollo económico, social, político y cultural en general. Trazos también como el de la declinación de las hegemonías de los países europeos sobre el mundo occidental y el de la emergencia de la sustituta y efímera hegemonía estadounidense sobre ese mismo espacio, que también van a terminarse y a eclipsarse hacia esta época del fin de los años 80 recién vividos.

Procesos complejos iniciados con la Primera Guerra Mundial y que cierran su ciclo de vida con las célebres jornadas berlinesas del 8 y 9 de noviembre de 1989, que van entonces a crear un vacío que será llenado con los nuevos desafíos sociales e intelectuales que se afirman en los últimos dos lustros. Desafíos que incluyen tanto la asunción radical de la actual situación histórica de bifurcación, y, por tanto, la búsqueda de un nuevo camino de reorganización global para la sociedad humana planetaria, como la necesidad de reconstruir un paradigma genuinamente crítico dentro del pensamiento social, capaz de dar respuestas y explicaciones fundadas, creativas y novedosas a los nuevos movimientos sociales hoy activos. Pues luego de la crisis definitiva de los diversos proyectos del llamado "socialismo realmente existente" y de la enésima demostración de la inviabilidad histórica del capitalismo como alternativa justa, democrática e igualitaria para las sociedades, vuelve a replantearse la necesidad de construir alternativas, tanto sociales como intelectuales, para movimientos como el de los indígenas neozapatistas de Chiapas en México, el movimiento de los desempleados en Francia, el gran movimiento brasileño de los "sin tierra", o los movimientos de resistencia en Rusia o en China; alternativas que permitan potenciar a estos mismos movimientos en la búsqueda de la construcción de una sociedad no capitalista, en la cual se hayan suprimido la explotación económica, las múltiples formas de discriminación social, la opresión y marginación políticas, y también la desigualdad social y cultural.

Desafíos y tareas del siglo xxi y del tercer milenio de una envergadura enorme, que en el plano específico de la historiografía también se proyectan como la necesidad de reconstruir o de contribuir desde el aporte posible del campo de los estudios históricos, a esa reconstrucción de un nuevo paradigma, siempre crítico y herético, capaz de enfrentar intelectualmente los problemas y las interrogantes fundamentales de este futuro por venir. Reconstrucción que sólo puede llevarse adelante sobre la asunción radical de los mejores elementos de la herencia recibida de ese breve siglo xx, y entre ellos, obviamente, tanto del legado de los sucesivos proyectos annalistas como de las conquistas de esa matriz "marxista-annalista" reciente. Pero, también, desde la incorporación, igualmente profunda y radical, de la situación que se ha creado a partir de 1968, y

que, como resultado de la multiplicación y multidispersión de los polos de la innovación historiográfica, impone ahora la construcción de un verdadero diálogo plural de las historiografías de todo el mundo, sin relaciones de hegemonía y sin jerarquías *a propri*; diálogo que le permita a Europa reconocer los reales aportes del "otro" y a esos múltiples "otros" interconectarse directamente y sin la mediación obligada del intermediario europeo.

Y es justo dentro de este contexto nuevo, marcado por los retos mencionados, que ha comenzado a desarrollarse, después de 1989, el posible proyecto de unos cuartos *Annales*, proyecto que desde su origen ha tenido que enfrentar doblemente tanto el agotamiento y la crisis general de la historia de las mentalidades de los terceros *Annales*, como, de otra parte, el reacomodo y replantamiento radicales que ha vivido esa matriz de los marxistas-annalistas, sacudidos de igual manera por los efectos del derrumbe de 1989. Ya que, muy conscientemente, ese proyecto de la cuarta generación annalista se ha edificado en parte como intento de respuesta y de superación frente al vasto, diversificado y muy intenso conjunto de críticas que, desde los mismos años 70, pero sobre todo durante los años 80, recibieron esos *Annales* de la historia de las mentalidades; críticas que cuestionaban ante todo la pertinencia y utilidad del concepto mismo de mentalidades, y la viabilidad de este enfoque para abordar los problemas que él se planteaba, pero que se extendían también más allá hasta abarcar en ocasiones los aportes generales mismos de la corriente de los *Annales*, o su papel histórico específico dentro de la curva de la historiografía contemporánea. Críticas que, a veces, provenían de los propios representantes del marxismo, y otras de los protagonistas de la matriz annalista-marxista, pero que también incluían a antiguos colaboradores asiduos e importantes y hasta a las cabezas centrales mismas de las etapas de la historia anterior de los *Annales*. Críticas entonces tanto internas como externas a la nebulosa de los *Annales*, y tanto francesas como provenientes de todo el mundo, realizadas por toda una lista de personajes que van desde el mismo Fernand Braudel hasta Immanuel Wallerstein, pasando por Jean Chesnaux, François Furet, Georges Duby, Michel Foucault, François Dosse, Ruggiero Romano, Pierre Vilar o Henri Coutau-Begarie, así como por Josep Fontana, Peter Burke, Marina Cedronio, Carlo Ginzburg, o Geoffrey Lloyd, entre muchos otros.

Conjunto de aproximaciones críticas hacia esos terceros *Annales* y hacia la historia de las mentalidades que, realizadas desde todos los ángulos y posiciones teóricas e ideológicas posibles, permitieron desmontar todos los supuestos inconsistentes de esa historia de las mentalidades, ilustrando sus limitaciones e insuficiencias y preparando las condiciones de su rápida superación. Pero que, al mismo tiempo y al combinarse con críticas que señalaban la institucionalización de los *Annales*, y su incorporación total al *establishment* académico oficial francés, llegaron a provocar una fuerte polémica interna en el seno del comité de dirección de los *Annales;* polémica en la cual se planteó incluso la posibilidad de cerrar la revista, en 1989, clausurando con ello la historia iniciada oficialmente 60 años atrás.

Sin embargo, desde 1985 había entrado a la revista, como secretario del comité de redacción Bernard Lepetit, un historiador formado en el campo de la demografía histórica y en el de la nueva historia urbana, y que siendo miembro de la célebre generación "*soixante-huitard*" francesa, tenía una clara sensibilidad de izquierda. Y él, desde este segundo lustro de los años 80, había comenzado a impulsar poco a poco una clara renovación del proyecto intelectual de los *Annales;* renovación que toma cuerpo inicial, en primer lugar, con la convocatoria del editorial "Histoire et Sciences Sociales: un tournant critique?", publicado en el número de marzo-abril de 1988 y redactado conjuntamente por Jacques Revel y por el propio Lepetit, y de manera más sólida, con el número resultante de esa convocatoria, el número 6 de 1989, que será, y no por coincidencia, un número contemporáneo a la caída del Muro de Berlín. Número que se venderá de manera inhabitual para agotarse en unos cuantos meses, y que puede considerarse legítimamente como un número-manifiesto de las líneas principales a través de las cuales se intenta construir ese nuevo proyecto intelectual de unos posibles

cuartos *Annales*, y esa superación radical del proyecto de los terceros *Annales*.

Porque al revisar con cuidado el conjunto de textos de esta entrega del último número de 1989 de *Annales. E.S.C.,* se hace evidente que esta cuarta generación annalista ha instaurado frente a su antecesor inmediato una clara relación, una vez más, de profunda discontinuidad intelectual. Una discontinuidad que se expresa en el abandono y en la total superación de las líneas que animaron el proyecto de los *Annales* franceses en los años de 1968-1989, y al mismo tiempo en el claro intento de reconectarse de nueva cuenta, y por múltiples vías intelectuales, con la herencia marginada de los primeros y los segundos *Annales*. Entonces, frente a la ambigua y nunca muy bien definida historia de las mentalidades, esos posibles cuartos *Annales* van a proponer más bien una nueva historia cultural de lo social o una historia social de las distintas prácticas culturales, en la vertiente que recientemente han desarrollado autores como Roger Chartier o Alain Boureau. Así, sustituyendo el inaprehensible término de "mentalidad" por el más preciso y riguroso concepto de "prácticas culturales", los autores de esta cuarta generación van a poder proponer una visión de los temas culturales en la cual se vuelve obligada la interconexión de esa cultura con su entorno social y material, a la vez que se abre su operacionalización para ser capaz de reflejar la diversidad, dentro de una misma sociedad, de las distintas expresiones culturales de las clases y de los grupos sociales que la constituyen.

Porque frente al concepto de "mentalidad" que respecto de su contexto social general tiene una relación totalmente indefinida y, por tanto, aleatoria —dando espacio lo mismo a una historia en que la mentalidad "flota en el aire", autónoma y autosuficiente, que a una historia que intenta reconstruir los nexos de esa mentalidad con sus fundamentos sociales específicos—, el concepto de prácticas culturales diferenciadas remite en cambio, necesariamente, a la materialidad misma de los procesos culturales, y, en consecuencia, tanto a esos fundamentos sociales y económicos de esas prácticas, como también a los espacios y modos reales y concretos de construcción de los mensajes y de las ideas, junto a los mecanismos y figuras reales de su distribución, apropiación y asimilación. Además y al insistir en que se trata de una historia social de esas prácticas culturales, se reivindica de nuevo el carácter indisolublemente social de la cultura; es decir, el hecho de que esas prácticas son siempre expresiones culturales de las propias realidades y fenómenos sociales, a las cuales se ligan y reproducen de manera compleja y mediada.

Igualmente, y en esta misma línea superadora, la visión de una mentalidad "transclasista" va a ceder su lugar a una nueva aproximación, que, al interrogarse sobre las diferencias profundas entre las múltiples prácticas culturales coexistentes en cualquier sociedad, va a encontrar su raíz en la diferenciación y compartimentación complejas mismas de la sociedad, que está por lo general y sin duda dividida en clases sociales, pero también y a un mismo tiempo habitada por grupos sociales diferenciados desde las distinciones o polaridades de lo urbano y lo rural, lo masculino y lo femenino, las generaciones viejas y las jóvenes, los grupos católicos y los protestantes, los estratos artesanos y los de profesionistas, etcétera, etc. Lo cual nos conduce a una historia que, además de recuperar las diferencias culturales nacidas de la oposición de clases, es capaz de manera simultánea de introducir los matices derivados de estas otras diferencias de los grupos sociales, que a su turno se expresan en otras tantas prácticas culturales igualmente disímiles. Nueva historia cultural de lo social que, asimilando parte de las críticas y de los aportes de los autores annalistas-marxistas de la coyuntura 68-89, va a constituir una real alternativa a la historia de lo mental promovida por los terceros *Annales*.

Lo que también va a expresarse, en segundo término, en un giro importante frente a la antropología histórica desplegada por esos terceros *Annales*. Pues frente a esta última, sobre todo un intento de "historización" de los temas clásicamente abordados por los antropólogos, y, en consecuencia, un intento de convertir "problemas antropológicos" en "problemas de historiadores" para analizarlos todavía con las herramientas mismas del practicante de Clío, la nueva historia antropológica de estos posibles

cuartos *Annales* va a transformarse, para ensayar la construcción de una nueva mirada de esos mismos problemas; mirada que, sintetizando a la vez el modo de ver histórico y el acercamiento antropológico, integre junto a las herramientas del historiador los conceptos, las prácticas, las técnicas y los procedimientos de la antropología, para elaborar otras y nuevas interpretaciones de los viejos problemas. Incorporando entonces todos los complejos desarrollos del debate antropológico de los últimos 30 años en torno a la relación entre el investigador y el "otro" a quien se investiga —en una curiosa profundización del paradigma de la historia problema—, esta nueva historia antropológica, practicada por gentes como Jocelyne Dakhlia y en parte anticipada por los trabajos de Lucette Valensi, será otro de los ejes de diferenciación entre estos *Annales* post-89 y sus antecesores.

Una tercera frontera de demarcación se refiere a la clara marginación y casi abandono que los *Annales* franceses de 1968-1989 hicieron de la historia económica y de la historia social. Frente a esto, y otra vez en clara posición de ruptura respecto de sus antecesores, esos *Annales* de la última década van a recuperar y a relanzar de nueva cuenta la historia económica y la historia social dentro de las páginas de la revista, rediscutiendo, por ejemplo, el estimulante y productivo efecto intelectual de las nuevas posibles alianzas e interferencias, en cuanto a conceptos, problemáticas, técnicas y enfoques, entre la historia, de un lado, y la economía, la geografía, la sociología y el derecho, por el otro; discusión que constituye una parte importante del número ya citado de *Annales* de noviembre-diciembre de 1989. Así, lanzando una primera exploración de la posible redefinición del campo de interacciones entre la historia y las ciencias sociales referidas, estos *Annales* de los últimos dos lustros han roto con el encasillamiento en torno a la antropología y a la psicología que caracterizó a la tercera etapa de los *Annales* franceses, para reabrir el diálogo con la economía, la geografía y la sociología, que tan fecundas y centrales resultaron en los primeros y en los segundos *Annales*, igual que entre gran parte de los autores de la matriz marxista-annalista.

Diálogo recuperado entre el conjunto de las ciencias sociales y la historia, que iniciado desde este número de *Annales* de 1989, va a proseguir durante los años siguientes, materializándose, en el plano institucional, tanto en el cambio del subtítulo de la revista, que desde 1994 dejó de llamarse *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations* —título que había mantenido desde 1946—, para rebautizarse como *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, como en la incorporación de un economista (André Orlean), y un sociólogo (Laurent Thevenot) dentro del también renovado comité de dirección de la revista. Lo que en el plano intelectual, va a desembocar en un explícito proyecto de estos posibles cuartos *Annales* de reincorporar, para el análisis histórico, tanto los aportes de la sociología de la acción y de los actores, como el paradigma de la economía y la sociología de las convenciones, dos perspectivas desde las cuales se ha intentado redefinir cómo los agentes históricos construyen la normatividad y el tipo de relación social que rige sus comportamientos, actitudes y prácticas cotidianas, pero también cómo los individuos diversos se integran e imbrican en determinados esquemas de relaciones y de convenciones para constituirse como actores específicos que producen y reproducen determinado entramado social. Lo que además, y derivado de una clara reproblematización de las preocupaciones braudelianas, se complementa con la pregunta de cómo esos mismos actores generan lo nuevo al interior de lo viejo; es decir, cómo logran edificar las figuras de una nueva normatividad, de nuevos vínculos sociales, de nuevas convenciones y, por ende, de nuevas prácticas, actitudes y comportamientos, sin violentar ni transgredir durante largos períodos, y sólo en el momento del reemplazo de unas figuras por otras, a las viejas convenciones, relaciones y normas. Un proyecto intelectual complejo, largo y que se halla todavía en su etapa inicial, que va a reflejarse muy claramente en el conjunto de ensayos compilado por el mismo Bernard Lepetit y titulado *Les formes de l'experience. Une autre histoire sociale.*

Reivindicación de los varios campos posibles de la historia social, que se acompaña con un paralelo relanzamiento de la historia económi-

ca, la cual no sólo es de nuevo recuperada, por ejemplo, como fundamento de una renovada historia urbana, sino también reincorporada de una nueva manera a través de la confrontación entre los datos, fuentes y testimonios económicos disponibles y los discursos económicos que le han sido contemporáneos, confrontación que permite superar el anacronismo en el análisis de las economías del pasado, y construir, por ejemplo, todo un novedoso modelo de explicación de los trazos que fundan la especificidad de la economía del antiguo régimen en los siglos XVII y XVIII. Junto a esto, también van a desarrollarse la investigación y el replanteamiento en cuanto a varios de los temas centrales de esta nueva historia económica, tales como los nuevos usos posibles y las nuevas posibilidades interpretativas de la historia cuantitativa y serial o las perspectivas actuales de construcción y aplicación de las temporalidades económicas diversas. Eliminando entonces supuestos de la historia económica anterior, como los de que la serie económica refleja realidades homogéneas, que la curva construida de la serie constituye la medición efectiva de movimientos reales de los fenómenos históricos, o que la descomposición analítica corresponde directamente con la diferenciación de niveles del objeto analizado, esta nueva historia económica de los posibles cuartos *Annales* se introduce más bien en el sondeo de las posibilidades de medición de realidades heterogéneas, de las lecciones derivadas de la multiplicación de variantes para expresar de manera serial una misma realidad, y de rediscutir con más detalle la mediada y compleja relación entre la construcción temporal y las realidades económicas que se intentan comprender y explicar. Nuevo tipo de aproximación histórica económica que va a ejemplificarse claramente en los trabajos y ensayos de Jean-Yves Grenier, hoy director de la redacción de los *Annales. Histoire, Sciences Sociales*.

Un cuarto trazo que evidencia la discontinuidad profunda entre los *Annales* pre y post-89, es el de su actitud en torno a las perspectivas braudelianas de la historia global y de la larga duración. Si los *Annales* franceses de la tercera época han renegado de la historia global, proponiendo en su lugar la historia general o una vuelta a historias más acotadas y locales, los posibles cuartos *Annales* van en cambio a retomar centralmente esta problemática de la historia global, definiendo de nuevo a la sociedad "como un todo" y replanteando la vigencia y necesidad de acceder otra vez a la historia total, dando cuenta de la totalidad social y de los procesos macrohistóricos, para desembocar siempre en la construcción de modelos genuinamente globales. Replanteamiento que va a cuestionar algunas de las formas antes intentadas de acceder a esa totalidad, que creían llegar a ella por la simple acumulación o suma de elementos; en un caso, locales y, en el otro, de la totalidad social —sumando regiones para construir la nación o agregando lo económico a lo social, a lo político y a lo cultural para formar el todo social—, o en otro caso, que pretendían alcanzar esa totalidad desde el postulado de una homología necesaria entre la parte y el todo, lo que implicaría que el análisis del "caso" escogido sería de inmediato extrapolable a la totalidad de la cual aquél forma parte. A diferencia de esta postura, los *Annales* post-89 van a proponer que esa totalidad no se reduce en su explicación a un principio único, y al mismo tiempo unificador del conjunto, sino que remite al cruzamiento y multiplicación de perspectivas y de principios explicativos, definiéndose como un sistema generalizado de equivalencias parciales en el cual lo económico también es cultural, lo cultural tiene significación política, lo político es profundamente social, lo social se expresa en la economía, etc., etc., etc. Una visión de la historia total que, según el propio Bernard Lepetit, estaba todavía en su fase experimental, indicando más un camino de investigación a seguir, que resultados acabados ya establecidos.

Igualmente, estos *Annales* posteriores a 1989 van a reproblematizar también la vigencia de la "larga duración en el presente", reivindicando de nueva cuenta el postulado braudeliano de que sobre todo a la historia corresponde la reflexión mayor acerca de los mecanismos temporales del análisis social, pero cuestionando, por ejemplo, la legitimidad de la jerarquía mayor de esa larga duración frente a las duraciones mediana y cor-

ta. Pues si la explicación del cambio en la corta duración se remite a los procesos de la coyuntura, y las transformaciones coyunturales sólo se explican por las modificaciones estructurales, entonces ¿cómo se explican estas últimas? Criticar la idea de que el cambio se vea sólo bajo la forma de la ruptura brusca y de la sustitución total de una estructura por otra, Bernard Lepetit va a reconducir de nuevo el problema a la sociología de la acción y a la economía de las convenciones, postulando que si restituimos, frente al peso inerte y cuasiomnipresente de las estructuras, el papel activo y cambiante de los actores, entonces accedemos a las modalidades concretas de las configuraciones sucesivas que, incluso en la larga duración, conforman las dinámicas de los procesos sociales estudiados, lo que permite explicar la generación del cambio social dentro de todos los niveles de la articulación temporal. Y al afirmar también que "toda la densidad de la carga temporal reside en el presente", Lepetit va a defender, junto a los procedimientos habituales de detección de la larga duración desarrollados por Fernand Braudel, el esfuerzo de reencontrar las estructuras de esa larga duración también desde una genealogía discriminatoria de los elementos de ese presente, que identifica en el hoy las líneas o hilos que nos conducen hacia esas arquitecturas braudelianas del tiempo largo, como en el ejemplo proporcionado en la obra más reciente de Denys Lombard sobre el problema de la historia de la encrucijada javanesa.

Una recuperación reivindicatoria, pero al mismo tiempo crítica y actualizadora de las perspectivas de la historia global y de la larga duración, que se interroga acerca de las modalidades que en la actual situación post-89 pueden adquirir estos paradigmas metodológicos, en un contexto intelectual diverso al cual se crearon y frente a los nuevos desafíos de la historiografía más contemporánea. Y que, al mismo tiempo, tiende un espacio de posible diálogo futuro entre estos *Annales* de los años más recientes y los eventuales herederos de la matriz marxista-annalista, que también hoy se hallan todavía en proceso de redefinición.

Un quinto horizonte de diferenciación entre la tercera y la cuarta generaciones annalistas, se ha construido en torno a su actitud respecto del debate metodológico y el trabajo teórico y epistemológico fuerte. Y si, como es bien sabido, los terceros *Annales* franceses abandonaron prácticamente estos terrenos, que sólo se cultivaron por los marxistas-annalistas de esta misma tercera etapa, los posibles cuartos *Annales* van a desplegar en cambio un intenso trabajo en estas dos líneas, abriendo todo un frente de reflexión teórica y de elaboración metodológica que se prosigue durante toda la última década. Pues junto a esa reivindicación e intento de profundización y de puesta a punto de la larga duración y de la historia total que ya hemos señalado, y que implica obviamente el retorno a estos planos teoréticos, también va a darse una explícita recuperación de la historia síntesis, de la historia problema, del método comparativo y de la historia interpretativa, paradigmas y referentes claramente mencionados y relegitimados en el célebre editorial "Tentons l'experience" que abre el número 6 ya referido de los *Annales* de 1989. Con lo cual, esos posibles cuartos *Annales* se reconectan no sólo con el legado braudeliano, sino también y más allá con la herencia misma de Marc Bloch y de Lucien Febvre.

Al recuperar esta línea que se había interrumpido en los *Annales* franceses de la coyuntura 68-89, estos *Annales* de los diez últimos años van, por ejemplo, a proponer una nueva aproximación al viejo tema de la interdisciplinariedad, propugnando por una interdisciplinariedad "dura" que, lejos de intentar reducir, aminorar o hacer más débil o tenue la frontera entre las disciplinas diversas que estudian lo social, comience por el contrario por asumir de manera radical y hasta por reforzar esas fronteras o barreras. Y que, entonces, conciba la interdisciplinariedad no como en el pasado, en torno a un imposible "método común y universal", o en torno a un "objeto único" compartido por esas disciplinas, pero tampoco como la búsqueda de temas o problemas "de frontera" entre dos o más disciplinas que tendería justamente a hacer menos rígidas o vigentes esas barreras interdisciplinarias, sino más bien como un proceso consciente y explícito de transferencias reguladas, de técnicas, conceptos, miradas o paradigmas entre las distintas disciplinas.

Es decir, como el experimento que consiste en tomar tal o cual método, concepto o modo de percepción, por ejemplo de la economía, para intentar aplicarlo y hacerlo operativo dentro de, por ejemplo, la historia. Algo que, en opinión de Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier, se ilustraría de manera ejemplar en la obra de Ernest Labrousse, tal y como ellos lo desarrollarán en su artículo conjunto incluido siempre en la entrega de noviembre-diciembre de 1989 de los *Annales. E. S. C.*

O también, el caso de la interesante recuperación que estos *Annales* más recientes han tratado de hacer de los aportes y de las implicaciones de la rica y creativa perspectiva de la *microstoria* italiana. Un trabajo que comparten Jacques Revel, Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier, y que ha dado como resultados sugestivas reproblematizaciones del procedimiento del "cambio de escala" en historia; procedimiento que, distinguiéndose de la variación de las escalas en la arquitectura, la geografía, la economía, la sociología y la antropología, pero, incluso de las prácticas habituales de la historia local y regional, nos reenvía de nueva cuenta al complejo problema de la dialéctica entre la historia general y las múltiples historias particulares que la constituyen, y por esta vía al problema de la dialéctica compleja entre macrohistoria y microhistoria. Un problema para nada sencillo, y que se ha discutido ya desde tiempo atrás por los historiadores, suscitando muy diversas salidas, y que ahora parece poder replantearse con nuevos elementos desde la experiencia historiográfica y desde los resultados ya concretados de la corriente italiana de Edoardo Grendi, Carlo Poni, Giovanni Levi y Carlo Ginzburg.

Mostrando entonces las aporías a las cuales a veces conducen las tesis microhistóricas, pero reivindicando la legitimidad del problema que abordan y del procedimiento que inauguran para resolverlo, estos *Annales* post-89 también han contribuido, desde la perspectiva francesa, a desarrollar este horizonte que pone en el centro del debate las insuficiencias y los límites de los antiguos "modelos generales" de interpretación, pero que, rechazando explícitamente la cómoda y estéril salida posmoderna, intenta reconstruir nuevos y más complejos modelos generales, desde la experiencia del tránsito por el análisis exhaustivo del caso, la reconstrucción microhistórica y la legitimación de un paradigma de lo particular, pero que conduzca, no obstante, como su resultado final a la capacidad de revelar y descifrar fenómenos de orden más general.

Una reapertura entonces fructífera de estos *Annales* recientes hacia el trabajo y el debate metodológico, que les ha permitido dialogar y debatir con autores marxistas y marxistas-annalistas, como Immanuel Wallerstein, Yuri Bessmertny, Peter Burke o François Dosse, entre otros.

Finalmente, un último eje que singulariza estos *Annales* post-89, y que no se define por oposición a la etapa anterior, sino más bien como un trazo nuevo del posible proyecto intelectual en ciernes, se refiera a una exploración más sistemática de los horizontes, las culturas, los puntos de vista y las aportaciones de otras civilizaciones distintas a la civilización europea y al mundo occidental. Un trabajo que ha desarrollado, por ejemplo, Pierre-François Souyri, y que nos coloca frente al desafío de las lecciones que la historiografía actual puede obtener del estudio de otras lógicas de construcción de lo social, y, por ende, de otras miradas de lo que es una sociedad, de diversas configuraciones de la individualidad y, por tanto, del problema mismo de la biografía, de modos alternativos de abordar la racionalidad y, en consecuencia, de otras versiones de la historia cultural, o de otra forma de "conectarse" los hombres con la naturaleza, y desde allí nuevas visiones de la historia geográfica o ambiental, entre otros ejemplos posibles. Una reflexión que se inaugura apenas dentro del proyecto de la revista, y que tal vez permitirá descentrar y redefinir, en cierta medida, los estudios históricos, antes tal vez demasiado concentrados en el examen de los casos europeos y, más extensamente, occidentales.

Éstos son, de manera muy resumida, los trazos fundamentales de un proyecto de renovación profunda y radical de los *Annales* que se empezó a gestar desde 1985, y que adquirió forma más orgánica desde 1989; proyecto que en 1994 dio un paso adelante, con el cambio del subtítulo de

la revista y, sobre todo, con la incorporación de cinco nuevos miembros al equipo dirigente. Cambios importantes para los *Annales*, vividos en un lapso relativamente corto que anunciaban la gestación de un nuevo proyecto intelectual, cuyo animador y promotor fundamental fue, sin duda alguna, Bernard Lepetit. Pero en marzo de 1996, como consecuencia de un inesperado, absurdo y trágico accidente, murió Bernard Lepetit, lo cual ha representado un golpe muy importante a ese naciente proyecto de unos posibles cuartos *Annales*, complicando aún más las posibilidades de su ulterior afirmación. Pues a casi tres años de esa trágica muerte y luego de una década de un claro combate en pro de estos posibles cuartos *Annales*, aún se hacen sentir las inmensas dificultades para la consolidación completa de un nuevo proyecto intelectual alternativo.

Dificultades que comprenden tanto el hecho de que los miembros más antiguos de *Annales* han aportado ya lo fundamental de su posible contribución historiográfica, estando además en prácticamente todos los casos encargados de múltiples otras tareas y responsabilidades diversas, como también el reto aún no resuelto por completo de integrar a algunos de los nuevos miembros reclutados en 1994, a la dinámica global y cotidiana de construcción de la revista, y a través de ella de ese proyecto alternativo.

Con lo cual, resulta claro que será a aquellos miembros del comité de *Annales* que se comprometan integralmente y con todas sus capacidades, en la recuperación y continuación de este proyecto de renovación radical que comenzó a perfilarse entre 1989 y 1996, bajo el enérgico impulso de Bernard Lepetit, a quienes les corresponderá en realidad continuar como los protagonistas activos en la edificación de la historia inmediata y mediata de la corriente de los *Annales*.

Al asumir esa herencia de revolucionar una vez más los *Annales*, ese pequeño y joven núcleo activo dentro del comité de *Annales*, deberá proseguir con la dinámica de integrar en esta transformación a todo el comité en su conjunto, profundizando en la definición de los perfiles de ese mismo proyecto alternativo de unos reales cuartos *Annales*, desde la resolución de los debates internos que hoy en día tejen la actividad regular de la revista, y desde la toma de posición activa y la intervención radical frente a los desafíos que su situación dentro de la historiografía contemporánea les plantea.

Debates internos importantes, que reflejan los posibles destinos futuros de esos *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, y que cubren desde la alternativa entre desarrollar una historia mucho más alimentada por la filosofía y más atenta a explicitar sus lecciones y resultados teóricos o, en cambio, una historia más experimental y empirista, más volcada hacia sus objetos concretos de estudio y sus descubrimientos historiográficos, hasta la discusión sobre cómo tender los puentes y las nuevas alianzas entre la historia y las restantes ciencias sociales, operacionalizando de manera concreta la vocación expresada en el nuevo subtítulo de la revista. Y pasando también por la polémica respecto de si los *Annales* deben ser más una revista de historia francesa y europea, o, por el contrario, una verdadera revista de historia mundial, que incorpore más seria y regularmente los trabajos de y sobre todas las otras civilizaciones, abriéndose de manera orgánica a otros horizontes culturales historiográficos antes "invisibles" o "semi-invisibles". O igualmente, y como ya hemos mencionado antes, también forman parte de estos debates vivos y cotidianos tanto el de la pregunta sobre las condiciones específicas para la construcción de una nueva historia social, cuyo primer esbozo se concretó en el libro *Les formes de l'experience*, como el de la profundización en el tema de las implicaciones e instrumentación del paradigma del cambio de escalas.

Serie de debates que animan las reuniones periódicas del grupo que hoy dirige los *Annales*, que son a la vez otras tantas encrucijadas de la definición de ese proyecto intelectual en curso. Y de las cuales deberá derivarse también una apuesta concreta de posicionamiento frente a algunos de los cuales, desde nuestro punto de vista, son parte de los principales desafíos prácticos y teóricos que hoy debe asumir la corriente annalista.

En primer lugar, y en la misma línea de lo antes desarrollado, pensamos que resulta urgen-

te acelerar la definición precisa de los perfiles específicos de ese proyecto intelectual nuevo, lo cual permitirá ubicar con más elementos si nos encontramos frente a unos cuartos *Annales* o si se trata sólo de una nueva transición equiparable a la del período 1941-1956. Porque muchos historiadores en el mundo entero siguen con atención la evolución reciente de *Annales*, preguntándose constantemente acerca de las propuestas historiográficas específicas que la corriente francesa es capaz de proponer para la renovación del oficio de historiador. Y al observarlos con cuidado, se tiene la impresión de que se trata de un proyecto que no termina de consolidarse, de un esbozo que pareciera resistirse a convertirse en cuadro terminado. No obstante, y dadas las condiciones hoy vigentes de fuerte competencia historiográfica de múltiples corrientes, y el proceso de continua multiplicación de los polos de la innovación historiográfica en todo el planeta, resulta necesaria esa mayor y más precisa definición de las aristas que puedan acotar a estos eventuales cuartos *Annales*.

Para lo cual también se impone una ruptura radical con las inercias de la situación actual; situación más bien cómoda y fácil de reproducir sin cambio. Porque, hoy, los *Annales* siguen siendo la revista más importante de historia en Francia y una de las más relevantes en Europa y en el mundo, con una tradición y una historia respetables que los acompañan, y con un reconocimiento e implantación dentro de la historiografía nada despreciables. Pero, como han repetido tenazmente Lucien Febvre y Fernand Braudel, "es necesario ser herético" si se quiere seguir siendo realmente innovador, lo cual debe conseguirse aun al precio de remover y de poner en cuestión esa situación cómoda, e, incluso, si hace falta, hasta de socavar los fundamentos mismos en los cuales uno se apoya (algo que Bernard Lepetit había comprendido muy bien y que practicó de manera sistemática durante todo su trabajo dentro de los *Annales*). Ya que sólo avanzando más allá de esas fáciles inercias, será posible relanzar dentro de los *Annales* una historia más rica, innovadora y genuinamente crítica, como la que practicaron en su tiempo Bloch, Febvre y Braudel, y como la que intentaron proseguir los marxistas-annalistas del período de 1968-1989.

Al mismo tiempo, y como otro desafío central, para estos *Annales* se plantea la necesidad de abrirse más orgánicamente al diálogo, al reconocimiento y a la colaboración sistemática, tanto con otras tendencias o posiciones historiográficas francesas, como con otras corrientes y perspectivas de la historiografía europea y mundial. En el primer renglón pensamos que sería fructífero abrir un espacio de diálogo y confrontación con grupos como, por ejemplo, el de la revista *EspacesTemps*, incluyendo en *Annales* artículos de los historiadores de este tipo de grupos, pero sobre todo debatiendo con ellos, criticando y evaluando sus resultados historiográficos, colaborando en empresas historiográficas comunes, y desplegando iniciativas que les permitan confluir en proyectos académicos, intelectuales e, incluso, sociales en general. Pues si es cierto, como lo han declarado ellos mismos en varias ocasiones, que los *Annales* quieren en realidad "reflejar el movimiento histórico en curso", eso sólo es posible sobre la base de construir y luego retroalimentar este diálogo y espacio de encuentro con las restantes posiciones dentro de la historiografía francesa, igual que con las restantes corrientes historiográficas de todo el mundo.

Así, en el segundo renglón, también podría resultar muy útil y productivo para los *Annales* generalizar la experiencia que ya han aplicado para el caso de la *microstoria* italiana. Pues habría que acercarse con la misma atención y creatividad al rescate, y también a la colaboración, de y con alternativas como la del Fernand Braudel Center y su propuesta del World-System Analysis, a los desarrollos de la Neue Sozial Geschichte alemana, a las varias ramas de la historia socialista y marxista británica, a los desarrollos en curso de la nueva historia regional latinoamericana o a los más recientes resultados de la antropología histórica rusa, entre tantas otras posibilidades. Pues sólo reconociendo de cerca estos aportes e integrando sus mejores contribuciones en el proyecto de construcción de la revista, será posible mantenerse dentro de las posiciones de vanguardia en el campo de

los estudios históricos, que habitualmente han ocupado las sucesivas generaciones annalistas.

También, y como otro reto central, creemos que ha llegado la hora de un verdadero balance crítico y autocrítico de toda la historia hasta hoy vivida por esa corriente de los *Annales*. Pues si el proyecto de los cuartos *Annales* apunta a definirse con claridad como algo nuevo y radicalmente distinto respecto de los terceros *Annales* franceses, y al mismo tiempo se proyecta como un intento de reconectarse por diferentes caminos con la herencia de Bloch, Febvre y Braudel, entonces se vuelve central retomar, por estos mismos *Annales* actuales, ese trabajo que, por lo demás ya está en marcha, de reconstrucción crítica de toda la historia global de la corriente, pero también de las múltiples investigaciones más acotadas sobre los aportes específicos de Marc Bloch, o de Lucien Febvre, o de Fernand Braudel, así como acerca de los límites de la contribución de los terceros *Annales* de las mentalidades y la antropología histórica, o sobre los muy desiguales desarrollos de las varias líneas de la matriz marxista-annalista.

Un movimiento de sucesivos balances parciales, y de multiplicación de las aproximaciones a todas estas temáticas de la historia annalista, que apunte hacia un verdadero balance global de lo que debe recuperarse y lo que debe abandonarse dentro de la compleja y multifacética herencia de los primeros 70 años de vida de los *Annales*. Ya que si las sociedades no recomienzan su historia nunca desde cero, y puesto que ni aun las revoluciones más radicales pueden hacer tabla rasa absoluta de su pasado, entonces esos posibles cuartos *Annales* también tienen que construir lo nuevo, desde la recuperación y refuncionalización de los mejores elementos de su herencia anterior. Algo que, por lo demás, y en nuestra opinión, demostrará claramente el hecho de que la vigencia actual y la capacidad heurística aún viva de muchas de las lecciones de Marc Bloch, de Lucien Febvre y de Fernand Braudel, está todavía lejos de haber sido realmente agotada y explotada en todas sus posibles potencialidades.

Finalmente, un último reto importante que confrontan estos *Annales* de hoy es revincularse doblemente a la historia contemporánea. En primer lugar, en términos intelectuales, recuperando la centralidad del estudio de los hechos y procesos que acontecen ahora mismo, y que habiendo sido tan importantes en el proyecto de los primeros *Annales* —al punto de considerar la revista también como apta para los "hombres de acción" de esta época— se fue apagando después hasta quedar relegada en un segundo plano de los intereses annalistas. Frente a esto, parece relevante volver a desarrollar la línea del examen inmediato de las tendencias fundamentales de esta historia contemporánea *"en train de se faire"*, abriendo secciones o espacios más regulares para la inclusión de artículos, notas críticas y ensayos dentro de esta línea de investigación. Al mismo tiempo y en términos más prácticos, tal vez resulte pertinente insertar más activamente la revista dentro de los debates sociales, políticos e intelectuales que hoy mismo se escenifican en Francia, en Europa y en el mundo. Pues ahora que vuelve a replantearse la cuestión de la función social del intelectual, en tanto que necesaria inteligencia crítica de una sociedad, la historiografía en general y los *Annales* en particular no pueden permanecer al margen de esta interpelación de parte de la sociedad.

En nuestra opinión, sólo al precio de hacer frente a estos desafíos, y a algunos otros igualmente importantes, los *Annales* actuales podrán convertirse efectivamente en unos cuartos *Annales*, con un estricto perfil de un nuevo proyecto intelectual, y con una clara ubicación dentro del paisaje historiográfico mundial. Con lo cual, serán fieles a la consigna braudeliana de situarse "tanto como se pueda y aceptando todos los riesgos, en el límite mismo de las innovaciones que se esbozan", y también a la vocación innovadora, combativa y militante que ha sostenido el proyecto fundador de los *Annales*, animado hace seis o siete décadas por Marc Bloch y por Lucien Febvre.

En 1999, los *Annales*, no son ya ni pueden ser esos *Annales* pioneros y heréticos que entre 1929 y 1941 se constituyeron en la verdadera vanguardia de los estudios históricos franceses, llevando a cabo una genuina revolución en la teoría de la

historia, y abriendo el espacio para que la anterior hegemonía germano parlante dentro de la historiografía, empezara a desplazar su centro de gravedad hacia el hexágono francés. Tampoco son ni pueden ser esos *Annales* braudelianos de los años de 1956-1968, que afirmando el momento de auge de esa hegemonía francesa dentro de la historiografía occidental de la segunda posguerra, sirvieron de "modelo a imitar" para una gran parte de los historiadores más avanzados y críticos que trabajaron en Francia, en Europa y en el mundo occidental durante estas épocas. Mucho menos pueden ser los terceros *Annales* franceses de la coyuntura 1968-1989, que representando la decadencia y el fin de esa hegemonía historiográfica francoparlante, se alejaron profundamente del camino construido por los primeros y los segundos *Annales*. Y tampoco pueden ser esa compleja matriz de marxistas-annalistas que retomando ese camino, lo combinaron e incorporaron dentro de una inédita perspectiva, igualmente alimentada por las contribuciones de Marx.

Pero si en 1999 los *Annales* no pueden ser ya nada de esto, sí pueden en cambio, si son capaces de recuperar los mejores elementos de toda esa herencia múltiple que les precede, continuar siendo protagonistas de primera fila dentro de la historiografía mundial contemporánea. Protagonistas ubicados además en verdaderas posiciones de vanguardia, que contribuyan de manera eficaz a definir, junto con las otras corrientes y tendencias hoy fundamentales dentro de los estudios históricos de todo el planeta, los rumbos que habrá de seguir la historiografía en el siglo XXI y en el tercer milenio que hemos comenzado a vivir hace ya una década. Lo cual podría constituir un adecuado y fiel homenaje a ese proyecto que dos profesores de la Universidad de Estrasburgo empezaron a perfilar en sus cabezas hacia 1921, y que casi 80 años después, sigue todavía estando presente e impactando a las más distintas historiografías y a los más diferentes practicantes de Clío, ubicados en los más apartados rincones y espacios de nuestro hoy pequeño planeta.

• • • •

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 98-102

Algunas reflexiones historiográficas a fin de siglo. La historia del presente

Constantino Torres Fumero Con relación a los **estudios históricos** en el contexto de las **ciencias sociales**, de las reflexiones **metodológicas**, de las **fuentes** y la **periodización de la Historia**, el lector podrá valorar, en sus consideraciones actuales, estos **temas** de suma **complejidad vivencial**, así como su conceptualización como objeto o no de análisis histórico.

CONSTANTINO TORRES FUMERO
Doctor y profesor de Historiografía General en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía e Historia en la Universidad de La Habana, durante años ha trabajado la docencia universitaria, participando en diversos encuentros académicos en Cuba y en el exterior, y publicado diferentes trabajos referidos a la temática en que se especializa.

No resulta nada inusual que ante la proximidad de un nuevo siglo nos propongamos hacer algunas reflexiones. Si éstas tratan de aspectos relacionados con la ciencia histórica, están más justificadas si tomamos en cuenta lo mucho que se ha debatido sobre la salud de esta ciencia en la última década. Diversos asuntos llaman a la consideración desde el tan debatido, y ya casi olvidado, tema del fin de la historia, la llamada crisis de los dos grandes paradigmas del siglo XX, las relaciones de la historia con otras ciencias sociales o la construcción de una nueva ciencia, los problemas metodológicos y de las fuentes, hasta el siempre presente problema de la periodización de la historia.

Hoy traigo a la reflexión y, por qué no, a discusión un aspecto vinculado con el último punto relacionado antes: ¿lo coetáneo al historiador es historia? Para intentar dar respuesta a esta pre-

gunta, pensemos primero como el mundo actual se debate ante un conjunto de problemáticas: la globalización, la crisis financiera y sus repercusiones, la Unión Europea y el euro, las políticas neoliberales en América Latina, el incremento del desempleo y la agudización de la pobreza, las transformaciones en Europa del Este, el desarrollo de las tendencias ultraderechistas y neofascistas, los conflictos regionales y los nacionalismos, la reorganización de las izquierdas, la cultura de la violencia o la seudocultura y los fanatismos religiosos, entre otros muchos. ¿Pueden y deben ser estos asuntos objeto de estudio de la historia?

No resultaría nada extraño encontrar historiadores que le negaran esa posibilidad a nuestra ciencia y que expresaran que esos asuntos corresponden más bien a la politología, la sociología política, la economía u otras ciencias. Preguntémonos entonces: ¿por qué se presentan estas situaciones y cuál es la razón por la cual algunos historiadores tratan de rechazar de la esfera de investigación de la historia los problemas más próximos a nuestros días? ¿Responderá esto a aspectos relacionados con el contenido científico y al objeto de estudio de la ciencia histórica?

Quizás otra interrogante pueda ayudarnos a despejar el camino, para explicarnos por qué a veces se asumen estas posiciones: ¿qué es la historia? Múltiples respuestas podemos encontrar.[1] Para Fernand Braudel, "La Historia no es otra cosa que una constante interrogación de los tiempos pasados; en nombre de los problemas y las curiosidades (...) del tiempo presente que nos rodea y asedia".[2] Para Marc Bloch es la "ciencia de los hombres en el tiempo".[3] Cuando Ranke dijo que la labor del historiador consistía en narrar las cosas tal y como sucedieron, también le estaba dando a la historia la connotación de una ciencia que estudia los hechos del pasado. Ángel Lombardi reconoce: "Es común precisar el concepto de Historia como *el conocimiento del pasado* —y continúa afirmando—. Siempre se entendió a la Historia como memoria Humana".[4] Mientras que Rafael Altamira cita al *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia española que dice: "Historia: Narración y exposición de los acontecimientos pasados y cosas memorables".[5]

Lo primero que podemos desprender de los diversos enfoques es que no existe una única definición de historia; lo segundo: la tendencia a identificar la historia con el estudio de los hechos del pasado; lo tercero, algo subyacente que Bloch hizo más explícito: "la Historia ciencia de los hombres en el tiempo". Esa relación hombre, sociedad, tiempo, es algo que no se les puede negar a los estudios históricos, que Carr tomó igualmente en cuenta al considerar la historia como un proceso en constante movimiento dentro del cual se mueve el historiador. Ahora bien, ¿de qué tiempo se habla, del pasado?

Podríamos entonces cuestionarnos: ¿qué es el pasado? Benedetto Croce decía: "Suele llamarse contemporánea a la historia de un período de tiempo que se considera pasado muy cercano: de los últimos cincuenta años, el último decenio, año, mes o día, y aun de la última hora o minuto".[6] Bloch también ha dicho: "Por su parte, un historiador narra un hecho pasado que no ha visto...",[7] pero a su vez afirma: "el presente — y que en realidad es, un fragmento de nuestro pasado más cercano",[8] y en *Apología por la historia* estima el presente como aquello que muere tan pronto como

---

[1] El historiador Pierre Vilar en su trabajo "Historia" nos muestra las múltiples definiciones y sentidos con que se toma el concepto de historia: "para muchos, la materia historia es cualquier cosa del pasado". En *La Historia y el oficio de historiador*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1996, p. 7.

[2] F. Braudel y otros: *Mediterráneo,* Edición Revolucionaria, La Habana, 1970, p. 9.

[3] Marc Bloch: *Apología por la historia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, p. 61.

[4] Ángel Lombardi: *Introducción a la historia*. Editorial Universidad de Zulia, Venezuela, 1988, p. 5.

[5] Rafael Altamira y Crevea: *Proceso histórico de la historiografía humana,* Editorial El Colegio de México, México, 1948, p. 9.

[6] Benedetto Croce: *Teoría e historia de la historiografía*, Editorial Imán, Buenos Aires, 1953, p. 11.

[7] Marc Bloch: "Crítica histórica y crítica del testimonio", en *Historia e historiadores,* Editorial Akal, Madrid, 1999, p. 19.

[8] Marc Bloch:"¿Qué se le exige a la historia?, en *Historia e historiadores*, ed. cit., p. 43.

nace y pasa ya a ser memoria, pasado. La anterior idea se reafirma cuando E. Carr, al tratar de ejemplificar, nos dice: "El hecho de que ustedes llegaran a este edificio hace media hora, a pie, en bicicleta o en coche es un hecho del pasado como pueda serlo el hecho de que César pasara el Rubicón".[9]

Por tanto, para quienes consideran que el historiador no puede investigar los hechos coetáneos a él, porque la labor del historiador es sólo la interrogación de los tiempos pasados, podríamos responderles: el pasado puede ser hasta lo que acaba de ocurrir hace un año, un mes, un día, una hora o hasta un minuto. Aunque no pretendemos exagerar ni asumir posiciones extremas, tampoco debemos olvidar lo que nos recuerda Josefina Cuesta: "Ya Tucídides historió una guerra que se desarrollaba ante sus propios ojos y César tomaba nota de otra, en su Guerra de las Galias",[10] y, ¿Carlos Marx no hizo historia del presente? Al referirse a una de sus obras, hoy un clásico de la historiografía marxista, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, decía: "Mi malogrado amigo José Weydemeyer, proponíase editar en Nueva York, a partir del 1 de enero de 1852, un semanario político. Me invitó a mandarle para dicho semanario la historia del *coup d'état*. Le escribí, pues, un artículo cada semana, hasta mediados de febrero, bajo el título de El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (...) Como se ve por estos datos, la presente obra nació bajo el impulso inmediato de los acontecimientos, y sus materiales históricos no pasan del mes de febrero de 1852".[11]

Si la objeción trataran de fundamentarla en aquella idea de que el laboratorio del historiador son los archivos y sus fuentes, los documentos que éstos atesoran, podemos recordarles que desde la primera mitad de este siglo que culmina, el miembro de la escuela francesa de la *géographie humaine*: Vidal de la Blanche, ya había llamado a los historiadores a no mantenerse tan atados a los archivos y abrirse a otros campos, a la observación. Ante la insistencia de negarles a los historiadores la imposibilidad de historiar el presente por no haberse desclasificado aún muchos documentos o porque el estudio del presente requiere de otros métodos y fuentes no utilizados tradicionalmente por los historiadores, pueden enfrentarse nuevos argumentos.

En cuanto a que muchas fuentes no se han desclasificado,[12] es cierto que esto puede constituir una dificultad para algunos temas históricos, pero no sólo esos documentos archivados pueden ser las únicas fuentes, contamos con los testimonios, la prensa, hoy, hasta con la televisión e internet que pueden reflejar los acontecimientos en el mismo momento que están ocurriendo. Por otra parte, no todo hecho del presente requiere de documentos clasificados para historiarlo. Pero a favor de nuestra argumentación podemos hacer referencia a un fenómeno que ha tenido un mayor peso a partir, en lo fundamental, de la tercera generación de

---

[9] Edward H. Carr: *¿Qué es la historia?,* Editorial Planeta-Agostini, España, 1993, p. 15.

[10] Josefina Cuesta: *Historia del presente,* Ediciones Eudenia, España, 1993, p. 7.

[11] Carlos Marx: "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Prólogo del autor a la segunda edición de 1869", en C. Marx y F. Engel: *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. I, p. 404.

[12] Nadie puede negar la importancia del documento como fuente, pero tampoco puede negarse que el documento también puede ser manipulado por el historiador, no olvidemos que Hipólito Taine, si bien le concedía mucha importancia al documento, lo utilizaba partiendo de ideas preconcebidas. Otro aspecto consiste en que muchas de las fuentes no desclasificadas son documentos diplomáticos o documentos de gobierno y, por tanto, reflejan el punto de vista del gobierno sobre el hecho en cuestión. Si el propio Leopoldo von Ranke había dicho que pretendía mostrar las cosas tal y como sucedieron, al utilizar los documentos diplomáticos, esto lo condujo a juzgar los hechos históricos desde el punto de vista de los gobiernos. Edward H. Carr, al referirse a los historiadores que les conferían demasiado peso a los documentos que reflejaban los hechos, expresaba: "Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos sólo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo". E. Carr: "El historiador y los hechos", ob. cit., p. 15. Como vemos, si bien el documento como fuente, clasificada o no, resulta importante, también puede ser igualmente manipulado y, por ende, ¿dónde está la fiabilidad de la fuente?

Annales: la utilización por la Historia de métodos, técnicas, el instrumental y fuentes propios de otras ciencias sociales como la antropología, la sociología, la psicología, la lingüística o la politología, por sólo citar algunas de ellas.

Hoy se nos hace cada vez más difícil establecer las fronteras entre estas ciencias sociales, y aquí nos surge otro tema de consideración actual: la relación entre la historia y otras ciencias sociales. Pues como bien destaca Pierre Vilar: "la materia de la historia es la misma que la que tratan los sociólogos y que la manejan los políticos".[13] Pero también, en similar medida, es la materia que trabajan los antropólogos, los literatos, los economistas y otros especialistas de las ciencias sociales. A esta altura del desarrollo de la ciencia cabría preguntarnos: ¿pueden mantenerse estables las fronteras entre estas ciencias? ¿Se mantiene bien delimitado el objeto de estudio y los métodos entre cada una de ellas? Respecto de este problema no son pocos, aun defensores a ultranza de la independencia de la historia como ciencia, quienes reconocen la necesidad del cambio.[14]

Respecto de lo anterior, los estudios realizados por la Comisión Gulbenkian, bajo la dirección de Immanuel Wallerstein, al referirse al problema de las actuales fronteras entre las ciencias sociales, sin haber llegado a una conclusión definitoria, entre otros aspectos han señalado: "Lo que parece necesario no es tanto un intento de transformar las fronteras organizativas, como una ampliación de la organización de la actividad intelectual sin atención a las actuales fronteras disciplinarias".[15]

Hoy, no pocos historiadores han entendido la necesidad del cambio y de asumir una actitud más flexible. Figuras del prestigio de Eric Hobsbawm, al referirse a su reciente obra *La Historia del siglo xx* que aborda acontecimientos muy actuales, de forma esclarecedora alertaba que no puede escribirse sobre lo coetáneo al historiador como se hace acerca de otros períodos, y reconocía que había tenido que aplicar métodos utilizados por otras ciencias desde la historia oral hasta la observación participante, así como valerse de nuevas fuentes. Esta historia posibilita captar al historiador lo que las fuentes empleadas para el estudio del pasado no pueden brindarle: la atmósfera de la época, su mentalidad, los estados emocionales, la percepción de sus contemporáneos del fenómeno que estudia, sus propias vivencias del hecho, entre otros aspectos.

En nuestro país contamos ya con un grupo de historiadores que han asumido una actitud más desprejuiciada y flexible en la utilización de los más diversos métodos y fuentes, en el contacto e intercambio con otros científicos sociales y ante la investigación de nuevos temas, todo lo cual ha contribuido a enriquecer su obra y el patrimonio historiográfico de la nación. Si esto se ha podido ir logrando al estudiar otros períodos históricos, ¿por qué seguirle negando la posibilidad al historiador de abordar la llamada historia del presente?

Para el estudio de los acontecimientos actuales, sin subvalorar la labor de otros científicos sociales, el historiador, siempre que sea capaz de desprenderse de viejas ataduras y esquemas formales, cuenta con condiciones privilegiadas para explicar los hechos, a él no le bastará con interrogar al presente, por su formación y hasta por vicio profesional, a su vez, estará interrogando el pasado, buscando los antecedentes para explicar el presente.

En este siglo dinámico, complejo, contradictorio y hermoso, por qué no, que tan rápido se nos ha ido, la historia del presente, de lo coetáneo al historiador, constituye un importante objeto de estudio para quien hace historia. Quede claro que cuando hablamos de esa historia del

[13] Pierre Vilar, ob. cit., p. 3.

[14] Al respecto destaca Pierre Vilar: "En los últimos veinte años, debido a las grandes experiencias sociales en curso, al progreso de las matemáticas sociales, del cálculo económico, del aparato y del tratamiento estadístico, al de la informática para la utilización de las fuentes masivas, el historiador se ha visto obligado a mantenerse al corriente de los progresos y de las técnicas en las disciplinas vecinas. Al hacerlo debe conservar la conciencia de la originalidad de la historia, ciencia del todo social...". Ibíd., p. 17.

[15] Comisión Gulbenkian: *Abrir las ciencias sociales,* Editorial Siglo XXI, México, 1996, pp. 105-106.

presente, no nos referimos a una historia delimitada por determinados períodos de tiempo, ni nos proponemos una nueva periodización, sino más bien una forma diferente de aproximación a la realidad social, es más bien un punto de vista como apuntaba P. Nora, uno de sus pioneros,[16] una historia que estudia aquello que coincide con el momento que vive el historiador, por ende, siempre habrá una historia del presente, y ésa también es HISTORIA.

• • • •

[16] Ver Josefina Cuesta, ob. cit.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 103-109

C R I T E R I O S

La enseñanza de la Historia al final del milenio

Jaime Álvarez Llanos y Roberto González Arana

Importantes valoraciones exponen los autores de este artículo, docentes universitarios colombianos, quienes consideran como **necesario** el **estudio** del **pasado histórico** por las **nuevas generaciones**, así como de la sociedad y del acervo pedagógico para cualificar los empeños anteriores, en el contexto de **búsquedas** de una **nueva dinámica** y **eficiencia** en la **enseñanza de la historia**.

▶ Preliminares

Cuando expira un siglo, por lo menos desde la edad moderna, todas las actividades humanas se someten a un implacable examen por parte de sus protagonistas. Al parecer, los expertos de una u otra disciplina, agobiados por el peso de un insoslayable sentimiento de culpa, echan una mirada retrospectiva para confirmar que lo hecho durante la centuria, aunque constituye materia de un balance favorable de progreso, pudo ser más fructífero, si no se hubiese incurrido en tal o cual error. Debe ser que el carácter racional y ese inexplicable afán de transformación, casi natural de su especie, llevan al hombre a ser demasiado exigente consigo mismo, hasta caer en la injusticia de minimizar sus más notables logros. Ahora, cuando el siglo que culmina constituye el cierre de un milenio, los inventarios científicos suelen ser más rigurosos y señalar los derroteros de cada disciplina para su futuro inmediato.

Quienes nos dedicamos al solitario oficio de la investigación sobre el pasado y lo combina-

mos con la imponderable labor de la docencia de las ciencias humanas, debemos decidir entre: inventariar los innegables avances de la historiografía en este siglo o reflexionar sobre el quehacer educativo de nuestra disciplina. Ambas cosas resultaron tan delicadas como necesarias e interesantes. Como la primera es una labor que implica emprender diversas y cuidadosas investigaciones historiográficas, que ya otros están convocando, por lo pronto preferimos la segunda, por ser materia de preocupaciones cotidianas, tanto de docentes como de discentes.

Cuando se piensa sobre la enseñanza de la historia es ineludible preguntarse por su verdadera utilidad social. Surgen interrogantes acerca de cuál tiempo y/o aspecto del pasado debe estudiarse. Aparece la incertidumbre en torno a cómo debemos desarrollar ese ejercicio educativo y qué se necesita saber para hacerlo. También cabe preguntarnos lo concerniente a los pasos apropiados para que la tarea sea más efectiva. De tal forma que neutralice la tendencia de rechazo al aprendizaje de la historia que parece predominar en la juventud de estos tiempos. Por tanto, en las siguientes líneas intentamos integrar nuestra experiencia en la materia con algunos aportes de las ciencias de la educación, para proponer elementos de reflexión y aplicación que faciliten, en esta crucial etapa de transición secular, la tarea de enseñar la historia.

Jaime Álvarez Llanos
Licenciado en Ciencias Sociales y *magister* en Historia, académico en la Universidad del Atlántico, Barranquilla, Colombia.

Roberto González Arana
Licenciado en Ciencias Sociales y Ph. D. en Historia, académico en la Universidad del Atlántico, Barranquilla, Colombia.

Este ensayo tiene tres partes: En primera instancia advertimos que no es discutible hoy la necesidad de estudiar, con la juventud, el pasado de nuestra sociedad. Luego se plantean algunas consideraciones sobre el acervo pedagógico que se requiere para cualificar la labor, y, finalmente, se explican algunos fundamentos didácticos que resultan de la renovación pedagógica y permiten ejercer una enseñanza de la historia más dinámica y probablemente más eficiente.

I. Hoy es más importante la enseñanza de la historia

Tanto en las sociedades en las cuales resulta indudable la existencia de un sentimiento de pertenencia nacional, en su patrimonio cultural, como en aquellas en que no ha sido posible consolidar un proyecto de unidad nacional, la enseñanza de la historia es una alternativa útil para despertar conciencia en los individuos, llámese conciencia social, nacional o ciudadana. Si en el primer tipo de sociedades, la enseñanza de la historia afianza y conserva la integración nacional, en las sociedades disgregadas, el conocimiento de la historia, por parte de las mayorías, permite la identificación de los elementos aglutinantes que orientan la búsqueda de un proyecto integrador.

En el caso de Colombia, como es bien sabido, el fracaso de diversos proyectos de unidad nacional se hace evidente en el grado de complejidad que han adquirido los conflictos sociales, al punto de prevalecer la violencia política como una constante histórica de lamentables proporciones. En este país, la ausencia de conciencia nacional resulta realmente innegable. Sin embargo, allí siempre se ha enseñado la historia. Lo que haría pensar que tal esfuerzo educativo ha sido inútil. Pero la realidad es otra. Al parecer, el problema ha radicado en que los contenidos y las formas de la enseñanza han sido desacertados.

En un sólido trabajo de diagnóstico y soluciones para el aparato educativo colombiano, realizado entre 1993 y 1994 por un selecto grupo de estudiosos de cada una de las grandes ramas del saber, entre las conclusiones se afirmó que tanto el carácter superficial y universalista de la historia que se enseñaba, como la forma repetitiva y autoritaria como se impartía tal conocimiento, contribuían a la inconciencia y a la intolerancia que mantienen al país sumido en candentes confrontaciones. Precisamente, el único Premio Nobel de Literatura que ha dado el país —quien hizo parte del grupo de los sabios que elaboraron el documento— advirtió que la violencia crónica que afecta a la nación colombiana es una secuela, entre otras cosas, de una visión errada que se tiene del pasado, y

planteó la necesidad de que la educación se constituyera en una profunda reflexión sobre nuestra historia. El escritor señaló, además, de otras consideraciones: "Tal vez una reflexión más profunda nos permitiría establecer hasta qué punto este modo de ser nos viene de que seguimos siendo en esencia la misma sociedad excluyente formalista ensimismada de la colonia. Tal vez una más serena nos permitiría descubrir que nuestra violencia histórica es la dinámica sobrante de nuestra guerra eterna contra la adversidad".[1]

La instrumentación intelectual que requiere cada individuo para percibir su papel en la nación, con una visión de conjunto de lo que ha sido ésta a través del tiempo, la puede proporcionar la enseñanza de la historia. A través del fomento de las habilidades del pensamiento, con una didáctica que se aproxime al quehacer científico, resulta posible estimular un aprendizaje consciente de los hitos históricos que marcan la nacionalidad. Si uno de los propósitos esenciales de las ciencias sociales es entrenar al discente para que se desempeñe en la vida social, resulta imperioso suministrarle espacios y directrices para que adquiera habilidades de socialización. Por lo que el norte de la enseñanza puede ser que los jóvenes se apropien de: normas para actuar eficientemente en labores colectivas; habilidad para comunicarse con claridad; confianza y seguridad para poder expresarse; receptividad para escuchar y respetar las ideas de los demás; tolerancia ante las ideas distintas y aun opuestas a las suyas; disposición para cambiar de opinión ante argumentos más sólidos y responsabilidad para asumir compromisos.

Ante los retos que entrañan los nuevos tiempos, la docencia de la historia debe asumir un papel más trascendental en la formación de las personas. Al respecto, un investigador de la pedagogía de las ciencias sociales, afirma: "Un punto de partida básico impone la búsqueda, por parte del alumno, de reflexiones personales sobre los temas históricos estudiados. Enseguida podrá adecuarlos críticamente a los problemas sociales y políticos del país, del Estado o de la comunidad; no se debe perder la línea de objetividad exigida en cualquier ciencia. El profesor debe desarrollar una auténtica actividad científica en sus cursos. Esto implica investigación, experimentación, búsqueda de fundamentos y apoyos científicos para romper permanentemente con una didáctica rutinaria".[2]

Algunas investigaciones, con intención diagnóstica, sobre la pedagogía de las ciencias sociales, han establecido que el desinterés de los discentes por la historia y el fracaso de su enseñanza en cuanto a generar un nivel mínimo de conciencia política, se originan en el hecho de que los contenidos que se imparten no se someten a análisis alguno en el proceso de enseñanza. Aún predomina una educación conductista, repetitiva, memorística, en la cual se pretende reafirmar la exaltación de algunos acontecimientos y trasmitir unas conclusiones predeterminadas. Se insinúa que una de las razones por las cuales prevalece esta situación, a pesar de que en el discurso formal de los educadores se ha superado con la llamada pedagogía moderna, radica en que los materiales que se utilizan no superan el nivel descriptivo y presentan el relato histórico de manera esquemática. El prestigioso pedagogo Henry Pluckrose, en un sólido trabajo acerca de la enseñanza de la historia, en el cual valora, entre otras cosas, la necesidad de utilizar materiales para la discusión, critica la tendencia a proporcionarle a los alumnos conclusiones unilaterales sobre el conocimiento histórico: "La enseñanza de la historia posee escaso valor si todo lo que hacemos es promover la noción de que hay un conocimiento heredado y aceptado, un conjunto de hechos indiscutibles del pasado que es preciso aprender de memoria. Debemos así esforzarnos por evitar el uso de material que encamine a los alumnos hacia un fin predeterminado".[3]

---

[1] Gabriel García Márquez: "La proclama. Por un país al alcance de los niños", en *Colombia: al filo de la oportunidad*. Autores varios, Presidencia de la República, Bogotá, 1994, p. 17.

[2] Hemel Santiago Peinado: *Didáctica de la Historia. Una propuesta desde la pedagogía activa*, Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá, 1996, p. 32.

[3] Henry Pluckrose: *Enseñanza y aprendizaje de la historia*, Ediciones Morata, Madrid, 1993, p. 155.

En ese sentido, cabe precisar entonces que, en los tiempos en los que la juventud carece de la aguda conciencia crítica que debería poseer para no ser objeto de la manipulación de la psicología de masas, la enseñanza de la historia se torna mas que necesaria, indispensable. Porque puede asumirse como instrumento para el desarrollo de una alta capacidad de análisis, con conocimiento de causa, de los problemas que aquejan a la sociedad de hoy.

▶ II. Renovación pedagógica para una nueva actitud docente

Una de las corrientes pedagógicas que, dentro del modelo metodológico que se sugiere, proporciona elementos para que el docente de historia modifique su praxis tradicional, es la llamada educación personalizada. En la filosofía de esta propuesta pedagógica se concibe al discente —la persona— como un individuo singular, pero eminentemente sociable, que tiende a trascender a través de su autonomía, su acción y su creación. Estas dimensiones, según la filosofía del personalismo, son connaturales en cada individuo. De tal forma que el profesor de historia, al echar mano de este recurso teórico, debe planear actividades de clase en las cuales cada una de esas dimensiones se desarrolle; por lo menos, parcialmente.

La personalización en pedagogía sólo resulta posible si se programan clases en las que el protagonista actuante es el alumno. Lo que distingue a una acción pedagógica como verdadera actividad protagónica del discente es que sea auténtica. Esa autenticidad se materializa si se hace conciencia en los alumnos de que la actividad que están ejerciendo permite la realización de sus propios valores y desarrolla su personalización. Es decir, el docente debe planear y presentar su plan en función de concientizar a los estudiantes en torno a la importancia que tendrá para su desarrollo personal la actividad que se va a realizar. Otro parámetro importante para la personalización de la enseñanza es la preparación del aprendizaje por auto-descubrimiento. Éste permite que el discente asuma el papel de investigador de la realidad, en este caso del pasado, empleando a fondo su curiosidad, su interés y su deseo de trascendencia. Un investigador de la educación, inspirado en la propuesta personalizante, la defiende como válida criticando duramente al conductismo y sugiriendo el fomento de la responsabilidad y la investigación en el alumno. Entre otras reflexiones significativas, el personalista destaca que la nueva propuesta está ganando espacio entre los maestros: "Modernamente la escuela ha comprendido esta manera de actuar y va dando pasos más o menos grandes para aceptar como básico en el aprendizaje, que el alumno sea responsable y que, a través de su investigación y de su estudio, vaya haciendo suyos los conocimientos. La programación de la actividad escolar no puede hacerse de otra forma si no quiere llegar a reconocer a lo largo de los años que la labor del maestro, o de la máquina que entrega programas y los hace repetir, ha sido infructuosa, no habiendo logrado uno y otra sino en el mejor de los casos, una memorización fría y sin sentido".[4]

Otro modelo pedagógico que proponemos, como útil para potenciar el acervo teórico del docente de historia, y ponerlo a tono para la producción de una didáctica acorde con las demandas actuales, es la pedagogía problémica. Esta corriente pedagógica parte de una función principal: potenciar las habilidades intelectuales a través del desarrollo, en el proceso de enseñanza, de actividades en las cuales el alumno reconstruya el saber, reconociéndolo y reinventándolo, con el apoyo de un maestro-educador, quien, como conector creativo, media entre la ciencia y el arte de aprender. Para su aplicación, este modelo propone cuatro métodos de enseñanza, denominados métodos problémicos, que se constituyen en la didáctica de la propuesta. Los cuatro métodos son: la exposición problémica; la búsqueda parcial; la conversación heurística, y el método investigativo. En la práctica, los cuatro métodos cubren la necesidad de fomentar la cultura del debate y recurren a la acción comunicativa para fomentar el

[4] José Carlos S. J. Jaramillo: *La educación personalizada en el pensamiento de Pierre Faure,* Indo-American Press Service, Bogotá, 1987, p. 52.

pensamiento creador. En lo fundamental, para aplicar este modelo debe tenerse en cuenta que: "En el proceso metodológico se trata de desarrollar una aproximación del proceso pedagógico con el proceso metodológico para el desarrollo del pensamiento creador del alumno, lo cual implica cultivar las capacidades intelectuales, desplegar sus potencialidades creadoras y lograr la independencia cognoscitiva mediante la activación del razonamiento, del análisis lógico, la apropiación de la experiencia histórica y la asimilación consciente; todo ello en el contexto de una necesaria cultura del debate, la acción comunicativa y el diálogo".[5]

La aplicación de elementos metodológicos provenientes de distintas propuestas teóricas de la pedagogía, implica una disposición plena del docente para diseñar sus propias estrategias de aprendizaje. Para el caso de los modelos pedagógicos hasta ahora sugeridos en este ensayo, tal aplicación contempla la necesidad de poner en marcha metodologías de clase en las cuales el discente, como protagonista actuante del proceso, ejecuta variadas conductas que se reflejan en el ejercicio de las cuatro competencias comunicativas: escuchar, hablar, leer y escribir. Por tanto, debe existir una constante comunicación entre educador y educando. En la disposición del docente, como parte de su nueva actitud, debe primar un trato cordial e individualizado con el alumno, constatando siempre sus potencialidades particulares de aprendizaje. El docente está obligado a fomentar en el discente el hábito de la expresión verbal y escrita correcta y precisa. Haciendo las correcciones necesarias sin exaltación ni aspavientos que ocasionen vergüenza en el alumno. De modo, que una corrección no sea objeto de inhibición en el estudiante. Imídeo Nérici, connotado pedagogo de esta época, presenta, en una de sus obras cumbres, una serie de métodos de enseñanza individualizada en los que enfatiza acerca de la nueva actitud del docente: "El profesor en su trato con los alumnos debe tener en cuenta la estructura mental, en cuanto al tipo de razonamiento, o, mejor aún, en cuanto al modo de acercarse a la verdad o de alcanzar un objetivo: Lógica e intuitiva. No debe haber sobrevaloración de ninguno de estos modos de trabajo mental sino la comprobación de la manera de ser de cada alumno, a fin de auxiliar a cada uno para que se perfeccione dentro de sus peculiaridades individuales".[6]

Finalmente, en cuanto al acervo pedagógico que implica una nueva actitud del docente, no hay que perder de vista que la labor educativa debe partir de una dimensión vocacional del educador. El maestro nace y se hace. Para educar se requiere un talento innato y un talante apropiado, a los que se suman la formación académica en el área del saber que se enseña y el arsenal pedagógico que se adquiere con la experiencia y con la convicción de que todos los días es necesario estudiar para aprender algo nuevo. El talento natural que se necesita para hacer comprensible una idea, y el talante personal requerido para comunicarla con el carisma suficiente para ser bien recibida, resultan igualmente indispensables. Lo uno y lo otro vienen en el temperamento y el carácter, pero deben cultivarse con el estudio y la experiencia. Esto se hace realidad si existe la vocación. Es decir, si a quien educa le agrada hacerlo.

El docente, además de enseñar con su saber científico y su plan didáctico, debe contar con una habilidad artística para convencer a los demás de que lo que dice es cierto. Es preciso que el educador tenga una personalidad educadora que contribuya a atraer al alumno hacia la materia que se le imparte. Sobre el particular retomamos las palabras del filósofo español que actualmente se lee en el mundo: "Es el momento de recordar que la pedagogía tiene mucho más de arte que de ciencia, es decir que admite consejos y técnicas pero que nunca se domina más que por el ejercicio mismo de cada día, que tanto debe en los casos más afortunados a la intuición".[7]

---

[5] Néstor H. Bravo Salinas: *Pedagogía Problémica. Acerca de los nuevos paradigmas en educación*, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 1997, p. 70.

[6] Imídeo G. Nérici: *Hacia una didáctica general dinámica,* Editorial Kapeluz, Buenos Aires, 1969, p. 359.

[7] Fernando Savater: *El valor de educar,* Editorial Ariel, Barcelona, 1997, p. 111.

▶ III. Dinamización de la didáctica para una apropiación más objetiva de la historia

La planeación de los métodos de clase que aquí se propone, luego de contemplar y apropiarse de la base teórica en pedagogía, explicada en el acápite anterior, debe partir de un principio didáctico fundamental: Cada maestro está en plena capacidad de diseñar sus propias estrategias de enseñanza y aprendizaje. Por tanto, se trata de seleccionar con acierto los recursos y el orden de los pasos en los que el discente será protagonista del proceso. Para tal efecto se recomienda que la fase de preparación se asuma con el mayor grado de responsabilidad, entusiasmo, inspiración y optimismo. Primero hay que determinar si los contenidos de historia que se abordan constituyen un acontecimiento de corta duración, una coyuntura de mediana duración o un proceso estructural en el cual el protagonista es toda la sociedad (historia de masas).[8] Esto permitirá identificar si entre las conductas que ejercerá el discente, habrá que enfatizar o priorizar en la comprensión, el análisis, la síntesis, el debate, la opinión, la sensibilización, la contextualización comparativa con lo actual, etcétera.

Luego debe predeterminarse el orden de las actividades en función del tiempo. Lo aconsejable es programar horas de clase para un mismo tópico y dentro de esas horas distribuir varias fases. Una de inducción, en la cual los alumnos conocen y opinan sobre el plan; una de preparación, en la que investigan, consultan, leen y/o escriben sobre el tema, y unas finales (puede ser una) de plenarias en las cuales socializan su trabajo. Entre estas fases puede, igualmente, programarse una de corrección formativa en la cual el docente asesora el proceso de preparación. En últimas, proponemos la realización de seminarios-talleres en los cuales, en distintas fases, el estudiante procesa el conocimiento en contacto directo con la fuente (primaria o secundaria) y ejercita las cuatro competencias comunicativas en variados momentos. Es decir, se le instruye y se le permite, —para luego exigírselo— escuchar con atención, leer comprensivamente, escribir de manera correcta y hablar con claridad y fluidez. Al tiempo que asume posiciones críticas frente a la historia.

No puede diseñarse una didáctica dinámica (personalizante y problémica) de la historia si no se ha precisado cuáles son las características del conocimiento histórico. Indudablemente, hay que considerar éstas para tratar, con beneficio de inventario, cualquier contenido de enseñanza de la historia. No debe olvidarse que el objeto de estudio es el pasado de la sociedad; por ende, los hechos abordados son diferentes a la materia de la sociología. El conocimiento del pasado al que se tiene acceso nunca está exento de la influencia de la visión ideológica o la posición política de los historiadores, para una presunta transformación de los hechos. Los valores que se consideren importantes en la época en que se escribe la historia y sean asumidos por el historiador, podrán influir en el cambio de los conceptos históricos. El investigador selecciona los hechos, éstos nunca son puros.

Pero ante todo, entre otras varias características del conocimiento histórico, una de las que más debe tenerse presente es que la historia constituye un razonamiento. Por tanto, su enseñanza, si se le quiere dinamizar, debe contemplar, en la fase de planeamiento, los procesos de intelección que se pretenden suscitar en el educando, con base en el tipo de conocimiento histórico que se quiere impartir. Un trabajo muy serio sobre las alternativas didácticas de la enseñanza de la historia, propone al respecto: "Evidentemente, cualquier iniciativa conducente a impartir otro tipo de enseñanza en estas materias se basa en la idea de que desde el punto de vista epistemológico, las disciplinas histórico-sociales no son simplemente meras clasificaciones y colecciones de nombres y fechas. Por tanto al menos en un nivel relativamente avanzado de la actividad docente —por ejemplo, el nivel secundario— tampoco tiene por qué serlo su enseñanza. Ahora bien para conseguir una actividad de razonamiento en la impartición de estas

[8] Pierre Vilar: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico,* Editorial Grijalbo, Barcelona, 1980, pp. 23 a la 47. "La clasificación de los hechos históricos".

materias es preciso tener en cuenta cuáles son las habilidades esperables de los alumnos en cuanto a su razonamiento se refiere. Llegados a este punto es preciso acudir a la caracterización pieagetiana del pensamiento formal puesto que supone el modelo de más amplio espectro, aunque haya sido muy criticado en los últimos años. De todas maneras la habilidades del pensamiento que se deben explotar y desarrollar con la enseñanza de la historia son: La capacidad de formular y comprobar hipótesis; La capacidad de aplicar estrategias complejas tanto de tipo deductivo como inductivo; la capacidad de entender la interacción entre dos o más sistemas".[9]

Para asumir esta nueva disposición educativa es importantísimo diversificar tanto los recursos didácticos, como todos los materiales de trabajo. De tal forma, que algunos sean fuentes de información. El mismo Pluckrose recomienda que las maneras de obtener el conocimiento sobre el pasado no deben limitarse a la palabra escrita. Hay que acudir a archivos cinematográficos, programas de debates televisados y grabados en los cuales aparecen personas que vivieron un acontecimiento y material fotográfico que amplíe el entendimiento de un pasaje de la historia.[10]

Es preciso cualificar los métodos expositivos generando el debate que fomente la participación y la investigación, en el ámbito de espacios diferentes al aula. Éstos deben estar relacionados con el contenido histórico. También se trata de llamar la atención hacia su replanteamiento y combinación de actividades diferentes a la charla magistral por parte del maestro o las exposiciones de grupos de estudiantes. Debe programarse la estrategia dinamizadora con la convicción de que tanto maestros como estudiantes son capaces de desempeñar mejor su tarea en el salón de clase, si a unos y a otros les inspira un espíritu de investigadores-docentes, con la certeza de que para aprender hay que: preguntar, averiguar, cuestionar, reflexionar y ensayar (escribir) en torno a lo leído.

En síntesis, la didáctica dinámica que sugerimos puede apoyarse, para enseñar la historia, en lo que recomienda un docente-historiador colombiano: "Para obtener la participación activa del estudiante, el trabajo personal y colectivo en reemplazo de las exposiciones solitarias del profesor, éste debe recurrir cada vez más a: Los archivos; los documentos de primera mano; los artículos puntuales de prensa y revistas; las fotografías; las películas; las voces y grabaciones de protagonistas; las visitas a museos; edificios locales, fábricas, calles, caminos y a las salidas y el trabajo de campo. Por grande que sea el esfuerzo de que un docente realice en el salón de clase exclusivamente siempre exista el riesgo de caer en dos extremos peligrosos: de una parte en las tediosas explicaciones magistrales y de otra, en las fatigosas y aburridas 'exposiciones' de los grupos de estudiantes a quienes se les 'asigna' o 'reparte' cual porqué, pedazos de temas para su 'investigación' y 'exposición' frente al profesor y sus compañeros".[11]

● ● ● ●

[9] Mario Carretero: *Construir y enseñar las ciencias sociales y la historia*, Editorial Aique, Buenos Aires, 1995, p. 25.

[10] Henry Pluckrose, ob. cit., p. 158.

[11] Dario Betancourt Echeverry: *Enseñanza de la Historia a tres niveles,* Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá, 1995, pp. 45-46.

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 110-120

¿Qué tipo de ciencia social debemos construir ahora?

"En cualquier circunstancia social sólo hay un número limitado de maneras de enfrentar un choque de valores. Uno es la segregación geográfica (...) Otra manera más activa es salirse (...) Una tercera manera de enfrentar la diferencia individual o cultural es a través del diálogo. Aquí, en principio, un choque de valores puede operar con signo positivo —puede ser un medio para aumentar la comunicación y la autocomprensión (...) Finalmente, un choque de valores puede resolverse por medio del uso de la fuerza o de la violencia (...) En la sociedad globalizante en que hoy vivimos, dos de esas cuatro opciones han sufrido una reducción drástica".

Anthony Giddens, Bound left and right, 1995.

¿Cuáles son las implicaciones de los múltiples debates ocurridos desde 1945 dentro de las ciencias sociales para el tipo de ciencia social que debemos construir ahora?, e ¿implicaciones para qué, exactamente? Las implicaciones intelectuales de esos debates no son del todo consonantes con la estructura organizacional de las ciencias sociales que heredamos. Así, al tiempo que empezamos a resolver los debates intelectuales, debemos decidir qué hacer en el nivel organizacional. Resulta posible que lo primero sea más fácil que lo segundo.

La cuestión más inmediata se refiere a la estructura organizacional de las propias ciencias sociales. Ante todo eran disciplinas, lo que significaba que se proponían conformar la preparación de futuros estudiosos; y eso lo hicieron de manera eficaz. Sin embargo, en último análi-

sis, la preparación de estudiantes no ha constituido el mecanismo de control más poderoso. Más fuerte era el hecho de que las disciplinas controlaban los patrones de la carrera de los estudiosos una vez terminada su preparación. En general, tanto los cargos docentes como los de investigación en las universidades, así como las estructuras de investigación, requerían un doctorado (o su equivalente), y para la mayoría de los cargos, el doctorado era imprescindible que fuese en una disciplina específica. Publicar trabajos en los periódicos oficiales y cuasioficiales de la disciplina a la cual estaba organizacionalmente vinculada la persona constituía, y en general sigue siendo, un paso necesario para profesar en la carrera. Todavía se aconseja a los estudiantes de posgrado (y es un buen consejo) que obtengan sus títulos en una disciplina de las consideradas estándares; los estudiosos tienden a asistir principalmente a las reuniones nacionales (e internacionales) de su propia disciplina. Las estructuras disciplinarias han cubierto a sus miembros con una reja protectora, y no han alentado a nadie a cruzar las líneas.

Por otra parte, los prerrequisitos disciplinarios han ido descomponiéndose en algunos espacios académicos que han adquirido importancia después de 1945. La serie mundial de coloquios y conferencias que han ocupado un lugar tan central para la comunicación científica en las últimas décadas, ha tendido a reclutar sus participantes de acuerdo con el objeto de estudio concreto, en general sin prestar mucha atención a la afiliación disciplinaria, y actualmente existe un número creciente de revistas científicas de primera magnitud que de manera deliberada ignoran las fronteras disciplinarias. Y, por supuesto, las múltiples cuasidisciplinas o "programas nuevos" que han surgido constantemente en el último medio siglo, suelen estar compuestos por personas tituladas en múltiples disciplinas.

Y lo más importante es la eterna batalla por la asociación de recursos, que en los últimos años se ha hecho más feroz debido a las limitaciones presupuestarias, después de un largo período de continua expansión del presupuesto. A medida que nuevas estructuras disciplinarias recién aparecidas formulan demandas cada vez mayores de recursos universitarios e intentan controlar cada vez más directamente los futuros nombramientos, tienden a reducir el poder de las principales disciplinas existentes. En esa batalla, los grupos que hoy día tienen menos financiamiento tratan de definir justificaciones intelectuales abstractas a las modificaciones que proponen para la asignación de recursos. Aquí se producirá la mayor presión organizacional para la reestructuración de las ciencias sociales. El problema radica en que esa presión en favor del realineamiento de las estructuras organizacionales sobre la base de nuevas categorías intelectuales, se da país por país y universidad por universidad. Y, a menudo, la iniciativa no es de estudiosos activos sino de administradores, cuyas preocupaciones a veces resultan más presupuestales que intelectuales. La perspectiva que se nos presenta es de dispersión organizacional con una multiplicidad de nombres, similar a la situación existente en la primera mitad del siglo XIX. Esto significa que entre, digamos, 1850 y 1945 el proceso de establecimiento de las disciplinas consistió en reducir el número de categorías en que podía dividirse la ciencia social a una lista limitada que fue más o menos aceptada en todo el mundo y a la cual nos hemos acostumbrado. Ya hemos descrito cómo y por qué, desde entonces para acá, el proceso ha comenzado a moverse en dirección contraria, quizá convenga reflexionar acerca de la racionalidad del patrón que está apareciendo.

Desde luego, esos problemas organizacionales se complican enormemente por la difuminación del patrón trimodal de los supercampos: las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. Por tanto, la cuestión ya no es solamente la de la posible reconfiguración de las fronteras organizacionales dentro de las disciplinas de las ciencias sociales, sino la de la posible reconfiguración de las estructuras más amplias de las llamadas facultades. Desde luego, esa lucha por las fronteras ha sido incesante, pero hay momentos en el tiempo en los cuales se buscan realineaciones mayores, y no menores. La primera parte del siglo XIX presen-

ció un patrón similar de realineaciones mayores ya descrito en este trabajo. La cuestión que se nos plantea ahora radica en si la primera parte del siglo XXI será un momento similar.

Hay un tercer nivel posible de reestructuración; no se trata sólo de las fronteras de los departamentos dentro de las facultades y las fronteras de las facultades dentro de las universidades. Parte de la reestructuración del siglo XIX implicó la resurrección de la universidad misma como principal sede de la creación y reproducción del conocimiento. La enorme expansión del sistema universitario en todo el mundo después de 1945, en términos del número de instituciones, del personal docente y de estudiantes, ha conducido a una fuga de las actividades de investigación a niveles aún más "altos" del sistema educacional. Antes de 1945, todavía había investigadores que enseñaban en escuelas secundarias. Para 1990, no sólo ya no ocurría eso, sino que muchos profesores evitaban todo lo posible enseñar en el primer nivel o el nivel más bajo del sistema universitario. Hoy día, algunos evitan, incluso, enseñar a estudiantes de doctorado. En consecuencia, ha habido un gran aumento de los "institutos de estudios avanzados" y otras estructuras no docentes.

Del mismo modo, en el siglo XIX, el principal espacio de comunicación intelectual eran las reuniones académicas nacionales y las publicaciones periódicas científicas nacionales. A medida que esas estructuras fueron superpoblándose, vinieron a remplazarlas, en cierta medida, los coloquios que han florecido en todo el mundo desde 1945. Ahora, también, ese campo está superpoblado y vemos surgir pequeñas estructuras perdurables de profesionales físicamente separados, como es lógico con la ayuda de los grandes avances en las comunicaciones que ofrecen las redes electrónicas. Todos estos procesos plantean, por lo menos, la cuestión de si en los próximos 50 años las universidades, como tales, continuarán siendo la principal base organizacional de la investigación académica, o si otras estructuras —institutos de investigación independientes, centros de estudios avanzados, redes, comunidades epistémicas por medios electrónicos— las sustituirán en una forma significativa. Estos procesos podrían representar ajustes muy positivos frente a los problemas inherentes a la enorme expansión de las estructuras universitarias. Pero si se considera deseable o inevitable que la investigación se separe, en una medida significativa, de la enseñanza y del sistema universitario, hará falta un esfuerzo mayor por obtener la legitimación pública de ese proceso, o se corre riesgo de no contar con las bases materiales necesarias para sostener la investigación académica.

Estos problemas organizacionales, que no se limitan desde luego a las ciencias sociales, conforman el contexto en el cual tendrán lugar las clarificaciones intelectuales. Hay probablemente tres problemas teórico/metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos eurísticos con el fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento. El primero se refiere a la relación entre el investigador y la investigación. A inicios de este siglo, Max Weber resumió la trayectoria del pensamiento moderno como el "desencantamiento del mundo". Obviamente, la frase no hacía más que describir un proceso que se había desarrollado durante varios siglos. En *La nouvelle alliance,* Prigogine y Stengers piden un "reencantamiento del mundo". El concepto de "desencantamiento del mundo" representaba la búsqueda de un conocimiento objetivo no limitado por ninguna sabiduría o ideología revelada y/o aceptada. En las ciencias sociales representaba la demanda de que la historia no se reescribiera en nombre de las estructuras de poder existentes. Esa demanda fue un paso esencial en la liberación de la actividad intelectual de presiones externas incapacitantes y de la mitología, y aún sigue siendo válida. No queremos mover el péndulo hacia atrás y encontrarnos de nuevo en la situación de la cual el desencantamiento del mundo trataba de rescatarnos.

El llamado al "reencantamiento del mundo" es diferente: no constituye un llamado a la mistificación, sino un llamado a derribar las barreras artificiales entre los seres humanos y la naturaleza, a reconocer que ambas forman parte de un universo único enmarcado por la flecha del tiempo. El reencantamiento del mundo se

propone liberar aún más el pensamiento humano. El problema fue que, en el intento de liberar el espíritu humano, el concepto del científico neutral (propuesto no por Weber, sino por la ciencia social positivista) ofrecía una solución imposible al laudable objetivo de liberar a los estudios de cualquier ortodoxia arbitraria. Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reencantamiento del mundo en una práctica de trabajo razonable no resultará fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente.

El segundo problema es cómo reinsertar el tiempo y el espacio como variables constitutivas internas en nuestros análisis y no meramente como realidades físicas invariables dentro de las cuales existe el universo social. Si consideramos que los conceptos de tiempo y espacio son variables socialmente construidas, que el mundo (y el científico) utiliza para afectar e interpretar la realidad social, nos vemos frente a la necesidad de desarrollar una metodología con la cual coloquemos esas construcciones sociales en el centro de nuestro análisis, pero en tal forma que no se vean ni utilicen como fenómenos arbitrarios. En la medida en que logremos hacer esto, la distinción ya superada entre las epistemologías idiográfica y nomotética, perderá cualquier significado cognitivo que todavía conserve. Mas, decirlo resulta más fácil que hacerlo.

El tercer problema que se nos presenta es el de cómo superar las separaciones artificiales erigidas en el siglo XIX entre los reinos, supuestamente autónomos, de lo político, lo económico y lo social (o lo cultural o lo sociocultural). En la práctica actual de los científicos sociales, esas líneas suelen ignorarse *de facto*. Pero la práctica actual no concuerda con los puntos de vista oficiales de las principales disciplinas. Es preciso enfrentar directamente la cuestión de la existencia de esos reinos separados, o más bien reabrirla por entero. Una vez que eso suceda y empiecen a arraigar nuevas formulaciones, resulta posible que se vayan aclarando las bases intelectuales para la reestructuración de las disciplinas.

Una última advertencia: si el investigador no puede ser "neutral" y si el tiempo y el espacio constituyen variables internas en el análisis, entonces se sigue que la tarea de reestructuración de las ciencias sociales debe ser resultado de la interacción de estudiosos procedentes de todos los climas y de todas las perspectivas (tomando en cuenta género, raza, clase y culturas lingüísticas), y que esa interacción mundial sea real y no una mera cortesía formal que encubra la imposición de las opiniones de un segmento de los científicos del mundo. No resultará nada fácil organizar esa interacción mundial en una forma significativa y, por tanto, éste es otro obstáculo en nuestro camino. Sin embargo, la superación de este obstáculo podría ser la clave para superar todos los demás.

¿Qué podemos concluir entonces acerca de los posibles pasos que podrían darse para "abrir la ciencia social"? No hay ningún plano fácilmente accesible basado en el cual podamos decretar una reorganización de las estructuras de conocimiento. Nos interesa más bien alentar la discusión colectiva y hacer algunas sugerencias sobre caminos por los cuales quizá podría llegarse a soluciones. Antes de considerar propuestas de reestructuración, nos parece que hay varias dimensiones importantes que merecen debates y análisis más completos. Se trata de: 1) las implicaciones de rechazar la distinción ontológica entre los seres humanos y la naturaleza, distinción que forma parte del pensamiento moderno por lo menos desde Descartes; 2) las implicaciones de negarse a considerar al Estado como origen de las únicas fronteras posibles y/o primarias dentro de las cuales la acción social ocurre y debe analizarse; 3) las implicaciones de aceptar la tensión interminable entre el uno y los muchos, lo universal y lo particular, como un rasgo permanente de la sociedad humana y no como un anacronismo; 4) el tipo de

objetividad que es plausible a la luz de las premisas presupuestas por la ciencia.

▶ 1. Los seres humanos y la naturaleza

Las ciencias sociales han venido avanzando en dirección hacia un respeto cada vez mayor por la naturaleza; al mismo tiempo, las ciencias naturales han ido desplazándose hacia una visión del universo como inestable e impredecible, y, por ende, a concebir al universo como una realidad activa y no como un autómata sujeto a la dominación de los seres humanos, que de alguna manera están ubicados fuera de la naturaleza. Las convergencias entre las ciencias naturales y las ciencias sociales se hacen mayores en la medida en que las vemos a ambas dedicadas al estudio de sistemas complejos, en los cuales los desarrollos futuros son resultado de otros procesos temporalmente irreversibles.

Algunos científicos sociales han respondido a los recientes descubrimientos de la genética conductista, exigiendo una orientación más biológica de las ciencias sociales. Algunos, incluso, han empezado a revivir las ideas del determinismo genético con base en inferencias del proyecto del genoma humano. Creemos que seguir ese camino sería un serio error y un retroceso para las ciencias sociales; más bien nos parece que la principal lección de los avances recientes de las ciencias naturales consiste en que resulta necesario tomar más en serio que nunca la complejidad de la dinámica social.

Las utopías forman parte del objeto de estudio de las ciencias sociales, lo que no puede decirse de las ciencias naturales; y las utopías, desde luego, tienen que basarse en tendencias existentes. Si bien ahora tenemos claro que no hay certeza acerca del futuro ni puede haberla; no obstante, las imágenes del futuro influyen en el modo en que los seres humanos actúan en el presente. La universidad no puede mantenerse aparte de un mundo en el cual, una vez excluida la certeza, el papel del intelectual necesariamente está cambiando y la idea del científico neutral está sometida a un cuestionamiento severo, como ya hemos documentado. Los conceptos de utopías están relacionados con ideas de progreso posible, pero su realización no depende simplemente del avance de las ciencias naturales como muchos pensaban, sino más bien del aumento de la creatividad humana y de la expresión del ser en este mundo complejo.

Venimos de un pasado social de certezas en conflicto, relacionadas con la ciencia, la ética o los sistemas sociales, a un presente de cuestionamiento considerable, incluido el cuestionamiento sobre la posibilidad intrínseca de la certeza. Es posible que estemos presenciando el fin de un tipo de racionalidad ya inapropiada para nuestro tiempo. Pedimos que se ponga el acento en lo complejo, lo temporal y lo inestable, que corresponde hoy a un movimiento transdisciplinario que adquiere cada vez mayor vigor. Esto, de ninguna manera, significa que pidamos el abandono del concepto de racionalidad sustantiva. Como bien dijo Whitehead, el proyecto que sigue siendo central, tanto para los estudiosos de la vida social humana como para los científicos naturales, es la inteligibilidad del mundo: "ordenar un sistema de ideas generales coherente, lógico y necesario en cuyos términos resulte posible interpretar cualquier elemento de nuestra experiencia...".[1]

En la elección de futuros posibles, los recursos son una cuestión altamente política, y la demanda de la expansión de la participación en la toma de decisiones, mundial. Llamamos a las ciencias sociales para que se abran a estas cuestiones. Mas, este llamado no es en modo alguno como el que se hizo en el siglo XIX por una física social, sino más bien un reconocimiento de que, aunque las explicaciones que podemos dar de la estructuración histórica del universo natural y de la experiencia humana no son en ningún sentido idénticas, tampoco contradictorias, y ambas están relacionadas con la evolución. En los últimos 200 años, el mundo real ha impuesto los problemas políticos del momento a la actividad intelectual, conminando a los científicos para que definieran fenómenos particulares como universales debido a sus implicaciones en la situación política inmediata. Hoy, el

[1] A. N. Whitehead: *Process and realiy,* ed. corr., Macmillan, Nueva York, 1978, p. 3.

problema consiste en escapar a las constricciones pasajeras de lo contemporáneo para llegar a interpretaciones más duraderas y más útiles de la realidad social. En la diferenciación y especialización necesarias de las ciencias sociales hemos prestado demasiada atención a un problema social general derivado de la creación de conocimiento: cómo evitar una brecha entre quienes saben y quienes no.

La responsabilidad de ir más allá de esas presiones inmediatas no es sólo de los científicos sociales activos, sino también de las burocracias intelectuales: los administradores de universidades, las asociaciones de estudiosos, las fundaciones y los organismos gubernamentales responsables de la educación y la investigación. Implica el reconocimiento de que los principales problemas que enfrenta una sociedad compleja no pueden resolverse descomponiéndolos en pequeñas partes que parecen fáciles de manejar analíticamente, sino más bien abordando estos problemas, a los seres humanos y a la naturaleza, en toda su complejidad y en sus interrelaciones.

▶ 2. El Estado como bloque de construcción analítico

Las ciencias sociales han sido muy estadocéntricas, en el sentido de que los Estados constituían el contexto, supuestamente evidente, dentro del cual tenían lugar los procesos analizados por las ciencias sociales. Esto resultaba especialmente cierto para las ciencias que estudiaban (por lo menos, hasta 1945) esencialmente el mundo occidental: la historia y el trío de las ciencias sociales nomotéticas (la economía, la ciencia política y la sociología). Desde luego, que ni la antropología ni los estudios orientales eran estadocéntricos, pero eso se debía a que las zonas de que se ocupaban esos estudiosos no se consideraban como sede de estructuras sociales modernas. Se daba por sentado que las estructuras sociales modernas estaban en los Estados modernos. Después de 1945, con el ascenso de los estudios de área y la consiguiente expansión del dominio empírico de la historia y las tres ciencias sociales nomotéticas hacia el mundo no occidental, también esas áreas no occidentales pasaron a ser tema de análisis estadocéntricos. El concepto de "desarrollo", el concepto clave después de 1945, se refería ante todo, y sobre todo, al desarrollo de cada Estado tomado como entidad individual.

Sin dudas, siempre hubo algunos científicos sociales que no consideraban que el Estado —el Estado actual, el Estado histórico (que se remontaba hacia atrás hasta las épocas preestatales), el Estado putativo— constituyese una unidad tan natural que su primacía analítica no necesitara justificación. Pero esas voces discordantes eran pocas y no muy fuertes en el período comprendido entre 1850 y 1950. El carácter evidente del Estado como frontera natural de la vida social, empezó a ser objeto de un cuestionamiento mucho más serio después de 1970, como resultado de la coyuntura que no era accidental, de dos transformaciones. La primera, una transformación en el mundo real: en la visión, tanto académica como popular, los Estados parecieron perder su aspecto promisorio como agentes de la modernización y el bienestar económico. La segunda es la de los cambios en el mundo del conocimiento ya descrito, y que llevó a los estudiosos a echar una nueva mirada a presuposiciones antes indiscutibles.

Entonces, el conocimiento cierto que nos habían prometido los científicos sociales apareció como una consecuencia evidente de su fe en el progreso: hallaba expresión en la creencia en constantes mejoras, que serían obra de "expertos", proceso en el cual el Estado que las "permitía" desempeñaría un papel clave en el esfuerzo por reformar la sociedad. Se esperaba que las ciencias sociales acompañaran ese proceso de mejora racional y gradual, y de ahí parecía seguirse que las fronteras del Estado se vieran como el ámbito natural dentro del cual se darían tales mejoras. Por supuesto que, en el mundo del conocimiento, la visión simplista del progreso ha sido contestada continuamente, incluso dentro de las ciencias sociales (por ejemplo, a fines del siglo XIX), pero todos los cuestionamientos anteriores habían parecido disolverse frente a las continuas realizaciones tecnológicas. Además, el impulso básico hacia la democratización conducía en todas partes a un constante aumento de

las demandas hechas al Estado, a llamados urgentes al Estado para que utilizara su poder fiscal y presupuestal para mejorar y redistribuir. Por ende, el Estado como proveedor de progreso parecía teóricamente seguro.

Pero en las ultimas décadas, a medida que las redistribuciones aumentaban con menor rapidez que las crecientes demandas de redistribución, empezó a parecer que los Estados ofrecían cada vez menos satisfacción y no cada vez más, y así, a partir de la década de 1960, comenzó a generarse cierto grado de desilusion. En la medida en que desde entonces las transformaciones del mundo han servido para alimentar, en la mayor parte del globo, un profundo escepticismo sobre hasta dónde las mejoras prometidas pueden ser realmente factibles, y en particular sobre si las reformas del Estado provocan mejoras reales, la calidad natural del Estado como unidad de análisis se ha visto seriamente amenazada. "Pensar globalmente, actuar localmente" es un lema que de manera muy deliberada excluye al Estado, y representa una suspensión de la fe en el Estado como mecanismo de reforma. En la década de 1950 habría sido imposible: tanto las personas comunes como los científicos pensaban en el nivel estatal y actuaban en el nivel estatal.

En vista de ese viraje de la acción en el nivel estatal —que parecía garantizar un futuro seguro— hacia la acción en los niveles global y local —que parecen mucho más inciertas y difíciles de manipular—, muchos pensaron que los nuevos modos de análisis, tanto de los científicos naturales como de los defensores de los estudios culturales, ofrecían modelos más plausibles. Ambos foros de análisis tomaban las incertidumbres (y los localismos) como variables analíticas centrales que no debían enterrarse en un universalismo determinista. En consecuencia, la naturaleza evidente de los Estados como contenedores conceptuales —derivado analítico en las ciencias sociales, tanto de la historia idiográfica como de las ciencias sociales universalistas— quedó abierta al cuestionamiento serio y al debate.

Obviamente, el pensamiento estadocéntrico no había excluido el estudio de las relaciones entre los Estados, o relaciones internacionales como se le llama común y erróneamente, y dentro de cada una de las ciencias sociales existían subcampos dedicados al llamado espacio internacional. Habría podido imaginarse que estudiosos de esos subcampos fueran los primeros en responder al desafío que el creciente interés en los fenómenos transestatales planteó a los ámbitos analíticos de las ciencias sociales, pero en realidad no ocurrió así. El problema era que los estudios internacionales se basaban en las premisas de un contexto estadocéntrico, tanto como cualquier otra área de las ciencias sociales. Principalmente adoptaban la forma de estudios comparativos en los cuales los Estados eran la unidad a comparar, o de estudios de política exterior que tenían por objeto el estudio de las políticas de unos Estados hacia otros, en lugar del estudio de las nacientes características de las estructuras transestatales. Las ciencias sociales institucionalizadas ignoraron, por mucho tiempo, el estudio de las complejas estructuras existentes en el nivel global, así como el de las complejas estructuras que hay en niveles más locales.

Desde fines de la década de 1960 ha habido numerosos intentos —dentro de cada una de las disciplinas y transversalmente a las disciplinas— de reducir el estadocentrismo. En la mayoría de los casos, eso ha ido unido a la historización y en particular al uso de períodos más largos para el análisis empírico. Ese desplazamiento de la unidad de análisis se ha dado con muchas etiquetas, tales como economía política internacional, estudio de las ciudades mundiales, economía institucional global, historia mundial, análisis de sistemas mundiales y estudios civilizatorios. Al mismo tiempo ha habido un renovado interés por las "regiones"; tanto las vastas regiones transestatales (por ejemplo, la reciente preocupación por el Asia Oriental, como región dentro del mundo total) y las regiones pequeñas ubicadas dentro de Estados (por ejemplo, el concepto de protoindustrialización en historia económica). No es éste el lugar para examinar cada uno de ellos en sus coincidencias y diferencias, pero sí denotar que cada uno desafiaba a su manera los presupuestos teóricos estadocéntricos de las ciencias sociales, tal como habían sido institucionalizadas

tradicionalmente. Todavía está por verse hasta dónde llegarán sus defensores, impulsados por la lógica de sus posiciones. Hay algunos que proponen una ruptura con las disciplinas tradicionales en lugar de quedarse a bordo de ellas, deseosos de unirse a una nueva heterodoxia basada en referentes espaciales globales.

El estadocentrismo de los análisis de la ciencia social tradicional, era una simplificación teórica que incluía la suposición de espacios homogéneos y equivalentes, cada uno de los cuales constituía un sistema autónomo que operaba, en gran medida, por medio de procesos paralelos. Las limitaciones de ese tipo de simplificación deberían resultar, aún más evidentes en el estudio de sistemas sociales históricos complejos, de lo que lo fueron en el estudio de fenómenos atómicos y moleculares, en los cuales tales métodos hoy se ven como algo del pasado.

Desde luego, el rechazo del Estado como contenedor sociogeográfico indicado para el análisis social, de ningún modo significa que el Estado ya no se vea como una institución clave en el mundo moderno con influencias profundas en procesos económicos, culturales y sociales. Está claro que el estudio de todos esos procesos requiere una comprensión de los mecanismos del Estado; lo que no requiere es la suposición de que el Estado constituye la frontera natural, o incluso la más importante, de la acción social. Al desafiar la eficacia de la organización del conocimiento social en unidades definidas por fronteras estatales, los recientes procesos de las ciencias sociales implican algunas transiciones significativas en los objetos de investigación científica social. Una vez que abandonamos el supuesto estadocentrico, fundamental para la historia y las ciencias sociales nomotéticas en el pasado, y aceptamos que esa perspectiva puede ser a menudo un obstáculo para hacer inteligible al mundo, inevitablemente no planteamos cuestiones acerca de la estructura misma de las divisiones disciplinarias que crecieron en torno a ese supuesto y que en realidad se basaban en él.

▶ 3. Lo universal y lo particular

La tensión entre lo universal y lo particular en las ciencias sociales, siempre ha sido objeto de un debate apasionado, porque siempre se ha visto como un punto con implicaciones políticas inmediatas, y eso ha impedido su estudio sereno. La reacción romántica ante las concepciones de la Ilustración y su reformulación, se centraron en torno a este tema, y ese debate no estuvo desconectado de las controversias políticas de la época napoleónica, en cuanto culminación de procesos iniciados por la Revolución francesa. En las discusiones contemporáneas sobre las ciencias políticas, el tema ha vuelto al primer plano en gran parte como resultado de la reafirmación política del mundo no occidental, combinada con la paralela afirmación política de grupos dentro del mundo occidental que estiman que han sido culturalmente oprimidos. Ya hemos hablado de las varias formas que ha tomado ese debate dentro de las ciencias sociales. Una importante consecuencia organizacional de la resurrección de ese debate, ha sido el llamado a una ciencia social más "multicultural" o intercultural.

El esfuerzo por insertar nuevas premisas en el ámbito teórico de las ciencias sociales, premisas que respondan a esa demanda por una ciencia social más multicultural, se ha encontrado con una resurrección del darwinismo social en diversos aspectos. El darwinismo social constituye una variante particular y bastante influyente de la doctrina del progreso inevitable. Su argumento clave ha sido esencialmente que el progreso es el resultado de la lucha social, en la cual la competencia triunfa, y que interferir con esa lucha social es interferir con el progreso social. En algunos casos, esos argumentos se han reforzado por el determinismo genético ya mencionado. El discurso del darwinismo social califica de irracional y/o irrealista cualquier concepción asociada con los perdedores en el proceso evolutivo de la "supervivencia del más apto". A menudo, esa condena categórica ha alcanzado a todos los valores de los grupos que no tienen posiciones sociales poderosas, así como a los proyectos alternativos que no comparten la creencia en la vinculación inevitable entre industrialización, modernización y occidentalización.

La racionalidad tecnocrática, que se presenta como la versión más avanzada del racionalis-

mo moderno, ha sido en muchos sentidos un avatar del darwinismo social. También ella niega legitimidad a cualquier concepto que no encaje en un modelo de racionalidad de medios y fines, así como a cualquier institución que no tenga una utilidad funcional inmediata. El contexto que ubica a los individuos ante todo dentro de Estados, ha tendido a tratar a los actores que no encajan en ese contexto como vestigios de épocas premodernas destinados a ser eventualmente eliminados por el avance del progreso. Han calificado de anticientífico cualquier tratamiento serio de los innumerables conceptos, valores, creencias, normas e instituciones ubicadas en esa categoría. En muchos casos han llegado a olvidar la existencia misma de esas visiones alternativas del mundo y de sus portadores, suprimiéndolos de la memoria colectiva de las sociedades modernas.

El hecho nuevo que ocurre en la actualidad es la vigorosa negativa de gran número de personas y de estudiosos a aceptar esa negación de las escalas de valores alternativas, y se ha reforzado por el (re)descubrimiento de grandes irracionalidades sustantivas que forman parte del pensamiento racional moderno. Por tanto, la cuestión planteada radica en cómo tomar en serio, en nuestra ciencia social, una pluralidad de visiones del mundo, sin perder el sentido de que existe la posibilidad de conocer y realizar escalas de valores que puedan ser en efecto comunes o llegar a ser comunes a toda la humanidad. La tarea clave estriba en hacer estallar el lenguaje hermético utilizado para describir a personas y grupos que son "otros", o meros objetos de los análisis de la ciencia social, en contraste con los sujetos que tienen legitimidad y pleno derecho, entre quienes los analistas se ubican a sí mismos. Hay aquí una confusión o superposición inevitable entre lo ideológico y lo epistemológico. Para gran número de científicos sociales no occidentales, la distinción entre lo político, lo religioso y lo científico no parece resultar enteramente razonable o válida.

Muchos de los críticos del parroquialismo han destacado hasta ahora la agenda negativa, que incluye la necesidad de negar los falsos universalismos. Han cuestionado la adecuación de principios supuestamente universalistas en una serie de casos singulares, y/o la posibilidad o deseabilidad del universalismo, y en su lugar han propuesto categorías cuasidisciplinarias definidas por grupos sociales. Hasta ahora, el principal resultado ha sido, en gran parte, la multiplicación de los particularismos. Más allá del argumento obvio de que se precisa reconocer las voces de los grupos dominados (y por eso mismo, en gran parte, ignorados hasta ahora), está la tarea más ardua de demostrar en qué forma la incorporación de las experiencias de esos grupos resulta fundamental para alcanzar un conocimiento objetivo de los procesos sociales.

Destacaríamos que el universalismo siempre es históricamente contingente. En consecuencia, en lugar de demostrar una vez más qué se han perdido las ciencias sociales al excluir gran parte de la experiencia humana, deberíamos pasar a demostrar qué gana nuestra comprensión de los procesos sociales, cuando incluimos segmentos cada vez mayores de las experiencias históricas del mundo. Mas, por parroquiales que hayan sido las versiones anteriores del universalismo, no parece sensato simplemente dejar el terreno de las disciplinas tradicionales a quienes persisten en esos parroquialismos. Para restaurar el equilibrio resultará necesario examinar el caso dentro de las disciplinas existentes, al mismo tiempo que se establecen nuevos canales para el diálogo y el intercambio más allá (y no solamente entre) las disciplinas existentes.

Además, nosotros propondríamos con urgencia la más completa realización de una academia multilingüe. La elección de la lengua predetermina a menudo el resultado. Para tomar un ejemplo muy obvio, los conceptos de *middle class, bourgeoisic y bürgertum* (presumiblemente similares) definen en realidad categorías significativamente diferentes e implican mediciones empíricas distintas. El mínimo que podemos esperar de los científicos sociales es que tengan conciencia de la extensión de los reinos de significación conceptual. Un mundo donde todos los científicos sociales tuvieran un dominio operativo de varias de las principales lenguas académicas, sería un mundo donde se harían

mejores ciencias sociales. El conocimiento de distintas lenguas abre la mente del estudioso a otros modos de organización del conocimiento, y podría resultar un gran avance hacia la creación de una comprensión operativa y útil de las interminables tensiones de la antinomia entre universalismo y particularismo. Pero el multilingüismo sólo puede prosperar, si adquiere legitimación organizacional e intelectual: por medio del uso efectivo de múltiples lenguas en la pedagogía; también por el uso real de múltiples lenguas en los encuentros científicos.

El diálogo y el intercambio sólo pueden existir, si hay un respeto básico entre los colegas. Sin embargo, la retórica colérica que hoy invade esas discusiones constituye un reflejo de las tensiones sociales subyacentes, pero no se resolverá con simples llamados al debate civilizado. Es preciso responder de manera simultánea a las demandas de relevancia (aplicabilidad, validez) universal y reconocer, a la vez, la continuada calidad de una multiplicidad de culturas; y eso dependerá de la imaginación de nuestras respuestas organizacionales y de cierta tolerancia para la experimentación intelectual en las ciencias sociales. Las ciencias sociales deberían emprender un proceso de apertura muy amplio hacia la investigación y la enseñanza de todas las culturas (sus ciudades, pueblos) en la búsqueda de un universalismo pluralista renovado, ampliado y significativo.

▶ 4. Objetividad

La cuestión de la objetividad siempre ha sido central en los debates metodológicos de las ciencias sociales desde su iniciación. Ya hemos dicho al principio de este informe que la ciencia social constituyó, en el mundo moderno, el intento "de desarrollar conocimiento sistemático y secular acerca de la realidad, con algún tipo de validación empírica". El término objetividad se ha utilizado para representar intentos adecuados destinados a alcanzar ese objetivo. El significado de objetividad ha estado muy vinculado a la intuición de que el conocimiento no es *a priori*, de que la investigación puede enseñarnos cosas que no sabíamos, presentarnos sorpresas en términos de nuestras expectativas previas.

Se consideraba que lo opuesto de lo "objetivo" era lo "subjetivo", casi siempre definido como la intrusión de las tendencias del investigador en la recolección e interpretación de los datos. Se pensaba que eso distorsionaba los datos y, por ende, reducía su validez. Pero entonces, ¿cómo ser objetivos? En la práctica, distintas ciencias sociales tomaron diferentes caminos en la búsqueda de ese objetivo, y predominaron dos modelos. Las ciencias sociales más nomotéticas destacaron el modelo de eliminar el peligro de la subjetividad, maximizando "la dureza" de los datos; es decir, su mensurabilidad y comparabilidad. Eso las llevó hacia la recolección de datos sobre el momento presente, cuando el investigador tiene más probabilidades de poder controlar la calidad de los datos. Los historiadores idiográficos analizaron el problema de otro modo y se pronunciaron en favor de las fuentes primarias, no tocadas (no distorsionadas) por personas intermediarias (estudiosos anteriores) y en favor de los datos con los cuales el investigador no se involucre personalmente. Eso los llevó hacia los datos creados en el pasado, y, por tanto, acerca del pasado, y hacia los datos cualitativos, en los cuales la riqueza del contexto podía llevar al investigador a comprender la plenitud de las motivaciones implicadas, en contraste con una situación en la cual el investigador simplemente extrapola su propio modelo, considerado como su propio prejuicio, y lo proyecta sobre los datos.

Siempre se han expresado dudas acerca del grado en que cada uno de estos enfoques nos permite alcanzar datos objetivos. En las últimas décadas, esas dudas se han manifestado con mucha fuerza, como resultado de la situación de cambio en las ciencias sociales que hemos venido describiendo. Un tipo de pregunta planteado es: ¿"objetividad *de quién*"? Plantear la cuestión en esa forma implicaba escepticismo e, incluso, duda total acerca de la posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo. Algunos sugirieron inclusive que lo considerado conocimiento objetivo es simplemente el conocimiento de quienes tienen más fuerza social y política.

Concordamos en que todos los estudiosos tienen sus raíces en un ambiente social determinado y, por ende, emplean de manera inevi-

table presupuestos y prejuicios que interfieren con sus percepciones e interpretaciones de la realidad social. En este sentido no puede haber ningún estudioso "neutral". También concordamos en que una representación cuasifotográfica de la realidad social resulta imposible. Todos los datos son selecciones de la realidad con base en las visiones del mundo o los modelos teóricos de la época, filtrados por medio de las posiciones de grupos particulares en cada época. En este sentido, las bases de selección se constituyen históricamente y siempre cambiarán de manera inevitable a medida que cambie el mundo. Si por objetividad entendemos la de los estudiosos perfectamente desapegados que reproducen un mundo social exterior a ellos, entonces no creemos que tal fenómeno exista.

Pero objetividad puede tener otro sentido. Puede verse como el resultado del aprendizaje humano, que representa la intención del estudio y la evidencia de que es posible. Los estudiosos intentan convencerse mutuamente de la validez de sus hallazgos y de sus interpretaciones. Apelan al hecho de que han utilizado métodos replicables por otros; métodos cuyos detalles presentan abiertamente a los demás, y apelan a la coherencia y utilidad de sus interpretaciones para explicar la mayor cantidad de datos disponibles, cantidades mayores que las expuestas por otras explicaciones. En suma, se presentan al juicio intersubjetivo de todos los que practican la investigación o piensan de manera sistemática acerca del asunto en cuestión.

Aceptamos el hecho de que hasta ahora ese objetivo no se ha realizado a plenitud, ni siquiera frecuentemente. Aceptamos el hecho de que ha habido errores sistemáticos en las formas en que han procedido los científicos sociales en el pasado, y de que muchos han empleado la máscara de la objetividad para perseguir sus propias visiones subjetivas. En efecto, hemos tratado de esbozar la naturaleza de esas distorsiones continuas y aceptamos el hecho de que esos errores no pueden repararse por simples llamados a un ideal de intersubjetividad, sino que requieren fortalecer las bases organizacionales del esfuerzo colectivo. Pero no aceptamos que la ciencia social se reduzca a una miscelánea de visiones privadas, todas igualmente válidas.

Creemos que empujar las ciencias sociales a combatir la fragmentación del conocimiento, es empujarlas también en dirección a un grado significativo de objetividad. Creemos que insistir en que las ciencias sociales avancen hacia la inclusividad (en términos del reclutamiento de personal, la apertura a múltiples experiencias culturales, la lista de los temas de estudio legítimos), es tender a aumentar la posibilidad de un conocimiento más objetivo. Creemos que el énfasis en la historicidad de todos los fenómenos sociales tiende a reducir la tendencia a hacer abstracciones prematuras de la realidad y, en definitiva, ingenuas. Creemos que el cuestionamiento persistente en torno a los elementos subjetivos de nuestros modelos teóricos, aumenta la probabilidad de que esos modelos resulten relevantes y útiles. Creemos que la atención a los tres problemas examinados anteriormente —una mejor apreciación de la validez de la distinción ontológica entre los seres humanos y la naturaleza, una definición más amplia de las fronteras dentro de las cuales se produce la acción social y un balance adecuado de la antinomia entre universalismo y particularismo— será una importante contribución a nuestros intentos de desarrollar el tipo de conocimiento más válido que queremos tener.

En resumen, el hecho de que el conocimiento constituya una construcción social también significa que es socialmente posible tener un conocimiento más válido. El reconocimiento de las bases sociales del conocimiento no está en absoluto en contradicción con el concepto de objetividad. Por el contrario, sostenemos que la reestructuración de las ciencias sociales de que hemos venido hablando, puede ampliar esa posibilidad, al tomar en cuenta las críticas formuladas a la práctica pasada y al construir estructuras más verdaderamente pluralistas y universales.

● ● ● ●

BICENTENARIO DEL NATALICIO DE José de la Luz y Caballero

Durante los días 24 al 27 de enero del 2000, en la Universidad de La Habana sesionó este coloquio, cuyo objetivo, al convocarse, fue desarrollar la proyección de la herencia de los tres hombres que conformaron el pensar de la emancipación cubana, que, a su vez, constituyera la emancipación del pensamiento para crear las bases sólidas del accionar social, político, científico, cultural e intelectual cubano: Félix Varela, "el que nos enseñó primero en pensar"; José de la Luz y Caballero, "el que nos enseñó como conocer"; José Martí, "el que nos enseñó a actuar".

Con el auspicio de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad habanera, la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO, la Oficina del Programa Martiano y la Oficina del Historiador de la Ciudad, y con el coauspicio del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay, la Sociedad Económica Amigos del País, el Instituto de Historia de Cuba, el Centro de Estudios Martianos y el Instituto de Filosofía, las actividades del coloquio se realizaron durante esos días en nueve sesiones temáticas: "La polémica filosófica. La formación de las elites", "Pensamiento económico. Alternativas de crecimiento", "El pensamiento político y social. La doble emancipación", "Las ciencias naturales y la identidad nacional", "La pedagogía creadora del ciudadano y del patriota", "Sociedad y religión en el siglo XIX", "Luz y su entorno cultural", "El pensamiento jurídico cubano en el siglo XIX" y "La herencia cubana y la universalidad de José Martí. Anexionismo e independencia".

En esos días de amplios debates entre historiadores, sociólogos, filósofos, economistas, pedagogos, juristas y científicos naturales, de España, Francia y Cuba, quedaron palpables el interés mutuo y la necesidad académica y cultural de desarrollar aunados los trabajos por la profundización y divulgación del devenir del pensamiento nacional y universal. Durante este coloquio resultó oportuno presentar la edición de un nuevo título de la colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, el número 5 de estas publicaciones de Ediciones Imagen Contemporánea, de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz: *José Agustín Caballero. Obras*, que en volumen único estructurara Edelberto Leiva Lajara y cuya compilación está acompañada por un enjundioso ensayo introductorio y notas, además de contar como parte de los contenidos de estas obras, con importantes bibliografías activa y pasiva, índice onomástico y cronología comparada. A su vez, junto a esa presentación, también se efectuó la del libro de memorias del Coloquio Internacional de La Habana, diciembre de 1997: *Félix Varela. Ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana*, también de la Casa de Altos Estudios y con sello de Ediciones IC.

COLOQUIO
INTERNACIONAL

CUBA
CULTURA DE LA EMANCIPACIÓN.
LAS IDEAS DE VARELA A MARTÍ

Tanto la apertura del evento, como su clausura, en el Aula Magna de la Universidad capitalina, contaron con la presencia de diversos académicos, especialistas de instituciones, personalidades políticas, científicas, religiosas del país y del cuerpo diplomático. En su culminación, el coloquio unió sus conclusiones con las del Simposium Felipe Poey y Aloy, desarrollado por el Museo de las Ciencias Carlos J. Finlay, momento de simpar fusión de ideas en el quehacer científico y formador de la intelectualidad cubana.

Las ponencias presentadas en este Coloquio Internacional por el bicentenario del natalicio de Luz y Caballero, quedarán compiladas en sus memorias, a publicarse próximamente.

DEBATES AMERICANOS

comunica a sus lectores que para suscribirse a esta publicación, debe remitir sus datos personales o institucionales, a: **Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz**

L y 27, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba

Suscripción anual, para
Cuba ..... $20,00 M.N.

América Latina
y el Caribe ..... $20,00 USD

América del Norte,
Europa y otras regiones ... $24,00 USD

. . .

y solicita a todo autor que ponga a nuestra consideración la publicación de su artículo o comentario bibliográfico que las versiones originales —textos, tablas, gráficos— se entreguen impresos en papel y en disquete, junto con dos o tres ilustraciones para su publicación. Al texto han de adjuntarse sus datos bibliográficos, y un breve resumen del tema del artículo.

Para los comentarios bibliográficos, las editoriales deberán entregar cada texto, acompañado —de ser posible— del libro comentado, el cual engrosará el centro de documentación de la Casa de Altos Estudios. Con el fin de propiciar una mejor calidad en la publicación,

nuestras normas técnicas aceptarán aquellos documentos procesados en MS Word 2.0 o superior, en letra Courier New / 12 puntos; de composición irregular a la derecha y en cuartillas de 30 líneas con 60 pulsaciones por renglón. Cada párrafo se distinguirá por sangría inicial y nunca dejando renglones blancos entre ellos o utilizando la tecla de tabulador a modo de sangría. Todas las notas se ubicarán al final del artículo, pero nunca enlazadas o vinculadas por *software* con la referencia numérica del texto. Las tablas y gráficos deben procesarse del modo más sencillo posible. La extensión de los textos no debe sobrepasar las 25 cuartillas para los artículos y 10 para los comentarios. Toda colaboración será devuelta si así se solicita.

Para más información consúltenos en nuestra sede.

debates AMERICANOS

A nuestros lectores

Transcurría el primer trimestre de 1998 cuando, por la Biblioteca de Clásicos Cubanos de Ediciones Imagen Contemporánea, su equipo de dirección coordinaba con el doctor **Darío Guitart Manday** los inicios, en toda su dimensión y por vez primera, de la edición después de 116 años de la monumental obra del sabio Felipe Poey y Aloy: su *Ictiología cubana*.

Tras paciente, erudita y cuidadosa tarea del doctor **Guitart Manday**, y a quien siempre agradeceremos la transcripción, conjunción y, por último, edición científica de esta obra, en un lapso de dos años nos acompañó con su pasión científica y amistosa sonrisa, por lo que, en tan poco tiempo, el equipo editorial designado para la realización de estos tres volúmenes, pudo calibrar la magnitud de la empresa y considerar su histórico significado. El doctor **Guitart** sensibilizó con su modestia de hombre de ciencias; así el editor, el director artístico, los técnicos de emplane y de composición de textos, cumplieron con esta ardua y compleja labor editorial.

Al sorprenderle la muerte, el pasado 18 de marzo, nuestro científico **Darío Guitart Manday** dejaba sin concluir este empeño de envergadura; pero legó la confianza de concluirlo. No podía dejar pasar este momento la revista *Debates Americanos* —a la cual también él ayudó con su trabajo conmemorativo por el bicentenario de Felipe Poey—, expresando con el artículo que sigue a estas líneas, nuestro sincero recuerdo a su memoria, a su personalidad y a su obra de ciencia y cultura.

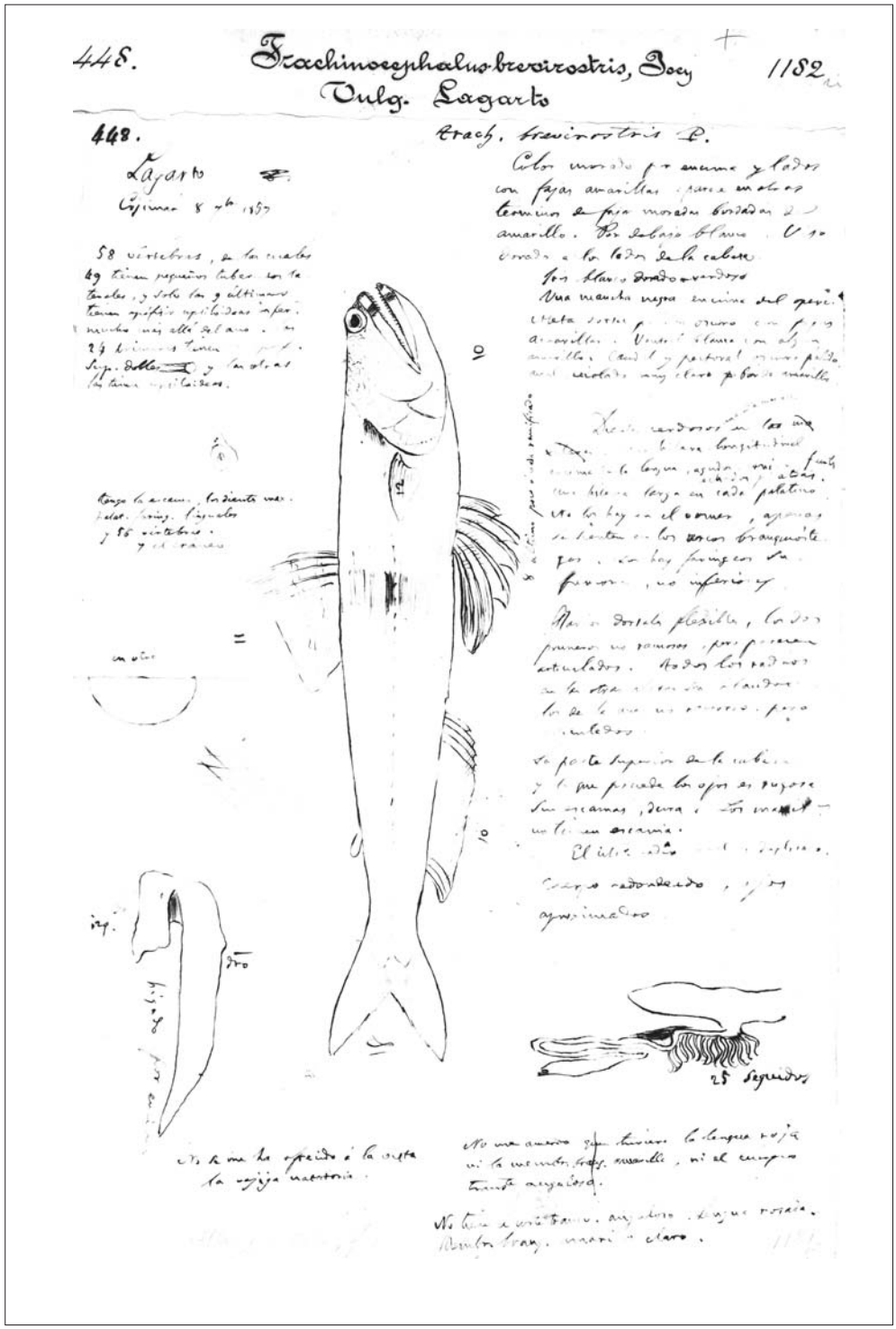


Ilustración facsimilar de la obra original de Don Felipe Poey y Aloy

DEBATES AMERICANOS No. 9 ENERO-JUNIO / 2000 La Habana / pp. 127-131

Felipe Poey y Darío Guitart: una relación entre cubanos de ciencias

Esther Lobaina Oliva

"todo hombre tiene una misión, ya humilde, ya gloriosa, que cumplir en la tierra...".[1]

Felipe Poey y Aloy

En el siglo XIX, el eminente naturalista cubano Felipe Poey (1799-1891) escogió como terreno de acción la disciplina de la ictiología, como señalara la investigadora Rosa María González en su libro *Felipe Poey y Aloy. Obras* y, como el propio Poey expresara en el "Prólogo" a su *Ictiología cubana* su vida se consagró casi por entero, "excepto el tiempo que sus obligaciones" como profesor universitario le tomaba, al estudio de los peces de la isla de Cuba,[2] dedicando a ello casi 70 años.

En el siglo XX, otro cubano dedicó también su vida, casi por completo, amén de sus obligaciones universitarias y las tareas que, como hombre de este tiempo, le ocupaban, a recuperar, estudiar y continuar la obra del sabio y eminente naturalista.

En el siglo XX cubano, la historia de las ciencias debe contar, sin lugar a dudas, con la figura del doctor Darío Guitart Manday (1923-2000).

No pretendemos hacer una comparación entre uno y otro científico, porque cada uno respondió a las condiciones que su época les impo-

[1] Felipe Poey: "Discurso de apertura leído en la Universidad de La Habana en 1884", en Rosa María González: *Felipe Poey y Aloy. Obras*, Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 6, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1999, p. 442.

[2] *Felipe Poey y Aloy. Obras*, ed. cit., p. 442.

nía, y éstas, histórica y culturalmente, fueron diferentes; tampoco hacer una biografía de esta personalidad de las ciencias contemporáneas cubanas. Esto no nos permitiría valorar de manera justa su aporte al desarrollo científico-cultural de nuestro país, así como su postura profundamente humana y revolucionaria ante cada una de las tareas asignadas. Por tales razones, este trabajo, más que aportar datos biográficos, intenta destacar la abnegada labor que en el terreno científico y cultural desplegó durante su fructífera vida el doctor Darío Guitart Manday.

Graduado del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana como Bachiller en Ciencias y Letras (1941) matricula, más tarde, Ciencias Naturales en la Escuela de Ciencias de la Universidad de La Habana, donde se gradúa como doctor en Ciencias Naturales (1951); paralelamente labora como escribiente primero, como mecanógrafo después y, finalmente, como jefe de Negociado de Certificaciones en la propia Universidad, a la cual se mantendrá vinculado hasta sus últimos días.

Con el triunfo revolucionario del 1° de enero de 1959 comienza a desarrollar sus potencialidades científicas en el terreno de las ciencias biológicas. Designado profesor auxiliar de la Escuela de Ciencias Biológicas de la Universidad de La Habana, se especializa en las ciencias del mar y principalmente en ictiología, en la cual desarrolla su más intenso trabajo. Imparte clases tanto en cursos de pregrado como de posgrado y llega a ser director de ésta (1966–1968), cuando se reforman totalmente los programas y aspiraciones de los estudiantes.

Al mismo tiempo es designado por el Gobierno Revolucionario para construir y dirigir el Acuario Nacional, y más tarde organiza y dirige el Departamento de Biología Marina, con sede en el Acuario primero, y en el Instituto de Oceanología después; esta última institución, por designación de la Presidencia de la Academia de Ciencias, es organizada y dirigida por Guitart hasta 1970 cuando se le designa como su asesor científico.

El Instituto de Oceanología se convertirá posteriormente en el Centro de Investigaciones Marinas, adscrito a la Facultad de Biología de la Universidad, y donde se han graduado la mayoría de los más de 300 biólogos marinos con que cuenta nuestro país, y en el cual labora Guitart como profesor adjunto y presidente de la Cátedra Felipe Poey hasta su desaparición física.

Múltiples fueron las tareas asignadas al doctor Guitart, tanto en la esfera de las investigaciones como fuera de ellas: dirige las investigaciones oceanográficas que realiza la Academia de Ciencias, las cuales apoyan la reclamación del Estado cubano por los perjuicios causados por la varadura del buque petrolero griego *Princess Anne Marie*, caso ganado por nuestro país. Es uno de los biólogos marinos responsables de dilucidar la farsa montada por el imperialismo sobre la contaminación de nuestros recursos pesqueros para perjudicar las ventas de los productos del mar cubanos en los mercados internacionales; esta farsa fracasó gracias a la rápida actuación de las autoridades cubanas. También es responsable del diseño, construcción y puesta en marcha de las instalaciones del Acuario y el centro turístico de la bahía del Naranjo en la provincia de Holguín y actúa como asesor del Acuario Baconao en el Parque Nacional Sierra Maestra, en Santiago de Cuba.

El Presidente de la Academia de Ciencias lo designa delegado territorial de las provincias de Holguín-Las Tunas (1982-1985) y nuevamente ocupa el cargo de director del Acuario Nacional hasta 1990, en que como profesor adjunto regresa al Centro de Investigaciones Marinas de la Universidad, y asesor científico honorario de la Empresa Coral Negro S.A. del Cimex, en los aspectos de protección de los recursos marinos (coral negro) que utiliza esa empresa como materia prima.

En su incansable labor científica se destaca como fundador de la Sociedad Cubana de Ciencias Biológicas y miembro de honor de ella. Participa como miembro en diversas comisiones y organizaciones: Comisión Nacional de Oceanología; Comisión Nacional de la UNESCO en el Comité de Ciencias Exactas y Naturales, Consejo Editorial de la Academia de Ciencias, Consejo Editorial de la revista de *Biología Marina* del Centro de Investigaciones Marinas (CIM), Consejo Superior de la Academia de Ciencias de Cuba y miembro de la Comisión Técnica de la Federa-

ción Cubana de Pesca Deportiva. Como parte de su trabajo científico participa en el Crucero Exploratorio Bojeo a Cuba del Programa de Estudios Biológicos sobre Tiburones (1998), realizado conjuntamente con otros especialistas de Estados Unidos y México a bordo del buque *Oregón II*, de la National Oceanic and Atmospheric Administration (NOAA).

Representa a Cuba en innumerables investigaciones, congresos y conferencias científicos en México, Argentina, Francia, Curazao, Alemania, Japón, Canadá, Bulgaria y en la otrora URSS. Por invitación de la Academia de Ciencias de este último país participa en la expedición cubano-soviética al golfo de México y el mar Caribe, como jefe de la parte cubana (1964-1965) y en el XV Crucero B. I. Kurchatov de Investigaciones Académicas (1973). Resulta significativo que el doctor Darío Guitart es el primer cubano en recibir, por parte de la Academia de Ciencias de la antigua URSS, el grado científico de Candidato a Doctor en Ciencias, otorgado por el Instituto de Oceanología de esa institución.

Representa a nuestro país en más de 12 eventos o congresos internacionales, como ponente y como jurado en algunos casos.

A los tiburones Guitart dedica una gran parte de sus investigaciones y sus publicaciones; aparecen así: *Nuevo nombre para una especie de tiburón del género Isurus* (1966), *Guía de los tiburones de aguas cubanas* (1968), *Un nuevo género y especie de tiburón de la familia Triakidae* (1972), *Los tiburones* (1979) y otros.

A pesar de sus responsabilidades al frente de distintas instituciones y de sus actividades científicas, no deja de escribir y publicar sus estudios referentes no sólo a los tiburones, sino también a distintas temáticas relacionadas con la biología marina: de 1977 a 1979 publica una serie mensual sobre el mar y su estrecha relación con el hombre en la revista *Mar y Pesca* del Ministerio de la Industria Pesquera de Cuba y de forma general publica más de 60 artículos, cuatro libros de textos y más de diez informes técnicos dirigidos a funcionarios u organismos del Estado.

Su profundo amor y dedicación a la biología marina se evidencian, ante todo, en su estrecha vinculación con las investigaciones y las obras del sabio cubano Felipe Poey y Aloy. Presta colaboración a todos los que, de una forma u otra, investigan la vida y la obra del naturalista. Haciendo referencia a su modesta actitud, la investigadora Rosa María González, en ocasión de ser presentado su libro *Felipe Poey y Aloy. Obras*, el pasado 5 de abril en la Academia de Ciencias, expresó: "No hay un solo pasaje de la obra que no haya sido consultado y revisado por el doctor Guitart con una amabilidad exquisita. Siempre estaba contento y alegre para compartir cualquier tipo de trabajo y prestar su colaboración y ayuda...".

Es objeto de su quehacer científico, de manera minuciosa y abnegada, la compilación y recuperación de los manuscritos del insigne científico referentes a la *Ictiología cubana. Historia natural de los peces de la isla de Cuba*, con el fin de poderla editar completa algún día.

Se sabe que a esta monumental obra, por la que en 1883, después de haberse vendido el manuscrito a España por la módica cantidad de 4 000 pesos oro, se le confirió en la Exposición de Amsterdam una medalla de oro y un diploma de honor, y por parte del Gobierno de Holanda, la Cruz del León Neerlandés. No son menos conocidas, las vicisitudes por las que habría de pasar esta obra con el fin de publicarse, tanto, en vida de Poey como durante la República, en Cuba como en España, y los intentos por llevar a cabo esta empresa por otros científicos; entre ellos, Carlos de la Torre. Sin embargo, por diversos motivos, en lo fundamental de orden económico, nunca se hizo o sólo de forma muy reducida, cuando estaba "compuesto de 10 tomos en folio mayor y texto".[3]

En 1962, el antiguo Instituto de Biología, adscrito a la recién creada Comisión Nacional de la Academia de Ciencias, imprime un primer volumen con parte del texto manuscrito de la *Ictiología cubana*, y otro con varias láminas de su

[3] Carta dirigida por Felipe Poey al Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, en las *Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana*, 1883, t. IV, pp. 108-110.

Atlas, formando ambos un único volumen en dos partes.

La magnitud de la obra del sabio cubano y la abnegada dedicación de Guitart, se corroboran en las propias palabras de Poey al explicar el contenido y la forma en que él había realizado la obra. En un documento con fecha 10 de febrero de 1871 con el cual intentaba promover la venta de la obra expresaba al respecto: "En esta obra se halla la descripción y la ilustración de 700 especies de La Habana y sus alrededores (siempre en Cuba), dibujados por mí a partir del modelo natural fresco; cerca de 300 fueron descritos y denominados por mí y sólo una pequeña cantidad de los mismos habían aparecido previamente ilustrados (...)

"Todos los peces se han dibujado en tamaño natural, a distintas edades y en todas sus variedades. Habrá cerca de 1 200 dibujos de peces, en lo que respecta a sus detalles, en el Atlas se hallarán escalas aumentadas, el esqueleto completo de una gran variedad de peces —siempre que sea posible uno para cada género— y muchas ilustraciones de vísceras. Con frecuencia indico en el texto las diferencias de colores después de la muerte y otras condiciones alteradas cuando se conservan en alcoholes o se disecan.

"El texto está en francés, lo he hecho lo más completo posible desde el punto de vista descriptivo, sinonímico, crítico e histórico. Los caracteres de la clase, subclase, orden, suborden, familia y género (de cada especie) se han presentado muy cuidadosamente. He añadido los nombres vulgares".[4]

El doctor Guitart dedica a esta abnegada labor, casi 50 años, siempre con la esperanza de editar la obra de la forma más completa posible, de acuerdo con los manuscritos con que contaba y que habían estado depositados en la Sociedad Económica, las cuales pasarán después al Instituto de Segunda Enseñanza, y que mantuviera celosamente bajo su custodia hasta hoy día.

En 1998, la Universidad de La Habana creó una Comisión Nacional, con motivo del bicentenario del natalicio del sabio cubano el 26 de mayo de 1999, la cual estuvo integrada por el Museo Felipe Poey de la Facultad de Biología, el Centro de Investigaciones Marinas (representado en la figura del doctor Guitart entre otros), el Museo de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay, el Museo de Historia Natural y la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz.

Ésta, con el apoyo del rector de la Universidad de La Habana, doctor Juan Vela Valdés, y como parte de su Biblioteca de Clásicos Cubanos, emprendería la difícil empresa de publicar las obras completas del más grande naturalista cubano, incluida su *Ictiología cubana*, en la cual el doctor Guitart no sólo demostrará todo su conocimiento y empeño, sino también, toda su modestia y sencillez. En este caso se ha contado con el apoyo de otras instituciones: Sociedad Económica de Amigos del País; Centro de Investigaciones Marinas de la Universidad de La Habana; Museo de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay y el aporte financiero del Ministerio de la Industria Pesquera de nuestro país.

En este caso, las obras de Poey se publican en un tomo único: *Felipe Poey y Aloy. Obras*, en el cual su autora incluye un ensayo introductorio con la biografía, más completa hasta el momento, del naturalista, así como sus escritos literarios, su labor pedagógica, sus escritos geográficos, la bibliografía activa y pasiva y una cronología, entre otros aspectos de interés. Por su parte, la *Ictiología cubana* consta de dos volúmenes de texto y el *Atlas* de peces que cuenta con 576 láminas dibujadas a línea.

En ocasión de ser presentado el libro de la investigadora Rosa María, el doctor Ismael Clark, presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, al referirse a la labor de Guitart, expresó: "Después de un siglo de espera, esta monumental obra se publicará en nuestro país en breve en esta misma colección, tras años de cuidadosa revisión y cotejo de sus manuscritos por otro eminente ictiólogo cubano contemporáneo, el doctor Darío Guitart Manday, lamentablemente desaparecido hace unos pocos días y a cuya memoria dedicamos hoy un recuerdo agradecido".

También el doctor Eduardo Torres-Cuevas, presidente de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y

[4] Tomado de *Felipe Poey y Aloy. Obras*, ed. cit., pp. 472-473.

director de la Biblioteca de Clásicos Cubanos, emitió frases de reconocimiento para el ictiólogo contemporáneo: "Las palabras que un día Guitart dijo sobre Poey, hoy pueden decirse sobre Guitart, su dedicación, abnegación, modestia. Hoy, estaría en esta mesa, pero en su ausencia, sabemos que está en el espíritu de todos".

La publicación de la *Ictiología cubana* cumple un anhelado sueño de Poey, del doctor Guitart y de todos los que hemos estado interesados en hacer justicia y rendir homenaje al sabio naturalista del siglo XIX y, ahora, al eminente ictiólogo contemporáneo, el doctor Darío Guitart Manday. Dos cubanos que, en dos épocas históricas distintas, contribuyeron con su esfuerzo, modestia y dedicación al desarrollo de las ciencias, y demostraron ante todo su cubanía.

Con la publicación de esta monumental obra se harán efectivas las palabras del sabio cubano: "Espero que mi manuscrito sea depositado en alguna biblioteca de primera clase donde pueda ser consultada por científicos y citada por los autores que he precedido...".[5] Y aún más, cuando esté a disposición de todos los profesionales, estudiantes de ciencias e intelectuales en general, interesados en continuar desarrollando nuestras ciencias y nuestra cultura, poniéndolas al servicio de la humanidad como lo hicieron ellos.

Esther Lobaina Oliva

Licenciada en Historia y Ciencias Sociales, también graduada en el Pedagógico Superior, es profesora adjunta del Departamento de Historia de Cuba en la Facultad de Filosofía e Historia, así como administradora editorial de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz; ha publicado varios artículos acerca de temas pedagógicos e históricos.

[5] *Felipe Poey y Aloy. Obras*, ed. cit., p. 473.

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

El sello Ediciones Imagen Contemporánea ha puesto en circulación las primeras obras de esta colección con su etapa inicial de "Clásicos de los orígenes del pensamiento emancipador y de las ciencias hasta 1868".

De ellos, el lector ya cuenta con las ediciones en volúmenes independientes del **Obispo de Espada**, **Jo-sé Agustín Caballero** y **Felipe Poey y Aloy**, las cuales fueron precedidas por las obras de **Félix Varela** en tres tomos.

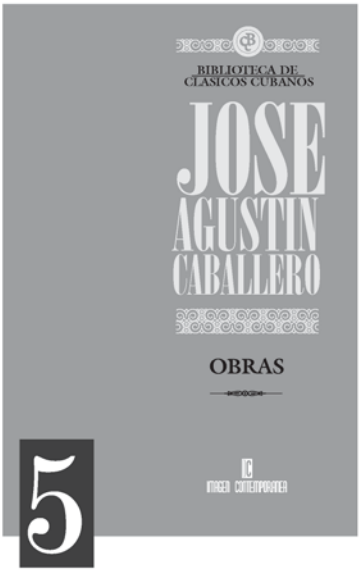
En proceso de publicación para ser presentados durante este año 2000 se encuentran **Felipe Poey y Aloy. Ictiología cubana**, en dos volú-me-nes de texto y un tercero dedicado al **Atlas** de los peces estudiados por el sabio, así como la **Polémica filosófica cubana. 1838-1840**, en dos volúmenes.

Obispo de Espada. Papeles

Ensayo introductorio, selección y notas Eduardo Torres-Cuevas

4

332 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.



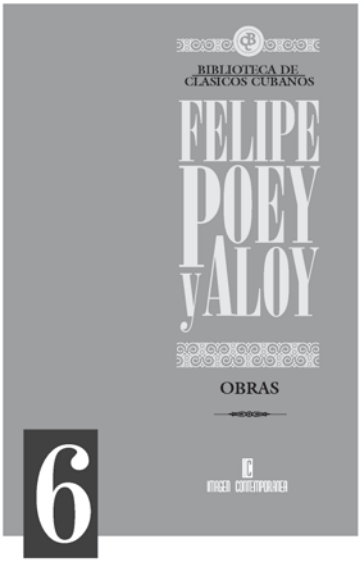
José Agustín Caballero. Obras

Ensayo introductorio, compilación y notas Edelberto Leiva Lajara

5

580 pp. 15 x 23 cm, rústica cromada.

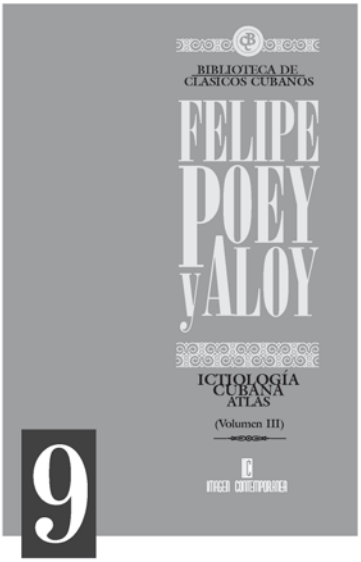
CLÁSICOS DE LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO EMANCIPADOR Y DE LAS CIENCIAS (HASTA 1868)



Felipe Poey y Aloy. Obras

Ensayo introductorio, compilación y notas
Rosa Ma. González

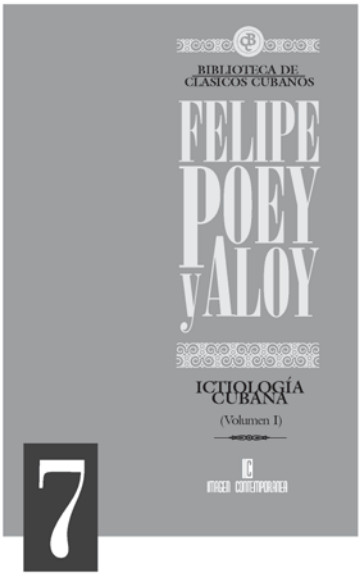
❻
628 pp. 15 x 23 cm,
rústica cromada.



Felipe Poey y Aloy. Ictiología cubana Atlas

Introducción y edición científica
Darío Guitart Manday

❾ vol. III
592 pp. 15 x 23 cm,
574 láminas de peces,
rústica cromada.

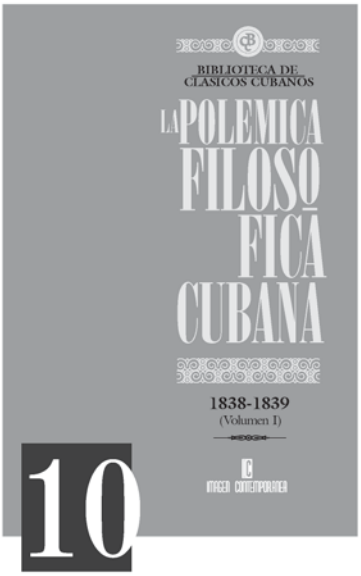


Felipe Poey y Aloy. Ictiología cubana (vols. I y II)

Transcripción, conjunción y edición científica
Darío Guitart Manday

❼ vol. I
532 pp. 15 x 23 cm,

❽ vol. II
512 pp. 15 x 23 cm,
rústica cromada.



La polémica filosófica cubana. 1838-1840 (vols. I y II)

Ensayo introductorio, compilación y notas
Alicia Conde Rodríguez

❿ vol. I
496 pp. 15 x 23 cm,

⓫ vol. II
560 pp. 15 x 23 cm,
rústica cromada.

VIII TALLER CIENTÍFICO

DINÁMICA DE LOS PROBLEMAS DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

En la octava versión de estos talleres, la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana dejó convocada esta reunión científica para los días finales de junio del presente año.

El evento, cuya realización tiene como sede la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27 en el Vedado habanero, presentó una temática central:

"Una mirada al siglo xx desde los albores del siglo xxi"

En torno al tema se atienden ponencias acerca de:

- **Los procesos históricos y su incidencia actual**
- **Tendencias historiográficas**
- **Resultados socioculturales**

Este VIII Taller Científico quedó coauspiciado por la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe - Sección Cuba, la Unión de Historiadores de Cuba, la Asociación por la Unidad de Nuestra América y la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz.

Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898

Oscar Zanetti Lecuona
Editorial Casa de las Américas-Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, La Habana, Cuba, 324 pp., 12 x 19 cm, rústica cromada.

APOYADO EN UNA PARTICULAR EXPERIENCIA en investigaciones acerca del comercio exterior cubano y precedido por dos valiosas aportaciones al conocimiento sobre este tema: "El comercio exterior de la república neocolonial" (*La República neocolonial. Anuario de estudios cubanos*, La Habana, 1975, pp. 45-126) y *Cautivos de la reciprocidad* (La Habana, Pueblo y Educación, 1989), el historiador cubano Oscar Zanetti Lecuona ha alcanzado un merecido lauro, el Premio Extraordinario sobre el 98 en el género de Ensayo, otorgado por Casa de las Américas en el concurso correspondiente a ese año, y Premio de la Crítica a obras de ciencias sociales en el 98. Se trata de un importante libro de síntesis, cuyo objetivo es aprehender el proceso de las relaciones mercantiles entre Cuba, España y Estados Unidos de América, al finalizar el siglo XIX y comenzar el XX, teniendo en cuenta todas las aristas y complejidades que lo caracterizaron.

El tema de las relaciones comerciales entre Cuba y España hasta terminar el período colonial, se ha abordado con diferentes orientaciones, casi siempre basadas en hipótesis un tanto excluyentes acerca del carácter más o menos cautivo del mercado cubano en relación con los intereses de la agricultura e industria metropolitanas, y tomando como punto de partida el análisis de los datos cuantitativos suministrados por fuentes de diversa procedencia. Por otra parte, el intercambio mercantil con Estados Unidos también se ha visto por lo regular de manera un tanto maniquea, a partir de ópticas contrapuestas que no siempre ayudan a la mejor comprensión del fenómeno neocolonial cubano. En *Comercio y poder* se abarca en su totalidad un proceso socioeconómico y político a la vez, al cual está indisolublemente unida la producción básica del país: la del azúcar, y el que durante más de un siglo constituyó su fundamental mercado de destino: el norteamericano. El libro comprende dos momentos diferentes de la historia de Cuba: uno correspondiente al período colonial, cuando, no obstante las presiones procedentes de Estados Unidos sobre el comercio exterior cubano y también otras ejercidas desde el interior del país, las decisiones acerca de la Isla en materia de política mercantil y fiscal provenían desde la entonces metrópoli española. Un segundo momento, tratado más brevemente en la obra, se extiende hasta los primeros años de la neocolonia. En términos generales, este trabajo explica la existencia de un permanente triángulo de fuerzas e intereses que en su dinámico juego de acciones y reacciones, según la época y la coyuntura de cada momento, logró imprimir un tono dramático a las relaciones mercantiles entre Cuba, España y Es-

tados Unidos, para dejar atrapado, en más de una ocasión, al nacionalismo cubano.

En la obra, el tratamiento del tema se aborda de manera gradual, a lo largo de seis capítulos caracterizados por una exposición clara y detallada. En ellos se combinan las explicaciones acerca de las generalidades del tema con las especificidades del cambio en cada momento histórico particular, además de las diferentes formas en que se manifestó el accionar de los diversos actores sociales que influyeron sobre el rumbo de los acontecimientos. De aquí que el mérito fundamental de la obra, *grosso modo*, radique en la habilidad demostrada por su autor para entrelazar dialécticamente lo general con los hechos resultantes del movimiento que, en un sentido u otro, promovieron ciertos intereses con el objetivo de modificar las estructuras establecidas, así como las modificaciones resultantes de tales acciones y, a la vez, la incidencia de ellas sobre el comportamiento de esas fuerzas sociales ante la nueva realidad creada.

A partir de la lectura del trabajo queda muy en claro la profundidad de la labor heurística desarrollada por su autor. Mediante ella se ha reunido un fundamental *corpus* de fuentes de las más diversas naturaleza y procedencia, cuya utilización crítica ha quedado plasmada con la mayor transparencia en el cuerpo referativo que se incluye en la obra.

No obstante el hecho de tratarse de una investigación en torno a un asunto que tradicionalmente se ha abordado, sobre todo, a partir de los análisis de series temporales y de las estructuras del comercio exterior, *Comercio y poder* no abusa del empleo de este tipo de recurso para la comunicación de sus resultados. Por lo contrario, la obra muestra una utilización muy eficaz y discreta de las estadísticas sobre esa actividad económica, al compilarse en una sola tabla anexa toda la información necesaria para dar apoyo a los hechos y a sus análisis parciales correspondientes. Mediante esta solución, el aspecto literario logra prevalecer sobre los números en el discurso, prescindiendo de inútiles reiteraciones o las muchas veces innecesaria inclusión de datos primarios. Sólo de manera ocasional se inserta alguna que otra tabla o gráfico, cuya función es servir de apoyo directo a explicaciones elaboradas a partir de fuentes cualitativas. Sin embargo, el discreto empleo de los datos estadísticos, cuestión que este observador estima como un mérito del trabajo, también puede considerarse como una insuficiencia desde alguna óptica ajena, por el hecho de no haberse contemplado la inserción de series o gráficos que faciliten la comparación entre los diferentes renglones que constituyeron objetos esenciales del intercambio mercantil de Cuba con España y Estados Unidos. El balance entre lo cualitativo y lo cuantitativo podría ser en este caso una cuestión controvertida a solucionar mediante la incorporación de un anexo apropiado.

Teniendo en cuenta sus valores, debe esperarse que en muy poco tiempo y en la medida en que la obra se divulgue en Cuba y en el extranjero, *Comercio y poder* alcanzará un lugar privilegiado entre los libros de obligada consulta para los temas generales del comercio exterior y las relaciones coloniales y neocoloniales en las décadas finales del siglo XIX y los inicios del XX, así como para otros estudios particulares sobre Cuba y sus relaciones históricas con aquellos países que fueron en momentos diferentes, y de manera también diferenciada, sus metrópolis.

Alejandro García Álvarez

Ensayo político sobre la isla de Cuba

M. A. Puig-Samper, C. Naranjo Orovio y A. García González

Ediciones Doce Calles/Valladolid; Junta de Castilla y León, Madrid (Aranjuez), 1998, *Theatrum Naturae,* Colección de Historia Natural, Serie Textos Clásicos, 457 pp., ilustrado.

EL PRESENTE LIBRO, salido a la luz en conmemoración del 200 aniversario del inicio del viaje de Humboldt y Bonpland a las Américas, marca

un hito entre todas las ediciones realizadas del *Ensayo político sobre la isla de Cuba*.

Como bien advertirá el lector, por su agradable forma y diseño, este volumen es parte de la ya famosa colección Theatrum Naturae, de la casa editorial Doce Calles de Aranjuez. El frontispicio, la distribución de cuadro, texto y espacios, pero también por el formato de sus páginas, letras, paratextos e ilustraciones, conformados gracias a los medios modernos de impresión de la producción literaria, hacen de éste un libro impregnado tanto de seriedad científica como de belleza gráfica. La obra se estructura en presentación, prólogo, estudio introductorio, texto principal –-dividido en dos partes—, apéndices e índices. La presentación no resulta una simple añadidura formal, sino demuestra el interés de instituciones político-administrativas de España, concretamente de la Junta de Castilla y León, en la divulgación de textos clásicos de las ciencias.

El prólogo revela, como los propios textos principales, la estrecha colaboración cubano-española; pero, al mismo tiempo, demuestra que este libro es, ante todo, una perspectiva hispano-cubana de la obra de Humboldt acerca de Cuba. En primer lugar, ello se evidencia porque los editores utilizan el mismo material original que se publicó en 1959 por Fernando Ortiz en la *Revista Bimestre Cubana*. Pero no se detienen ahí, pues en la primera parte del texto analítico fundamental, el "Estudio introductorio" (pp. 19-98), reúne, sintetiza y analiza los resultados de las investigaciones "después de Ortiz". En esta introducción se mezclan elementos de síntesis con valoraciones, que incluyen interesantes aportes. La parte de síntesis se encuentra ante todo en el epígrafe "Algunos datos biográficos de Humboldt", que lamentablemente no contiene nada sobre la interesante cuestión del dominio de la lengua castellana que tenía el sabio alemán, al emprender su viaje al Nuevo Mundo.

Al inicio de la introducción se plantea un problema sumamente importante, que ha resurgido en el interés contemporáneo por la obra de Humboldt. Nos referimos a la relación entre lo empírico —la base de datos, como se diría hoy— y el afán humboldtiano de sintetizar esa información bajo un concepto de unidad universal, que más tarde llamaría *Kosmos*. En otras palabras, ¿qué importancia tienen los datos y resultados de intelectuales y científicos locales en la obra universal de Humboldt? Dilucidar este problema, en el caso de la "obra sobre Cuba", se dificulta de manera extraordinaria por el proceso de su propia construcción, pues el *Ensayo sobre Cuba* no tiene base alguna en sus diarios. En sus *Cartas americanas*, escritas durante el viaje, Humboldt mostró poco interés por Cuba. Además de las fuentes empleadas en el propio texto humboldtiano, sólo un pequeño porciento puede considerarse material "local", obtenido durante sus dos estancias en Cuba.

Los puntos novedosos de la introducción, para sólo mencionar algunos que creemos claves, son los apartados "Humboldt en España", "Cuba y las reformas ilustradas" y "La ciencia cubana en la época de Humboldt". Tal vez, no todos estos epígrafes contienen aportaciones originales para científicos especializados de España y Cuba o historiadores americanistas, pero sí para la investigación y el debate internacional en el contexto de la historia de la ciencia. En las discusiones de los *humboldtian sciences* en España, e incluso todavía menos en la tradición académica alemana, pocas veces se ha tomado en cuenta las partes dedicadas al "Crecimiento económico y la expansión urbana", "La población de Cuba", "Estudio de caso: La Habana" y "Obras públicas", en la historización de la perspectiva histórica, más allá de los clisés de la "historia oscura" hasta 1763 o, dicho de otro modo, que en esa fecha comenzara la historia de la Cuba "moderna".

Además, para el debate científico son muy atractivas las observaciones acerca de las cifras de Humboldt y otros investigadores, así como el análisis de la relación entre el concepto de plantación, el crecimiento de la economía en la parte occidental de Cuba —o más bien, entre La Habana, Mariel, Matanzas y Batabanó— y el desarro-

llo urbanístico, tanto en general en esta zona, como el de La Habana hacia la "ciudad típica de la economía de plantación", basándose parcialmente en las investigaciones de Carlos Venegas; otro ejemplo de colaboración fructífera (p. 77).

También el subcapítulo "Consideraciones en torno a la esclavitud en las Antillas y en Cuba" llama a la discusión. Un punto esencial, como ya lo resalta este apartado, resultaría la reinterpretación de la posición de Arango y Parreño en la etapa final de su vida, después de 1825, en cuanto al comercio de esclavos y a la propia esclavitud, por un lado, y, por otro, el propio concepto de abolición *real* en Humboldt. A la par podría debatirse lo que en los últimos años se ha enfocado por las investigaciones humboldtianas como el problema de los "fracasos grandiosos" de Humboldt. "Fracaso" no tanto en el sentido de sus posiciones éticas "eternas", hasta hoy vigentes, sino en muchos de sus planes y pronósticos prácticos; por ejemplo, el referido a la abolición "racional" de la esclavitud y la conversión gradual de esclavos en campesinos libres. En este punto, ambos, Humboldt y Arango, fracasaron.

El último subcapítulo de la introducción presenta un estudio de las ediciones del *Ensayo político* en España y Cuba. En este epígrafe también sobresale la profunda deuda que la presente edición tiene con los cubanos. Por un lado, está basada en el texto de Ortiz de 1959 y, por el otro, conserva intactas las notas de Arango, de Trasher y del propio Ortiz, indispensables para comprender la "vida cubana" de la obra del "barón" Humboldt; los Humboldt no tenían este título, aunque lo utilizaban. El cuidadoso respeto de los editores ante el "monumento" de sabiduría cubana, sólo en un caso aislado puede conducir a una malinterpretación de los estudios bibliográficos de Ortiz. Pero en la práctica esto no puede estimarse como un error, porque hasta hoy día no existe una bibliografía satisfactoria del "caos editorial humboldtiano" de libros en cuarto, en octavo, de reediciones en otros formatos, de obras acabadas, fragmentos y de traducciones, así como del propio manejo de los textos por parte de Humboldt.

La presentación de la segunda parte del texto principal (pp. 99-345) —es decir, el "Humboldt de Ortiz"— es paradigmática. Una presentación textualmente moderna, sobre todo en cuanto a los paratextos, como dijimos, siempre guardando el debido respeto ante el original, pero sin caer por ello en inflexibilidad; esto es, introduciendo los necesarios cambios cuando se hace imprescindible enmendar a Ortiz. Como resultado, los problemas que pueden detectarse en el nuevo texto se reducen a detalles: en dos o tres ocasiones hay errores con los nombres o títulos de libros alemanes (Karl Willdenow, Albert Hüne).

Para investigaciones futuras queda pendiente la reconstrucción y modernización del *corpus* de las fuentes, citadas por Humboldt muchas veces de forma abreviada o mencionadas en el mismo texto originario sólo por el nombre del autor o tipo de documento, este último en formas muy diversas. Además queda por revisar la propia traducción. Para mencionar solamente un caso concreto: la traducción de "*confederation africaine*" por "confederación americana" (p. 174), a propósito de la idea de Humboldt del posible surgimiento de Estados antillanos de ex esclavos que se autoliberaron, no puede constituir un simple error de traducción. Pero esto no fue la tarea de la presente edición, que acabó con 160 años de silencio editorial en torno a Humboldt en España. Además, lo mencionamos expresando cierto "celo productivo" por parte del autor de esta reseña que trabaja en los campos humboldtianos. ¡Por suerte, todavía queda algo por hacer después de este libro!

Como se sabe, la obra cubana de Humboldt contiene tres partes: el texto principal —o sea, el propio "Essai"—, el "Tableau statistique de l'île de Cuba" —o "Supplément"— y la "Analyse raisonnée de la carte de l'île de Cuba, incluido el mapa de Cuba. El "Essai" en el presente libro va junto con las descripciones del "Viaje al Valle de Güines..." (cap. VIII, pp. 313-345), que para especialistas de la historia de Cuba debería considerarse parte del "Essai", como aparece también en la "Relation Historique" original, tanto en cuar-

to como en octavo. Del "Tableau" y de la "Analyse" se incorporaron las partes esenciales y el mapa, tomado de la primera traducción al español, como se halla en Ortiz. Adicionalmente se incorporó la "Noticia mineralógica del Cerro de Guanabacoa" y la "Flora Cubae Insulae". Todo esto redondea el sobresaliente valor científico de la presente edición, que además se complementa con cuadros, mapas y espléndidas ilustraciones. El "punto en la i", como se diría en alemán, se alcanza con los excelentes registros. En ellos, el autor de esta reseña —y todos conocemos los problemas de hacer buenos registros—encontró una sola confusión de Arago por Arango.

En conclusión. De entre las publicaciones recientes del *Ensayo político* y sin hacer referencia a la edición francesa de 1989, esta crítica historiográfica recomienda el presente libro, no sólo por su valor artístico, calidad de su presentación textual y visual, sino también por su rigurosidad científica.

Michael Zeuske, La Habana/Köln

El pensamiento político de Carlos Manuel de Céspedes

Rafael Acosta de Arriba

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,
Colección Pinos Nuevos,
La Habana, Cuba, 1996,
96 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

SENTIR LA HISTORIA. El papel de los conceptos generales en la investigación sociohistórica ha sido tema principal de discusiones metodológicas en ese campo. Se les ha privilegiado o relegado en contrapunto con los "hechos"; si bien una mirada a la ciencia muestra que lo que algunos historiadores y sociólogos llaman "hechos" no resulta suficiente, ni con mucho, para fundar una disciplina empírica.

En *La democracia en América*, ya Tocqueville había diferenciado entre dos estilos de hacer la historia; o mejor, de pensar lo que ha sido y lo que es sociedad. Si bien los futurólogos no renuncian a "sustentar" con "hechos" aquello que vendrá. Atendiendo al uso de los sistemas de ideas y conceptos generales, Tocqueville llega a hablar de historiadores de siglos democráticos y de siglos aristocráticos. Unos prestidigitarían con especulaciones disolviendo en ellas lo real, mientras otros atenderían al devenir de las fuerzas efectivas de la historia, la bondad y la maldad de los mismos hombres. Aunque se inclina por estos últimos, en estas potenciaciones no ve fallas, errores, sino procedimientos legítimos y parciales. *Corsi y ricorsi*.

No resulta imposible, pero sí muy difícil, hallar un historiador a la vez grande en la investigación factográfica, universal en su reflexión y poético en su escritura. Nuevamente recuerdo una frase que el profesor Oscar Zanetti solía atribuir a Pierre Vilar: *la historia es una totalidad*, *pero no hay historiadores totales*. La tal "totalidad" sólo suele ser una impresión, una sensación, en la cual lo parcial se vive como absoluto. Así, la cuestión de los "hechos" y los "conceptos" es apenas cuestión de épocas, de escuelas, de estilos personales de crear.

En las décadas del 30-50 de la República podemos encontrar una línea de historiadores marxistas, o de ese corte, que piden constantemente girar la historia del archivo de hechos a la búsqueda de sentido. En el prólogo que José Antonio Portuondo hace a *Tierra y nación*, de Jorge Castellanos, es explícito en esta preferencia; reclama el giro de una historiografía entendida como "recuento cansador de nombres y apellidos de malos y buenos gobernantes" (p. XVI). Llama a la interpretación general que aporte lógica, "teleología" a la historia cubana, y se basa en un reclamo que para ello había aparecido en la *Revista de estudiantes*, de diciembre de 1954. Así también buscaba base social para su propuesta, mostrando la incomodidad que tiene la intelectualidad de izquierda para permanecer sin más en los límites de lo intelectual.

Ahora bien, este tipo de reclamo, que se hacía desde un "frente" *metodológico* no privilegiado, trae otras consecuencias a la investigación, cuando deviene doctrina paradigmática

anulando, sencillamente rechazando, la otra parte. Donde Tocqueville vio una dupla, quiere verse ahora un poder epistémico monocorde. Es natural también, por otra parte, que con el tiempo se haya verificado una reacción contra "lo general" igualmente discriminadora, que reviste formas de infantilismo (seudo) empírico. Resulta sencillamente candoroso ver a los historiadores, y otros que sin serlo lo pretenden, esgrimir de manera triunfal una carta, un fragmento de diario, una supuesta entrevista o esquela que pudiera aclarar con "objetividad" una disciplina subjetiva como es la investigación de la vida de una criatura volátil como el hombre, a quien, no por gusto, Spinoza llamaba "modo infinito" de la sustancia. Y resulta aún peor que no perciban que tras ese regodeo en lo particular que esconde una pérdida efectiva de atribuciones sociales y políticas, que, por los medios que fueran, había ganado para el campo intelectual la investigación marxista.

La dictadura de los hechos puede ser tan discriminatoria como la de los conceptos generales. Rastrear información resulta vital, esencial en la investigación social, pero se trata de algo más que paciencia. Si esto no se entiende, se entiende poco. A nadie se le ocurriría pensar que puede ser matemático, músico o atleta sin tener ciertas aptitudes. Lo mismo sucede con la investigación social: no se reduce a la dedicación *ni al útil mundo de las relaciones*.

Tampoco debe olvidarse que la investigación factográfica, abierta siempre potencialmente, también puede estar agotada en determinado punto en el cual, si bien pueden aportarse más datos, no se espera ya ninguno relevante. En esto, los maestros deberían ser más sinceros y, al abanderar un tema, confesar las causas reales a los discípulos a quienes les encarga la intrascendente tarea.

En su polémico ensayo *Cuba/España. España/Cuba*, Moreno Fraginals hace una interesante afirmación respecto de la toma de La Habana por los ingleses. Como investigación factográfica está, en sentido general, agotada; sin embargo, ameritaría una relectura desde nuevos conceptos, desde otra perspectiva intelectual. Supongo que lo mismo sucede con el fusilamiento de los estudiantes de medicina. Excepto alguna sugerencia hecha por Tato Quiñones, la investigación hecha por Luis Felipe Le-Roy y Gálvez parece suficiente; pero tengo la impresión de que al citado evento le faltó una interpretación más cabal y autocrítica en el nivel de una filosofía moral. Esta exigencia, por cierto, palpita tras las sugerencias de Quiñones, pues más allá del interés particular del investigador, la revelación de que un grupo de ñáñigos, al menos ellos, intentaron la liberación de algún estudiante, aligeraría la responsabilidad moral de una sociedad que, en sentido general, contempló en silencio el crimen.

También puedo recordar que el 7 de diciembre de 1993, en el anfiteatro de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, el profesor norteamericano Tilly ofreció una conferencia que clamaba por un optimismo científico social. Sin ser ingenuo en este punto, apostaba por cierta objetividad, al menos veritatividad, de la investigación sociohistórica. En consecuencia, alertaba por el extravío que en los medios norteamericanos podía provocar el posmodernismo, una suerte de éxtasis por la especulación y los usos del lenguaje. Tiempo después, en el Departamento de Filosofía, el profesor Eduardo Torres-Cuevas arremetía contra quienes llamó "paracaidistas" de la historiografía. Era, en verdad, gente no asentada en el campo de la historia, pero resulta que ni siquiera querían hacer aportes en ese campo, sino hacer, entonces sí, una lectura filosófica y moral de la historia cubana. Lectura que de cara a los nuevos tiempos, al derrumbe del este europeo y demás sucesos, faltaba en la historiografía cubana. Se sabe que, en sentido general, ésta habla muy poco ya del presente. Tales eran el prestigio y la autoridad que entre algunos de esos jóvenes tenía el profesor Torres-Cuevas, que fue como un paro en seco. Una vez más, el culto a lo establecido, a veces con formas de celo profesio-

nal, parcializaba la investigación social en nuestros medios. Al parecer, resulta difícil percibir la diferencia entre lo nuevo y lo nuevo ya establecido; que es lo nuevo caducante.

▶ II

En 1996, la Editorial de Ciencias Sociales publicó un texto de Rafael Acosta de Arriba titulado *El pensamiento político de Carlos Manuel de Céspedes.* Se trata de una obra con suficiente sustentación documental, bibliográfica y orientada conceptualmente según los intereses del autor. El historiador total, que el profesor Zanetti planteaba casi como imposibilidad siguiendo a Vilar, puede realizarse cuando se asume como escritor y, en alguna medida, como artista. Resulta muy difícil ser grande en la aristocracia y grande en la democracia metodológica, como señalaba Tocqueville, pero en tanto creador si le está permitido construir una obra equilibrada, armónica, que aporte al lector (no digo al especialista) de una cosa y de la otra. Constituye la virtud cardinal que yo percibo en este trabajo de Acosta de Arriba.

Ahora bien, lo que conduce y, aún más, inspira el libro es una vocación cespedista con muchos interlocutores implícitos entre los profesionales de la historiografía cubana. Algunos partidarios, otros contradictores; al cabo, claro está, terminamos sabiendo más de los primeros que de los segundos, porque, fiel a uno de nuestros estilos (también los comparto), Acosta de Arriba cita con nombres en los casos favorables, con una perífrasis en los demás.

Éste deviene, sin más, un libro de ética: *un alegato por Céspedes.* En esa medida es, tiene que ser parcial, y Acosta de Arriba utiliza para la defensa el documento oportuno, la interpretación inteligente, la retórica y sofística más hábiles, es el no-sucedido más riesgoso. Y aquí podemos empezar por el final.

Toda la operación intelectual del historiador va encaminada a rebatir, por lo menos a debilitar e historizar, algunas objeciones hechas a Céspedes. Con absoluta fidelidad histórica a un prócer que prefiere, niega que haya sido autoritario en el poder, hasta dictador, que también se le dijo; que haya sido, más que en un instante, anexionista, permisible esclavista, embriagado por el poder. Cualquier coqueteo cespedista con esas máculas del código moral de la política cubana, Acosta de Arriba las concibe como "opción táctica", "vía alternativa", "situación coyuntural" (p. 34), "política eminentemente táctica" (p. 36).

Así concluye: "En primer lugar, Céspedes se sobrepone en la primera mitad de 1869 a dos momentos que se le pueden señalar como actuaciones cautelosas en su condición de gobernante de los mambises: la demora y forma de aplicar la abolición de la esclavitud y el espejismo anexionista. Fuera de esto, su ejecutoria es irreprochable y consideramos que en ningún otro instante estuvo a la 'derecha' o en el ala conservadora de la revolución; todo lo contrario, soy del criterio que Céspedes no abandonó ni un instante (ni siquiera durante el caos temporal ocurrido durante los días siguientes a la pérdida de Bayamo) la proa radical de la revolución" (p. 52).

Mientras satisface su objetivo fundamental, Acosta de Arriba presenta un programa de investigación centrado en una historia de las ideas en Cuba. En el independentismo, la doctrina que centra el pensamiento de Céspedes, el autor ve el mayor logro de la inteligencia cubana; es quien satisface el "verdadero desafío"; "despojarse del herrumbroso, pero férreo molde crisálida y crear una nueva forma, una nueva identidad, un pensamiento autóctono" (p. 1).

Resulta muy interesante la interpretación del independentismo en relación con el liberalismo y el romanticismo. Tal vez, aquí ya están tanto los anhelos libertarios y republicanos de una tendencia, como ese afán de orden y totalidad que lleva, a veces, al romanticismo a preferir moldes políticos autoritarios. Otra influencia es la ilustración, la cual resulta paradójica. Partiendo de la idea de la "mayoría de edad" y el deber educativo que tienen quienes la han logrado con quie-

nes no, justifica por igual la conquista, en la cual el educador es el "pueblo superior", como la independencia, cuando nuestros ilustradores se creen, y creen a la nación, en condiciones de andar por sí misma.

Por esta razón, la tesis de Acosta de Arriba es polémica. Según ésta, el independentismo deviene doctrina autóctona. Cierto que el autor la refiere negativamente, como doctrina que *estrictu sensu* "no" es europea. Su formulación positiva —o sea, que es autóctona *estrictu sensu*— resulta más compleja. Por otra parte, es una tesis igualmente demostrable, pues lo autóctono no es enajenación de lo europeo, sino sencillamente apropiación creativa, participación. ¿Qué aprendió o rectificó Céspedes ya no de movimientos intelectuales sino políticos como el de los "patriotas catalanes"? Es una puerta historiográfica y sociológica que abre Acosta de Arriba.

Por último, se destacan aportes de Céspedes en lo militar y en los géneros de expresión literaria. Una vez más, Acosta de Arriba vota por la figura del Padre de la Patria, resulta una posición participativa, una filiación, que es sentimiento: una forma legítima de hacer la historia.

Emilio Ichikawa Morín

El despojo de un triunfo. 1898

Raúl Izquierdo Canosa

Ediciones Verde Olivo,
La Habana,1998,
148 pp., 14 x 21,5 cm,
rústica cromada.

LA NUEVA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA por el centenario de la república neocolonial ha comenzado. Para las generaciones de historiadores cubanos que asumirán el nuevo siglo XXI se impone la necesidad de seguir *pensándonos,* ahora, dos siglos atrás. En esa necesidad no debe desaparecer un tipo de análisis comprensivo a una república que emergerá con fuertes sentimientos nacionales, debatidos en pensamientos frustrados, confusos, definidos o pospuestos. Todos ellos, pivotando al unísono en una mentalidad y psicología colectiva en lo político y social, sumergidos indistintamente en algunas de estas alternativas con el fin de la dominación española y el inicio del siglo XX.

Hoy sería inapropiado con la entrada de un nuevo siglo, tratar de hacer un cierre historiográfico al proceso de luchas por la búsqueda de una república independiente, quedando, todavía, importantes investigaciones a este imprescindible cimiento político e histórico del período de las guerras independentistas. Y por este mismo camino nos llega, ahora, la última obra del historiador cubano Raúl Izquierdo Canosa: *El despojo de un triunfo. 1898.*

El autor (premio Ramiro Guerra, 1997) ha publicado sus más recientes obras a la par de los centenarios anuales de la guerra de 1895 en Cuba.

Cuando escribo estas líneas para tan importante revista he leído en dos oportunidades la nueva propuesta de Izquierdo Canosa: una cuando llegó a mis manos, y la otra, al brindárseme la posibilidad de referir sobre ella en estas páginas. En ambos casos experimenté un ascendente disfrute y provecho de su contenido, que pretendo ahora, si el lector me lo permite, compartir con él.

Con una excelente presentación de cubierta mediante una composición computarizada, el autor nos propone una valiosa información analizada y resumida de toda la labor política y militar de los independentistas cubanos en la guerra de 1895-1898.

En tan sólo 148 páginas, Izquierdo asumió felizmente el reto de reflejar un tipo de análisis histórico en el cual el conocimiento teórico y práctico de la ciencia militar permite una destreza que convierte la obra en obligada consulta dentro de la historia militar cubana, al adquirir ésta la posibilidad de un uso general o especializado.

Resulta preciso apuntar, antes de adentrarse en la obra, la complejidad de la historia militar. Ella es componente de la ciencia militar. En la cual, la historia de las guerras, el arte militar, armamento y técnica, construcción militar, heráldica, numismática y la historiografía militar, se in-

terconectan en compleja relación, dando una visión sumamente acabada de una figura político-militar o de un proceso histórico. La historia militar estudia las guerras y las fuerzas armadas durante la actividad del hombre en el pasado, teniendo en cuenta disímiles factores.

Al iniciarse la obra propuesta, su autor nos comentará previamente el ámbito epocal de 1898, cuando las fuerzas militares cubanas mantenían la clara posibilidad de triunfo a partir de dos recursos esenciales: la resistencia y el desgaste. Cortada tajantemente por la intromisión de Estados Unidos amparado en los acápites de la Resolución Conjunta.

Lo que buena parte de los historiadores españoles acuñan con el término de "el desastre del 98", deviene la puerta principal para llegar minuciosamente a la situación de cada uno de los años del conflicto. "El desastre del 98" se plantea aquí de manera brillante, con los dos lemas políticos de España al comenzar y terminar la guerra: "hasta el último hombre y la última peseta" y "A Cuba ni un hombre más, ni un peso más", reflexionando en voz de las propias fuentes españolas la inevitable evolución de una realidad política, militar e histórica; sin ser cambiada oportunamente, pudiéndose haber evitado los impactos económicos, sociales y humanos de las dos naciones.

Para el tratamiento del libro, Izquierdo se apoyará en tres aspectos fundamentales: antecedentes, inicios y desarrollo del conflicto, que si bien logra una visión global en apretada síntesis, alcanza, además, hacernos entender muy equilibrada y pormenorizada la situación militar de la guerra.

Ahora vale plantear la concepción de trabajo utilizada por el historiador militar, concebida en la representación de todo el andamiaje estructural del Ejército Libertador cubano y el Español de Operaciones. Estoy seguro que el profundo conocimiento del tema y una excelente capacidad de selección, posibilitaron a Izquierdo conformar la concepción de la obra en el empleo de tablas, mapas, gráficos y plumillas; muchos de ellos elaborados y compactados por primera vez para un texto tan ilustrativo, ya componente necesario de la historiografía de las guerras de independencias de Cuba. Este último aspecto —el de los variados recursos estadísticos e ilustrativos— le proyectan a la obra un alto grado de realización y encomiable acabado.

La inteligente exposición estructural del Ejército Libertador, en número de efectivos por zonas y regiones, números de armamentos, recursos de los aseguramientos de todo tipo y las ubicaciones de las zonas de operaciones a los diferentes niveles, vienen a consolidar de manera definitiva el sello del análisis.

Entonces comprenderemos cómo una fuerza militar de un enclave colonial español con el empleo de métodos predominantemente irregulares, pudo enfrentar con éxito a un ejército de un considerable mayor desarrollo y organización, entre los mejores en Europa.

Tesis, la cual muchos historiadores españoles estiman no posible, pero definida y lograda aquí con un serio rigor histórico.

Para quienes difieran sobre el tema con diferentes criterios, tendrán la oportunidad de consultar y enriquecer con este nuevo libro la polémica planteada. Teniendo en cuenta, a mi juicio, los siguientes elementos reflexivos:

1. En la teoría militar española de la época, los métodos irregulares de lucha no son parte de la instrucción académica, a pesar de su desarrollo práctico desde mucho antes de fines del siglo XIX en otras regiones del mundo y la propia Europa.

2. Las particularidades en terreno y clima de un lugar como la manigua cubana.

3. Finalmente, la insatisfacción de asumir la posible derrota frente a una fuerza irregular de una de sus propias colonias.

Izquierdo Canosa consideró oportuno, un breve antecedente en la Guerra de los Diez Años, al establecer los inicios de un triunfo despojado después.

Apreciándose los avances cualitativos en la formación de la nacionalidad cubana, la república como forma de gobierno y la aceleración del proceso de abolición de la esclavitud.

El grueso de la obra reflexionará en torno a las estructuras de ambas fuerzas, porcientos, correlaciones de fuerzas, etc., manejando buena cantidad de conceptos típicos de la situación. A la aprobación de la obra coadyuvan los elementos jurídicos cubanos en cuanto a organización y estructuración militar de 1896 y 1897, producidos en este momento y reflejados en las páginas del libro.

En cuanto al empleo de fuentes orales, testimoniales y bibliográficas, tuvo en cuenta una variada selección de criterios de importantes autoridades históricas y políticas tanto españolas como cubanas, algunos de ellos protagonistas de la contienda. Nombres como Antonio Maura Gamazo, Antonio Pirala, Antonio María Fabié, Varona Guerrero, Bernabé Boza, otros, formarán parte de esa selección.

A juicio del autor, en la obra se agrupa un total de nueve campañas militares compactando el período analizado; definiendo con mano precisa sus objetivos, ubicación geográfica del terreno, desarrollos y consecuencias. Además resultará de gran utilidad al lector las consideraciones respecto de los pensamientos y acciones de los principales jefes políticos y militares de la lucha. Un ejemplo de ello es el empleo simultáneo de cuatro componentes de realización, utilizados por el General en Jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez Báez a lo largo de la confrontación: maniobra, fuego, terreno y clima.

Otra participación extranjera en la guerra de 1895 con carácter y objetivos contrarios, fundida en la ayuda solidaria a la causa independentista, se analizará también en el texto con una cantidad que sobrepasa los 30 países, mereciendo un apreciable espacio antes de concluir el análisis.

Desde que leí por primera vez la obra de Izquierdo Canosa hasta el fin de estas líneas, soy de la convicción de su inmediata incorporación a la historiografía del ciclo revolucionario 1868-1898, por la valiosa ayuda para el lector general o especialista, por su evidente utilidad, aportes estadísticos y magnífico proceso de búsqueda a una clara realidad histórica despojada en vísperas de su triunfo. Convidamos, pues, al lector a no dejar pasar por alto en sus próximas lecturas, esta interesante producción historiográfica.

Antonio N. Álvarez Pitaluga

Obispo de Espada. Papeles

Ensayo introductorio, selección y notas de Eduardo Torres-Cuevas

Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 4,
Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, Cuba, 1999; auspiciada por la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe,
332 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

CONTINUIDAD A UNA SISTEMÁTICA y amplia producción historiográfica iniciada desde hace varias décadas, deviene esta obra del doctor Eduardo Torres-Cuevas. Entre los libros que le precedieron valga destacar, por sus evidentes nexos con este texto, *Esclavitud y sociedad,* en coautoría con Eusebio Reyes; *José Antonio Saco. Acerca de la esclavitud y su historia,* redactado conjuntamente con Arturo Sorhegui; *La polémica de la esclavitud. José Antonio Saco* y *Félix Varela*. *Los orígenes de la ciencia y con-ciencia cubanas.* Debe tomarse en consideración, asimismo, que la obra que nos ocupa constituye una versión ampliada, tanto desde el punto de vista interpretativo como factual, de *Obispo Espada*, dado a conocer por el mismo autor en el decenio del 80 —Colección Palabra de Cuba, Editorial de Ciencias Sociales—.

La afinidad temática entre los libros citados salta a la vista. Torres-Cuevas ha analizado los procesos históricos que condujeron a la formación

y el desarrollo de la nacionalidad y la nación cubanas. Frente a una historiografía que ofrecía una imagen polarizada de la sociedad esclavista (plantadores o "sacarócratas" *versus* esclavos), él ha reconstruido el mundo de los sectores intermedios. Sobre la base de un estudio detenido de la población asentada en la Isla, de las instituciones económicas, políticas y religiosas, y del pensamiento ilustrado y liberal en Cuba, Torres-Cuevas puso al descubierto el amplio espectro social conformado por las capas medias urbanas, para detenerse en el papel interpretado por una intelectualidad que apostó por la "Cuba pequeña".

Reiterar la importancia del obispo De Espada, desde la referida posición, no resulta casual. Para el mencionado historiador, se trata de un precursor, de la figura que auspició el surgimiento de la primera generación de intelectuales cubanos. Sin un retorno a esa personalidad no podríamos valorar la significación de José Antonio Saco o Félix Varela; ni ponderar, por ejemplo, el impacto sociocultural del Seminario de San Carlos y San Ambrosio.

Obispo De Espada. Papeles, además de dar a la luz pública un conjunto de documentos inéditos o poco divulgados, examina las circunstancias históricas dentro de las cuales estuvo inmersa la vida del prelado, el perfil psicológico, la dimensión histórica y humana de éste. La perspectiva comparada, recurrente en Torres-Cuevas, que no se circunscribe al devenir de la colonia antillana, y una concepción interdisciplinaria, que incorpora la mirada del historiador y la del filósofo, enriquecen una obra cuyo discurso invita a tomar partido junto al autor y cuyo lenguaje, académico pero ameno, es susceptible de diversas lecturas, según lo lea un especialista o un lego en la materia.

El nuevo título de esta colección de Ediciones Imagen Contemporánea, resulta esencial para conocer el siglo XIX insular, pero, sobre todo, para comprender los fundamentos éticos de la cultura nacional.

María Antonia Marqués Dolz

Felipe Poey y Aloy. Obras

Ensayo introductorio, compilación y notas de Rosa María González López

Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 6,
Ediciones Imagen Contemporánea; La Habana, Cuba, coauspiciada por la Sociedad Económica de Amigos del País y el Inst. de Investigaciones Marinas, Universidad de La Habana, 1999,
628 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

UN DIGNO HOMENAJE al sabio cubano en su 200 aniversario**.** Felipe Poey y Aloy, nacido en La Habana el 26 de mayo de 1799, es una figura cimera en la historia de la ciencia en Cuba, cuya vida y labor avalan esta afirmación. Este cubano ilustre no sólo fue un exponente notable de la ciencia cubana y universal en el siglo pasado; sino también, en su vida ciudadana e intelectual, un reflejo peculiar de las inquietudes y conflictos de los cubanos ilustrados de su época.

Ciertamente son pocos los hombres que ganan, en voz de sus propios contemporáneos, el calificativo de sabios. Alcanzarlo de seguro implica un relieve especial en el reconocimiento, lo que no niega sino más bien realza su común condición humana.

El magnífico libro que hoy pone a nuestra disposición su autora, Rosa María González, ve la luz en el contexto de múltiples actividades que la comisión para la conmemoración del bicentenario del sabio logró impulsar y hacer fructificar. Su publicación es el resultado de la colaboración entre varias instituciones, y, en especial, un aporte de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana, que ha tenido a bien editarla como parte de su valiosa colección denominada Biblioteca de Clásicos Cubanos

En su "Nota a la presente edición", que recomiendo sinceramente a cuantos se interesan por las raíces de lo que debemos llamar el pensamiento cubano, el doctor Eduardo Torres-Cuevas nos ilustra sobre las razones de esa acertada decisión. Al decir de él, la figura de Poey resulta probablemente la menos conocida,

pero una pieza inseparable de lo que identifica como *pentarquía* fundacional del pensamiento cubano en la primera mitad del siglo XIX, en la cual es preciso engarzar, de manera precedente o concomitante, a la de Poey, la vida y la obra de Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte.

Nuestra Academia, en particular, lo tiene ciertamente entre sus precursores paradigmáticos y lo recuerda con veneración como uno de los más grandes fundadores de su antecesora, la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, de la cual llegó a ser Miembro de Mérito. Lo mismo puede decir la Universidad de La Habana, que lo contó entre sus más ilustres catedráticos y en cuyo recinto descansan sus restos.

Pero para la mayoría de los cubanos y quien sabe si en especial para nosotros, trabajadores de la ciencia, el nombre de Poey se asocia de manera automática a las ciencias naturales. Eduardo Torres-Cuevas nos alerta respecto de lo limitado y erróneo de esta apreciación, a la luz de la evidencia que se pone a nuestra disposición con esta obra que hoy se presenta, valiosa especialmente por la acuciosa revisión de su bibliografía activa y pasiva que sirvió de fundamento a su autora y que en la obra se nos ofrece con generosa prodigalidad.

Es cierto que desde muy joven, a su regreso de Francia, en circunstancias que este libro nos revela con documentada precisión, en la obra de Poey resalta la gran pasión de su vida, que nos lo retrata como uno de los grandes fundadores de la ciencia cubana: el estudio de la naturaleza en su isla natal, de la cual su fascinante colorido pareció mover en particular su sensible alma de poeta e incentivar su curiosidad de investigador científico. Su interés por la historia natural lo condujo por los campos de la entomología y la ictiología, pero esa misma avidez investigativa, junto a su sostenida vocación de educador, lo hicieron abordar el campo de la antropología, de manera no poco atrevida para su contexto social.

Sin embargo, su mente polifacética también conoció y cultivó otros muy diversos aspectos del intelecto humano: el derecho, la literatura clásica, la poesía, la pintura, la historia, la lingüística, entre otras. Su racionalismo científico no estorbó a su exquisita sensibilidad artística y literaria, que lo llevó a producir versos, artículos de crítica literaria, cuentos y otras narraciones, expansiones del espíritu que constituyeron virtualmente su forma preferente —si no única— de ocio, así como un medio singularmente eficaz de propagar sus conocimientos científicos.

En la obra amorosamente preparada por Rosa María González, se nos revelan de manera ordenada sus facetas como literato, sus primeros trabajos científicos, su labor pedagógica, sus intensas relaciones con muy notables científicos extranjeros de su época y sus eminentes trabajos ictiológicos.

Como nos expone la autora, a la preparación de su obra más trascendente, la *Ictiología cubana,* Poey consagró cerca de 70 años de su fructífera vida, y los sucesivos reportes por él preparados despertaron vivo interés por naturalistas de la talla del gran Georges Cuvier. Rosa María nos ilustra acerca de los diversos y fallidos intentos por la publicación de esta magna obra, exquisitamente ilustrada, la cual presentada *en manuscrito* en la Exposición Internacional de Amsterdam de 1883, le valió a Poey la condecoración, reservada a grandes talentos, de la Cruz de Caballero del León Neerlandés y diplomas de reconocimiento de sociedades científicas de Londres, Filadelfia y Nueva York. Después de un siglo de espera, esta monumental obra se publicará en nuestro país en breve en esta misma colección, tras años de cuidadosa revisión y cotejo de sus manuscritos por otro eminente ictiólogo cubano contemporáneo, el doctor Darío Guitart Manday, lamentablemente desaparecido hace unos pocos días y a cuya memoria dedicamos hoy un recuerdo agradecido.

De especial valor nos parece que, junto a la robustez de la obra científica de Poey y a su innegable sensibilidad y maestría para el cultivo de

las letras, en el libro que presentamos aparecen facetas esenciales del ser humano muchas veces ignoradas. Portador de una malformación bastante severa de sus miembros, a causa de una penosa enfermedad durante su niñez en Francia, nadie podría adivinarlo ante la vitalidad que transpiran sus relatos de viajes y expediciones. Al parecer, poca o ninguna huella dejó esta limitación en su carácter, reflejado en sus escritos literarios y en el testimonio de sus muchos discípulos y admiradores. Por el contrario, en sus poemas y relatos aflora una lozanía propia de quien ama la vida sin restricción alguna e, incluso, en varias de ellas se destila un especial sentido del humor, que se me antoja reflejo del gracejo criollo en su época. En la "Presentación" preparada por Pedro M. Pruna en 1993 al manuscrito de la autora, califica a Poey como "bardo de la naturaleza cubana". Así lo da por bueno también Torres-Cuevas en su "Nota" a esta edición y yo me limitaré, coincidiendo con ellos, a incitar al lector a comprobar este aserto.

Recalco a los lectores, en especial a los jóvenes, que, pese a su talento sobresaliente y sus reconocidos éxitos, Don Felipe fue, a lo largo de toda su vida, hombre de vida modesta y comportamiento sencillo, austero, para muchos hasta pintoresco en sus sencillos hábitos de vestir y de actuar, que por años incluyó la diaria visita a pescadores y vendedores de pescado en busca de nuevos ejemplares para su prolija colección. Fue igualmente un hombre amante de la familia, cordial y generoso, maestro extraordinario a quien sus alumnos seguían y virtualmente idolatraban. De su modestia y de su permanente apertura al nuevo o superior conocimiento dan prueba elocuente sus propias palabras, recogidas en los *Anales* de la Academia, en ocasión de responder a la disertación de ingreso de quien fuera tal vez su más dilecto discípulo, Carlos de la Torre y Huerta. En tan señalada ocasión, y ya octogenario, supo expresar con galana naturalidad: "He aprendido mucho durante esta disertación, y al cumplir el deber de argumentar, adquiero la ocasión de aprender algo más. Estoy satisfecho, y lo que es más, convencido; porque he de advertir que antes de oírle, yo opinaba de manera contraria".

Esta figura sobresaliente de nuestra historia se nos hace accesible y cercana a través de la presente obra, fruto de casi seis años de paciente investigación, redacción y compilación, y que, tras un paréntesis de obligada espera comparable en tiempo, llega felizmente a nuestras manos a partir de hoy. El acucioso trabajo de su autora nos permite apreciar no pocas líneas de continuidad entre el pensamiento científico y ético de Poey, y la universalidad humanista del más grande de los pensadores cubanos, José Martí. Basten dos menciones a manera de ejemplo. En un muy detallado análisis científico que denominó "Unidad de la especie humana", el sabio naturalista apuntó, a manera de conclusiones: "En resumen la fecundidad indefinida entre las razas humanas, los límites de variedad que presentan los animales domésticos y las otras razones enumeradas, prueban la unidad de la especie humana".

Poey no se limita, no obstante, a la pura aserción sobre bases científicas. Poco más adelante señala el compromiso ético que ha de extraerse de su conclusión: "Esto no tiene importancia para las personas generosas y sensatas, dotadas de sentimientos de *humanidad*: pero esto importa mucho con respecto á hombres que viven en la ignorancia y en la necesidad de sacar el mayor provecho de las fatigas y trabajos de otro, dígase a éstas que el hombre sujeto al trabajo no es de su especie y no estará muy lejos de considerarlo fuera de la humanidad". ¿Acaso no enlaza directamente esta reflexión con la tajante afirmación martiana: "No hay odio de razas, porque no hay razas"?

En otro momento de su obra, había señalado el eminente naturalista: "Mientras que una parte de la humanidad desviada de sus altos destinos, hace la guerra a la mitad del género humano, el amigo de la naturaleza se refugia en su seno". El genio de Martí calaría aún más hondo en ese mismo enjuiciamiento ético, al sentenciar:

"Los hombres van de dos bandos, los que aman y funda, los que odian y deshacen".

Es cierto que en estricto apego a los hechos históricos, el libro de Rosa María González nos enfrenta también a pasajes no felices en la ejecutoria del gran sabio, a caso amargos igualmente para él, según la autora nos ayuda a comprender circunstancias y nos aporta importantes testimonios de contemporáneos de Poey. Pienso que, al tratar con exquisito cuidado estos escasos pero inocultables momentos negativos de la vasta ejecutoria de su biografiado, ella se atiene, como debemos hacer también nosotros, a la suprema advertencia martiana: "El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz".

El libro que se nos ofrece habla ante todo de la luz, y a todos los agradecidos nos deleitará su lectura. Todo aquel que muestre interés o inclinación por la ciencia, encontrará en la vida y obra de Poey, diestramente presentada por la autora, una fuente de elevada inspiración, de la misma intensidad que la que lo envolviera cuando, con su probada elocuencia, escribió: "Las ciencias constituyen fuente inagotable de felicidad, ellas arrastran con mágico encanto y mientras más investiguen ignotas regiones y oscuros enigmas descifre la inteligencia, mientras más de cerca contemple el sabio a la naturaleza, más satisfacción sentirá su alma de verse frente a esos profundos misterios que envuelven goces inexplicables, tan inexplicables como sublimes".

En nombre de nuestra Academia de Ciencias y en el mío propio, extiendo mi sincera felicitación a nuestra cercana compañera Rosa María González y expreso el agradecimiento de todos al equipo editorial de Ediciones Imagen Contemporánea y a la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, que con el coauspicio de la Sociedad Económica de Amigos del País y el Instituto de Investigaciones Marinas, la han hecho accesible a nuestros científicos y a todo nuestro pueblo.

Ismael Clark

Utopía y experiencia en la idea americana

Colectivo de autores
Ediciones Imagen Contemporánea,
La Habana, Cuba, 1999;
auspiciada por el Collège International de Philosophie de París y la Embajada de la República Francesa en Cuba,
160 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

PUBLICADO RECIENTEMENTE este libro reúne artículos de autores franceses y cubanos en torno a un tema común: la utopía, tratada desde diversos ángulos y criterios autorales que permitieron un coloquio abierto, interesante, polémico y fraternal, en el contexto del Primer Encuentro Bilateral de Filósofos Franceses y Cubanos, celebrado a finales de septiembre de 1996 en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana.

De hecho, reunir y plasmar en forma escrita las ponencias de los participantes en el Encuentro, constituye un mérito esencial del libro. Destacadas personalidades del universo intelectual francés asistieron gustosamente a éste, permitiéndonos conocer a través de sus trabajos el tratamiento de este tema en la filosofía francesa y mediante la Mesa Redonda que cerró el evento —también recogida en el libro— nos posibilitó percibir el estado de discusión de los temas filosóficos en la Francia actual, a la vez que contribuyó a que los visitantes se sintieran nuestros colegas y apreciaran de cerca la creatividad y profundidad con que sus anfitriones (profesores-investigadores cubanos) problematizan sobre el tema de la utopía y se insertan en el debate actual de las ideas.

La presencia en este coloquio de miembros del Colegio Internacional de Filosofía de París junto a profesores-investigadores cubanos, debatiendo mano a mano y desde ángulos y realidades bien diferentes un mismo tema —hallando interesantes puntos de acercamiento—, resulta de por sí un hecho académico de gran significación, que contribuyó definitivamente a la consolidación del proyecto investigativo conjunto

entre Francia y Cuba, en el ámbito académico universitario de la Cátedra Voltaire.

Por estas razones, la edición del libro *Utopía y experiencia en la idea americana* contribuye a la divulgación y el desarrollo de la filosofía y las ciencias sociales cubanas, al ponernos en contacto con las inquietudes y problematización de la visión tradicional de la utopía en el campo académico cubano e ilustrarnos acerca de la amplia gama de concepciones y tratamientos sobre el tema (utopía técnica, científica, latina...) que desde la realidad francesa actual nos mostrarán los filósofos invitados, en excelentes ponencias, todo lo cual coadyuva a corroborar la posibilidad y necesidad del diálogo entre Europa y Latinoamérica en el campo de las ideas.

Por demás, el libro logra un excelente equilibrio en las exposiciones de visitantes y anfitriones, así como una excelente presentación editorial.

Rita M. Buch Sánchez

Fiestas populares tradicionales cubanas

Colectivo de autores

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, Cuba, 1998, 288 pp., 13,5 x 21 cm, rústica cromada.

Itinerarios de la historiografía del siglo xx

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, Cuba, 1999, 328 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

INDISPENSABLES OBRAS ha publicado recientemente el Centro Juan Marinello, como parte del quehacer científico y cultural contemporáneo en nuestro país. Haber participado en la edición de ambos libros, nos permite ofrecer en esta sección "Entre el Autor y el Lector" de nuestra revista *Debates Americanos*, desde el prisma de editora, algunas consideraciones que motiven a nuestros amigos lectores —de Cuba y del exterior— acercarse a tan significativos textos.

El primero, en el tiempo, es el resultado de acuciosos trabajos de especialistas en estudios culturales del Centro y colaboradores de éste, como Isaac Barreal Fernández, Alicia Morales Menocal, Dennis Moreno Fajardo, Rafael Cerezo López, Virtudes Feliú Herrera, María del Carmen Victori Ramos, Caridad Santos Gracia y Martha E. Esquenazi Pérez; ellos tuvieron la dedicada colaboración y arduo esfuerzo de especialistas en esta temática de distintas provincias y municipios, así como el aporte de importantes datos por quienes conocieron y guardaron memoria de esta manifestación cultural tradicional cubana. Por ello, y gracias a ellos, contamos con un volumen que agrupa los festejos más sobresalientes en todo el territorio nacional, vigentes o históricos, religiosos o laicos, urbanos o rurales.

Cuando tenga en sus manos la obra que hoy le recomendamos, según sus vivencias, recordará las fiestas tradicionales hispánicas del patrón del pueblo, carnavales, verbenas, parrandas o el guateque campesino; tal vez tendrá presente el resonar del tambor de la fiesta ritual o laica africana; o puede encontrarse con la tradición haitiana y jamaicana. Y es que las fiestas de antecedentes hispánicos, africanos y de inmigrantes laborales, conforman la riqueza popular tradicional de la cultura cubana. Un calendario de fiestas tradicionales cierra, con esmerado empeño, el objetivo ambicioso y de resultados científicos de consideración de esta obra.

Algo más reciente, pudimos revisar los originales de una obra que ahora se les ofrece y la cual constituye un relevante aporte historiográfico para los estudios de la Historia. Estos *Itinerarios* que nos posibilita conocer el destacado intelectual mexicano Aguirre Rojas, y con sugerente subtítulo, se nos convierten necesarios en la profundización del conocimiento contemporáneo de esta temática: "De los diferentes marxismos a los varios *Annales*".

Este libro, con sello editorial del Centro, contó para su publicación con la colaboración de su autor, de la Asociación Nacional de Profesores de Historia y Ciencias Sociales (México), la Uni-

versidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Autónoma Chapingo (México) y sus departamentos de Preparatoria Agrícola y de Sociología Rural, el Programa Interdepartamental de Docencia, de Investigación y Servicio de Agroecología, el Centro de Investigaciones Económicas, Sociales y Tecnológicas de la Agricultura y la Agroindustria Mundial.

La Historia, más como experiencia que como memoria, expone diversos períodos semejantes de crisis y renovación, desde la Ilustración del XVIII hasta el desarrollo tecnológico y científico de nuestra centuria que culmina, inmersa en conmociones ideosociales. En el decursar de este intenso proceso, nuestro siglo ha proyectado tres grandes corrientes teóricas de la Historia: el *positivismo*, la *Escuela de Annales* y el *marxismo*, las cuales han devenido indispensables para el conocimiento en la formación y práctica del oficio de historiador.

En extenso y con dominio en sus reflexiones, Aguirre Rojas aborda en las páginas de este libro, en el conjunto de textos y ensayos agrupados, medulares planteos actuales que remiten a ese "contexto general de la historiografía que podemos calificar de *contemporánea*"; empeño encaminado a reconstruir lo que considera algunos de los *itinerarios esenciales* de esa historiografía, desde las varias expresiones de *Annales* hasta los diferentes marxismos del siglo XX.

El lector, al tener esta obra, podrá apreciar las sugerentes interpretaciones que centran los objetivos básicos en la atención a la contribución del proceso del remontaje historiográfico que ocupa el análisis de los tiempos dados con la primera conflagración mundial y que conducen a nuestros días, así como estimular el estudio, investigación y debate en los historiadores latinoamericanos, sobre el balance crítico de esa historiografía, de sus reales posibilidades en el futuro, de sus necesarias transformaciones y actualizaciones.

Gladys Alonso González

Enrique José Varona. Política y sociedad

Selección e introducción de Josefina Meza y Pedro Pablo Rodríguez

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Palabra de Cuba*, La Habana, Cuba, 1999; Editorial Linotipia Bolívar, Santafé de Bogotá, Colombia, 312 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

EL SEXTO Y ÚLTIMO HIJO de una familia rica y culta, Enrique José Varona, nació en la ciudad de Puerto Príncipe el 13 de abril de 1849, quien en el devenir de sus 84 años se convertiría en una de las personalidades más importantes del pensamiento y acción transformadores de la nación cubana. Filósofo, poeta, orador, periodista, educador y político de gran talla, se significa en nuestra historia como figura debatida y compleja, pero de ineludible presencia puente desde el accionar de lo mejor de la tradición ideológica y cultural pasada, en su proyección contemporánea de pensamiento del pueblo revolucionario cubano.

En referencia a Varona, en una oportunidad señalaría Armando Hart Dávalos: "El carácter progresista o conservador de las ideas políticas o filosóficas, viene muy condicionado por el medio social en que tales ideas se aplican o preconizan, y en Cuba de las primeras décadas del siglo, el positivismo tuvo un sentido muy diferente al de Europa". En sus direcciones temáticas, los historiadores Josefina Meza y Pedro Pablo Rodríguez —quienes han desarrollado una activa participación en los campos de la investigación, divulgación y docencia históricas—, al entregarnos la obra que comentamos en estas páginas, en el 150 aniversario del ilustre camagüeyano, encaminan sus reflexiones y documentados estudios introductorios, en el preciso entorno y quehacer ideopráctico varonianos, penetrando en el entramado de la obra sociopolítica y en su ideología económica, sin justificaciones elaboradas o esquivos teóricos; sí bien, introduciendo las interpretaciones objetivas y críticas acerca de un hombre y un pensar, cuyos derroteros marcaron, en cons-

tante reflexión y recambio avanzado, el espíritu superador de ideas y actitudes patrióticas.

Muchos valores podrá encontrar el lector en esta obra, en la cual sus autores logran incorporar una selección de textos, de algunos trabajos de Varona escasamente publicados, la cual permite un conjunto de coherencia evolutiva en las ideas varonianas, cuya exposición temporal posibilita, según nos expresan los seleccionadores, "la evolución de las ideas de Varona en sus proyecciones principales, desde un punto de vista positivista y liberal que lo lleva a aspirar al avance de la sociedad cubana hacia el desarrollo capitalista autónomo [entiéndase que era la época del capitalismo premonopolista], libre del yugo español, como representante de una potencial burguesía nacional, hasta su definición como ideólogo antimperialista, mentor de las juventudes estudiantiles e intelectuales cubanas del proceso revolucionario del 30, capaz de reconocer que el socialismo, ineluctablemente, sustituiría al capitalismo".

Enrique José Varona, y así comprobamos al recorrer en su lectura las páginas de esta obra –-y que, además, contiene básicas bibliografías activa y pasiva, así como una valiosa cronología comparada—, formó parte principal y consciente de dos generaciones de cubanos que ofrecieron juventud y sangre en la lucha por la independencia y que en los momentos finiseculares vieron, en sus nobles empeños de edificación de una Patria libre, truncas las esperanzas y sacrificios, en brutal injerencia neocolonial del naciente imperialismo estadounidense. Los autores nos permiten acercarnos a un hombre de aquellos que entonces eran preocupados por la problemática de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX que ya concluye; pero de los pocos que comprendió la significación dominadora de Estados Unidos en Cuba -–"uno de los puentes entre el pasado cubano y nuestras ideas actuales", señalaría Carlos Rafael Rodríguez—.

Trabajos como "El azúcar y los optimistas", "El bandolerismo", "El movimiento feminista en Cuba", "Cuba contra España", "Martí y su obra política", "El fracaso colonial de España. II: Período revolucionario"; o aquellos referidos a "Las reformas en la enseñanza superior", "Martí en los Estados Unidos", "El imperialismo a la luz de la Sociología", "Discurso sobre el capital extranjero", "Recepción en la Academia Nacional", "Con el eslabón. Selección", "El imperialismo yankee en Cuba"; también los temas acerca de "El conflicto social es en todo el mundo idéntico y ningún pueblo podrá sustraerse a él", "Balance", "Entrevista con el director del diario *El País*", "Mi tributo a Rafael Trejo", "Mis consejos", estructuran en esta selección, junto a otros, contenidos de un pensamiento en desarrollo y expresión de toda una época.

El resultado de la labor investigativa de los colegas Josefina y Pedro Pablo, permitirá adentrarnos en el enriquecedor acontecer varoniano, del patriota camagüeyano que en octubre de 1868 es de los levantados en Las Clavellinas, quien asume en los tiempos del conflicto bélico de la Guerra Grande un camino que le conduce, en el tiempo, a asimilar con la caída de José Martí la edición de *Patria* y mantener la estructuración de objetivos de la Revolución Cubana ante la metrópoli española. Raúl Roa ante la tumba de Varona diría que, traía una "palabra genuinamente joven, viril, afirmativa, que despide al viejo y amado maestro con la determinación diamantina de completar su obra superándola, ya que el magisterio es estéril si no existen discípulos dispuestos a la negación constructiva".

"Ya puedo morir", dijo el patriota al conocer de la fuga del tirano Machado. Tres meses después lo hizo. Con estas páginas que se agradecen, por la significación que tienen en la continuación del estudio de nuestro pensamiento, no dejen de recordarse las palabras escritas por Carlos Rafael Rodríguez en su balance del centenario de Varona: "Y mirarnos hacia atrás, como él quería, pero no para quedarnos 'con el cuello torcido', sino para aprender mejor sus señales que nos animan a seguir adelante".

Luis M. de las Traviesas Moreno

José Agustín Caballero. Obras

Ensayo introductorio, compilación y notas de Edelberto Leiva Lajara

Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 5, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, Cuba, 1999,auspiciada por la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para A. Latina y el Caribe, 580 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

COMPILADAS POR EL PROFESOR cubano Edelberto Leiva, las obras del presbítero habanero José Agustín Caballero llevaban esperando por esta exhaustiva edición poco menos de dos siglos, aparecen ahora gracias a esta colección de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz. El volumen presenta dos grandes partes: un ensayo introductorio del propio compilador y el conjunto de textos del padre Agustín. Cada una de ellas merece, por sí sola, un ensayo crítico.

Ahora bien, el análisis de la obra de este fundador se realiza con gran profundidad en la primera parte. A causa de ello, me limitaré a mencionar —con respecto a la segunda parte— el minucioso trabajo de búsqueda, localización y transcripción hecho por el joven profesor Edelberto Leiva. A ello pueden sumarse las acertadas y profusas notas al pie, muchas de ellas explicativas y reveladoras, que acompañan a las transcripciones de los originales y la correcta referenciación de los documentos de fuentes primarias.

No obstante, lo que más resalta es el ensayo introductorio de Leiva, el cual —más que un intento de biografía— se erige en bosquejo histórico de la época del padre Agustín. El autor no nos agobia con excesos de información o con vacíos alardes de erudición. En las 98 páginas de su ensayo, el lector quedará atrapado en aquella fructífera y contradictoria etapa de la historia de Cuba, en la cual José Agustín Caballero desempeñó un papel relevante. Para entender al Padre, el autor, tal vez influido letalmente por Fernand Braudel, comienza por aprehender su momento histórico, viendo al biografiado como parte de un proceso y no como un individuo aislado en el eco del claustro del habanero Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Así se percibe cristalinamente, en los inicios de la lectura, como entiende y analiza el momento de "gracia" ofrecido a Cuba a raíz del desbarajuste económico y político de la vecina colonia francesa de *Saint Domingue*. Sin desviarse de su objeto de estudio, el autor nos sumerge en la política del capitán general don Luis de las Casas y su ideal de autosuficiencia insular, compartido y fomentado por los individuos más emprendedores dentro de la Isla en aquel entonces, léase Francisco de Arango y Parreño, el conde de Casa Montalvo y Nicolás Calvo, entre otros.

En este medio sazonado por innumerables condimentos, ubica el autor al padre Agustín, siguiendo cual experto detective las huellas de su biografiado. Lo muestra en su controversial puesto de censor, el cual, lejos de arrastrarlo al desenfreno o la injusticia, sirvió para resaltar "su ética cristiana y su preocupación por los efectos que ciertas opiniones podían tener en ordenamiento social existente". Agustín Caballero, consciente de la importancia que tenía para quienes lo rodeaban el binomio esclavitud-tecnología, capeó el temporal de un modo muy singular, mediando a favor de aquellos que eran comprados en la lejana África y traídos a sufrir incontables abusos en la incipiente colonia azucarera. Poco a poco va apareciendo ante nosotros el hombre comprometido con su momento histórico, a la par que el religioso dedicado a su Iglesia. No sólo su posición crítica hacia la esclavitud —el más grave problema social de su tiempo— se trasluce en la prosa de Leiva, sino la personalidad integral del sacerdote cubano, quizás adivinada por vez primera por un estudioso suyo en los casi dos siglos transcurridos desde su muerte. De esta manera, el padre Agustín aparece como uno de los primeros en criticar los malos tratos recibidos por los esclavos en los ingenios del occidente insular y como terrible genio parodiante de la imagen de los tratistas y de todos los que —desde su punto de

vista— lucraban sobre la sangre de sus esclavos sin reparar en su destino.

De acuerdo con Leiva, su papel como pedagogo y los méritos adquiridos al frente de diversas cátedras, desempeñadas dentro del Seminario que vio pasar su vida entre sus muros, se recompensaron con una nueva generación de cubanos que supo dar continuidad a sus enseñanzas. Félix Varela, Juan Bernardo O'Gavan, José Antonio Saco y los hermanos José Zacarías y Manuel González del Valle, son algunas de las figuras que aprendieron del Padre y reprodujeron sus lecciones, adicionando sus propias experiencias y conocimientos. Muchos de estos fieles alumnos permanecieron junto a su profesor durante largos años, y reconocieron con frecuencia la infranqueable deuda que tenían con él.

Sin embargo, lo que más se destaca de todo el ensayo introductorio es la aproximación al pensamiento filosófico del biografiado. Leiva, haciendo gala de dominio pleno de las herramientas conceptuales necesarias para entender un pensamiento filosófico complejo y aportativo como el de José Agustín Caballero, desglosa los puntos neurálgicos de su sistema de ideas, dejando al desnudo lo que de trascendente e histórico tuvo el pensamiento de este hombre excepcional. El compilador nos conduce —a la manera del hilo de Ariadna a Teseo, en el laberinto de Creta— en un recorrido por los sinuosos recovecos del pensamiento del Padre, hasta hallar sus más remotos rincones, aquellos vedados para los no iniciados en la ciencia filosófica. Nos muestra a un sacerdote valiente, y tal vez hasta atrevido, influido por los grandes pensadores del siglo VIII y seguidor de las ideas electivistas e innatistas de Renato Descartes. Según Leiva, el camino escogido por su biografiado fue el de demostrar que es conveniente al filósofo, "incluso al cristiano, seguir varias escuelas a voluntad, que elegir una sola a que adscribirse". A pesar de que el padre Agustín no llegó a reproducir las ideas del inglés John Locke —a quien su alumno Juan Bernardo O'Gavan se encargaría de dar a conocer— sí se dedicó a entender, a la manera de la Escuela de *Port Royal*, el sensualismo predominante en el *Ottocento* y el cartesianismo con el que tanto tuvo que ver. No por casualidad, sus estudiantes llegaron a ser destacados pensadores a la vez que persistentes pedagogos. Su ejemplo les mostró el camino a la disensión y al respeto a las ideas del otro.

En resumen, la obra comentada constituye un alto en el camino, un punto de reflexión acerca de cómo debemos enfrentar nuestros antecedentes históricos sin apasionamientos y con una consistente y necesaria preparación previa que permita entender las claves del problema al cual nos enfrentamos. La solidez y profundidad de este estudio lo colocan en un lugar privilegiado entre las obras de historia de Cuba, producidas en la Isla o en otras latitudes, durante los últimos años.

Manuel Barcia Paz

Significado de un conjunto cerámico hispánico del siglo XVI de Santiago de Cuba

Francisco Prat Puig

AL CONCLUIRSE LA LECTURA de esta obra (Editorial Oriente, 1986), nos queda la grata impresión de haber estado en contacto con un texto que deja su huella para la cultura cubana, y repercute de manera novedosa para la arqueología por el tema tratado y las vías utilizadas. El libro está estructurado por nueve epígrafes: "A manera de proemio", "El hallazgo de la cerámica objeto del presente estudio", "Problemas de la restauración", "Dificultades del trabajo", "Metodología de la investigación", "Significado de la vinculación del hallazgo con determinado monumento", "Consideraciones sugeridas por el material objeto de estudio", "Vida de los ejemplares cerámicos", y un capítulo en el cual se analizan detalladamente cada una de las piezas encontradas.

En este contexto arqueológico se relacionan piezas de forma como jarros o pichel, escudillas grealense, floreros, escudillas decoradas en azul y negro, escudillas con asas, escudilla decorada en verde, escudilla blanca, escudilla de sombrerito. También

lozas decoradas, platos, cerámicas sanitarias, piezas de jarreros, cerámica de cocina, azulejos.

Además se ofrece una descripción pormenorizada en cuanto a forma, diseño, barniz, color y pasta de las evidencias. Para la materialización del trabajo, el autor acudió fundamentalmente a fuentes bibliográficas y arqueológicas. Éstas le permitieron adentrarse en el tema.

Un elemento a destacar es la diversidad de ilustraciones que muestra la obra. Éstas se presentan a color y en blanco y negro, posibilitándole al lector una visión más amplia y exacta.

Prat Puig se propuso abordar un profundo panorama de una serie de objetos cerámicos hallados en la antigua colonia de Santiago de Cuba que, en determinada casa, formaban su ambiente. Mediante la historia llega a revelar la vida de los objetos cerámicos, "en un crítico momento de su evolutiva transformación al pasar de las medievales a las modernas formas y funciones", como subrayara el autor.

En el libro resulta interesante el acápite dedicado al significado de la vinculación del hallazgo con determinado monumento, porque el autor aborda de manera detenida las posibles causas que propiciaron el hallazgo. Recuerda que el basurero donde apareció el material era un hoyo en forma de fosa sepulcral, situado al lado de la calle Félix Pena a unos 17 metros de la esquina que formaba con la calle Aguilera. Prat Puig considera que la aproximación de este basurero con la casa de Diego Velázquez, por la cronología de la cerámica, tal vez fuera usado entonces como lugar donde se depositaban los desperdicios de esa casa.

Para reforzar esta hipótesis se fundamenta en la relativa calidad y, sobre todo, en la riqueza tipológica de los restos cerámicos, y se detiene como forma determinante en el lujo que supone la pieza de vidrio soplado cuyo fragmento procede del basurero. Además, incluye los tiestos de azulejo encontrados —de alta calidad y lujo— como elemento que permite abundar en la posible vinculación de estos hallazgos con la vecina casa de Diego Velázquez, cuya importancia, considera el autor, explica de manera cumplida esos lujos.

Prat define la técnica de esos azulejos como la conocida por cuenca o arista. Algunos están decorados con temas moriscos, pero en la mayoría se observan motivos renacentistas, que el autor sitúa en el primer tercio del siglo XVI. Los azulejos se hallaron entre los escombros que rellenaban parte del solar de aquel ayuntamiento de Santiago de Cuba, solar que no se edificó para cabildo hasta el siglo XVI. El autor toma esto como la lógica para suponer que estos escombros de relleno debieron pertenecer a algún edificio aledaño y el único de importancia era la casa del Adelantado.

En apoyo de su hipótesis, Prat Puig expresa que en la referida casa en torno a los arcos del encuentro de las crujías de la planta baja, a manera de arrabá, hallaron un repello antiguo con huellas de haber tenido azulejos engastados.

Más adelante, el autor concluye que "la hipotética atribución de estos azulejos con la vecina casa y su aparición en estado fragmentario entre los escombros que aparecieron en el solar, puede explicarse tal vez, a que haya sido saqueada la referida casa en algún ataque pirata y sus azulejos robados, como piezas preciosas que entonces eran, y echado en el vecino solar los fragmentos y escombros que quedaron, lo que se puede inferir de las condiciones y circunstancias en que fueron encontrados estos azulejos".

La hipótesis planteada, en lo fundamental en los elementos históricos y arqueológicos relacionados, también motivaba algunas interrogantes, pues ese tipo de basurero, ¿no pudo también utilizarse por otros vecinos de cierto poder económico con acceso a materiales como los hallados? Claro está que la respuesta requiere de amplias investigaciones históricas y trabajos arqueológicos.

Prat Puig insiste en el texto que su propósito no es que "el lector encuentre en el presente estudio de un lote de cerámica hallado en la entonces remota colonia de Santiago de Cuba, los vistosos exponentes de bellos ejemplares cerámicos cuya hermosura constituye el regalo de tus ojos. No es una de las acostumbradas historias consagradas a exaltar las obras señoras y dejar a un lado los exponentes que carezcan de categoría estética porque el nuestro no es un trabajo de la historia del Arte, que se circunscribe a entresacar lo que hubo de extraordinario en un campo determinado".

Pensamos que esta obra resulta de marcada relevancia, debido a que no se hace un estudio descriptivo del ajuar doméstico, sino que a través de éste se trata de interpretar su función y época a la cual pertenecieron. También es de gran valor la cronología con el material referente al comienzo del siglo XVI. Sin embargo, debe significarse que dentro del contexto existen varios fragmentos correspondientes a la mitad del siglo XVI y principios del XVII.

Las evidencias expuestas aseguran la unidad del material en cuanto a función, estilo y cronología. El análisis de las piezas posibilitó dar una valoración y un significado al conjunto cerámico. Las características comunes presentes en esos objetos le permitieron al conjunto verse como un todo unitario.

La vigencia de esta obra no está dada de manera exclusiva por los aportes que en ella se exponen, sino por ser la primera de este corte realizado en Cuba. Posteriormente a este trabajo se registra el hecho por la arqueóloga Lourdes Domínguez, titulado *La casa de la Obrapía*. Del exterior sólo se conoce el de John M. Goggin: *Spanish Majolica in the World. Tipes of the sixteenth to eighteenth centuries.*

Para Prat no debió resultar fácil escribir este libro, pues las dificultades halladas en el transcurso de la investigación fueron visibles. El principal obstáculo radicó en la insuficiencia bibliográfica correspondiente al siglo XVI. No obstante, la obra de González Martí referente a la *Cerámica del Levante español, siglos medievales* le resultó de extraordinaria utilidad.

En la obra, el autor utiliza adecuadamente dos técnicas del lenguaje: la descripción y el análisis. Ellas hacen posible una mejor comprensión del tema. Recordemos que, para Prat Puig, la arqueología ha sido una de sus principales fuentes de inspiración. Sus numerosos artículos avalan esta información. Por otra parte, ha dedicado muchos años de su vida a la ardua tarea de educador, pues durante varias décadas fue profesor de la Universidad de Oriente. Su labor como restaurador es digna de mencionar, sus trabajos abarcan las ciudades de La Habana, Santiago de Cuba, Sancti Spíritus, Trinidad, Gibara, Jiguaní y Camagüey.

La arquitectura colonial santiaguera ha constituido otra arista que se ha investigado, cuyos resultados se aprecian en diversos libros, entre los cuales citamos: *El Museo y la Casa de Diego Velázquez*, *El mueble cubano histórico*, entre otros. Así como el rescate de múltiples edificaciones de la acción del tiempo.

Esta vasta experiencia y acumulación de conocimiento se cimentaron para darnos esa excelente obra de gran utilidad para el acervo cultural de Cuba. *Significado de un conjunto cerámico hispano del siglo XVI de Santiago de Cuba* —con los años— deviene una obra de obligada consulta para el especialista y el lector interesado en estos temas. Es, en fin, una contribución bibliográfica de grandes dimensiones por su singularidad.

Melba Pérez González

La prensa norteamericana llama a la guerra. 1898

Miralys Sánchez Pupo

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro, *Colección Política*, La Habana, Cuba, 1998,
224 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

VIEJOS ANHELOS de apropiación por diferentes vías del territorio cubano, como

la manipulación de la opinión pública, desde falsas noticias hasta métodos para exacerbar los sentimientos nacionales del norteamericano por la prensa amarilla, junto a la interpretación martiana dada en el conocimiento de la sociedad y la política estadounidenses, entre otros elementos que condujeron a la intervención de Estados Unidos en la guerra de Cuba, forman parte de este interesante libro •••

Lo que todo empresario cubano debe conocer

Armando Pérez Betancourt* y *Carlos Díaz Llorca

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Economía*, La Habana, Cuba, 1999; Editorial Linotipia Bolívar, Santafé de Bogotá, Colombia, 280 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

LIBRO DE MADUREZ en el cual esta última permite aunar tres difíciles ingredientes como la experiencia práctica de la temática que se aborda, el conocimiento teórico y académico, junto a la amenidad y frescura en la exposición. Consejos, orientaciones, sugerencias recorren las páginas de esta sugestiva y necesaria obra, en la cual el lector conocerá las cualidades que deben poseer los cuadros; es decir, el valor del trabajo en equipo y la perseverancia, las condiciones preliminares para ejercer la crítica y la autocrítica, así como las consecuencias del burocratismo, la visión de la centralización, la descentralización y el equilibrio de ellas, entre otros importantes temas. Perfeccionar el sistema empresarial en la búsqueda de eficiencia y eficacia reclamada por el socialismo, resulta un camino que todo dirigente ha de conocer; de ahí los valores de este libro. •••

Cuba. Período Especial: perspectivas

Colectivo de autores

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Política*, La Habana, Cuba, 1998, 276 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

ESTA OBRA AGRUPA, en condensado número de páginas, un considerable caudal de informaciones brindado por una docena de especialistas, quienes abordan temas de la vida social cubana, como trabajo, edad, sexo, localidad urbana o rural en su existencia y manera de reaccionar ante los desafíos presentados por el Período Especial, ante el bloqueo económico impuesto a la Isla por Estados Unidos. •••

Otra guerra

Rafael Hernández

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Política*, La Habana, Cuba, 1999; S.S.A.G., S.L., Madrid, España, 184 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

ESTRATEGIA Y SEGURIDAD CUBANAS son temas agrupados en este libro, ensayos en los cuales su autor examina de manera retrospectiva algunos de los acontecimientos de la guerra fría que tocan directamente a Cuba, así como viejos y nuevos asuntos de la posguerra fría, en la medida en que éstos afectan la política exterior y la seguridad de la Isla, al igual que la internacional, en lo fundamental, en la cuenca caribeña. Libro de actualidad en el cual se nos ofrecen las claves de un pequeño país de posiciones inclaudicables, con actitudes de sabiduría política, realismo y decisión, ante un poderoso enemigo.

•••

La deuda colonial y el Tratado de París

José Antonio Pulido Ledesma

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Economía*, La Habana, Cuba, 1999; Editorial Linotipia Bolívar, Santafé de Bogotá, Colombia, 150 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

APASIONANTE TEMA el de la "deuda de Cuba", deuda exterior pagada por los cubanos en penosa página de la historia colonial. Su origen y consecuencias, el tratamiento dado en los acuerdos de París, resultan, entre otros elementos abordados por el autor en este libro, análisis importantes acerca de los gastos abusivos y gravados a la Isla, gracias a las aventuras coloniales de la Metrópoli. •••

Premios de la Crítica / 1998

Como parte de las actividades desarrolladas en la IX Feria Internacional del Libro, La Habana 2000, el Instituto Cubano del Libro y el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente proclamaron oficialmente los premios de la Crítica Científico-Técnica otorgados a 10 obras publicadas en el 98. En 1999, de ellas, se seleccionaron temas de las ciencias sociales:

• **Rolando Rodríguez:**
Cuba. La forja de una nación,
2 tomos (756 pp., t. I y 760 pp., t. II),
Editorial de Ciencias Sociales.

• **Pablo Guadarrama:**
Humanismo, marxismo y postmodernidad,
(296 pp.),
Editorial de Ciencias Sociales.

• **Sergio Valdés Bernal:**
Lengua nacional e identidad cultural del cubano
(192 pp.),
Editorial de Ciencias Sociales.

• **Oscar Zanetti:**
Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898 (328 pp.),
Editorial Casa de las Américas.

• **Miguel Limia David:**
Individuo y sociedad en José Martí. Análisis del pensamiento político martiano (76 pp.),
Editorial Academia.

• **Ovidio Ortega Pereyra:**
El real arsenal de la Habana. La construcción naval en La Habana bajo la dominación colonial española (112 pp.),
Editorial Letras Cubanas.

En el 147 aniversario del natalicio de José Martí se anunció la constitución de la Comisión Nacional Conmemorativa para el 150 aniversario de su nacimiento, presidida por el doctor Armando Hart Dávalos, director de la Oficina Nacional del Programa Martiano; esta Comisión promoverá el conjunto del pensamiento del Apóstol en su relación cosmovisiva del conocimiento latinoamericano y universal, el cual tendrá en enero del 2003, en su convocatoria, un Congreso Internacional para el estudio del pensamiento y obra martianos. De igual forma se propiciará una Maestría de estudios referida al Héroe Nacional cubano.

A su vez, también se conoció del otorgamiento del Premio de Investigación José Martí a la máster en Filología Marlene Vázquez Pérez, convocado por el Centro de Estudios Martianos. En esa oportunidad, junto al trabajo investigativo premiado: "Martí y Carpentier: cronistas de su tiempo", el doctor Roberto Fernández Retamar presentó el vigésimo tomo del *Anuario Martiano*.

Por entonces, en tierras latinoamericanas, se efectuaron actos como el de la ciudad y puerto Progreso, Mérida, Yucatán, en el 125 aniversario del arribo de José Martí por vez primera a tierras mexicanas. El doctor Armando Hart develó un busto del Apóstol y destacó el amor que profesó Martí por México y los significativos vínculos de amistad y fraternidad forjados entre ambos pueblos y países. En el Centro Cultural Olimpo de la alcaldía de Mérida, Hart también dictó la conferencia "Importancia de la cultura para América Latina en el nuevo milenio".

Mientras por este 147 aniversario —28 de enero— en Cuba se desarrollaron otras actividades conmemorativas como la tradicional Marcha de las Antorchas; en el Parque Bustamante, de Santiago de Chile y ante el busto de José Martí, diversas personalidades e instituciones de la vida cultural chilena recordaron al Héroe Nacional de Cuba y convocaron a un Comité Nacional José Martí, el cual, con la participación de intelectuales, académicos y científicos de ese hermano país, trabajen aún más por recoger el legado intelectual y libertario martiano, hasta el 2003, en el 150 aniversario de su natalicio.

* * *

Universidad 2000 sesionó en su Segunda Convención Internacional de Educación Superior en los primeros días de febrero, con la asistencia de más de 800 delegados e invitados de unos 25 países, con los principales objetivos de debatir acerca de temas relacionados con las perspectivas del nivel universitario en el milenio que se nos avecina. Como parte de esta Convención en la capital cubana, en la ciudad de Pinar del Río —en la parte más occidental de la Isla—, la II Jornada de Didáctica y Problemas Sociales discutió temáticas referidas a la educación universitaria en la búsqueda de estrategias comunes para América Latina y el Caribe.

* * *

Premios Casa 2000 tuvo su más reciente edición en enero de este año, cuando se analizaron 488 manuscritos de autores de 22 países del área, por 17 especialistas del jurado. En poesía, "Encuentros en los senderos de abya yala", de Miguel Ángel López, colombiano, resultó el premiado, junto al uruguayo Daniel Chavarría con su novela "El rojo en la pluma del loro" y la argentina Celina Manzoni con su ensayo artístico-literario "Un dilema cubano, nacionalismo y vanguardia"; mientras *Lecran rouge (Pantalla roja)* del guadalupeño Ernest Pépin obtuvo el premio en la categoría de literatura caribeña en francés y créole para libro publicado.

Casa de las Américas otorgó un conjunto de premios a autores de libros publicados en el bienio; para novela, el premio "José María Arguedas" lo recibió el nicaragüense Sergio Ramírez; en ensayo, el "Ezequiel Martínez Estrada" se le confirió a la argentina Beatriz Sarlo, mientras el cubano Raúl Hernández Novás obtuvo en poesía el "José Lezama Lima", todos con sus respectivas obras *Margarita, linda está la mar, La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardias,* y *Amnios.*

* * *

Como parte de las actividades desarrolladas en la IX Feria Internacional del Libro en la capital cubana, en febrero de este año, se realizaron dos encuentros importantes para los editores iberoamericanos: el *Segundo Encuentro Iberoamericano de Revistas Culturales,* en Casa de las Américas, y el de *Editoriales Universitarias*, en el recinto universitario capitalino. En estos coloquios de suma importancia editorial, Ediciones Imagen Contemporánea y la revista *Debates Americanos*, tuvieron su asistencia en representación de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz.

* * *

Del 9 al 15 del pasado febrero, alrededor de 25 casas editoriales cubanas, junto a las del Instituto Cubano del Libro, acompañaron a unas 600 entidades de casi 30 países en la *IX Feria Internacional del Libro,* en esta oportunidad, en las áreas de la fortaleza de San Carlos de la Cabaña. Italia, como país homenajeado, se presentó con unas ocho docenas

de editoriales, además de otras representaciones de América Latina, el Caribe, Europa, África y entidades de Naciones Unidas. Múltiples actividades acompañaron la muestra, como en otras oportunidades, tales como encuentros teóricos, premiaciones, presentaciones y ventas de libros, y programas artístico-culturales.

* * *

El Instituto Superior de Arte de La Habana se convirtió en la tercera institución docente en recibir, por su rigor académico y el nivel de excelencia para la formación de los jóvenes artistas cubanos, el *Premio Imperial de Japón*, el pasado año. El señor Kazunori Tsujikawa, vicesecretario general del Premio Imperial, en su reciente visita a Cuba, indicó que ésta "fue una magnífica elección, sólidamente recomendada por el señor David Rockefeller a nuestro cuerpo de asesores". Este Premio se otorga desde 1989, cada año, a personalidades de renombre mundial en la música, pintura, escultura, teatro, arquitectura y cine; como institución, el ISA la recibió después de la afamada Escuela de Cine de Varsovia y el Conservatorio de Música de Hanoi.

La Conferencia Internacional Marxismo hoy: una mirada desde la izquierda desarrolló sus sesiones en la sede del Instituto Superior de Arte, con asistencia de investigadores de Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Holanda, Japón y Cuba. El encuentro, de importancia académica y teórica, centró sus análisis en la identidad cultural, la globalización neoliberal, la sociedad civil y el Estado, así como en el marxismo: balance y perspectiva.

* * *

Honoris Causa en Ciencias Pedagógicas, se le concedió al doctor Armando Hart Dávalos, por su dedicado y valioso laboreo por el desarrollo de la educación y la enseñanza en Cuba, y por su incansable quehacer por la cultura y el pensamiento nacionales.

* * *

Honoris Causa en Ciencias Filológicas, se otorgó al poeta, crítico, investigador y ensayista Cintio Vitier Bolaños, por su vasto empeño en promover el conocimiento de lo cubano en nuestra sociedad.

* * *

Premio Fernando Ortiz al distinguido y prestigioso intelectual cubano Salvador Bueno Menéndez, ensayista y estudioso de la literatura y cultura cubanas.

* * *

Premio Nacional José Martí de Periodismo a Gabriel Molina Franchossi, por su excelencia plena en la obra periodística durante casi 50 años.

* * *

Premio Nacional Juan Gualberto Gómez, en prensa escrita, a Manuel González Bello; también igual premio en periodismo gráfico a Arístides Hernández (ARES).

* * *

Premio Nacional de Ciencias Sociales al investigador José López Sánchez, por su dedicada y permanente labor en la investigación del devenir sociohistórico y científico cubanos.

* * *

Premio Nacional de Literatura al escritor César López, de amplia obra literaria que tiene en lo cubano sus poemas, cuentos y ensayos, como la constante de la identidad nacional.

* * *

Orden Carlos J. Finlay, conferida al profesor Heinrich Bruckner, eminente investigador y escritor alemán en temas vinculados a la educación y conducta sexuales humanas.

* * *

Premio Especial de Diseño Raúl Martínez se le entregó al destacado diseñador gráfico y profesor Roberto Casanueva Ayala, quien mucho ha trabajado por el diseño integral en el país.

* * *

Premio de Edición, otorgado en segundo momento al editor Radamés Giro Almenares, quien en sus tres décadas de laboreo editorial ha contribuido con talento y profesionalidad al desarrollo de tan importante sector de la cultura nacional.

* * *

Marzo del 2000, un mes en el cual su último día, el 31, significa el 41 aniversario del acto fundacional del libro cubano –entonces en 1959, la Imprenta Nacional de Cuba quedaba constituida— y que se nos presenta en su historia de transformación sociocultural con las posibilidades del desarrollo editorial en nuestro país, ahora se nos une, a su vez, en momento de recordación que llama a la tristeza. José Tajes, uno de los fundadores del devenir del sistema editorial del Instituto Cubano del Libro, desde la génesis en Edición Revolucionaria, editor ejemplar de capacidad cultural inigualable, y Alfredo Sicre, quien desde la Editora Pedagógica, en aquellos tiempos liminares, ocupó su espacio con constancia precisa de maestro extremo; el primero, en las bellas letras, el segundo, en las ciencias sociales, los dos dejaron de acompañarnos físicamente en este mes de marzo del 2000.

El equipo editorial de *Debates Americanos* no puede dejar de recordar este momento y, en letra impresa, trasmitir a la memoria histórica, el saber, la amistad, la dedicación y la existencia, de quienes los conocimos, simplemente, como Pepe y Sicre.

* * *

Al cierre editorial de este no. 9 de *Debates Americanos*, visitó la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, el destacado intelectual mexicano Carlos Antonio Aguirre Rojas, quien presentó su libro en edición cubana, *Braudel a debate*, publicado con sello Ediciones IC de la Casa de Altos Estudios, donde también dictó conferencia acerca de los estudios históricos contemporáneos. Con el profesor Aguirre Rojas nos acompañó el profesor Raúl Vargas, directivo de la Asociación de Profesores de Historia y Ciencias Sociales de México. Ambos académicos estuvieron presentes en la sede del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, lugar donde se puso a conocimiento de especialistas del Centro y otras instituciones otra obra en edición cubana del profesor Aguirre, ésta publicada bajo el sello del Centro: *Itinerarios de la historiografía del siglo xx. De los diferentes marxismos a los varios Annales.*

* * *

Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898

Oscar Zanetti Lecuona
Editorial Casa de las Américas-Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, La Habana, Cuba, 324 pp., 12 x 19 cm, rústica cromada.

APOYADO EN UNA PARTICULAR EXPERIENCIA en investigaciones acerca del comercio exterior cubano y precedido por dos valiosas aportaciones al conocimiento sobre este tema: "El comercio exterior de la república neocolonial" (*La República neocolonial. Anuario de estudios cubanos*, La Habana, 1975, pp. 45-126) y *Cautivos de la reciprocidad* (La Habana, Pueblo y Educación, 1989), el historiador cubano Oscar Zanetti Lecuona ha alcanzado un merecido lauro, el Premio Extraordinario sobre el 98 en el género de Ensayo, otorgado por Casa de las Américas en el concurso correspondiente a ese año, y Premio de la Crítica a obras de ciencias sociales en el 98. Se trata de un importante libro de síntesis, cuyo objetivo es aprehender el proceso de las relaciones mercantiles entre Cuba, España y Estados Unidos de América, al finalizar el siglo XIX y comenzar el XX, teniendo en cuenta todas las aristas y complejidades que lo caracterizaron.

El tema de las relaciones comerciales entre Cuba y España hasta terminar el período colonial, se ha abordado con diferentes orientaciones, casi siempre basadas en hipótesis un tanto excluyentes acerca del carácter más o menos cautivo del mercado cubano en relación con los intereses de la agricultura e industria metropolitanas, y tomando como punto de partida el análisis de los datos cuantitativos suministrados por fuentes de diversa procedencia. Por otra parte, el intercambio mercantil con Estados Unidos también se ha visto por lo regular de manera un tanto maniquea, a partir de ópticas contrapuestas que no siempre ayudan a la mejor comprensión del fenómeno neocolonial cubano. En *Comercio y poder* se abarca en su totalidad un proceso socioeconómico y político a la vez, al cual está indisolublemente unida la producción básica del país: la del azúcar, y el que durante más de un siglo constituyó su fundamental mercado de destino: el norteamericano. El libro comprende dos momentos diferentes de la historia de Cuba: uno correspondiente al período colonial, cuando, no obstante las presiones procedentes de Estados Unidos sobre el comercio exterior cubano y también otras ejercidas desde el interior del país, las decisiones acerca de la Isla en materia de política mercantil y fiscal provenían desde la entonces metrópoli española. Un segundo momento, tratado más brevemente en la obra, se extiende hasta los primeros años de la neocolonia. En términos generales, este trabajo explica la existencia de un permanente triángulo de fuerzas e intereses que en su dinámico juego de acciones y reacciones, según la época y la coyuntura de cada momento, logró imprimir un tono dramático a las relaciones mercantiles entre Cuba, España y Es-

tados Unidos, para dejar atrapado, en más de una ocasión, al nacionalismo cubano.

En la obra, el tratamiento del tema se aborda de manera gradual, a lo largo de seis capítulos caracterizados por una exposición clara y detallada. En ellos se combinan las explicaciones acerca de las generalidades del tema con las especificidades del cambio en cada momento histórico particular, además de las diferentes formas en que se manifestó el accionar de los diversos actores sociales que influyeron sobre el rumbo de los acontecimientos. De aquí que el mérito fundamental de la obra, *grosso modo*, radique en la habilidad demostrada por su autor para entrelazar dialécticamente lo general con los hechos resultantes del movimiento que, en un sentido u otro, promovieron ciertos intereses con el objetivo de modificar las estructuras establecidas, así como las modificaciones resultantes de tales acciones y, a la vez, la incidencia de ellas sobre el comportamiento de esas fuerzas sociales ante la nueva realidad creada.

A partir de la lectura del trabajo queda muy en claro la profundidad de la labor heurística desarrollada por su autor. Mediante ella se ha reunido un fundamental *corpus* de fuentes de las más diversas naturaleza y procedencia, cuya utilización crítica ha quedado plasmada con la mayor transparencia en el cuerpo referativo que se incluye en la obra.

No obstante el hecho de tratarse de una investigación en torno a un asunto que tradicionalmente se ha abordado, sobre todo, a partir de los análisis de series temporales y de las estructuras del comercio exterior, *Comercio y poder* no abusa del empleo de este tipo de recurso para la comunicación de sus resultados. Por lo contrario, la obra muestra una utilización muy eficaz y discreta de las estadísticas sobre esa actividad económica, al compilarse en una sola tabla anexa toda la información necesaria para dar apoyo a los hechos y a sus análisis parciales correspondientes. Mediante esta solución, el aspecto literario logra prevalecer sobre los números en el discurso, prescindiendo de inútiles reiteraciones o las muchas veces innecesaria inclusión de datos primarios. Sólo de manera ocasional se inserta alguna que otra tabla o gráfico, cuya función es servir de apoyo directo a explicaciones elaboradas a partir de fuentes cualitativas. Sin embargo, el discreto empleo de los datos estadísticos, cuestión que este observador estima como un mérito del trabajo, también puede considerarse como una insuficiencia desde alguna óptica ajena, por el hecho de no haberse contemplado la inserción de series o gráficos que faciliten la comparación entre los diferentes renglones que constituyeron objetos esenciales del intercambio mercantil de Cuba con España y Estados Unidos. El balance entre lo cualitativo y lo cuantitativo podría ser en este caso una cuestión controvertida a solucionar mediante la incorporación de un anexo apropiado.

Teniendo en cuenta sus valores, debe esperarse que en muy poco tiempo y en la medida en que la obra se divulgue en Cuba y en el extranjero, *Comercio y poder* alcanzará un lugar privilegiado entre los libros de obligada consulta para los temas generales del comercio exterior y las relaciones coloniales y neocoloniales en las décadas finales del siglo XIX y los inicios del XX, así como para otros estudios particulares sobre Cuba y sus relaciones históricas con aquellos países que fueron en momentos diferentes, y de manera también diferenciada, sus metrópolis.

Alejandro García Álvarez

Ensayo político sobre la isla de Cuba

M. A. Puig-Samper, C. Naranjo Orovio y A. García González

Ediciones Doce Calles/Valladolid; Junta de Castilla y León, Madrid (Aranjuez), 1998, *Theatrum Naturae,* Colección de Historia Natural, Serie Textos Clásicos, 457 pp., ilustrado.

EL PRESENTE LIBRO, salido a la luz en conmemoración del 200 aniversario del inicio del viaje de Humboldt y Bonpland a las Américas, marca

un hito entre todas las ediciones realizadas del *Ensayo político sobre la isla de Cuba*.

Como bien advertirá el lector, por su agradable forma y diseño, este volumen es parte de la ya famosa colección Theatrum Naturae, de la casa editorial Doce Calles de Aranjuez. El frontispicio, la distribución de cuadro, texto y espacios, pero también por el formato de sus páginas, letras, paratextos e ilustraciones, conformados gracias a los medios modernos de impresión de la producción literaria, hacen de éste un libro impregnado tanto de seriedad científica como de belleza gráfica. La obra se estructura en presentación, prólogo, estudio introductorio, texto principal –-dividido en dos partes—, apéndices e índices. La presentación no resulta una simple añadidura formal, sino demuestra el interés de instituciones político-administrativas de España, concretamente de la Junta de Castilla y León, en la divulgación de textos clásicos de las ciencias.

El prólogo revela, como los propios textos principales, la estrecha colaboración cubano-española; pero, al mismo tiempo, demuestra que este libro es, ante todo, una perspectiva hispano-cubana de la obra de Humboldt acerca de Cuba. En primer lugar, ello se evidencia porque los editores utilizan el mismo material original que se publicó en 1959 por Fernando Ortiz en la *Revista Bimestre Cubana*. Pero no se detienen ahí, pues en la primera parte del texto analítico fundamental, el "Estudio introductorio" (pp. 19-98), reúne, sintetiza y analiza los resultados de las investigaciones "después de Ortiz". En esta introducción se mezclan elementos de síntesis con valoraciones, que incluyen interesantes aportes. La parte de síntesis se encuentra ante todo en el epígrafe "Algunos datos biográficos de Humboldt", que lamentablemente no contiene nada sobre la interesante cuestión del dominio de la lengua castellana que tenía el sabio alemán, al emprender su viaje al Nuevo Mundo.

Al inicio de la introducción se plantea un problema sumamente importante, que ha resurgido en el interés contemporáneo por la obra de Humboldt. Nos referimos a la relación entre lo empírico —la base de datos, como se diría hoy— y el afán humboldtiano de sintetizar esa información bajo un concepto de unidad universal, que más tarde llamaría *Kosmos*. En otras palabras, ¿qué importancia tienen los datos y resultados de intelectuales y científicos locales en la obra universal de Humboldt? Dilucidar este problema, en el caso de la "obra sobre Cuba", se dificulta de manera extraordinaria por el proceso de su propia construcción, pues el *Ensayo sobre Cuba* no tiene base alguna en sus diarios. En sus *Cartas americanas*, escritas durante el viaje, Humboldt mostró poco interés por Cuba. Además de las fuentes empleadas en el propio texto humboldtiano, sólo un pequeño porciento puede considerarse material "local", obtenido durante sus dos estancias en Cuba.

Los puntos novedosos de la introducción, para sólo mencionar algunos que creemos claves, son los apartados "Humboldt en España", "Cuba y las reformas ilustradas" y "La ciencia cubana en la época de Humboldt". Tal vez, no todos estos epígrafes contienen aportaciones originales para científicos especializados de España y Cuba o historiadores americanistas, pero sí para la investigación y el debate internacional en el contexto de la historia de la ciencia. En las discusiones de los *humboldtian sciences* en España, e incluso todavía menos en la tradición académica alemana, pocas veces se ha tomado en cuenta las partes dedicadas al "Crecimiento económico y la expansión urbana", "La población de Cuba", "Estudio de caso: La Habana" y "Obras públicas", en la historización de la perspectiva histórica, más allá de los clisés de la "historia oscura" hasta 1763 o, dicho de otro modo, que en esa fecha comenzara la historia de la Cuba "moderna".

Además, para el debate científico son muy atractivas las observaciones acerca de las cifras de Humboldt y otros investigadores, así como el análisis de la relación entre el concepto de plantación, el crecimiento de la economía en la parte occidental de Cuba —o más bien, entre La Habana, Mariel, Matanzas y Batabanó— y el desarro-

llo urbanístico, tanto en general en esta zona, como el de La Habana hacia la "ciudad típica de la economía de plantación", basándose parcialmente en las investigaciones de Carlos Venegas; otro ejemplo de colaboración fructífera (p. 77).

También el subcapítulo "Consideraciones en torno a la esclavitud en las Antillas y en Cuba" llama a la discusión. Un punto esencial, como ya lo resalta este apartado, resultaría la reinterpretación de la posición de Arango y Parreño en la etapa final de su vida, después de 1825, en cuanto al comercio de esclavos y a la propia esclavitud, por un lado, y, por otro, el propio concepto de abolición *real* en Humboldt. A la par podría debatirse lo que en los últimos años se ha enfocado por las investigaciones humboldtianas como el problema de los "fracasos grandiosos" de Humboldt. "Fracaso" no tanto en el sentido de sus posiciones éticas "eternas", hasta hoy vigentes, sino en muchos de sus planes y pronósticos prácticos; por ejemplo, el referido a la abolición "racional" de la esclavitud y la conversión gradual de esclavos en campesinos libres. En este punto, ambos, Humboldt y Arango, fracasaron.

El último subcapítulo de la introducción presenta un estudio de las ediciones del *Ensayo político* en España y Cuba. En este epígrafe también sobresale la profunda deuda que la presente edición tiene con los cubanos. Por un lado, está basada en el texto de Ortiz de 1959 y, por el otro, conserva intactas las notas de Arango, de Trasher y del propio Ortiz, indispensables para comprender la "vida cubana" de la obra del "barón" Humboldt; los Humboldt no tenían este título, aunque lo utilizaban. El cuidadoso respeto de los editores ante el "monumento" de sabiduría cubana, sólo en un caso aislado puede conducir a una malinterpretación de los estudios bibliográficos de Ortiz. Pero en la práctica esto no puede estimarse como un error, porque hasta hoy día no existe una bibliografía satisfactoria del "caos editorial humboldtiano" de libros en cuarto, en octavo, de reediciones en otros formatos, de obras acabadas, fragmentos y de traducciones, así como del propio manejo de los textos por parte de Humboldt.

La presentación de la segunda parte del texto principal (pp. 99-345) —es decir, el "Humboldt de Ortiz"— es paradigmática. Una presentación textualmente moderna, sobre todo en cuanto a los paratextos, como dijimos, siempre guardando el debido respeto ante el original, pero sin caer por ello en inflexibilidad; esto es, introduciendo los necesarios cambios cuando se hace imprescindible enmendar a Ortiz. Como resultado, los problemas que pueden detectarse en el nuevo texto se reducen a detalles: en dos o tres ocasiones hay errores con los nombres o títulos de libros alemanes (Karl Willdenow, Albert Hüne).

Para investigaciones futuras queda pendiente la reconstrucción y modernización del *corpus* de las fuentes, citadas por Humboldt muchas veces de forma abreviada o mencionadas en el mismo texto originario sólo por el nombre del autor o tipo de documento, este último en formas muy diversas. Además queda por revisar la propia traducción. Para mencionar solamente un caso concreto: la traducción de "*confederation africaine*" por "confederación americana" (p. 174), a propósito de la idea de Humboldt del posible surgimiento de Estados antillanos de ex esclavos que se autoliberaron, no puede constituir un simple error de traducción. Pero esto no fue la tarea de la presente edición, que acabó con 160 años de silencio editorial en torno a Humboldt en España. Además, lo mencionamos expresando cierto "celo productivo" por parte del autor de esta reseña que trabaja en los campos humboldtianos. ¡Por suerte, todavía queda algo por hacer después de este libro!

Como se sabe, la obra cubana de Humboldt contiene tres partes: el texto principal —o sea, el propio "Essai"—, el "Tableau statistique de l'île de Cuba" —o "Supplément"— y la "Analyse raisonnée de la carte de l'île de Cuba, incluido el mapa de Cuba. El "Essai" en el presente libro va junto con las descripciones del "Viaje al Valle de Güines..." (cap. VIII, pp. 313-345), que para especialistas de la historia de Cuba debería considerarse parte del "Essai", como aparece también en la "Relation Historique" original, tanto en cuar-

to como en octavo. Del "Tableau" y de la "Analyse" se incorporaron las partes esenciales y el mapa, tomado de la primera traducción al español, como se halla en Ortiz. Adicionalmente se incorporó la "Noticia mineralógica del Cerro de Guanabacoa" y la "Flora Cubae Insulae". Todo esto redondea el sobresaliente valor científico de la presente edición, que además se complementa con cuadros, mapas y espléndidas ilustraciones. El "punto en la i", como se diría en alemán, se alcanza con los excelentes registros. En ellos, el autor de esta reseña —y todos conocemos los problemas de hacer buenos registros—encontró una sola confusión de Arago por Arango.

En conclusión. De entre las publicaciones recientes del *Ensayo político* y sin hacer referencia a la edición francesa de 1989, esta crítica historiográfica recomienda el presente libro, no sólo por su valor artístico, calidad de su presentación textual y visual, sino también por su rigurosidad científica.

Michael Zeuske, La Habana/Köln

El pensamiento político de Carlos Manuel de Céspedes

Rafael Acosta de Arriba

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,
Colección Pinos Nuevos,
La Habana, Cuba, 1996,
96 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

SENTIR LA HISTORIA. El papel de los conceptos generales en la investigación sociohistórica ha sido tema principal de discusiones metodológicas en ese campo. Se les ha privilegiado o relegado en contrapunto con los "hechos"; si bien una mirada a la ciencia muestra que lo que algunos historiadores y sociólogos llaman "hechos" no resulta suficiente, ni con mucho, para fundar una disciplina empírica.

En *La democracia en América*, ya Tocqueville había diferenciado entre dos estilos de hacer la historia; o mejor, de pensar lo que ha sido y lo que es sociedad. Si bien los futurólogos no renuncian a "sustentar" con "hechos" aquello que vendrá. Atendiendo al uso de los sistemas de ideas y conceptos generales, Tocqueville llega a hablar de historiadores de siglos democráticos y de siglos aristocráticos. Unos prestidigitarían con especulaciones disolviendo en ellas lo real, mientras otros atenderían al devenir de las fuerzas efectivas de la historia, la bondad y la maldad de los mismos hombres. Aunque se inclina por estos últimos, en estas potenciaciones no ve fallas, errores, sino procedimientos legítimos y parciales. *Corsi y ricorsi*.

No resulta imposible, pero sí muy difícil, hallar un historiador a la vez grande en la investigación factográfica, universal en su reflexión y poético en su escritura. Nuevamente recuerdo una frase que el profesor Oscar Zanetti solía atribuir a Pierre Vilar: *la historia es una totalidad*, *pero no hay historiadores totales*. La tal "totalidad" sólo suele ser una impresión, una sensación, en la cual lo parcial se vive como absoluto. Así, la cuestión de los "hechos" y los "conceptos" es apenas cuestión de épocas, de escuelas, de estilos personales de crear.

En las décadas del 30-50 de la República podemos encontrar una línea de historiadores marxistas, o de ese corte, que piden constantemente girar la historia del archivo de hechos a la búsqueda de sentido. En el prólogo que José Antonio Portuondo hace a *Tierra y nación*, de Jorge Castellanos, es explícito en esta preferencia; reclama el giro de una historiografía entendida como "recuento cansador de nombres y apellidos de malos y buenos gobernantes" (p. XVI). Llama a la interpretación general que aporte lógica, "teleología" a la historia cubana, y se basa en un reclamo que para ello había aparecido en la *Revista de estudiantes*, de diciembre de 1954. Así también buscaba base social para su propuesta, mostrando la incomodidad que tiene la intelectualidad de izquierda para permanecer sin más en los límites de lo intelectual.

Ahora bien, este tipo de reclamo, que se hacía desde un "frente" *metodológico* no privilegiado, trae otras consecuencias a la investigación, cuando deviene doctrina paradigmática

anulando, sencillamente rechazando, la otra parte. Donde Tocqueville vio una dupla, quiere verse ahora un poder epistémico monocorde. Es natural también, por otra parte, que con el tiempo se haya verificado una reacción contra "lo general" igualmente discriminadora, que reviste formas de infantilismo (seudo) empírico. Resulta sencillamente candoroso ver a los historiadores, y otros que sin serlo lo pretenden, esgrimir de manera triunfal una carta, un fragmento de diario, una supuesta entrevista o esquela que pudiera aclarar con "objetividad" una disciplina subjetiva como es la investigación de la vida de una criatura volátil como el hombre, a quien, no por gusto, Spinoza llamaba "modo infinito" de la sustancia. Y resulta aún peor que no perciban que tras ese regodeo en lo particular que esconde una pérdida efectiva de atribuciones sociales y políticas, que, por los medios que fueran, había ganado para el campo intelectual la investigación marxista.

La dictadura de los hechos puede ser tan discriminatoria como la de los conceptos generales. Rastrear información resulta vital, esencial en la investigación social, pero se trata de algo más que paciencia. Si esto no se entiende, se entiende poco. A nadie se le ocurriría pensar que puede ser matemático, músico o atleta sin tener ciertas aptitudes. Lo mismo sucede con la investigación social: no se reduce a la dedicación *ni al útil mundo de las relaciones*.

Tampoco debe olvidarse que la investigación factográfica, abierta siempre potencialmente, también puede estar agotada en determinado punto en el cual, si bien pueden aportarse más datos, no se espera ya ninguno relevante. En esto, los maestros deberían ser más sinceros y, al abanderar un tema, confesar las causas reales a los discípulos a quienes les encarga la intrascendente tarea.

En su polémico ensayo *Cuba/España. España/Cuba*, Moreno Fraginals hace una interesante afirmación respecto de la toma de La Habana por los ingleses. Como investigación factográfica está, en sentido general, agotada; sin embargo, ameritaría una relectura desde nuevos conceptos, desde otra perspectiva intelectual. Supongo que lo mismo sucede con el fusilamiento de los estudiantes de medicina. Excepto alguna sugerencia hecha por Tato Quiñones, la investigación hecha por Luis Felipe Le-Roy y Gálvez parece suficiente; pero tengo la impresión de que al citado evento le faltó una interpretación más cabal y autocrítica en el nivel de una filosofía moral. Esta exigencia, por cierto, palpita tras las sugerencias de Quiñones, pues más allá del interés particular del investigador, la revelación de que un grupo de ñáñigos, al menos ellos, intentaron la liberación de algún estudiante, aligeraría la responsabilidad moral de una sociedad que, en sentido general, contempló en silencio el crimen.

También puedo recordar que el 7 de diciembre de 1993, en el anfiteatro de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, el profesor norteamericano Tilly ofreció una conferencia que clamaba por un optimismo científico social. Sin ser ingenuo en este punto, apostaba por cierta objetividad, al menos veritatividad, de la investigación sociohistórica. En consecuencia, alertaba por el extravío que en los medios norteamericanos podía provocar el posmodernismo, una suerte de éxtasis por la especulación y los usos del lenguaje. Tiempo después, en el Departamento de Filosofía, el profesor Eduardo Torres-Cuevas arremetía contra quienes llamó "paracaidistas" de la historiografía. Era, en verdad, gente no asentada en el campo de la historia, pero resulta que ni siquiera querían hacer aportes en ese campo, sino hacer, entonces sí, una lectura filosófica y moral de la historia cubana. Lectura que de cara a los nuevos tiempos, al derrumbe del este europeo y demás sucesos, faltaba en la historiografía cubana. Se sabe que, en sentido general, ésta habla muy poco ya del presente. Tales eran el prestigio y la autoridad que entre algunos de esos jóvenes tenía el profesor Torres-Cuevas, que fue como un paro en seco. Una vez más, el culto a lo establecido, a veces con formas de celo profesio-

nal, parcializaba la investigación social en nuestros medios. Al parecer, resulta difícil percibir la diferencia entre lo nuevo y lo nuevo ya establecido; que es lo nuevo caducante.

▶ II

En 1996, la Editorial de Ciencias Sociales publicó un texto de Rafael Acosta de Arriba titulado *El pensamiento político de Carlos Manuel de Céspedes.* Se trata de una obra con suficiente sustentación documental, bibliográfica y orientada conceptualmente según los intereses del autor. El historiador total, que el profesor Zanetti planteaba casi como imposibilidad siguiendo a Vilar, puede realizarse cuando se asume como escritor y, en alguna medida, como artista. Resulta muy difícil ser grande en la aristocracia y grande en la democracia metodológica, como señalaba Tocqueville, pero en tanto creador si le está permitido construir una obra equilibrada, armónica, que aporte al lector (no digo al especialista) de una cosa y de la otra. Constituye la virtud cardinal que yo percibo en este trabajo de Acosta de Arriba.

Ahora bien, lo que conduce y, aún más, inspira el libro es una vocación cespedista con muchos interlocutores implícitos entre los profesionales de la historiografía cubana. Algunos partidarios, otros contradictores; al cabo, claro está, terminamos sabiendo más de los primeros que de los segundos, porque, fiel a uno de nuestros estilos (también los comparto), Acosta de Arriba cita con nombres en los casos favorables, con una perífrasis en los demás.

Éste deviene, sin más, un libro de ética: *un alegato por Céspedes.* En esa medida es, tiene que ser parcial, y Acosta de Arriba utiliza para la defensa el documento oportuno, la interpretación inteligente, la retórica y sofística más hábiles, es el no-sucedido más riesgoso. Y aquí podemos empezar por el final.

Toda la operación intelectual del historiador va encaminada a rebatir, por lo menos a debilitar e historizar, algunas objeciones hechas a Céspedes. Con absoluta fidelidad histórica a un prócer que prefiere, niega que haya sido autoritario en el poder, hasta dictador, que también se le dijo; que haya sido, más que en un instante, anexionista, permisible esclavista, embriagado por el poder. Cualquier coqueteo cespedista con esas máculas del código moral de la política cubana, Acosta de Arriba las concibe como "opción táctica", "vía alternativa", "situación coyuntural" (p. 34), "política eminentemente táctica" (p. 36).

Así concluye: "En primer lugar, Céspedes se sobrepone en la primera mitad de 1869 a dos momentos que se le pueden señalar como actuaciones cautelosas en su condición de gobernante de los mambises: la demora y forma de aplicar la abolición de la esclavitud y el espejismo anexionista. Fuera de esto, su ejecutoria es irreprochable y consideramos que en ningún otro instante estuvo a la 'derecha' o en el ala conservadora de la revolución; todo lo contrario, soy del criterio que Céspedes no abandonó ni un instante (ni siquiera durante el caos temporal ocurrido durante los días siguientes a la pérdida de Bayamo) la proa radical de la revolución" (p. 52).

Mientras satisface su objetivo fundamental, Acosta de Arriba presenta un programa de investigación centrado en una historia de las ideas en Cuba. En el independentismo, la doctrina que centra el pensamiento de Céspedes, el autor ve el mayor logro de la inteligencia cubana; es quien satisface el "verdadero desafío"; "despojarse del herrumbroso, pero férreo molde crisálida y crear una nueva forma, una nueva identidad, un pensamiento autóctono" (p. 1).

Resulta muy interesante la interpretación del independentismo en relación con el liberalismo y el romanticismo. Tal vez, aquí ya están tanto los anhelos libertarios y republicanos de una tendencia, como ese afán de orden y totalidad que lleva, a veces, al romanticismo a preferir moldes políticos autoritarios. Otra influencia es la ilustración, la cual resulta paradójica. Partiendo de la idea de la "mayoría de edad" y el deber educativo que tienen quienes la han logrado con quie-

nes no, justifica por igual la conquista, en la cual el educador es el "pueblo superior", como la independencia, cuando nuestros ilustradores se creen, y creen a la nación, en condiciones de andar por sí misma.

Por esta razón, la tesis de Acosta de Arriba es polémica. Según ésta, el independentismo deviene doctrina autóctona. Cierto que el autor la refiere negativamente, como doctrina que *estrictu sensu* "no" es europea. Su formulación positiva —o sea, que es autóctona *estrictu sensu*— resulta más compleja. Por otra parte, es una tesis igualmente demostrable, pues lo autóctono no es enajenación de lo europeo, sino sencillamente apropiación creativa, participación. ¿Qué aprendió o rectificó Céspedes ya no de movimientos intelectuales sino políticos como el de los "patriotas catalanes"? Es una puerta historiográfica y sociológica que abre Acosta de Arriba.

Por último, se destacan aportes de Céspedes en lo militar y en los géneros de expresión literaria. Una vez más, Acosta de Arriba vota por la figura del Padre de la Patria, resulta una posición participativa, una filiación, que es sentimiento: una forma legítima de hacer la historia.

Emilio Ichikawa Morín

El despojo de un triunfo. 1898

Raúl Izquierdo Canosa

Ediciones Verde Olivo,
La Habana,1998,
148 pp., 14 x 21,5 cm,
rústica cromada.

LA NUEVA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA por el centenario de la república neocolonial ha comenzado. Para las generaciones de historiadores cubanos que asumirán el nuevo siglo XXI se impone la necesidad de seguir *pensándonos,* ahora, dos siglos atrás. En esa necesidad no debe desaparecer un tipo de análisis comprensivo a una república que emergerá con fuertes sentimientos nacionales, debatidos en pensamientos frustrados, confusos, definidos o pospuestos. Todos ellos, pivotando al unísono en una mentalidad y psicología colectiva en lo político y social, sumergidos indistintamente en algunas de estas alternativas con el fin de la dominación española y el inicio del siglo XX.

Hoy sería inapropiado con la entrada de un nuevo siglo, tratar de hacer un cierre historiográfico al proceso de luchas por la búsqueda de una república independiente, quedando, todavía, importantes investigaciones a este imprescindible cimiento político e histórico del período de las guerras independentistas. Y por este mismo camino nos llega, ahora, la última obra del historiador cubano Raúl Izquierdo Canosa: *El despojo de un triunfo. 1898.*

El autor (premio Ramiro Guerra, 1997) ha publicado sus más recientes obras a la par de los centenarios anuales de la guerra de 1895 en Cuba.

Cuando escribo estas líneas para tan importante revista he leído en dos oportunidades la nueva propuesta de Izquierdo Canosa: una cuando llegó a mis manos, y la otra, al brindárseme la posibilidad de referir sobre ella en estas páginas. En ambos casos experimenté un ascendente disfrute y provecho de su contenido, que pretendo ahora, si el lector me lo permite, compartir con él.

Con una excelente presentación de cubierta mediante una composición computarizada, el autor nos propone una valiosa información analizada y resumida de toda la labor política y militar de los independentistas cubanos en la guerra de 1895-1898.

En tan sólo 148 páginas, Izquierdo asumió felizmente el reto de reflejar un tipo de análisis histórico en el cual el conocimiento teórico y práctico de la ciencia militar permite una destreza que convierte la obra en obligada consulta dentro de la historia militar cubana, al adquirir ésta la posibilidad de un uso general o especializado.

Resulta preciso apuntar, antes de adentrarse en la obra, la complejidad de la historia militar. Ella es componente de la ciencia militar. En la cual, la historia de las guerras, el arte militar, armamento y técnica, construcción militar, heráldica, numismática y la historiografía militar, se in-

terconectan en compleja relación, dando una visión sumamente acabada de una figura político-militar o de un proceso histórico. La historia militar estudia las guerras y las fuerzas armadas durante la actividad del hombre en el pasado, teniendo en cuenta disímiles factores.

Al iniciarse la obra propuesta, su autor nos comentará previamente el ámbito epocal de 1898, cuando las fuerzas militares cubanas mantenían la clara posibilidad de triunfo a partir de dos recursos esenciales: la resistencia y el desgaste. Cortada tajantemente por la intromisión de Estados Unidos amparado en los acápites de la Resolución Conjunta.

Lo que buena parte de los historiadores españoles acuñan con el término de "el desastre del 98", deviene la puerta principal para llegar minuciosamente a la situación de cada uno de los años del conflicto. "El desastre del 98" se plantea aquí de manera brillante, con los dos lemas políticos de España al comenzar y terminar la guerra: "hasta el último hombre y la última peseta" y "A Cuba ni un hombre más, ni un peso más", reflexionando en voz de las propias fuentes españolas la inevitable evolución de una realidad política, militar e histórica; sin ser cambiada oportunamente, pudiéndose haber evitado los impactos económicos, sociales y humanos de las dos naciones.

Para el tratamiento del libro, Izquierdo se apoyará en tres aspectos fundamentales: antecedentes, inicios y desarrollo del conflicto, que si bien logra una visión global en apretada síntesis, alcanza, además, hacernos entender muy equilibrada y pormenorizada la situación militar de la guerra.

Ahora vale plantear la concepción de trabajo utilizada por el historiador militar, concebida en la representación de todo el andamiaje estructural del Ejército Libertador cubano y el Español de Operaciones. Estoy seguro que el profundo conocimiento del tema y una excelente capacidad de selección, posibilitaron a Izquierdo conformar la concepción de la obra en el empleo de tablas, mapas, gráficos y plumillas; muchos de ellos elaborados y compactados por primera vez para un texto tan ilustrativo, ya componente necesario de la historiografía de las guerras de independencias de Cuba. Este último aspecto —el de los variados recursos estadísticos e ilustrativos— le proyectan a la obra un alto grado de realización y encomiable acabado.

La inteligente exposición estructural del Ejército Libertador, en número de efectivos por zonas y regiones, números de armamentos, recursos de los aseguramientos de todo tipo y las ubicaciones de las zonas de operaciones a los diferentes niveles, vienen a consolidar de manera definitiva el sello del análisis.

Entonces comprenderemos cómo una fuerza militar de un enclave colonial español con el empleo de métodos predominantemente irregulares, pudo enfrentar con éxito a un ejército de un considerable mayor desarrollo y organización, entre los mejores en Europa.

Tesis, la cual muchos historiadores españoles estiman no posible, pero definida y lograda aquí con un serio rigor histórico.

Para quienes difieran sobre el tema con diferentes criterios, tendrán la oportunidad de consultar y enriquecer con este nuevo libro la polémica planteada. Teniendo en cuenta, a mi juicio, los siguientes elementos reflexivos:

1. En la teoría militar española de la época, los métodos irregulares de lucha no son parte de la instrucción académica, a pesar de su desarrollo práctico desde mucho antes de fines del siglo XIX en otras regiones del mundo y la propia Europa.

2. Las particularidades en terreno y clima de un lugar como la manigua cubana.

3. Finalmente, la insatisfacción de asumir la posible derrota frente a una fuerza irregular de una de sus propias colonias.

Izquierdo Canosa consideró oportuno, un breve antecedente en la Guerra de los Diez Años, al establecer los inicios de un triunfo despojado después.

Apreciándose los avances cualitativos en la formación de la nacionalidad cubana, la república como forma de gobierno y la aceleración del proceso de abolición de la esclavitud.

El grueso de la obra reflexionará en torno a las estructuras de ambas fuerzas, porcientos, correlaciones de fuerzas, etc., manejando buena cantidad de conceptos típicos de la situación. A la aprobación de la obra coadyuvan los elementos jurídicos cubanos en cuanto a organización y estructuración militar de 1896 y 1897, producidos en este momento y reflejados en las páginas del libro.

En cuanto al empleo de fuentes orales, testimoniales y bibliográficas, tuvo en cuenta una variada selección de criterios de importantes autoridades históricas y políticas tanto españolas como cubanas, algunos de ellos protagonistas de la contienda. Nombres como Antonio Maura Gamazo, Antonio Pirala, Antonio María Fabié, Varona Guerrero, Bernabé Boza, otros, formarán parte de esa selección.

A juicio del autor, en la obra se agrupa un total de nueve campañas militares compactando el período analizado; definiendo con mano precisa sus objetivos, ubicación geográfica del terreno, desarrollos y consecuencias. Además resultará de gran utilidad al lector las consideraciones respecto de los pensamientos y acciones de los principales jefes políticos y militares de la lucha. Un ejemplo de ello es el empleo simultáneo de cuatro componentes de realización, utilizados por el General en Jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez Báez a lo largo de la confrontación: maniobra, fuego, terreno y clima.

Otra participación extranjera en la guerra de 1895 con carácter y objetivos contrarios, fundida en la ayuda solidaria a la causa independentista, se analizará también en el texto con una cantidad que sobrepasa los 30 países, mereciendo un apreciable espacio antes de concluir el análisis.

Desde que leí por primera vez la obra de Izquierdo Canosa hasta el fin de estas líneas, soy de la convicción de su inmediata incorporación a la historiografía del ciclo revolucionario 1868-1898, por la valiosa ayuda para el lector general o especialista, por su evidente utilidad, aportes estadísticos y magnífico proceso de búsqueda a una clara realidad histórica despojada en vísperas de su triunfo. Convidamos, pues, al lector a no dejar pasar por alto en sus próximas lecturas, esta interesante producción historiográfica.

Antonio N. Álvarez Pitaluga

Obispo de Espada. Papeles

Ensayo introductorio, selección y notas de Eduardo Torres-Cuevas

Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 4,
Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, Cuba, 1999; auspiciada por la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe,
332 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

CONTINUIDAD A UNA SISTEMÁTICA y amplia producción historiográfica iniciada desde hace varias décadas, deviene esta obra del doctor Eduardo Torres-Cuevas. Entre los libros que le precedieron valga destacar, por sus evidentes nexos con este texto, *Esclavitud y sociedad,* en coautoría con Eusebio Reyes; *José Antonio Saco. Acerca de la esclavitud y su historia,* redactado conjuntamente con Arturo Sorhegui; *La polémica de la esclavitud. José Antonio Saco* y *Félix Varela*. *Los orígenes de la ciencia y con-ciencia cubanas.* Debe tomarse en consideración, asimismo, que la obra que nos ocupa constituye una versión ampliada, tanto desde el punto de vista interpretativo como factual, de *Obispo Espada*, dado a conocer por el mismo autor en el decenio del 80 —Colección Palabra de Cuba, Editorial de Ciencias Sociales—.

La afinidad temática entre los libros citados salta a la vista. Torres-Cuevas ha analizado los procesos históricos que condujeron a la formación

y el desarrollo de la nacionalidad y la nación cubanas. Frente a una historiografía que ofrecía una imagen polarizada de la sociedad esclavista (plantadores o "sacarócratas" *versus* esclavos), él ha reconstruido el mundo de los sectores intermedios. Sobre la base de un estudio detenido de la población asentada en la Isla, de las instituciones económicas, políticas y religiosas, y del pensamiento ilustrado y liberal en Cuba, Torres-Cuevas puso al descubierto el amplio espectro social conformado por las capas medias urbanas, para detenerse en el papel interpretado por una intelectualidad que apostó por la "Cuba pequeña".

Reiterar la importancia del obispo De Espada, desde la referida posición, no resulta casual. Para el mencionado historiador, se trata de un precursor, de la figura que auspició el surgimiento de la primera generación de intelectuales cubanos. Sin un retorno a esa personalidad no podríamos valorar la significación de José Antonio Saco o Félix Varela; ni ponderar, por ejemplo, el impacto sociocultural del Seminario de San Carlos y San Ambrosio.

Obispo De Espada. Papeles, además de dar a la luz pública un conjunto de documentos inéditos o poco divulgados, examina las circunstancias históricas dentro de las cuales estuvo inmersa la vida del prelado, el perfil psicológico, la dimensión histórica y humana de éste. La perspectiva comparada, recurrente en Torres-Cuevas, que no se circunscribe al devenir de la colonia antillana, y una concepción interdisciplinaria, que incorpora la mirada del historiador y la del filósofo, enriquecen una obra cuyo discurso invita a tomar partido junto al autor y cuyo lenguaje, académico pero ameno, es susceptible de diversas lecturas, según lo lea un especialista o un lego en la materia.

El nuevo título de esta colección de Ediciones Imagen Contemporánea, resulta esencial para conocer el siglo XIX insular, pero, sobre todo, para comprender los fundamentos éticos de la cultura nacional.

María Antonia Marqués Dolz

Felipe Poey y Aloy. Obras

Ensayo introductorio, compilación y notas de Rosa María González López

Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 6,
Ediciones Imagen Contemporánea; La Habana, Cuba, coauspiciada por la Sociedad Económica de Amigos del País y el Inst. de Investigaciones Marinas, Universidad de La Habana, 1999,
628 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

UN DIGNO HOMENAJE al sabio cubano en su 200 aniversario**.** Felipe Poey y Aloy, nacido en La Habana el 26 de mayo de 1799, es una figura cimera en la historia de la ciencia en Cuba, cuya vida y labor avalan esta afirmación. Este cubano ilustre no sólo fue un exponente notable de la ciencia cubana y universal en el siglo pasado; sino también, en su vida ciudadana e intelectual, un reflejo peculiar de las inquietudes y conflictos de los cubanos ilustrados de su época.

Ciertamente son pocos los hombres que ganan, en voz de sus propios contemporáneos, el calificativo de sabios. Alcanzarlo de seguro implica un relieve especial en el reconocimiento, lo que no niega sino más bien realza su común condición humana.

El magnífico libro que hoy pone a nuestra disposición su autora, Rosa María González, ve la luz en el contexto de múltiples actividades que la comisión para la conmemoración del bicentenario del sabio logró impulsar y hacer fructificar. Su publicación es el resultado de la colaboración entre varias instituciones, y, en especial, un aporte de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana, que ha tenido a bien editarla como parte de su valiosa colección denominada Biblioteca de Clásicos Cubanos

En su "Nota a la presente edición", que recomiendo sinceramente a cuantos se interesan por las raíces de lo que debemos llamar el pensamiento cubano, el doctor Eduardo Torres-Cuevas nos ilustra sobre las razones de esa acertada decisión. Al decir de él, la figura de Poey resulta probablemente la menos conocida,

pero una pieza inseparable de lo que identifica como *pentarquía* fundacional del pensamiento cubano en la primera mitad del siglo XIX, en la cual es preciso engarzar, de manera precedente o concomitante, a la de Poey, la vida y la obra de Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte.

Nuestra Academia, en particular, lo tiene ciertamente entre sus precursores paradigmáticos y lo recuerda con veneración como uno de los más grandes fundadores de su antecesora, la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, de la cual llegó a ser Miembro de Mérito. Lo mismo puede decir la Universidad de La Habana, que lo contó entre sus más ilustres catedráticos y en cuyo recinto descansan sus restos.

Pero para la mayoría de los cubanos y quien sabe si en especial para nosotros, trabajadores de la ciencia, el nombre de Poey se asocia de manera automática a las ciencias naturales. Eduardo Torres-Cuevas nos alerta respecto de lo limitado y erróneo de esta apreciación, a la luz de la evidencia que se pone a nuestra disposición con esta obra que hoy se presenta, valiosa especialmente por la acuciosa revisión de su bibliografía activa y pasiva que sirvió de fundamento a su autora y que en la obra se nos ofrece con generosa prodigalidad.

Es cierto que desde muy joven, a su regreso de Francia, en circunstancias que este libro nos revela con documentada precisión, en la obra de Poey resalta la gran pasión de su vida, que nos lo retrata como uno de los grandes fundadores de la ciencia cubana: el estudio de la naturaleza en su isla natal, de la cual su fascinante colorido pareció mover en particular su sensible alma de poeta e incentivar su curiosidad de investigador científico. Su interés por la historia natural lo condujo por los campos de la entomología y la ictiología, pero esa misma avidez investigativa, junto a su sostenida vocación de educador, lo hicieron abordar el campo de la antropología, de manera no poco atrevida para su contexto social.

Sin embargo, su mente polifacética también conoció y cultivó otros muy diversos aspectos del intelecto humano: el derecho, la literatura clásica, la poesía, la pintura, la historia, la lingüística, entre otras. Su racionalismo científico no estorbó a su exquisita sensibilidad artística y literaria, que lo llevó a producir versos, artículos de crítica literaria, cuentos y otras narraciones, expansiones del espíritu que constituyeron virtualmente su forma preferente —si no única— de ocio, así como un medio singularmente eficaz de propagar sus conocimientos científicos.

En la obra amorosamente preparada por Rosa María González, se nos revelan de manera ordenada sus facetas como literato, sus primeros trabajos científicos, su labor pedagógica, sus intensas relaciones con muy notables científicos extranjeros de su época y sus eminentes trabajos ictiológicos.

Como nos expone la autora, a la preparación de su obra más trascendente, la *Ictiología cubana,* Poey consagró cerca de 70 años de su fructífera vida, y los sucesivos reportes por él preparados despertaron vivo interés por naturalistas de la talla del gran Georges Cuvier. Rosa María nos ilustra acerca de los diversos y fallidos intentos por la publicación de esta magna obra, exquisitamente ilustrada, la cual presentada *en manuscrito* en la Exposición Internacional de Amsterdam de 1883, le valió a Poey la condecoración, reservada a grandes talentos, de la Cruz de Caballero del León Neerlandés y diplomas de reconocimiento de sociedades científicas de Londres, Filadelfia y Nueva York. Después de un siglo de espera, esta monumental obra se publicará en nuestro país en breve en esta misma colección, tras años de cuidadosa revisión y cotejo de sus manuscritos por otro eminente ictiólogo cubano contemporáneo, el doctor Darío Guitart Manday, lamentablemente desaparecido hace unos pocos días y a cuya memoria dedicamos hoy un recuerdo agradecido.

De especial valor nos parece que, junto a la robustez de la obra científica de Poey y a su innegable sensibilidad y maestría para el cultivo de

las letras, en el libro que presentamos aparecen facetas esenciales del ser humano muchas veces ignoradas. Portador de una malformación bastante severa de sus miembros, a causa de una penosa enfermedad durante su niñez en Francia, nadie podría adivinarlo ante la vitalidad que transpiran sus relatos de viajes y expediciones. Al parecer, poca o ninguna huella dejó esta limitación en su carácter, reflejado en sus escritos literarios y en el testimonio de sus muchos discípulos y admiradores. Por el contrario, en sus poemas y relatos aflora una lozanía propia de quien ama la vida sin restricción alguna e, incluso, en varias de ellas se destila un especial sentido del humor, que se me antoja reflejo del gracejo criollo en su época. En la "Presentación" preparada por Pedro M. Pruna en 1993 al manuscrito de la autora, califica a Poey como "bardo de la naturaleza cubana". Así lo da por bueno también Torres-Cuevas en su "Nota" a esta edición y yo me limitaré, coincidiendo con ellos, a incitar al lector a comprobar este aserto.

Recalco a los lectores, en especial a los jóvenes, que, pese a su talento sobresaliente y sus reconocidos éxitos, Don Felipe fue, a lo largo de toda su vida, hombre de vida modesta y comportamiento sencillo, austero, para muchos hasta pintoresco en sus sencillos hábitos de vestir y de actuar, que por años incluyó la diaria visita a pescadores y vendedores de pescado en busca de nuevos ejemplares para su prolija colección. Fue igualmente un hombre amante de la familia, cordial y generoso, maestro extraordinario a quien sus alumnos seguían y virtualmente idolatraban. De su modestia y de su permanente apertura al nuevo o superior conocimiento dan prueba elocuente sus propias palabras, recogidas en los *Anales* de la Academia, en ocasión de responder a la disertación de ingreso de quien fuera tal vez su más dilecto discípulo, Carlos de la Torre y Huerta. En tan señalada ocasión, y ya octogenario, supo expresar con galana naturalidad: "He aprendido mucho durante esta disertación, y al cumplir el deber de argumentar, adquiero la ocasión de aprender algo más. Estoy satisfecho, y lo que es más, convencido; porque he de advertir que antes de oírle, yo opinaba de manera contraria".

Esta figura sobresaliente de nuestra historia se nos hace accesible y cercana a través de la presente obra, fruto de casi seis años de paciente investigación, redacción y compilación, y que, tras un paréntesis de obligada espera comparable en tiempo, llega felizmente a nuestras manos a partir de hoy. El acucioso trabajo de su autora nos permite apreciar no pocas líneas de continuidad entre el pensamiento científico y ético de Poey, y la universalidad humanista del más grande de los pensadores cubanos, José Martí. Basten dos menciones a manera de ejemplo. En un muy detallado análisis científico que denominó "Unidad de la especie humana", el sabio naturalista apuntó, a manera de conclusiones: "En resumen la fecundidad indefinida entre las razas humanas, los límites de variedad que presentan los animales domésticos y las otras razones enumeradas, prueban la unidad de la especie humana".

Poey no se limita, no obstante, a la pura aserción sobre bases científicas. Poco más adelante señala el compromiso ético que ha de extraerse de su conclusión: "Esto no tiene importancia para las personas generosas y sensatas, dotadas de sentimientos de *humanidad*: pero esto importa mucho con respecto á hombres que viven en la ignorancia y en la necesidad de sacar el mayor provecho de las fatigas y trabajos de otro, dígase a éstas que el hombre sujeto al trabajo no es de su especie y no estará muy lejos de considerarlo fuera de la humanidad". ¿Acaso no enlaza directamente esta reflexión con la tajante afirmación martiana: "No hay odio de razas, porque no hay razas"?

En otro momento de su obra, había señalado el eminente naturalista: "Mientras que una parte de la humanidad desviada de sus altos destinos, hace la guerra a la mitad del género humano, el amigo de la naturaleza se refugia en su seno". El genio de Martí calaría aún más hondo en ese mismo enjuiciamiento ético, al sentenciar:

"Los hombres van de dos bandos, los que aman y funda, los que odian y deshacen".

Es cierto que en estricto apego a los hechos históricos, el libro de Rosa María González nos enfrenta también a pasajes no felices en la ejecutoria del gran sabio, a caso amargos igualmente para él, según la autora nos ayuda a comprender circunstancias y nos aporta importantes testimonios de contemporáneos de Poey. Pienso que, al tratar con exquisito cuidado estos escasos pero inocultables momentos negativos de la vasta ejecutoria de su biografiado, ella se atiene, como debemos hacer también nosotros, a la suprema advertencia martiana: "El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz".

El libro que se nos ofrece habla ante todo de la luz, y a todos los agradecidos nos deleitará su lectura. Todo aquel que muestre interés o inclinación por la ciencia, encontrará en la vida y obra de Poey, diestramente presentada por la autora, una fuente de elevada inspiración, de la misma intensidad que la que lo envolviera cuando, con su probada elocuencia, escribió: "Las ciencias constituyen fuente inagotable de felicidad, ellas arrastran con mágico encanto y mientras más investiguen ignotas regiones y oscuros enigmas descifre la inteligencia, mientras más de cerca contemple el sabio a la naturaleza, más satisfacción sentirá su alma de verse frente a esos profundos misterios que envuelven goces inexplicables, tan inexplicables como sublimes".

En nombre de nuestra Academia de Ciencias y en el mío propio, extiendo mi sincera felicitación a nuestra cercana compañera Rosa María González y expreso el agradecimiento de todos al equipo editorial de Ediciones Imagen Contemporánea y a la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, que con el coauspicio de la Sociedad Económica de Amigos del País y el Instituto de Investigaciones Marinas, la han hecho accesible a nuestros científicos y a todo nuestro pueblo.

Ismael Clark

Utopía y experiencia en la idea americana

Colectivo de autores
Ediciones Imagen Contemporánea,
La Habana, Cuba, 1999;
auspiciada por el Collège International de Philosophie de París y la Embajada de la República Francesa en Cuba,
160 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

PUBLICADO RECIENTEMENTE este libro reúne artículos de autores franceses y cubanos en torno a un tema común: la utopía, tratada desde diversos ángulos y criterios autorales que permitieron un coloquio abierto, interesante, polémico y fraternal, en el contexto del Primer Encuentro Bilateral de Filósofos Franceses y Cubanos, celebrado a finales de septiembre de 1996 en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana.

De hecho, reunir y plasmar en forma escrita las ponencias de los participantes en el Encuentro, constituye un mérito esencial del libro. Destacadas personalidades del universo intelectual francés asistieron gustosamente a éste, permitiéndonos conocer a través de sus trabajos el tratamiento de este tema en la filosofía francesa y mediante la Mesa Redonda que cerró el evento —también recogida en el libro— nos posibilitó percibir el estado de discusión de los temas filosóficos en la Francia actual, a la vez que contribuyó a que los visitantes se sintieran nuestros colegas y apreciaran de cerca la creatividad y profundidad con que sus anfitriones (profesores-investigadores cubanos) problematizan sobre el tema de la utopía y se insertan en el debate actual de las ideas.

La presencia en este coloquio de miembros del Colegio Internacional de Filosofía de París junto a profesores-investigadores cubanos, debatiendo mano a mano y desde ángulos y realidades bien diferentes un mismo tema —hallando interesantes puntos de acercamiento—, resulta de por sí un hecho académico de gran significación, que contribuyó definitivamente a la consolidación del proyecto investigativo conjunto

entre Francia y Cuba, en el ámbito académico universitario de la Cátedra Voltaire.

Por estas razones, la edición del libro *Utopía y experiencia en la idea americana* contribuye a la divulgación y el desarrollo de la filosofía y las ciencias sociales cubanas, al ponernos en contacto con las inquietudes y problematización de la visión tradicional de la utopía en el campo académico cubano e ilustrarnos acerca de la amplia gama de concepciones y tratamientos sobre el tema (utopía técnica, científica, latina...) que desde la realidad francesa actual nos mostrarán los filósofos invitados, en excelentes ponencias, todo lo cual coadyuva a corroborar la posibilidad y necesidad del diálogo entre Europa y Latinoamérica en el campo de las ideas.

Por demás, el libro logra un excelente equilibrio en las exposiciones de visitantes y anfitriones, así como una excelente presentación editorial.

Rita M. Buch Sánchez

Fiestas populares tradicionales cubanas

Colectivo de autores

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, Cuba, 1998, 288 pp., 13,5 x 21 cm, rústica cromada.

Itinerarios de la historiografía del siglo xx

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, Cuba, 1999, 328 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

INDISPENSABLES OBRAS ha publicado recientemente el Centro Juan Marinello, como parte del quehacer científico y cultural contemporáneo en nuestro país. Haber participado en la edición de ambos libros, nos permite ofrecer en esta sección "Entre el Autor y el Lector" de nuestra revista *Debates Americanos*, desde el prisma de editora, algunas consideraciones que motiven a nuestros amigos lectores —de Cuba y del exterior— acercarse a tan significativos textos.

El primero, en el tiempo, es el resultado de acuciosos trabajos de especialistas en estudios culturales del Centro y colaboradores de éste, como Isaac Barreal Fernández, Alicia Morales Menocal, Dennis Moreno Fajardo, Rafael Cerezo López, Virtudes Feliú Herrera, María del Carmen Victori Ramos, Caridad Santos Gracia y Martha E. Esquenazi Pérez; ellos tuvieron la dedicada colaboración y arduo esfuerzo de especialistas en esta temática de distintas provincias y municipios, así como el aporte de importantes datos por quienes conocieron y guardaron memoria de esta manifestación cultural tradicional cubana. Por ello, y gracias a ellos, contamos con un volumen que agrupa los festejos más sobresalientes en todo el territorio nacional, vigentes o históricos, religiosos o laicos, urbanos o rurales.

Cuando tenga en sus manos la obra que hoy le recomendamos, según sus vivencias, recordará las fiestas tradicionales hispánicas del patrón del pueblo, carnavales, verbenas, parrandas o el guateque campesino; tal vez tendrá presente el resonar del tambor de la fiesta ritual o laica africana; o puede encontrarse con la tradición haitiana y jamaicana. Y es que las fiestas de antecedentes hispánicos, africanos y de inmigrantes laborales, conforman la riqueza popular tradicional de la cultura cubana. Un calendario de fiestas tradicionales cierra, con esmerado empeño, el objetivo ambicioso y de resultados científicos de consideración de esta obra.

Algo más reciente, pudimos revisar los originales de una obra que ahora se les ofrece y la cual constituye un relevante aporte historiográfico para los estudios de la Historia. Estos *Itinerarios* que nos posibilita conocer el destacado intelectual mexicano Aguirre Rojas, y con sugerente subtítulo, se nos convierten necesarios en la profundización del conocimiento contemporáneo de esta temática: "De los diferentes marxismos a los varios *Annales*".

Este libro, con sello editorial del Centro, contó para su publicación con la colaboración de su autor, de la Asociación Nacional de Profesores de Historia y Ciencias Sociales (México), la Uni-

versidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Autónoma Chapingo (México) y sus departamentos de Preparatoria Agrícola y de Sociología Rural, el Programa Interdepartamental de Docencia, de Investigación y Servicio de Agroecología, el Centro de Investigaciones Económicas, Sociales y Tecnológicas de la Agricultura y la Agroindustria Mundial.

La Historia, más como experiencia que como memoria, expone diversos períodos semejantes de crisis y renovación, desde la Ilustración del XVIII hasta el desarrollo tecnológico y científico de nuestra centuria que culmina, inmersa en conmociones ideosociales. En el decursar de este intenso proceso, nuestro siglo ha proyectado tres grandes corrientes teóricas de la Historia: el *positivismo*, la *Escuela de Annales* y el *marxismo*, las cuales han devenido indispensables para el conocimiento en la formación y práctica del oficio de historiador.

En extenso y con dominio en sus reflexiones, Aguirre Rojas aborda en las páginas de este libro, en el conjunto de textos y ensayos agrupados, medulares planteos actuales que remiten a ese "contexto general de la historiografía que podemos calificar de *contemporánea*"; empeño encaminado a reconstruir lo que considera algunos de los *itinerarios esenciales* de esa historiografía, desde las varias expresiones de *Annales* hasta los diferentes marxismos del siglo XX.

El lector, al tener esta obra, podrá apreciar las sugerentes interpretaciones que centran los objetivos básicos en la atención a la contribución del proceso del remontaje historiográfico que ocupa el análisis de los tiempos dados con la primera conflagración mundial y que conducen a nuestros días, así como estimular el estudio, investigación y debate en los historiadores latinoamericanos, sobre el balance crítico de esa historiografía, de sus reales posibilidades en el futuro, de sus necesarias transformaciones y actualizaciones.

Gladys Alonso González

Enrique José Varona. Política y sociedad

Selección e introducción de Josefina Meza y Pedro Pablo Rodríguez

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Palabra de Cuba*, La Habana, Cuba, 1999; Editorial Linotipia Bolívar, Santafé de Bogotá, Colombia, 312 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

EL SEXTO Y ÚLTIMO HIJO de una familia rica y culta, Enrique José Varona, nació en la ciudad de Puerto Príncipe el 13 de abril de 1849, quien en el devenir de sus 84 años se convertiría en una de las personalidades más importantes del pensamiento y acción transformadores de la nación cubana. Filósofo, poeta, orador, periodista, educador y político de gran talla, se significa en nuestra historia como figura debatida y compleja, pero de ineludible presencia puente desde el accionar de lo mejor de la tradición ideológica y cultural pasada, en su proyección contemporánea de pensamiento del pueblo revolucionario cubano.

En referencia a Varona, en una oportunidad señalaría Armando Hart Dávalos: "El carácter progresista o conservador de las ideas políticas o filosóficas, viene muy condicionado por el medio social en que tales ideas se aplican o preconizan, y en Cuba de las primeras décadas del siglo, el positivismo tuvo un sentido muy diferente al de Europa". En sus direcciones temáticas, los historiadores Josefina Meza y Pedro Pablo Rodríguez —quienes han desarrollado una activa participación en los campos de la investigación, divulgación y docencia históricas—, al entregarnos la obra que comentamos en estas páginas, en el 150 aniversario del ilustre camagüeyano, encaminan sus reflexiones y documentados estudios introductorios, en el preciso entorno y quehacer ideopráctico varonianos, penetrando en el entramado de la obra sociopolítica y en su ideología económica, sin justificaciones elaboradas o esquivos teóricos; sí bien, introduciendo las interpretaciones objetivas y críticas acerca de un hombre y un pensar, cuyos derroteros marcaron, en cons-

tante reflexión y recambio avanzado, el espíritu superador de ideas y actitudes patrióticas.

Muchos valores podrá encontrar el lector en esta obra, en la cual sus autores logran incorporar una selección de textos, de algunos trabajos de Varona escasamente publicados, la cual permite un conjunto de coherencia evolutiva en las ideas varonianas, cuya exposición temporal posibilita, según nos expresan los seleccionadores, "la evolución de las ideas de Varona en sus proyecciones principales, desde un punto de vista positivista y liberal que lo lleva a aspirar al avance de la sociedad cubana hacia el desarrollo capitalista autónomo [entiéndase que era la época del capitalismo premonopolista], libre del yugo español, como representante de una potencial burguesía nacional, hasta su definición como ideólogo antimperialista, mentor de las juventudes estudiantiles e intelectuales cubanas del proceso revolucionario del 30, capaz de reconocer que el socialismo, ineluctablemente, sustituiría al capitalismo".

Enrique José Varona, y así comprobamos al recorrer en su lectura las páginas de esta obra –-y que, además, contiene básicas bibliografías activa y pasiva, así como una valiosa cronología comparada—, formó parte principal y consciente de dos generaciones de cubanos que ofrecieron juventud y sangre en la lucha por la independencia y que en los momentos finiseculares vieron, en sus nobles empeños de edificación de una Patria libre, truncas las esperanzas y sacrificios, en brutal injerencia neocolonial del naciente imperialismo estadounidense. Los autores nos permiten acercarnos a un hombre de aquellos que entonces eran preocupados por la problemática de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX que ya concluye; pero de los pocos que comprendió la significación dominadora de Estados Unidos en Cuba -–"uno de los puentes entre el pasado cubano y nuestras ideas actuales", señalaría Carlos Rafael Rodríguez—.

Trabajos como "El azúcar y los optimistas", "El bandolerismo", "El movimiento feminista en Cuba", "Cuba contra España", "Martí y su obra política", "El fracaso colonial de España. II: Período revolucionario"; o aquellos referidos a "Las reformas en la enseñanza superior", "Martí en los Estados Unidos", "El imperialismo a la luz de la Sociología", "Discurso sobre el capital extranjero", "Recepción en la Academia Nacional", "Con el eslabón. Selección", "El imperialismo yankee en Cuba"; también los temas acerca de "El conflicto social es en todo el mundo idéntico y ningún pueblo podrá sustraerse a él", "Balance", "Entrevista con el director del diario *El País*", "Mi tributo a Rafael Trejo", "Mis consejos", estructuran en esta selección, junto a otros, contenidos de un pensamiento en desarrollo y expresión de toda una época.

El resultado de la labor investigativa de los colegas Josefina y Pedro Pablo, permitirá adentrarnos en el enriquecedor acontecer varoniano, del patriota camagüeyano que en octubre de 1868 es de los levantados en Las Clavellinas, quien asume en los tiempos del conflicto bélico de la Guerra Grande un camino que le conduce, en el tiempo, a asimilar con la caída de José Martí la edición de *Patria* y mantener la estructuración de objetivos de la Revolución Cubana ante la metrópoli española. Raúl Roa ante la tumba de Varona diría que, traía una "palabra genuinamente joven, viril, afirmativa, que despide al viejo y amado maestro con la determinación diamantina de completar su obra superándola, ya que el magisterio es estéril si no existen discípulos dispuestos a la negación constructiva".

"Ya puedo morir", dijo el patriota al conocer de la fuga del tirano Machado. Tres meses después lo hizo. Con estas páginas que se agradecen, por la significación que tienen en la continuación del estudio de nuestro pensamiento, no dejen de recordarse las palabras escritas por Carlos Rafael Rodríguez en su balance del centenario de Varona: "Y mirarnos hacia atrás, como él quería, pero no para quedarnos 'con el cuello torcido', sino para aprender mejor sus señales que nos animan a seguir adelante".

Luis M. de las Traviesas Moreno

José Agustín Caballero. Obras

Ensayo introductorio, compilación y notas de Edelberto Leiva Lajara

Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 5, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, Cuba, 1999,auspiciada por la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para A. Latina y el Caribe, 580 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

COMPILADAS POR EL PROFESOR cubano Edelberto Leiva, las obras del presbítero habanero José Agustín Caballero llevaban esperando por esta exhaustiva edición poco menos de dos siglos, aparecen ahora gracias a esta colección de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz. El volumen presenta dos grandes partes: un ensayo introductorio del propio compilador y el conjunto de textos del padre Agustín. Cada una de ellas merece, por sí sola, un ensayo crítico.

Ahora bien, el análisis de la obra de este fundador se realiza con gran profundidad en la primera parte. A causa de ello, me limitaré a mencionar —con respecto a la segunda parte— el minucioso trabajo de búsqueda, localización y transcripción hecho por el joven profesor Edelberto Leiva. A ello pueden sumarse las acertadas y profusas notas al pie, muchas de ellas explicativas y reveladoras, que acompañan a las transcripciones de los originales y la correcta referenciación de los documentos de fuentes primarias.

No obstante, lo que más resalta es el ensayo introductorio de Leiva, el cual —más que un intento de biografía— se erige en bosquejo histórico de la época del padre Agustín. El autor no nos agobia con excesos de información o con vacíos alardes de erudición. En las 98 páginas de su ensayo, el lector quedará atrapado en aquella fructífera y contradictoria etapa de la historia de Cuba, en la cual José Agustín Caballero desempeñó un papel relevante. Para entender al Padre, el autor, tal vez influido letalmente por Fernand Braudel, comienza por aprehender su momento histórico, viendo al biografiado como parte de un proceso y no como un individuo aislado en el eco del claustro del habanero Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Así se percibe cristalinamente, en los inicios de la lectura, como entiende y analiza el momento de "gracia" ofrecido a Cuba a raíz del desbarajuste económico y político de la vecina colonia francesa de *Saint Domingue*. Sin desviarse de su objeto de estudio, el autor nos sumerge en la política del capitán general don Luis de las Casas y su ideal de autosuficiencia insular, compartido y fomentado por los individuos más emprendedores dentro de la Isla en aquel entonces, léase Francisco de Arango y Parreño, el conde de Casa Montalvo y Nicolás Calvo, entre otros.

En este medio sazonado por innumerables condimentos, ubica el autor al padre Agustín, siguiendo cual experto detective las huellas de su biografiado. Lo muestra en su controversial puesto de censor, el cual, lejos de arrastrarlo al desenfreno o la injusticia, sirvió para resaltar "su ética cristiana y su preocupación por los efectos que ciertas opiniones podían tener en ordenamiento social existente". Agustín Caballero, consciente de la importancia que tenía para quienes lo rodeaban el binomio esclavitud-tecnología, capeó el temporal de un modo muy singular, mediando a favor de aquellos que eran comprados en la lejana África y traídos a sufrir incontables abusos en la incipiente colonia azucarera. Poco a poco va apareciendo ante nosotros el hombre comprometido con su momento histórico, a la par que el religioso dedicado a su Iglesia. No sólo su posición crítica hacia la esclavitud —el más grave problema social de su tiempo— se trasluce en la prosa de Leiva, sino la personalidad integral del sacerdote cubano, quizás adivinada por vez primera por un estudioso suyo en los casi dos siglos transcurridos desde su muerte. De esta manera, el padre Agustín aparece como uno de los primeros en criticar los malos tratos recibidos por los esclavos en los ingenios del occidente insular y como terrible genio parodiante de la imagen de los tratistas y de todos los que —desde su punto de

vista— lucraban sobre la sangre de sus esclavos sin reparar en su destino.

De acuerdo con Leiva, su papel como pedagogo y los méritos adquiridos al frente de diversas cátedras, desempeñadas dentro del Seminario que vio pasar su vida entre sus muros, se recompensaron con una nueva generación de cubanos que supo dar continuidad a sus enseñanzas. Félix Varela, Juan Bernardo O'Gavan, José Antonio Saco y los hermanos José Zacarías y Manuel González del Valle, son algunas de las figuras que aprendieron del Padre y reprodujeron sus lecciones, adicionando sus propias experiencias y conocimientos. Muchos de estos fieles alumnos permanecieron junto a su profesor durante largos años, y reconocieron con frecuencia la infranqueable deuda que tenían con él.

Sin embargo, lo que más se destaca de todo el ensayo introductorio es la aproximación al pensamiento filosófico del biografiado. Leiva, haciendo gala de dominio pleno de las herramientas conceptuales necesarias para entender un pensamiento filosófico complejo y aportativo como el de José Agustín Caballero, desglosa los puntos neurálgicos de su sistema de ideas, dejando al desnudo lo que de trascendente e histórico tuvo el pensamiento de este hombre excepcional. El compilador nos conduce —a la manera del hilo de Ariadna a Teseo, en el laberinto de Creta— en un recorrido por los sinuosos recovecos del pensamiento del Padre, hasta hallar sus más remotos rincones, aquellos vedados para los no iniciados en la ciencia filosófica. Nos muestra a un sacerdote valiente, y tal vez hasta atrevido, influido por los grandes pensadores del siglo VIII y seguidor de las ideas electivistas e innatistas de Renato Descartes. Según Leiva, el camino escogido por su biografiado fue el de demostrar que es conveniente al filósofo, "incluso al cristiano, seguir varias escuelas a voluntad, que elegir una sola a que adscribirse". A pesar de que el padre Agustín no llegó a reproducir las ideas del inglés John Locke —a quien su alumno Juan Bernardo O'Gavan se encargaría de dar a conocer— sí se dedicó a entender, a la manera de la Escuela de *Port Royal*, el sensualismo predominante en el *Ottocento* y el cartesianismo con el que tanto tuvo que ver. No por casualidad, sus estudiantes llegaron a ser destacados pensadores a la vez que persistentes pedagogos. Su ejemplo les mostró el camino a la disensión y al respeto a las ideas del otro.

En resumen, la obra comentada constituye un alto en el camino, un punto de reflexión acerca de cómo debemos enfrentar nuestros antecedentes históricos sin apasionamientos y con una consistente y necesaria preparación previa que permita entender las claves del problema al cual nos enfrentamos. La solidez y profundidad de este estudio lo colocan en un lugar privilegiado entre las obras de historia de Cuba, producidas en la Isla o en otras latitudes, durante los últimos años.

Manuel Barcia Paz

Significado de un conjunto cerámico hispánico del siglo XVI de Santiago de Cuba

Francisco Prat Puig

AL CONCLUIRSE LA LECTURA de esta obra (Editorial Oriente, 1986), nos queda la grata impresión de haber estado en contacto con un texto que deja su huella para la cultura cubana, y repercute de manera novedosa para la arqueología por el tema tratado y las vías utilizadas. El libro está estructurado por nueve epígrafes: "A manera de proemio", "El hallazgo de la cerámica objeto del presente estudio", "Problemas de la restauración", "Dificultades del trabajo", "Metodología de la investigación", "Significado de la vinculación del hallazgo con determinado monumento", "Consideraciones sugeridas por el material objeto de estudio", "Vida de los ejemplares cerámicos", y un capítulo en el cual se analizan detalladamente cada una de las piezas encontradas.

En este contexto arqueológico se relacionan piezas de forma como jarros o pichel, escudillas grealense, floreros, escudillas decoradas en azul y negro, escudillas con asas, escudilla decorada en verde, escudilla blanca, escudilla de sombrerito. También

lozas decoradas, platos, cerámicas sanitarias, piezas de jarreros, cerámica de cocina, azulejos.

Además se ofrece una descripción pormenorizada en cuanto a forma, diseño, barniz, color y pasta de las evidencias. Para la materialización del trabajo, el autor acudió fundamentalmente a fuentes bibliográficas y arqueológicas. Éstas le permitieron adentrarse en el tema.

Un elemento a destacar es la diversidad de ilustraciones que muestra la obra. Éstas se presentan a color y en blanco y negro, posibilitándole al lector una visión más amplia y exacta.

Prat Puig se propuso abordar un profundo panorama de una serie de objetos cerámicos hallados en la antigua colonia de Santiago de Cuba que, en determinada casa, formaban su ambiente. Mediante la historia llega a revelar la vida de los objetos cerámicos, "en un crítico momento de su evolutiva transformación al pasar de las medievales a las modernas formas y funciones", como subrayara el autor.

En el libro resulta interesante el acápite dedicado al significado de la vinculación del hallazgo con determinado monumento, porque el autor aborda de manera detenida las posibles causas que propiciaron el hallazgo. Recuerda que el basurero donde apareció el material era un hoyo en forma de fosa sepulcral, situado al lado de la calle Félix Pena a unos 17 metros de la esquina que formaba con la calle Aguilera. Prat Puig considera que la aproximación de este basurero con la casa de Diego Velázquez, por la cronología de la cerámica, tal vez fuera usado entonces como lugar donde se depositaban los desperdicios de esa casa.

Para reforzar esta hipótesis se fundamenta en la relativa calidad y, sobre todo, en la riqueza tipológica de los restos cerámicos, y se detiene como forma determinante en el lujo que supone la pieza de vidrio soplado cuyo fragmento procede del basurero. Además, incluye los tiestos de azulejo encontrados —de alta calidad y lujo— como elemento que permite abundar en la posible vinculación de estos hallazgos con la vecina casa de Diego Velázquez, cuya importancia, considera el autor, explica de manera cumplida esos lujos.

Prat define la técnica de esos azulejos como la conocida por cuenca o arista. Algunos están decorados con temas moriscos, pero en la mayoría se observan motivos renacentistas, que el autor sitúa en el primer tercio del siglo XVI. Los azulejos se hallaron entre los escombros que rellenaban parte del solar de aquel ayuntamiento de Santiago de Cuba, solar que no se edificó para cabildo hasta el siglo XVI. El autor toma esto como la lógica para suponer que estos escombros de relleno debieron pertenecer a algún edificio aledaño y el único de importancia era la casa del Adelantado.

En apoyo de su hipótesis, Prat Puig expresa que en la referida casa en torno a los arcos del encuentro de las crujías de la planta baja, a manera de arrabá, hallaron un repello antiguo con huellas de haber tenido azulejos engastados.

Más adelante, el autor concluye que "la hipotética atribución de estos azulejos con la vecina casa y su aparición en estado fragmentario entre los escombros que aparecieron en el solar, puede explicarse tal vez, a que haya sido saqueada la referida casa en algún ataque pirata y sus azulejos robados, como piezas preciosas que entonces eran, y echado en el vecino solar los fragmentos y escombros que quedaron, lo que se puede inferir de las condiciones y circunstancias en que fueron encontrados estos azulejos".

La hipótesis planteada, en lo fundamental en los elementos históricos y arqueológicos relacionados, también motivaba algunas interrogantes, pues ese tipo de basurero, ¿no pudo también utilizarse por otros vecinos de cierto poder económico con acceso a materiales como los hallados? Claro está que la respuesta requiere de amplias investigaciones históricas y trabajos arqueológicos.

Prat Puig insiste en el texto que su propósito no es que "el lector encuentre en el presente estudio de un lote de cerámica hallado en la entonces remota colonia de Santiago de Cuba, los vistosos exponentes de bellos ejemplares cerámicos cuya hermosura constituye el regalo de tus ojos. No es una de las acostumbradas historias consagradas a exaltar las obras señoras y dejar a un lado los exponentes que carezcan de categoría estética porque el nuestro no es un trabajo de la historia del Arte, que se circunscribe a entresacar lo que hubo de extraordinario en un campo determinado".

Pensamos que esta obra resulta de marcada relevancia, debido a que no se hace un estudio descriptivo del ajuar doméstico, sino que a través de éste se trata de interpretar su función y época a la cual pertenecieron. También es de gran valor la cronología con el material referente al comienzo del siglo XVI. Sin embargo, debe significarse que dentro del contexto existen varios fragmentos correspondientes a la mitad del siglo XVI y principios del XVII.

Las evidencias expuestas aseguran la unidad del material en cuanto a función, estilo y cronología. El análisis de las piezas posibilitó dar una valoración y un significado al conjunto cerámico. Las características comunes presentes en esos objetos le permitieron al conjunto verse como un todo unitario.

La vigencia de esta obra no está dada de manera exclusiva por los aportes que en ella se exponen, sino por ser la primera de este corte realizado en Cuba. Posteriormente a este trabajo se registra el hecho por la arqueóloga Lourdes Domínguez, titulado *La casa de la Obrapía*. Del exterior sólo se conoce el de John M. Goggin: *Spanish Majolica in the World. Tipes of the sixteenth to eighteenth centuries.*

Para Prat no debió resultar fácil escribir este libro, pues las dificultades halladas en el transcurso de la investigación fueron visibles. El principal obstáculo radicó en la insuficiencia bibliográfica correspondiente al siglo XVI. No obstante, la obra de González Martí referente a la *Cerámica del Levante español, siglos medievales* le resultó de extraordinaria utilidad.

En la obra, el autor utiliza adecuadamente dos técnicas del lenguaje: la descripción y el análisis. Ellas hacen posible una mejor comprensión del tema. Recordemos que, para Prat Puig, la arqueología ha sido una de sus principales fuentes de inspiración. Sus numerosos artículos avalan esta información. Por otra parte, ha dedicado muchos años de su vida a la ardua tarea de educador, pues durante varias décadas fue profesor de la Universidad de Oriente. Su labor como restaurador es digna de mencionar, sus trabajos abarcan las ciudades de La Habana, Santiago de Cuba, Sancti Spíritus, Trinidad, Gibara, Jiguaní y Camagüey.

La arquitectura colonial santiaguera ha constituido otra arista que se ha investigado, cuyos resultados se aprecian en diversos libros, entre los cuales citamos: *El Museo y la Casa de Diego Velázquez*, *El mueble cubano histórico*, entre otros. Así como el rescate de múltiples edificaciones de la acción del tiempo.

Esta vasta experiencia y acumulación de conocimiento se cimentaron para darnos esa excelente obra de gran utilidad para el acervo cultural de Cuba. *Significado de un conjunto cerámico hispano del siglo XVI de Santiago de Cuba* —con los años— deviene una obra de obligada consulta para el especialista y el lector interesado en estos temas. Es, en fin, una contribución bibliográfica de grandes dimensiones por su singularidad.

Melba Pérez González

La prensa norteamericana llama a la guerra. 1898

Miralys Sánchez Pupo

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro, *Colección Política*, La Habana, Cuba, 1998,
224 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

VIEJOS ANHELOS de apropiación por diferentes vías del territorio cubano, como

la manipulación de la opinión pública, desde falsas noticias hasta métodos para exacerbar los sentimientos nacionales del norteamericano por la prensa amarilla, junto a la interpretación martiana dada en el conocimiento de la sociedad y la política estadounidenses, entre otros elementos que condujeron a la intervención de Estados Unidos en la guerra de Cuba, forman parte de este interesante libro •••

Lo que todo empresario cubano debe conocer

Armando Pérez Betancourt* y *Carlos Díaz Llorca

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Economía*, La Habana, Cuba, 1999; Editorial Linotipia Bolívar, Santafé de Bogotá, Colombia, 280 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

LIBRO DE MADUREZ en el cual esta última permite aunar tres difíciles ingredientes como la experiencia práctica de la temática que se aborda, el conocimiento teórico y académico, junto a la amenidad y frescura en la exposición. Consejos, orientaciones, sugerencias recorren las páginas de esta sugestiva y necesaria obra, en la cual el lector conocerá las cualidades que deben poseer los cuadros; es decir, el valor del trabajo en equipo y la perseverancia, las condiciones preliminares para ejercer la crítica y la autocrítica, así como las consecuencias del burocratismo, la visión de la centralización, la descentralización y el equilibrio de ellas, entre otros importantes temas. Perfeccionar el sistema empresarial en la búsqueda de eficiencia y eficacia reclamada por el socialismo, resulta un camino que todo dirigente ha de conocer; de ahí los valores de este libro. •••

Cuba. Período Especial: perspectivas

Colectivo de autores

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Política*, La Habana, Cuba, 1998, 276 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

ESTA OBRA AGRUPA, en condensado número de páginas, un considerable caudal de informaciones brindado por una docena de especialistas, quienes abordan temas de la vida social cubana, como trabajo, edad, sexo, localidad urbana o rural en su existencia y manera de reaccionar ante los desafíos presentados por el Período Especial, ante el bloqueo económico impuesto a la Isla por Estados Unidos. •••

Otra guerra

Rafael Hernández

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Política*, La Habana, Cuba, 1999; S.S.A.G., S.L., Madrid, España, 184 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

ESTRATEGIA Y SEGURIDAD CUBANAS son temas agrupados en este libro, ensayos en los cuales su autor examina de manera retrospectiva algunos de los acontecimientos de la guerra fría que tocan directamente a Cuba, así como viejos y nuevos asuntos de la posguerra fría, en la medida en que éstos afectan la política exterior y la seguridad de la Isla, al igual que la internacional, en lo fundamental, en la cuenca caribeña. Libro de actualidad en el cual se nos ofrecen las claves de un pequeño país de posiciones inclaudicables, con actitudes de sabiduría política, realismo y decisión, ante un poderoso enemigo.

•••

La deuda colonial y el Tratado de París

José Antonio Pulido Ledesma

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, *Colección Economía*, La Habana, Cuba, 1999; Editorial Linotipia Bolívar, Santafé de Bogotá, Colombia, 150 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

APASIONANTE TEMA el de la "deuda de Cuba", deuda exterior pagada por los cubanos en penosa página de la historia colonial. Su origen y consecuencias, el tratamiento dado en los acuerdos de París, resultan, entre otros elementos abordados por el autor en este libro, análisis importantes acerca de los gastos abusivos y gravados a la Isla, gracias a las aventuras coloniales de la Metrópoli. •••

Premios de la Crítica / 1998

Como parte de las actividades desarrolladas en la IX Feria Internacional del Libro, La Habana 2000, el Instituto Cubano del Libro y el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente proclamaron oficialmente los premios de la Crítica Científico-Técnica otorgados a 10 obras publicadas en el 98. En 1999, de ellas, se seleccionaron temas de las ciencias sociales:

• **Rolando Rodríguez:**
Cuba. La forja de una nación,
2 tomos (756 pp., t. I y 760 pp., t. II),
Editorial de Ciencias Sociales.

• **Pablo Guadarrama:**
Humanismo, marxismo y postmodernidad,
(296 pp.),
Editorial de Ciencias Sociales.

• **Sergio Valdés Bernal:**
Lengua nacional e identidad cultural del cubano
(192 pp.),
Editorial de Ciencias Sociales.

• **Oscar Zanetti:**
Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898 (328 pp.),
Editorial Casa de las Américas.

• **Miguel Limia David:**
Individuo y sociedad en José Martí. Análisis del pensamiento político martiano (76 pp.),
Editorial Academia.

• **Ovidio Ortega Pereyra:**
El real arsenal de la Habana. La construcción naval en La Habana bajo la dominación colonial española (112 pp.),
Editorial Letras Cubanas.

En el 147 aniversario del natalicio de José Martí se anunció la constitución de la Comisión Nacional Conmemorativa para el 150 aniversario de su nacimiento, presidida por el doctor Armando Hart Dávalos, director de la Oficina Nacional del Programa Martiano; esta Comisión promoverá el conjunto del pensamiento del Apóstol en su relación cosmovisiva del conocimiento latinoamericano y universal, el cual tendrá en enero del 2003, en su convocatoria, un Congreso Internacional para el estudio del pensamiento y obra martianos. De igual forma se propiciará una Maestría de estudios referida al Héroe Nacional cubano.

A su vez, también se conoció del otorgamiento del Premio de Investigación José Martí a la máster en Filología Marlene Vázquez Pérez, convocado por el Centro de Estudios Martianos. En esa oportunidad, junto al trabajo investigativo premiado: "Martí y Carpentier: cronistas de su tiempo", el doctor Roberto Fernández Retamar presentó el vigésimo tomo del *Anuario Martiano*.

Por entonces, en tierras latinoamericanas, se efectuaron actos como el de la ciudad y puerto Progreso, Mérida, Yucatán, en el 125 aniversario del arribo de José Martí por vez primera a tierras mexicanas. El doctor Armando Hart develó un busto del Apóstol y destacó el amor que profesó Martí por México y los significativos vínculos de amistad y fraternidad forjados entre ambos pueblos y países. En el Centro Cultural Olimpo de la alcaldía de Mérida, Hart también dictó la conferencia "Importancia de la cultura para América Latina en el nuevo milenio".

Mientras por este 147 aniversario —28 de enero— en Cuba se desarrollaron otras actividades conmemorativas como la tradicional Marcha de las Antorchas; en el Parque Bustamante, de Santiago de Chile y ante el busto de José Martí, diversas personalidades e instituciones de la vida cultural chilena recordaron al Héroe Nacional de Cuba y convocaron a un Comité Nacional José Martí, el cual, con la participación de intelectuales, académicos y científicos de ese hermano país, trabajen aún más por recoger el legado intelectual y libertario martiano, hasta el 2003, en el 150 aniversario de su natalicio.

* * *

Universidad 2000 sesionó en su Segunda Convención Internacional de Educación Superior en los primeros días de febrero, con la asistencia de más de 800 delegados e invitados de unos 25 países, con los principales objetivos de debatir acerca de temas relacionados con las perspectivas del nivel universitario en el milenio que se nos avecina. Como parte de esta Convención en la capital cubana, en la ciudad de Pinar del Río —en la parte más occidental de la Isla—, la II Jornada de Didáctica y Problemas Sociales discutió temáticas referidas a la educación universitaria en la búsqueda de estrategias comunes para América Latina y el Caribe.

* * *

Premios Casa 2000 tuvo su más reciente edición en enero de este año, cuando se analizaron 488 manuscritos de autores de 22 países del área, por 17 especialistas del jurado. En poesía, "Encuentros en los senderos de abya yala", de Miguel Ángel López, colombiano, resultó el premiado, junto al uruguayo Daniel Chavarría con su novela "El rojo en la pluma del loro" y la argentina Celina Manzoni con su ensayo artístico-literario "Un dilema cubano, nacionalismo y vanguardia"; mientras *Lecran rouge (Pantalla roja)* del guadalupeño Ernest Pépin obtuvo el premio en la categoría de literatura caribeña en francés y créole para libro publicado.

Casa de las Américas otorgó un conjunto de premios a autores de libros publicados en el bienio; para novela, el premio "José María Arguedas" lo recibió el nicaragüense Sergio Ramírez; en ensayo, el "Ezequiel Martínez Estrada" se le confirió a la argentina Beatriz Sarlo, mientras el cubano Raúl Hernández Novás obtuvo en poesía el "José Lezama Lima", todos con sus respectivas obras *Margarita, linda está la mar, La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardias,* y *Amnios.*

* * *

Como parte de las actividades desarrolladas en la IX Feria Internacional del Libro en la capital cubana, en febrero de este año, se realizaron dos encuentros importantes para los editores iberoamericanos: el *Segundo Encuentro Iberoamericano de Revistas Culturales,* en Casa de las Américas, y el de *Editoriales Universitarias*, en el recinto universitario capitalino. En estos coloquios de suma importancia editorial, Ediciones Imagen Contemporánea y la revista *Debates Americanos*, tuvieron su asistencia en representación de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz.

* * *

Del 9 al 15 del pasado febrero, alrededor de 25 casas editoriales cubanas, junto a las del Instituto Cubano del Libro, acompañaron a unas 600 entidades de casi 30 países en la *IX Feria Internacional del Libro,* en esta oportunidad, en las áreas de la fortaleza de San Carlos de la Cabaña. Italia, como país homenajeado, se presentó con unas ocho docenas

de editoriales, además de otras representaciones de América Latina, el Caribe, Europa, África y entidades de Naciones Unidas. Múltiples actividades acompañaron la muestra, como en otras oportunidades, tales como encuentros teóricos, premiaciones, presentaciones y ventas de libros, y programas artístico-culturales.

* * *

El Instituto Superior de Arte de La Habana se convirtió en la tercera institución docente en recibir, por su rigor académico y el nivel de excelencia para la formación de los jóvenes artistas cubanos, el *Premio Imperial de Japón*, el pasado año. El señor Kazunori Tsujikawa, vicesecretario general del Premio Imperial, en su reciente visita a Cuba, indicó que ésta "fue una magnífica elección, sólidamente recomendada por el señor David Rockefeller a nuestro cuerpo de asesores". Este Premio se otorga desde 1989, cada año, a personalidades de renombre mundial en la música, pintura, escultura, teatro, arquitectura y cine; como institución, el ISA la recibió después de la afamada Escuela de Cine de Varsovia y el Conservatorio de Música de Hanoi.

La Conferencia Internacional Marxismo hoy: una mirada desde la izquierda desarrolló sus sesiones en la sede del Instituto Superior de Arte, con asistencia de investigadores de Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Holanda, Japón y Cuba. El encuentro, de importancia académica y teórica, centró sus análisis en la identidad cultural, la globalización neoliberal, la sociedad civil y el Estado, así como en el marxismo: balance y perspectiva.

* * *

Honoris Causa en Ciencias Pedagógicas, se le concedió al doctor Armando Hart Dávalos, por su dedicado y valioso laboreo por el desarrollo de la educación y la enseñanza en Cuba, y por su incansable quehacer por la cultura y el pensamiento nacionales.

* * *

Honoris Causa en Ciencias Filológicas, se otorgó al poeta, crítico, investigador y ensayista Cintio Vitier Bolaños, por su vasto empeño en promover el conocimiento de lo cubano en nuestra sociedad.

* * *

Premio Fernando Ortiz al distinguido y prestigioso intelectual cubano Salvador Bueno Menéndez, ensayista y estudioso de la literatura y cultura cubanas.

* * *

Premio Nacional José Martí de Periodismo a Gabriel Molina Franchossi, por su excelencia plena en la obra periodística durante casi 50 años.

* * *

Premio Nacional Juan Gualberto Gómez, en prensa escrita, a Manuel González Bello; también igual premio en periodismo gráfico a Arístides Hernández (ARES).

* * *

Premio Nacional de Ciencias Sociales al investigador José López Sánchez, por su dedicada y permanente labor en la investigación del devenir sociohistórico y científico cubanos.

* * *

Premio Nacional de Literatura al escritor César López, de amplia obra literaria que tiene en lo cubano sus poemas, cuentos y ensayos, como la constante de la identidad nacional.

* * *

Orden Carlos J. Finlay, conferida al profesor Heinrich Bruckner, eminente investigador y escritor alemán en temas vinculados a la educación y conducta sexuales humanas.

* * *

Premio Especial de Diseño Raúl Martínez se le entregó al destacado diseñador gráfico y profesor Roberto Casanueva Ayala, quien mucho ha trabajado por el diseño integral en el país.

* * *

Premio de Edición, otorgado en segundo momento al editor Radamés Giro Almenares, quien en sus tres décadas de laboreo editorial ha contribuido con talento y profesionalidad al desarrollo de tan importante sector de la cultura nacional.

* * *

Marzo del 2000, un mes en el cual su último día, el 31, significa el 41 aniversario del acto fundacional del libro cubano –entonces en 1959, la Imprenta Nacional de Cuba quedaba constituida— y que se nos presenta en su historia de transformación sociocultural con las posibilidades del desarrollo editorial en nuestro país, ahora se nos une, a su vez, en momento de recordación que llama a la tristeza. José Tajes, uno de los fundadores del devenir del sistema editorial del Instituto Cubano del Libro, desde la génesis en Edición Revolucionaria, editor ejemplar de capacidad cultural inigualable, y Alfredo Sicre, quien desde la Editora Pedagógica, en aquellos tiempos liminares, ocupó su espacio con constancia precisa de maestro extremo; el primero, en las bellas letras, el segundo, en las ciencias sociales, los dos dejaron de acompañarnos físicamente en este mes de marzo del 2000.

El equipo editorial de *Debates Americanos* no puede dejar de recordar este momento y, en letra impresa, trasmitir a la memoria histórica, el saber, la amistad, la dedicación y la existencia, de quienes los conocimos, simplemente, como Pepe y Sicre.

* * *

Al cierre editorial de este no. 9 de *Debates Americanos*, visitó la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, el destacado intelectual mexicano Carlos Antonio Aguirre Rojas, quien presentó su libro en edición cubana, *Braudel a debate*, publicado con sello Ediciones IC de la Casa de Altos Estudios, donde también dictó conferencia acerca de los estudios históricos contemporáneos. Con el profesor Aguirre Rojas nos acompañó el profesor Raúl Vargas, directivo de la Asociación de Profesores de Historia y Ciencias Sociales de México. Ambos académicos estuvieron presentes en la sede del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, lugar donde se puso a conocimiento de especialistas del Centro y otras instituciones otra obra en edición cubana del profesor Aguirre, ésta publicada bajo el sello del Centro: *Itinerarios de la historiografía del siglo xx. De los diferentes marxismos a los varios Annales.*

* * *

En este número

Globalización, diáspora e identidad

•

Una experiencia desde las raíces pedagógicas de Cuba

•

Enseñanzas de la Historia y reflexiones historiográficas al concluir el milenio

•

Los *Annales* después de 1989... ¿cuántos o nuevos *Annales* de transición?

•

Las Ciencias Sociales y sus nuevos retos
"Informe de la Comisión Gulbenkian"